



PEDRO CASTERA

CARMEN

MEMORIAS DE UN CORAZON

*Edición y prólogo
de
CARLOS GONZALEZ PEÑA*

Lectulandia

Tiéndose a *Carmen*, el romancesco relato de Pedro Castera, como la flor de la novela sentimental entre nosotros, y se considera que dicha obra haya sido inspirada en la *María*, de Jorge Isaacs, cuando no directamente influida por ella.

María es un idilio todo pureza; el amor de dos jóvenes que se ven alejados y a quienes separa al cabo y en definitiva la muerte. *Carmen* es el idilio de un hombre de treinta y cinco años con una muchacha de quince, que bien podría ser su hija, y por ende, y tocante a él y privativamente a él, desprovisto de angélica pureza y a menudo tocado de sensualidad. *María* es idilio del principio al cabo. En *Carmen*, al contrario, el idilio se trueca en drama, y hasta podría pensarse que en melodrama; cosa que, por cierto, agradecemos al autor, pues que, de otra suerte, las mieles, éxtasis, deliquios y continuados arrobos de los capítulos que ocupan la primera mitad del relato, hubiesen sido, a la postre, insoportables. Hay, pues, completa y total diferencia en el desarrollo del tema; pero no es menos la que se advierte en los caracteres. La protagonista de Isaacs es serena, dulce, diáfana; nada la turba en su ensueño, fuera del alejamiento del ser amado, que la mata. Al contrario, la de Castera es una inquieta, una celosa radical; la imagen de un prematuro Otelo con faldas, pese a que, por verse apartada del objeto de su amor, su mal se agrave, y también fallezca.

Lectulandia

Pedro Castera

Carmen

Memorias de un corazón

ePub r1.0

Titivillus 14.06.16

Título original: *Carmen*
Pedro Castera, 1882
Edición y prólogo: Carlos González Peña
Prólogo: Vicente Riva Palacio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Tiénesse a *Carmen*, el romancesco relato de Pedro Castera, como la flor de la novela sentimental entre nosotros, y se considera que dicha obra haya sido inspirada en la *María*, de Jorge Isaacs, cuando no directamente influida por ella.

Asumió la novela en México, a lo largo del siglo XIX, las más variadas y diversas formas. Fue picaresca y moralizante con Fernández de Lizardi; de aventuras con Payno; romántica con Fernando Orozco y Berra, Juan Díaz Covarrubias y Florencio M. del Castillo; campirana con Inclán; histórica y folletinesca con Riva Palacio; romancesca y de costumbres con Altamirano; costumbrista y satírica con José T. de Cuéllar; política y de tendencia social con Rabasa. Y declinando aquella centuria el cuadro de la novelística se ensancha y asume mayor complejidad con López-Portillo y Rojas, que crea la novela propiamente rural; con Rafael Delgado, que da el tono a la de pintoresco regionalismo; con Federico Gamboa, que extrema y afina la minuciosidad del análisis e imprime a su obra acentuado alcance moral y social; con Victoriano Salado Álvarez, en fin, que desenvuelve en dilatado fresco un dramático período del vivir nacional.

Pero novela sentimental, al modo que esto de muy antiguo se entiende, o sea aquella en que la exaltación del sentimiento amoroso es el elemento predominante, no la tuvimos, ni ella surgiría sino por excepción y muy a la postre en el sucederse de las antes apuntadas y tan diferentes manifestaciones literarias.

Cierto que barruntos de eso, de lo sentimental adrede y continuado, encuéntranse en algunos de los novelistas que arriba citamos, en especial los incipientes románticos; y hasta ejemplos de sensibilidad lacrimosa los presentan otros noveladores mediocres y de escaleras abajo. Mas, la novela de aquel nombre, la novela propiamente sentimental, consagrada por manera exclusiva a desenvolver un idilio amoroso, no vendremos a hallarla sino en la penúltima década del siglo. Y, entre sus cultivadores, el único que con artístico perfil se destaca, es Pedro Castera.

En sus comienzos, Castera había sido soldado; luchó contra la intervención francesa y el Imperio. Pleno de imaginación ardiente, fue después minero y buscador de tesoros. Soñaba con vetas nuevas y con refulgentes onzas encerradas y enterradas en ollas panzudas. Iba y venía, afanado en estos menesteres, de México a Querétaro, a Guanajuato o a Tasco. Su verdadera vocación hubo de fincar, no obstante, en las letras. Ni arrastró mucho tiempo espada, ni tampoco, sus aficiones gambusinescas o la esperanza de súbito enriquecimiento por obra de Merlín, persistirían demasiadamente. Se consagró al periodismo y a la literatura novelesca.

Varias narraciones de este género salieron de su pluma; pero, de ellas, la que le dio notoriedad y fama, bien que hartó pasajeras, fue, sin duda, *Carmen*.

Créese que esta novela haya encontrado su fuente de inspiración en *María*. Cronológicamente hablando, razón hay para presumirlo. La novela de Isaacs apareció

en Bogotá en 1867. Se la ha de haber conocido en México por el 72 o el 74. Y del entusiasmo que despertó en todo el Continente, y que casi se prolonga hasta nuestros días, da fe el propio autor, quien en carta dirigida a don Justo Sierra en 1889 —y que dio a conocer Alfonso Reyes en la cuarta serie de *Simpatías y Diferencias*—, asegura iban hechas aquí catorce ediciones, y las demás, en Hispanoamérica, pasaban entonces de veinticinco. Fervorosamente ha de haber leído Castera la novela del colombiano. Ella le impresionó, y acaso le tentara a seguir por camino semejante. *Carmen* sale por primera vez de los talleres tipográficos de *La República* en 1882; la segunda edición —en volumen impreso por Abadiano— lleva fecha de 1887.

Disparidades en cuanto a sensibilidad y carácter, tanto como al curso que sus respectivas vidas siguieron, se notarán entre Isaacs y Castera. ¡Cosa singular! Siendo ambos pobres, un rasgo los aproxima: el de afanarse, aunque en vano, por conseguir súbita riqueza. A los dos les atrajo el arbitrio gambusinesco. Así como Pedro Castera imaginó, aunque sin éxito, sacar fortunones de maravillosas minas; al igual Isaacs —afortunado y desafortunado al par—, según se desprende de una de las cartas antes aludidas, anduvo empeñado en el negocio de unas hulleras que descubrió en el Golfo de Urabá en 1887, y del que esperaba «cuantiosas, incalculables ganancias». Imaginativo el uno y posiblemente realista el otro, el negocio de las hulleras de Isaacs y las vetas por descubrir de Castera, se epilugaron en desvanecidos sueños.

Aún otra similitud —y esta de carácter literario— acerca a dichos novelistas. Bien sabido es que, la heroína de *María* existió en realidad, y que el asunto de su novela se lo dio a Isaacs romántico amor que en su juventud había tenido. En cierto modo, pues, *María*, es una novela autobiográfica. Pero no lo es menos *Carmen*, siquiera porque arranca también de un amorío que su autor tuvo. Según me refirió don Luis González Obregón, quien hubo de conocerle y saber de sus andanzas, Castera bebía los vientos por una hija de don Casimiro del Collado, el muy distinguido caballero y asimismo discreto poeta, de origen español, avecindado en México. El noviazgo entre el escritor y la chica —que, a lo que parece, llamábase Margarita— se trabó al fin, y dulcemente hubo de deslizarse en el lindo pueblo de San Ángel, donde la familia de ella vivía. Margarita —llamémosla así, pues que de algún modo habrá que llamarla— era elegante, muy de sociedad y pasablemente adinerada. Cabe presumir que Castera, minero sin minas, buscador de tesoros sin resultado feliz, y escritor pobrísimo, no representase para ella halagüeño partido. Lo cierto es que sobrevino la ruptura y el noviazgo se deshizo; que la amada casó a poco con sujeto más de su rango —atildado y de bonitas corbatas—, el cual, por más señas, le salió en extremo calavera; y que Pedro Castera —el amorío había destellado, según cálculos, allá por el 74— transcurrido tiempo y no curado todavía del desengaño, revivió su pasión en el férvido relato, imaginando antecedentes sobrado novelescos para despistar, cambiando de San Ángel a Tacubaya el lugar de la escena, y metiendo, en fin, a la señorita del Collado en el alma y cuerpo de la protagonista.

¿Hasta qué punto la realidad auténtica intervino en la novela; hasta qué punto la

mujer real y efectivamente amada concuerda en físico y carácter con la heroína? Esto es lo que no puede, lo que nunca podrá saberse; y lo que, por lo demás, no importa para nuestro asunto.

Si evidente parece, por las antes apuntadas circunstancias, que la novela sentimental mexicana se haya inspirado en la colombiana del mismo género; no se antoja menos que las dos difieren fundamental y absolutamente.

María es un idilio todo pureza; el amor de dos jóvenes que se ven alejados y a quienes separa al cabo y en definitiva la muerte. *Carmen* es el idilio de un hombre de treinta y cinco años con una muchacha de quince, que bien podría ser su hija, y por ende, y tocante a él y privativamente a él, desprovisto de angélica pureza y a menudo tocado de sensualidad. *María* es idilio del principio al cabo. En *Carmen*, al contrario, el idilio se trueca en drama, y hasta podría pensarse que en melodrama; cosa que, por cierto, agradecemos al autor, pues que, de otra suerte, las mieles, éxtasis, deliquios y continuados arrobos de los capítulos que ocupan la primera mitad del relato, hubiesen sido, a la postre, insoportables. Hay, pues, completa y total diferencia en el desarrollo del tema; pero no es menos la que se advierte en los caracteres. La protagonista de Isaacs es serena, dulce, diáfana; nada la turba en su ensueño, fuera del alejamiento del ser amado, que la mata. Al contrario, la de Castera es una inquieta, una celosa radical; la imagen de un prematuro Otelo con faldas, pese a que, por verse apartada del objeto de su amor, su mal se agrave, y también fallezca.

Inspirándose en Jorge Isaacs tocante al género, Pedro Castera escribió, por tanto, una novela distinta y muy suya.

Atrae, interesa desde el primer momento. Los capítulos son breves; sobrios los retratos; sumarias las descripciones; la narración, suelta y fácil. Ya hemos dicho que el idilio ocupa la primera parte de la novela. Habla el autor en primera persona; por lo cual con el protagonista se identifica o es el protagonista mismo. Fogosa y ardiente es ella; un volcán, él. «Yo sentía —nos dice explicando su amor—, al mismo tiempo que la más profunda idealidad, la atracción irresistible y ardiente, despertada en mí por su belleza soberana, y por la morbidez y las curvas admirables de sus formas de Venus: ángel y estrella, beso y deleite, luz y fuego era para mí aquella mujer». «Yo amaba —corroboraba—. Amaba como yo he amado. Con energía y con ardimiento salvaje. En mis pasiones he sido fiera: león para mis amores, tigre para mis odios». Mas ella no le iba en zaga. Ella era «la Eva... blanca, pura, inmaculada; pero era la Eva; sencilla e infantil, pero tentadora y terrible».

Con lo cual, aparte de comprobar cuán lejos andamos del otro idilio —el del Cauca—, advertimos cómo privan el tono y la exageración románticos. Exageración sobre todo. La ve arrodillada, y le parece que sus cabellos rubios y rizados, que le cubren la espalda, caen formando «un montón de oro sobre la alfombra». Exaltación desmedida. Tocaba el piano «con tanta suavidad, dulzura y expresión, que un tigre que la hubiera oído, se habría arrodillado a sus pies». Invocación frecuente de Dios por virtud de mezclarlo en los amoríos terrenos. Miraban el cielo, y se sentían

levantar «por el santísimo, por el supremo, por el indefinible hálito de Dios». Harto se explica que amándose tan desafortadamente, ella, que era más débil que él, y que gozaba de menos cabal y robusta salud, acabara por rendir la jornada a causa de una hipertrofia del corazón.

Pensaríase con todo esto y debido a tal y tan insistente reiteración de rasgos o *tics* peculiares de la fiebre romántica y de sus literarias repercusiones, que la novela, en cuanto a ambiente y desarrollo, se encontrase fuera de la realidad. No; lejos de ello, refleja sentimientos, paisajes, costumbres, hogareños interiores nuestros, genuinos y auténticos. En muchas páginas está patente y presente el vivir mexicano. En hábitos y habla a menudo nos reconocemos. Fácil como se muestra Castera en la descripción, peca de desteñido, sin embargo, por atenerse de ordinario a generalidades, sin captar los característicos rasgos. Sabemos, verbigracia, que en Tacubaya principia la acción de la novela, porque él lo dice; mas no porque reconozcamos el sitio en razón de tantas y tantas peculiaridades que lo identificaran. Hay, en cambio, aciertos de pormenores descriptivos por lo que atañe al paisaje tropical en Cuernavaca, donde, aparte de culminar no pocas de las escenas salientes, el relato se desenlaza.

Hábil se muestra el autor en el arte de narrar. Falta, sí, la observación fina, la pincelada delicadísima que matiza; pero él va directamente a su asunto y logra interesar y conmover. El lenguaje es llano y sólo por excepción impuro. Bien que atropelladamente abuse de los adjetivos y a menudo los acumule, la frase, por lo común, se desliza fluida y, bien trabadas, aparecen las cláusulas. No es Castera un estilista; pero dice clara y un poco corrientemente lo que tiene que decir.

Reconózcasele, en cambio, vigor y destreza como novelador en cuanto a encadenar y conducir la acción. Hácese notar en *Carmen* una incontestable fuerza dramática. El idilio —conforme apuntábamos—, presto desemboca hacia trágico conflicto. Y a partir de aquí el autor se supera y la narración cobra apasionante ímpetu. Hay escenas, hay diálogos, de vívida pujanza. Podría tildarse a las veces al autor de sobrado oratorio y harto palabrero; podría en ocasiones parecernos vulgar y efectista (el final de la novela se asemeja a un final de ópera); pero nadie negará que hay nervio y brío en los episodios sobresalientes, y que son de rara penetración y hondura aquellas páginas en que el protagonista, convaleciente, analiza su propia pasión frente a la imposibilidad moral de satisfacerla y consumarla.

Tuvo *Carmen* su momento; momento que fue de exaltación sentimental, como sentimental era la novela. Alcanzó ésta varias y copiosas ediciones, y —por raro caso—, sobre dar fama y renombre, aunque fugaces, a su autor, le dio de comer en los postreros años, cuando ya muy distantes estaban los ardidios sueños de minas por descubrir y tesoros por encontrar, cuando ya las ilusiones se habían esfumado, y sólo le acompañaban la soledad y la honrada pobreza. Iba su libro de mano en mano, y todos se lo arrebatában. Las lágrimas que hizo derramar trocáronse en cotidiana pitanza para el novelista necesitado.

No han de ser muchas; sin duda no han de serlo las que ahora, leyéndole, corran

de los ojos. La moda sentimental pasó. Otros son los tiempos. El amor que antes se resolvía en romántico delirio, en imprecaciones, en espera, en asedio; ahora se resuelve en llaneza, en calma, en facilidad. Y acaso sea así mejor. Sin embargo, y por ser *Carmen* obra de excepción, obra singular dentro de la novelística nuestra, harto merece figurar en la presente Colección.

Recreará e interesará a los que la leyeren. Representa, sobre todo —y en ello estriba su mayor mérito—, representa en determinada etapa del común vivir un aspecto de la sensibilidad no ya mexicana, sino cabría afirmar que hispanoamericana, digno y curioso de conocerse.

CARLOS GONZÁLEZ PEÑA

DATOS BIOGRÁFICOS

Poquísimos hay para trazar la biografía de Castera. Por modestia y explicable pudor, no suelen los autores reunirlos para legarlos a la posteridad. Por negligente indiferencia, tampoco los contemporáneos habitualmente se ocupan en atesorarlos adelantándose a la historia. De ahí que no sea asequible construir cuando los materiales faltan, ni menos reconstruir lo que jamás se construyó.

Pedro Castera nació en la ciudad de México en 1838. Se ignora dónde ni cuándo estudió; como, también, de qué especie fueran los estudios por él seguidos. Algunos emprendería, si juzgamos por su obra y por las dedicaciones de su vida; tanto más, cuanto que gustaba de científicas disciplinas y sabía difundirlas.

Veintiocho años de edad contaba cuando, movido sin duda por patriótico fervor, sentó plaza de soldado en el ejército republicano que luchaba contra la intervención francesa y el Segundo Imperio. Tomó parte en el sitio de Querétaro en 1867, a las órdenes del general Loera, y obtuvo el grado de comandante; después, asistió al sitio y toma de la capital de la República por las fuerzas libertadoras aquel mismo año.

Trabajó en la minería, y hubo de familiarizarse con el ambiente de las minas y con los mineros, según lo testimonian algunas de sus páginas novelescas.

Cifróse al fin su vocación definitiva en el periodismo y en las letras. Establecido en la metrópoli, figura, hacia 1880, en la redacción de «La República». Escribe allí artículos de fondo, e inaugura un género a la sazón nada común: las revistas científicas, que redacta semana a semana, ayudado, seguramente, de sus conocimientos en francés e inglés, que le permitirían espigar en publicaciones especialistas extranjeras que, para el caso, utilizaba. Habiendo dejado Altamirano la dirección de aquel periódico, Castera, a poco, hubo de asumirla. Era, asimismo, entonces, diputado al Congreso de la Unión. Sobreviene en aquel tiempo, y siendo Presidente de la República el general Manuel González, la famosa revuelta del níquel. Como fuese el escritor requerido para que en el órgano periodístico a cuyo

frente estaba hiciera determinada campaña a propósito, se rehusó, y quién sabe por qué extrañas circunstancias fue a parar, loco de remate, a San Hipólito. La murmuración callejera susurraba haber sido el desdichado víctima de «algún bebedizo». Su demencia —a juzgar por lo que refirió al autor de estas líneas el ilustre historiador don Luis González Obregón—, concentrábase en torno al archicélebre asunto del níquel; es más: traía y conservaba el infeliz bajo la lengua una monedita de dicho metal, que nadie pudo sacarle en cerca de un año que en el manicomio estuvo.

Recobró al fin la razón y volvió al periodismo. Colaboró en «El Universal», que publicaban Reyes Spíndola y Rabasa; colaboró en «Las Noticias», que dirigía don José Godoy. Su paso por la prensa había coincidido con sus actividades novelescas, dentro de las cuales —y tan sólo por una obra— finca su fama. Del periodismo y de la literatura se iría apartando. En sus últimos años, soltero impenitente, hosco, escéptico y enfermo del corazón, vivió pobremente en Tacubaya, D. F., y allí mismo se extinguió el 5 de diciembre de 1906. Gozando aún de esplendorosa boga su novela *Carmen*, era ya, al morir, Pedro Castera, un olvidado.

BIBLIOGRAFÍA

- *Cuentos mineros. Un combate*. Imp. de E. D. Orozco y Cía. México, 1881.
- *Las minas y los mineros*. Tomo I. Prólogo de Ignacio M. Altamirano. México, 1882.
- *Impresiones y recuerdos. Cuentos*. Prólogo de Adolfo Duclos. Imp. de «El Socialista», de S. López. México, 1882.
- *Los maduros*. Novela corta. Tip. de «La República». México, 1882.
- *Ensueños y armonías*. Versos. México, 1882.
- *Querens*. Novela. Biblioteca de «El Universal». México. 1890. 2.^a edición: Talleres Linotipográficos de «La Patria». El Paso, Texas, 1923.
- *Dramas en un corazón*. Novela. Tip. de E. Driblan y Cía. México. 1890.
- *Carmen*. Memorias de un corazón. Tip. de «La República». México, 1882. - 2.^a edición: Eufemio Abadiano. México, 1887. - 3.^a edición: Prólogo de Vicente Riva Palacio. Librería de la Vda. de Bouret. París-México, 1920.

Seguimos en nuestra edición el texto de la tercera, por considerar que fue la última que vio y probablemente revisó el autor.

C. G. P.

Prólogo de Riva Palacio^[1]

A PEDRO CASTERA

La ciencia derriba al corazón del trono del sentimiento, localiza los pensamientos en las circunvoluciones del cerebro, y las grandes pasiones y los más tiernos afectos se convierten, a la luz de los progresos de la fisiología, en resultados casi matemáticos de la disposición del organismo.

La semilla sembrada por Darwin germina y se desarrolla; el talento y las virtudes son el resultado de la selección y las transformaciones progresivas, hacen a las razas nobles y a los hombres grandes. La humanidad va teniendo que conformarse con recibir la herencia de las grandes dotes intelectuales y morales, como la aristocracia de la sangre el escudo acuartelado de sus mayores, o la aristocracia de la riqueza las hinchidas cajas o los títulos de las rentas: y una verdad desgarradora tiene que brotar de los labios del hombre pensador. ¡También hay desheredados forzosos del pensamiento, también hay plebeyos obligados a la virtud!

Entonces el desaliento, quizá la desesperación, deben tocar con su mano fría a aquellos desgraciados que no cuentan entre sus ascendientes, ni a los príncipes de la inteligencia ni a los grandes banqueros del heroísmo. La familia que no ha venido acumulando las riquezas del espíritu, tendrá por víctima expiatoria a sus descendientes, víctima sin esperanza de redención, porque en la vida social, el mendigo de hoy puede ser el millonario de mañana, el hijo de una esclava puede ser un emperador romano, el niño que cuida una piara de cerdos puede ocupar el solio del Vaticano; pero cuando la ciencia dice que un hombre de genio no puede brotar como una centella de una familia vulgar, todas las esperanzas de redención están perdidas, y el sol de la ciencia disipa, como el de la mañana, las nieblas de la llanura, todo ese rico cuadro de las ilusiones con que el padre y la madre adornan la cuna del recién nacido. ¡Tristes resultados del saber!

En cambio, la poesía y la literatura luchan y luchan con éxito, por conservar entre los hombres esas ilusiones fantásticas que endulzan las amargas horas de la existencia y nos brindan siempre un día espléndido y sereno, en medio de la noche más oscura y tempestuosa.

Todo eso de que hablan los poetas, todos esos cuadros de sentimentalismo y de grandeza que retratan los novelistas, todos esos colores con que se revisten las cosas del mundo, todo ese encanto con que se presenta el porvenir, ¿todo eso es mentira?

Créanlo los hombres de la ciencia y sea ello cierto: todas son mentiras, queremos confesarlo. ¡Y qué! ¿no producen todas estas dulces mentiras, más consuelo, más tranquilidad, más esperanza a esa humanidad desgraciada y doliente, que camina a oscuras en un sendero bordado de abrojos y cruzado por terribles precipicios? ¿Llevará a un hogar un consuelo, un lenitivo, un rayo de felicidad, el libro frío de la ciencia, para quien no la conoce y producirá allí mismo el efecto de una noticia

desastrosa, la entrada de una de esas leyendas en que se pintan las luchas del amor o el triunfo de un sentimiento noble?

Carmen, la novela de Pedro Castera, ha nacido al vivificante calor de ese noble deseo de alentar al hombre que lucha, a la mujer que siente, a la familia que sufre. No es el corazón la entraña encargada de dar el movimiento a la sangre, lo que late en el pecho de los protagonistas de ese romance; los personajes se sienten dueños de sí y de su porvenir, entre las amarguras de la vida, entre la lucha terrible de encontradas pasiones, la humanidad ve en cada individuo, no al personaje de Esquilo que lleva la marcha inflexible que le marca una deidad ciega, sino a un ser que armado de su inteligencia atraviesa la ruda prueba con entereza, buscando su perfeccionamiento en el crisol de los dolores.

Los hombres de la ciencia quizá pensarán que es haber perdido el tiempo haber escrito esta novela, los hombres pensadores sabrán apreciar ese trabajo como un consuelo más a la humanidad. La caridad que alivia la pena con la palabra dulce es tan grande y tan noble, como la que derrama el oro en las manos del indigente.

El que muestra al viajero perdido en un bosque el camino de la ciudad, es tan digno de gratitud, como el que sienta a su mesa a ese mismo viajero rendido por la fatiga. Yo he tenido siempre la convicción que los sentimientos de los hombres se forman en la niñez con la lectura de estas novelas, que les hacen ver al través del prisma de su inocencia, siempre triunfante la virtud y siempre odioso el vicio. Yo he creído que la delicadeza de los sentimientos en la mujer civilizada, se debe en su mayor parte a la lectura de esas novelas, en las que los hombres pintan a la mujer como ellos quieren que sea, como ellos la conciben en medio de las ilusiones de su amor o del ardiente deseo de verla perfecta.

Carmen viene a aumentar con honra el número de esos monumentos, en que constantemente están trabajando los poetas. Su aparición es saludada como la de un viajero a quien se espera. El autor se presenta entre los obreros de la cultura del sentimiento moral, resuelto a tomar su parte en el trabajo y en la lucha.

Carmen pertenece en su género a la novela sentimental, y la novela sentimental, como las vestales romanas, es la sacerdotisa que conserva el fuego de los nobles sentimientos, del amor caballeresco y de los tiernos goces del hogar y de la virtud. ¡Ay de la humanidad el día en que esta clase de escritos desaparecieran de la literatura!

El día en que los poetas no canten más que los combates o los triunfos del saber, el día en que los literatos sólo se ocupen de la ciencia o de la política, ese día que afortunadamente no ha de llegar, la sociedad se convertirá en un taller, en una academia, en una cátedra, en un cuartel o en un claustro; pero los destinos de la humanidad serán entonces más tristes que una tarde nublada. Felizmente no hemos llegado a ese punto: todavía brilla el astro del sentimentalismo que alumbra el fondo oscuro de existencias muy desgraciadas; todavía podemos estrechar alegremente la mano de Pedro Castera, después de haber leído la última página de su preciosa

novela.

VICENTE RIVA PALACIO

I

Tenía yo veinte años y, a mis solas, me juzgaba un poquito calavera. En las noches, jugaba, bebía y enamoraba a veces con consecuencias, algo más de lo que hubiera sido de desear; pero en honor mío me apresuro a decir, que entonces creía todo eso como cosa decente, supuesto que lo juzgaba exigencias de la moda.

Mi madre inquieta siempre, no podía conciliar el sueño hasta que yo entraba en casa, así es que por ese motivo, todas las noches me proponía volver cuanto más temprano me fuese posible, pero el hecho es que yo siempre llegaba después de las dos de la mañana, eso sí, lleno de remordimientos y de propósitos de enmienda.

Un martes de carnaval, o mejor dicho, un miércoles de ceniza, puesto que eran las tres de la madrugada, volvía yo a casa en una situación un poco difícil, porque mis venas iban verdaderamente inyectadas con alcohol. El piso de las calles se movía bajo mis pies y esto obligábame a andar de una manera curvilínea. Cuando atravesaba las bocacalles, los guardas nocturnos me miraban de reojo, sin que por ello apresurase las curvas que iban trazando mis débiles y temblorosas piernas.

—Yo soy un borracho decente —murmuraba— y por lo mismo no tienen que meterse conmigo esos cafres...

La luna en menguante iluminaba dulce y poéticamente la silenciosa serenidad de la noche. Yo marchaba, dialogando colérico, con la sombra producida por mi cuerpo, y a la cual veía ir reproduciendo todos mis movimientos. Repentinamente, y como a unos treinta pasos de la puerta de casa, me detuve, procurando examinar con atención el centro de la calle en que marchaba, y en el que había entrevisto, porque en la situación en que me hallaba no podía ver con claridad, había entrevisto, repito, un bulto informe sobre las piedras de la calle, el cual exhalaba una especie de queja que parecía imitar el maullido de un gato. Despertada mi atención, traté de aproximarme para examinarlo.

Aun cuando mortalmente hice el trazo recto entre aquel objeto y yo, no pude llegar a él sino describiendo un semicírculo y esto con gran dificultad, porque las fuerzas comenzaban a abandonarme.

El centro de aquellos movimientos estratégicos de mis alcoholizadas piernas, era una canasta en la cual se hallaba una criatura recién nacida, que gemía por causa del frío de la noche o del terror instintivo despertado en ella, por la presencia de un perro hambriento que hacía resoplar sus narices olfateando aquel trozo de carne fresca. Al aproximarme, el animal huyó.

La mitad de la calle estaba llena de sombras y la otra parte iluminada por la luna. El cesto venía a ocupar precisamente la línea divisoria entre la sombra y la luz. Yo pasé dos o tres veces alternativamente de la una a la otra, girando en torno de la canasta a la cual miraba lleno de asombro.

—¡Es un representante de la humanidad! —exclamé levantando los ojos al cielo, como si lo interrogase. El planeta Marte brillaba como un rubí en medio de los

diamantes que llenaban el cielo y me pareció como un ojo sangriento, o como una pupila irritada y colérica, que se fijaba en mí desde aquellas luminosas profundidades.

—¡Cáscaras! —continué— este muñeco o muñeca no se puede quedar aquí —y al decir esto, mis manos trémulas trataron de asir el asa de la canasta, lo que logré no sin algún trabajo, pues a cada instante quería yo caer al suelo.

Después guardando la vertical lo mejor que podía y con la canasta asegurada entre ambas manos, me dirigí a la puerta de mi casa que me parecía muy lejana.

Al llegar a ella, me detuve vacilando y sin saber como tocar para que se me abriese, pues no podía disponer de las manos, así como tampoco de la inteligencia para discurrir. Al fin elevé la voz llamando al portero.

El gato o la gata de la canasta había cesado de maullar.

—¿Quién es? —interrogó desde dentro una voz soñolienta.

—¡Yo! —contesté.

—¿Quién es yo? —repitieron.

—¿Habrás otro bruto igual? —dije colérico— ¡yo, yo!... ¡Abra usted belitre, estúpido, hotentote!

El portero, que ya había reconocido mi voz, abrió la puerta y por ella penetré con mi carga, describiendo una serie de figuras irregulares. Al pie de la escalera me detuve vacilando, y el criado, que había notado la situación en que me encontraba, vino a darme el brazo para ayudarme a subir, mirando con extrañeza y curiosidad lo que llevaba entre las trémulas manos.

Mi pobre madre velaba aún en la antesala. Cuando entré a esa pieza, sus ojos me dirigieron una mirada llena de dulce reconvención y de amorosas inquietudes. Yo le dije colocando la canasta sobre una mesa que había en el centro:

—¿Qué quería usted que yo hiciera? ¿Había de dejar esa criatura en medio de la calle, cuando poco faltó para que se la engullese un perro?

—¿Qué criatura? —interrogó ella con asombro.

—¡Ésa, madre... ésa! —contesté enseñándosela, no sé si será ratón o *ratona*...

—¡Jesús te bendiga, hijo mío! —exclamó mi madre, quien tomó el candidato humano entre sus brazos, penetrando después a su recámara como si estuviese muy violenta o muy conmovida.

Tomé nuevamente el asa de la cesta y dando traspies y riéndome locamente, di una vuelta por la antesala y llegando a mi alcoba, caí en el lecho quedándome dormido, con aquella canasta fuertemente abrazada. Al despertar en la mañana siguiente, me sorprendió mucho la presencia del cesto que se hallaba aún entre mis manos. —¡Vaya un regalo de Carnaval, bien extravagante! fue lo que dije comenzando a vestirme, sin recordar lo que antes dejo dicho.

¿Quién había de decirme entonces, que algunos años después, las noches de Carnaval no encerrarían para mí, más que recuerdos dolorosos y profundo hastío? Y eso que soy el primero en burlarme del romanticismo y en despreciar el dolor.

¡Bah! Doblemos la hoja y prosigamos, es decir, comencemos.

II

A contar de ese día, mi madre fue también la madre de aquel pobre ser abandonado, el que según supe era una niña.

Hasta algunos meses después vine a conocerla. Era blanca pero con una blancura incomparable por su brillo, por su transparencia, por su pureza. La boca era pequeña, la nariz recta y fina, la frente despejada, el cabello rubio con ese color suavemente dorado de las espigas de los trigales, y las pupilas de aquellos ojos eran grandes y profundamente negras, el atractivo y la gracia se desprendían del semblante rosado, fresco y risueño de aquella niña, cuyas miradas estaban llenas de asombro y dulzura. Difícilmente encontraría la manera de expresar lo mucho que me agradó el contraste que formaba el color de su pelo con el de sus ojos, destacándose sobre la blancura nacarada de su fino cutis, en la cual se veía la vida resplandecer, sin cuyo brillo se hubiera confundido la carne con los blancos lienzos que la cubrían.

No me atreví a besar la frente de aquella niña temiendo mancharla, y desde esa noche, al entrar a casa, procuraba no causar ruido alguno, temiendo que se despertase.

Mi madre adoraba a aquel ángel y a veces unos celos incomprensibles se apoderaban de mí, pero apenas la veía sonreírme y tenderme sus blancas manecitas, cuando no sé qué enternecimiento profundo llegaba hasta el fondo de mi corazón, y sentía deseo de prodigarle caricias llenas de delicadeza y de inocencia. Sin embargo, nunca me atrevía.

La oí balbucir sus primeras palabras, la ayudé a ensayar sus primeros pasos y muchas veces, cuando yo estaba leyendo, suspendía mis lecturas para verla jugar.

Así pasó el tiempo, y Carmen —este era su nombre— cumplió cinco años.

Sus pies eran pequeñísimos, ofrecía ser alta y admirablemente formada, el óvalo del rostro era perfecto y sus largos y rizados cabellos parecían un marco de oro pálido, que acentuaba la blancura inmaculada del cuello y el color suavemente rosado de las mejillas. Las largas pestañas que adornaban sus párpados, parecían dar profundidad a la mirada de sus hermosas pupilas negras, que ya no miraban con asombro, sino con el claro brillo que viene de la inteligencia. La mirada revelaba talento.

Y no sólo la mirada. Las frases de aquella niña eran breves y expresivas, las preguntas concisas y profundas, las acciones vivaces, resueltas, y como si antes hubiesen sido por ella discutidas y aprobadas.

Mi madre la había enseñado a leer y a rezar, y como no quiso nunca que fuese a un colegio, resolvió que yo le daría lecciones de religión, gramática, geografía, historia, etc., etc., y mi madre de costura, bordado, tejido y esas otras labores, que tanto agradan a las mujeres, agregándole una profesora que le enseñara el canto, y también a tocar el piano. Cuatro años después, mi madre y yo nada teníamos que enseñarle, y a la profesora de música se tuvo que agregar otra de idiomas, que a la vez le enseñaría dibujo.

Tenía una forma de letra tan elegante, y era tan correcta, que a veces le dejaba el borrador de alguna carta para que me la copiase; cuando volvía yo a la casa, se llegaba hasta mí llena de rubores y con los ojos medio cerrados, para darme la copia, y a los elogios que le hacía, ella contestaba enlazando mi cuello con sus bracitos, y dándome un beso en la frente. Después se alejaba saltando como una cervatilla.

Era exageradamente aseada y muy presumida, siempre cuidadosa de sus botitas, de sus medias, de sus blanquísimos dientes y de sus rizados y finos cabellos; de lo demás cuidaba también con esmero, pero sin afectación.

Los domingos, mi madre la llevaba a misa y por las tardes, íbamos al teatro. En las noches de luna, la sacaba yo para que hiciera un poco de ejercicio, y casi siempre el paseo terminaba tomando nieve, pues ella la prefería a cualquier otro obsequio.

Oía yo a los transeúntes hacer elogios respecto de la belleza de aquella niña, y me sentía estremecer de orgullo, porque casi la consideraba como si fuese mi legítima hija.

Aquella criatura era el cuadro tocado diariamente, era la estatua cincelada instante por instante, era el ensueño cobrando forma, y forma correctísima, cuya hermosura brillaba deslumbradora, rica en curvas admirables, y en delicadísimos perfiles, en ideas virginales y profundas, en gracia y simpatía, en elegancia y gusto, sobre todo en una inocencia tan llena de atractivo, que no hay frase bastante elocuente para poderla expresar.

Todo el tesoro de sentimientos que encerraba el corazón de mi madre le había sido transmitido. Podía decirse de aquella niña, que toda era corazón y éste exquisitamente sensible, y a la vez inteligente, entusiasta, poético; pero por un capricho inexplicable, el celo y un celo terrible, se revelaba a veces en ella independientemente de su voluntad.

Cuando me veía acariciar a otra niña, su carita infantil y risueña se volvía severa y triste. Ruborizábase hasta la frente, y sus labios se contraían como con desdén. En todos sus actos revelaba su enojo y su despecho, y más parecía una pequeña amante, que una hija. Como las tempestades del cielo se resuelven en lluvia, así también las tormentas de aquel corazón niño se disolvían en lágrimas, pero a pesar de ello el enojo le duraba algunas horas.

III

Salvemos rápidamente el tiempo.

Había cumplido doce años, y la niña comenzaba a borrar, mientras que la mujer aparecía. Las formas se acentuaban vigorosamente, y los perfiles desaparecían cambiándose en morbideces. La riqueza y suavidad de las curvas y lo delicado de la color, completaban un conjunto que prometía para más tarde una soberana y suprema belleza.

Para mí, creía terminada su educación; pero mi madre se esmeraba en ella cada vez más, y cada cierto tiempo me explicaba lo que nuevamente había estudiado y con notable facilidad había aprendido.

Doce años más de vida y de experiencia habían modificado mucho mis costumbres y mis gustos. Me retiraba temprano a casa, generalmente a las ocho de la noche, le tomaba una de sus aristocráticas manecitas, y la llevaba al piano para que me tocara algunas piezas, las que ejecutaba con una maestría, y sobre todo, con un sentimiento y una dulzura inimitables. Bajo sus afilados dedos, las teclas arrancaban sollozos al piano, sus ojos brillaban, y sin embargo, su carita aún infantil y severa, parecía reflejar las tempestades de la pasión que había inspirado aquella música.

Una o dos horas después suspendía su estudio, me besaba en la frente y se retiraba con mi madre a su habitación.

Cada día desarrollábase el cariño que me inspiraba, y cada día también, ella multiplicaba sus manifestaciones de ternura para conmigo. A veces, en aquellos momentos, sorprendía yo en mi madre una mirada de severidad, que nunca pude por entonces explicarme.

Una mañana recibí una carta del hermano de mi padre, que con urgencia me llamaba a su lado. Él residía en Francia y sus intereses estaban fincados en aquel país. Mi tío, careciendo de familia y sintiéndose enfermo, quería que yo fuese a ponerme al frente de aquellos intereses, para dejarme como su único heredero. Consulté con mi madre, y mi próximo viaje quedó resuelto.

Quedó resuelto también que mi madre y Carmen, acompañadas por su nodriza y un criado ya viejo, que me había dormido sobre sus rodillas cuando era yo niño, se irían a vivir a una casa que poseíamos en Tacubaya, la cual tenía, entre sus diversas comodidades, un hermosísimo jardín. De esta manera mi madre se retiraba por completo de la sociedad, que era uno de sus mayores deseos, y al lado de Carmen podía esperar mi vuelta, entregándose por completo a la vida de sus recuerdos.

Transcurrió un mes, y dejando a mi madre y a Carmen en su nueva habitación, yo partí para Europa.

IV

Dos meses después recibía yo en la casa de mi tío la primera carta de mi madre y la primera de ella, en la cual había un párrafo así concebido:

«*Mamita* me dice que es absolutamente necesario el que tú permanezcas allá largo tiempo para que seamos ricos. ¡Padre!... ¡padre! ¡yo quiero ser pobre, pero vivir siempre contigo!»

Suspiré y me pareció sentir aún sobre mi frente el beso casto y puro de aquella amorosa niña.

Cada mes recibía yo una carta de mi madre y otra de ella, en la cual me refería no sólo sus acciones sino hasta el último de sus pensamientos, y en unas y otras, mi recuerdo era lo que llenaba de un modo absoluto aquella inteligencia y aquel corazón.

Mi tío agonizaba lentamente. Dos años llevaba de estar a su lado, y un día que acababa de leerle la última carta por mí recibida y dentro de la cual me había remitido su retrato, me dijo con un acento en que parecía hablar la experiencia del hombre de mundo:

—Esa niña está enamorada de ti...

Quién sabe qué sacudimiento tan profundo sintió mi corazón al escuchar aquella frase, a la cual contesté:

—No lo imagine usted así. Ella me cree su padre, y como es tan inteligente, sabe expresar en esas frases fogosas que escribe, toda la ternura del cariño filial.

—Puede ser —replicó mi tío moviendo la cabeza como con incredulidad—; pero el cariño filial de hoy, cuando ella llegue a saber que no es tu hija, se convertirá mañana en un amor inmenso y en una pasión profunda. En cuanto a ti, hace tiempo he comprendido que también la amas.

Mi corazón dio un salto dentro del pecho y toda la sangre se me agolpó a la cabeza. Mi voz estaba trémula al decir estas palabras.

—Yo la quiero por costumbre. Doce años de verla, de vivir juntos, de darle todas mis ideas y de considerar su abandono, me han hecho quererla, si no como a una hija, al menos sí como a una hermana; y luego, ya ve usted... dos años más de ausencia.

Mi tío no contestó sino sonriéndose, agregando, como si hablase consigo mismo:

—Después de todo, eso no sería malo. ¡Ojalá y pudiese yo verlo!

En seguida me pidió el retrato y estuvo contemplándolo durante algunos minutos, hasta que al fin exclamó:

—¡Preciosa criatura! ¡Es una obra de arte casi perfecta!

Yo, entretanto, sentía que las arterias me golpeaban las sienas.

La campanilla anunció la visita del médico, y mi tío, volviéndome la fotografía, dijo, sonriendo como antes:

—¡Vamos!... Veo que tienes suerte de pícaro. Cásate. El pimpollo es digno de un rey.

Aquella noche, y cuando me hallaba solo en mi habitación, saqué el retrato para

examinarlo detenidamente; pero mi mano estaba tan temblorosa, que tuve que poner la tarjeta sobre la mesa. Aproximándome a una luz, mis ojos se fijaron en los ojos del retrato.

¡Extraña fascinación! ¡Aquellas pupilas copiadas sobre el papel, parecían mirar; y la expresión de aquella mirada dulce, intensa, ardiente, era tan sólo una expresión de amor!...

—Mi tío no se ha equivocado —murmuré al tiempo que sentía oprimírseme el corazón—; esta niña, o por mejor decir, esta mujer, porque ya casi es una mujer, está efectivamente enamorada y lo están diciendo sus ojos, y es tal la fuerza de esa pasión que ha salido fotografiada contra su voluntad, pues estoy seguro que en ese instante, ella pensaba tan sólo en el hombre a quien ama. Como se ve, era yo entonces un poco poeta.

Mis manos, más trémulas aún, tomaron su carta, y aproximándome a la luz, busqué el párrafo en que me refería lo relativo a aquel retrato. Decía así:

«Ayer fui con *Mamita* a que me retratasen. En la calle me tropezaba mucho con mi primer vestido largo, y como creo que por esta causa todos me miraban yo me sentía enrojecida de vergüenza. Cuando el fotógrafo me dijo que fijase bien mi vista porque había llegado el momento... yo concentré toda mi voluntad, mi corazón y mi ser en tu recuerdo... en aquellos instantes, como en todos los de mi vida, yo sólo pensaba en ti. Creí que me mirabas y también te miré. Mis ojos te lo repetirán. ¡*Oh padre mío... el ser que te ama a ti... está muerto para todo lo que no eres tú!*»

La carta cayó de mis manos sobre la mesa. Sentí algo como un vértigo, y después como si una ráfaga de aire caliente me envolviera. El corazón se me dilató palpitando aceleradamente. Mis ojos buscaron con ansiedad la mirada de aquellos magníficos ojos negros, que casi brillaban sobre el papel.

Más de una hora pasé apoyado con los codos sobre la mesa, y devorando con la vista aquel retrato que denunciaba una riqueza de formas admirable y una hermosura sin rival. Como la noche avanzaba, me entregué al reposo, y al dormirme, recuerdo que murmuré: —Muerta, sí... muerta para todo lo que no sea yo...

Es malo blasfemar, porque en la sombra hay un oído que toma nota de las palabras y que jamás olvida.

V

Tuve los días siguientes llenos con sus recuerdos. Mi tío se burlaba benévolutamente al verme pensativo, y a veces hasta yo también me burlaba de mí mismo.

Mi memoria tenía siempre presentes todos los episodios, insignificantes si se quiere, de la existencia de aquella niña, pero que me era muy dulce recordar. Con frecuencia me abstraía pensando en todos los candores y las inocencias, y las bellezas espirituales de aquel ser que me debía la vida, y todo lo que era y lo que fuese en el porvenir. Yo pensaba también, y esto en contra de mi voluntad, en todos sus encantos físicos, porque dígame lo que se dijere, lo cierto es que el alma humana está llena de esas miserias y de esas contradicciones que aún no pueden explicarse ni definirse. Yo recordaba sus piecitos esencialmente mexicanos, breves, recogidos y graciosos, que ella calzaba con pequeños botines de seda y charol, y de entre los cuales brotaban, forzando los resortes, unos tobillos torneados, mórbidos y cubiertos con medias blanquísimas, que nunca ofrecían la más leve arruga, y recordaba también su falda ondulante de vaporosa muselina, sus formas que se acentuaban con elegancia y valentía, su redondo y nevado cuello, su cabellera rubia y rizada, que cuando estaba suelta, casi la cubría, y sobre todo, su pequeña boca y sus magníficos ojos negros que despedían miradas de una dulzura y de un magnetismo irresistible.

Y a la vez recordaba la gracia de sus movimientos, lo provocativo de sus candores, la gracia de sus sonrisas y ciertas ignorancias de su pudor que a mí me encantaba que ella ignorase. Alma y cuerpo, ideas y sensaciones, ensueños y voluptuosidades, y todo lo que de aquella hermosa niña provenía, yo lo adoraba de un modo inconsciente, y no confesado y no comprendido aún por mí, pero que no por eso dejaba de ser menos verdadero, profundo y real.

Viviendo con aquellos recuerdos, acompañando a mi pobre tío que se había vuelto como mi confidente y que me hablaba sin cesar de ella, sabiendo lo mucho que esto se lo agradecía, devorando y aprendiendo de memoria sus cartas de cada mes y escribiéndole yo otras, en que nada de mis sentimientos se revelaba, y sin querer confesarme que todo aquello no era más que amor... se pasó un año.

Ella había cumplido quince.

Llegó el correo, pero sólo venía una carta de mi madre. Ella no me había escrito. Era la primera vez que tal cosa pasaba. Con fiebre puedo decir que leí aquella carta, y el párrafo que a eso se refería es el que aquí transcribo:

«Hace algunos días que Carmen está silenciosa, pensativa, triste, llena de divagaciones y de accesos de enternecimiento incomprensibles. Yo creo que está enamorada; pero por más que la digo, toda mi elocuencia es nula y nada me confiesa. Mi vigilancia es muy rigurosa y de nadie sospecho, pero casi estoy segura de que el amor es la sola causa de todo eso, y no creas que mi experiencia y mis años se dejen engañar.

»Hoy la sorprendí en uno de esos momentos de profunda divagación, y le dije: —

¿No le escribes a *Papaíto*? —¡Escribirle! ¿pero qué le voy a decir, Dios mío? Y la pobre niña se puso a llorar. La consolé, le di consejos, le hice caricias; pero al fin sólo pude lograr que me ofreciera escribirte por el próximo paquete, y esto con la expresa condición de que no había de leer la carta que te escribiera.

»He comprendido que en ella va a hacerte la confidencia de sus amores, y como se lo ofrecí, no la leeré».

Continuaba la carta de una madre, que poco o nada tendría que interesar en esta breve y sencillísima narración. Imposible sería explicar el efecto que me produjo aquella lectura.

Inmóvil, mudo, sombrío, y con la ira hirviendo entre la cálida sangre de mis venas, pasé yo todo aquel día sin poder decirle nada a mi tío, pues el médico había prohibido que se le hablase, por el estado gravísimo en que se hallaba.

Aquella noche, los celos, pero unos celos horribles, no me dejaron dormir. En la noche siguiente tampoco dormí. El hermano de mi padre había muerto: los nueve días del duelo fueron para mí tremendos. La muerte de aquel hombre que me legaba todos sus intereses, pasó para mí, lo confieso, casi con indiferencia. El torcedor del desencanto y los celos avasallaban mi ser. Mi alma entera se llenaba de algo semejante al odio contra aquella pobre niña, que manifestaba, al fin, tener corazón. En mi pecho latía el de una fiera.

Comencé rápidamente la realización de aquella herencia, hice ventas locas; pero al llegar el paquete siguiente, yo estaba dispuesto para volver a los brazos de mi buena madre.

Recogí la carta que de ella me llegaba y me embarqué, bajando en el acto a mi camarote para leerla.

Rompí el sobre temblando y me encontré dos cartas, una de mi madre y otra suya. Esta última decía:

«Padre mío:

»Quince años le he amado a usted creyéndole mi padre, y cuando he sabido que no lo es, le he amado mucho más todavía.

»Mi nodriza, antes de morir, me lo ha contado todo.

»Ella me ha referido cómo fui abandonada por mis padres, y cómo, gracias a la caridad y al corazón de usted, yo encontré lo que había perdido... una nueva madre en *Mamita*, y un padre bueno, amante, generoso y abnegado, en un joven que después no ha desmentido nunca la nobleza de aquella acción.

»Soy una pobre huérfana sin nombre, sin fortuna, sin posibilidad de volver el bien recibido. Nada de lo que yo poseo es mío, todo se me ha dado; pero tengo algo que me pertenece... la gratitud. Ella es y será siempre en mí, inmensa para con ustedes.

»Vida, educación, sentimientos, ideas, todo lo debo, y sólo puedo pagarlo... con amor.

»Antes yo le amaba a usted, como una hija. Hoy yo le pido permiso para seguirle prodigando ese dulce nombre de padre.

»Padre mío... yo quiero ver a usted... yo necesito verle... yo le explicaré todo lo mucho que le amo...»

Lo demás de la carta estaba ilegible. Las lágrimas habían borrado las palabras. En el momento en que hablaba en ella la ternura, el llanto derramado sobre la carta, plegada después, sin que en ello se hubiese fijado, había venido a extender la tinta formando borrones indescifrables, pero que hablaban a mi alma con más elocuencia que todas las palabras y todas las frases, por vehementes que ellas pudiesen haber sido.

En aquella carta y con los antecedentes que mi madre me había escrito, el llanto significaba amor.

A ella le pasaba lo que a mí. Sin comprenderlo y sin explicárselo... me amaba.

Subí sobre cubierta con los pulmones dilatados. Yo necesitaba respirar en una atmósfera como aquella, sin horizontes, en medio de las inmensidades del mar y de los infinitos del cielo.

Volábamos sobre la superficie de las aguas arrebatados en alas del vapor, y a cada instante se acortaba la distancia que nos separaba. Sin embargo, la marcha del buque me parecía lenta. Yo hubiera querido la velocidad eléctrica, la rapidez del rayo.

Tenía yo treinta y cinco años. La virilidad, la energía y la fuerza se desbordaban de mi ser. Atravesaba esa época deliciosa de la vida, en la cual el hombre se siente hombre, pero en toda su plenitud. Ya no se cometen las locuras de joven, pero aún existe bastante fuego para incendiar a la razón y cometerlas. Ya no se toma el deseo al acaso, se elige, se cultiva, se desarrolla con arte y, por último, se satisface. Ya las pasiones se reflexionan, se discuten, se meditan, y a pesar de eso, se sienten con mayor intensidad. Y son entonces para el alma como verdaderas tempestades.

Pasaba yo los días como no había pasado ningunos en mi juventud, los ensueños se sucedían a los ensueños y los delirios a los delirios. La savia de la vida agitada por la pasión, aceleraba la corriente de sangre dentro de mis venas, y mis pulsos latían con la violencia que laten en la fiebre. Tal parecía que la fuerza del espíritu se me había centuplicado con aquel amor.

Una mañana en la que el sol doraba las crestas espumosas de las olas, apareció ante mis ojos la paloma de América, rasgando como el ala blanca de una gaviota aquel azul turquí, que sólo tiene nuestro luminoso cielo americano.

En la noche siguiente a la de aquel día llegaba yo a México, pero a una hora en la que era imposible trasladarme a Tacubaya, porque la ciudad de los palacios había ya cerrado sus puertas.

Por más impaciente que estuviese, érame preciso esperar y esperé, durmiendo algunas horas para que el reposo destruyese la fatiga causada por el viaje.

Comenzaban a palidecer las estrellas ante la luz del alba, cuando salí del hotel en que me alojara aquella noche, y no habiendo aún comenzado el servicio de los trenes, anduve rápidamente, a pie, la legua que me separaba de la casa en la que vivían los dos únicos e inolvidables amores de la vida.

Simón regaba el jardín cuando yo entré en él. Sus brazos me estrecharon afectuosamente, y en seguida me dijo que mi madre aún no se había levantado, pero que la *niña* Carmen acababa de tomar el baño frío que acostumbraba tomar todas las mañanas en un estanque, el cual estaba resguardado de las miradas indiscretas, por tupidos y aromáticos cortinajes de madreSelva.

VI

Era aquella una fresca y risueña mañana primaveral, y los primeros rayos del sol, atravesando por entre las copas de los árboles, venían a iluminar alegremente el incendio figurado por la multitud de rosas que había en el jardín. El aroma que se escapaba de aquellos cálices, mezclado con el de los jazmines, los heliotropos y las madreselvas, venía a producir algo que bien pudiera llamarse la embriaguez del perfume. Los trinos de las aves, los besos de los nidos, los murmullos de los tallos que se mueven, el roce de las hojas que se agitan, y todos esos rumores sin número y sin nombre que se levantan de la tierra para saludar al día, llenaban aquel ambiente perfumado y luminoso, con esas estrofas que sólo canta la naturaleza, y que los genios aún no han podido ni podrán nunca expresar.

Luz y alegría, flores y perfumes, aves y cantos, eso era lo que llenaba todo el jardín.

No se necesitaba más para un poema.

Al dar vuelta a una de las callecitas, cubiertas por la sombra de los árboles y formadas por vallados de rosales, que estaban todos en flor, vi a Carmen que marchaba lentamente, por la misma calle, llevándome algunas varas de distancia. Sobre la arena húmeda y suelta, que formaba el piso, quedaban perfectamente marcadas las huellas de sus piecitos, que por su pequeñez aun podía juzgarse que fueran los de una niña.

Iba vestida con una bata de muselina, que a pesar de su amplitud revelaba la riqueza y la morbidez de sus formas. Su cabellera rubia, que brillaba como el oro virgen, por los besos que en ella daba el sol, caía sobre la parte anterior de su cuerpo cubriéndola toda y formando una abundante y sedosa cascada de rizos, entre los cuales brillaban algunas gotas de agua, como si fuesen diamantes. Su estatura era más bien mediana que alta. Su aire distinguido. Su andar elegante. Hubiérase dicho que ondulaba copiando los movimientos de los rosales. Era la gracia mezclada a la gallardía que iba como deslizándose por en medio de las flores. Yo la creí una Venus vestida de espuma, que brotaba de un océano de rosas.

Al ruido que producían mis pasos volvió la cabeza, y al verme, lanzando un grito de júbilo, se precipitó a mi encuentro.

Sus brazos estrecharon con fuerza mi cuello, su frente se apoyó sobre mi pecho, y durante un minuto, que yo hubiera querido hacer eterno, percibióse con toda claridad el sonido de nuestros dos corazones, que latían con violencia. No podría nunca explicar lo que en aquel momento sentí.

Levantó la frente, sus ojos clavaron en los míos una mirada intensa, profunda, ardorosísima y su pecho agitóse convulsivamente por los sollozos; después brotaron las lágrimas, deslizándose por sus mejillas que estaban pálidas y tan blancas como un pétalo de azahar.

—¡Padre! ¡Padre! —gritó con indefinible acento, estrechándome de nuevo con

nervioso vigor.

El sol nos bañaba con sus rayos y cantaban los pájaros entre las ramas. Los rosales se movían graciosamente, mecidos por la fresca brisa de la mañana, y las ondas de perfume se mezclaban a las ondas de luz. La primavera prodigaba la savia y la electricidad, haciendo que todo lo que nos rodeaba, palpitase y se estremeciera, como si los latidos de nuestros corazones fuesen bastante poderosos para conmover a toda aquella festiva y voluptuosísima naturaleza.

—Cálmate, cálmate —murmuré al fin con voz apagada—, no llores así, no seas niña.

—Lloro de alegría —dijo desenlazando sus brazos y enjugándose los ojos con el pañuelo—. ¡Es tan dulce llorar así! ¡Deseaba yo tanto que vinieras! ¡Quería yo verte... verte... verte!...

—Pues ya me tienes aquí... mírame... —le dije poniendo mis manos sobre sus hombros y viendo con delicia su pequeña y purpúrea boca, su cutis blanco y finísimo y sus grandes ojos negros, que en aquel instante se alzaban a mirarme.

En aquella mirada hubo algo semejante a un relámpago.

Sus anchos párpados orlados de rizadas pestañas, velaron inmediatamente sus pupilas, sus mejillas se encendieron más que los pétalos de las rosas que nos rodeaban.

—Vamos a ver a *Mamita* —dijo tomándose una mano y estremeciéndose al contacto de ella.

—Vamos —contesté estremeciéndome también, como si hubiera recibido un choque eléctrico.

VII

Una hora después, mi madre, con los ojos enrojecidos por las lágrimas, Carmen y yo, estábamos sentados a la mesa almorzando. Ella estaba en frente de mí, y mis ojos no se cansaban de admirarla.

Su frente parecía de nácar y sus cejas oscuras eran graciosamente arqueadas, la nariz recta y fina, los dientes poseían un esmalte admirable, el óvalo del rostro era perfecto y en la barba había un hoyuelo que provocaba a besarlo. Las orejas eran pequeñas y transparentes, el cuello redondo y como exuberante de morbidez, en las mejillas suavemente coloreadas, había la frescura y el brillo de la juventud. La gracia, la simpatía y la inocencia completaban aquella belleza soberana.

Cuando nuestras miradas se encontraban, sus párpados velaban sus ojos y la sangre enrojecía aquel semblante hechicero, que el pudor aumentaba con su encanto.

Hablamos primero de mi ausencia, de mi viaje, de la muerte de mi tío, de la necesidad de los lutos y de que mi madre iría en la mañana siguiente a la capital, para comprarlos; después, ésta dijo:

—Es preciso que la regañes. Ya no es aquella niña alegre, graciosa y juguetona que tú dejaste; la vienes a encontrar triste, silenciosa y llena de divagaciones. Vamos a ver si a ti te lo confiesa. Yo le digo que está enamorada.

Carmen se puso del color de la púrpura, replicando en el acto:

—No, *Mamita*, no diga usted eso. ¡Y luego a él! ¡Jesús, qué vergüenza!

—¿Vergüenza de qué? —le dije—. ¿Acaso no tienes corazón?

—Sí —contestó mirándome y sonriéndose—, ¡pero soy tan joven para eso!

—¿Cuál es eso?

—Lo que dice *Mamita*.

—Dilo tú.

—Pues para eso, para querer —dijo sin dejar de sonreír.

—¿De manera que no quieres a nadie? —le interrogué.

—Sí, a *Mamita*.

—¿Y a nadie más?

—¡Sí, sí, a ti!... —exclamó con arranque, pero sin mirarme, y enrojeciéndose más de lo que ya estaba.

—Lo mismo dice siempre —repuso mi madre—; pero el hecho es que debe existir algo. Además, te diré que lleva algunos días de quejarse del corazón.

—Es dolor nervioso —dijo ella.

—Será preciso que te vea un médico —dije a mi vez, mirándola con inquietud.

—¿Para qué? —replicó—. Verás qué pronto estoy buena ahora que tú has venido.

—Eso equivale a decir que por mi ausencia estabas enferma.

—¡Te extrañaba yo tanto!

—¿Entonces pronto curarás?

—Si no estoy enferma —exclamó riendo y enseñando al hacerlo dos hileras de

dientes blancos, menudos y brillantes—, no tengo nada; pero si tú vuelves a irte... —agregó amenazándome con el índice de su mano derecha—, entonces sí me enfermaré.

—No tengas cuidado, ya no nos separaremos sino hasta que te cases.

—¡Entonces, nunca! —dijo.

—¿Por qué?

—Porque yo no me he de casar.

—Veremos —dijo mi madre sonriéndose con bondad al salir del comedor.

—¿Me ofreces estar contenta? —le dije entonces.

—Te lo prometo —me contestó, yéndose en seguimiento de mi madre que la llamaba.

Mi frente, que ardía, se apoyó en mis manos, y durante algunos minutos, yo no sé los pensamientos que cruzaron por mi cerebro.

Después, suspirando con satisfacción, pasé a mi estudio.

VIII

La herencia legada en mi favor era bastante considerable. Tres cuartas partes de ella habían quedado aseguradas en algunos bancos europeos, y con sus réditos podíamos vivir en lo de adelante, no sólo con comodidad, sino hasta con lujo. Con el resto, que yo traía en libranzas contra una casa de comercio de irreprochable crédito, pensaba comprar algunas fincas en la capital, a una de las cuales nos trasladaríamos en el invierno. La fortuna se me asociaba en la época más hermosa de mi vida. Sentía entonces en mí, como he dicho antes, la plenitud del hombre.

Trabajando en arreglar algunos documentos y en hacer algunas cuentas, se pasó la mañana, y aún a la hora en que comimos estuve terminando algunos apuntes. Ellas, creyendo que fuese algo urgente lo que hacía, no me interrumpieron, y cuando terminó la comida, pedí que me llevaran el café a mi estudio y continué trabajando sin interrupción alguna. Urgíame terminar, para consagrarme después única y solamente a los ensueños de mi cariño.

Faltábame muy poco para concluir, cuando Carmen entró en la pieza, deteniéndose a corta distancia de la mesa en la cual yo trabajaba. Levantando la frente, me puse a contemplarla.

Traía un vestido de merino azul turquí, que contrastaba deliciosamente con el rubio color de sus cabellos y con el blanco puro de su cuello. Su peinado era elegante, y una pequeña rosa púrpura, que adornaba su cabeza, parecía estar sujeta a un broche de oro, formado con una de sus gruesas trenzas que, dibujando un gracioso arco, atravesaba la parte superior de su cráneo. Algo como una chispa de inocente coquetería brillaba en sus pupilas. Inútil es agregar que estaba admirablemente bella.

Recordé entonces que cuando era niña, me agradaba que se vistiera con aquel color. ¿Lo recordaba también ella?

Apoyando las manos sobre la mesa, dijo:

—Madre dice que ya has trabajado mucho y no quiere que sigas.

—Dile, que ya estoy concluyendo.

—Déjalo para mañana, *papaíto*.

—Bueno, lo dejaré. ¿Pero qué hacías antes conmigo cuando me interrumpías algún trabajo?

Se puso pálida, e inclinando sus ojos, contestó en voz muy baja:

—No me acuerdo...

—Sí, te acuerdas, pero hoy me quieres menos que antes.

—Bien conoces que eso no es cierto.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

Su semblante se puso carmíneo, y acercándose tomó mi cabeza con temblorosas manos, depositando sobre mi frente un beso ligerísimo, que yo sentí como si fuese de fuego. Eso era lo que hacía conmigo cuando niña.

Después, irguiéndose, quedó en pie, frente a mí, muy encendida y con los ojos

bajos. Yo le dije:

—Vaya... ¿qué tiene de particular que una hija bese la frente de su padre?

—Es verdad —contestó con la voz muy conmovida—, eso me acaba de decir *Mamita*.

—¿Qué te ha dicho?

—Que yo estaba muy fría y muy indiferente para contigo, que antes era más cariñosa, y que...

—Vamos... ¿por qué te detienes?

—Y que... esta noche, cuando me despidiera de ti... hiciera como antes... pues si yo cambiaba en algo, se enojaría.

—Y tú, ¿qué dices de eso?

—Que *Mamita* tiene razón, y que ya verás como soy igual. ¿Acaso no soy siempre tu *hija*?

La última palabra fue acentuada con rara entonación, y atreviéndose a mirarme, agregó:

—Ya no trabajes. Vente, vamos al jardín.

—Vamos —pronuncié apenas, poniéndome en pie y siguiéndola.

Al pasar por la recámara de mi madre, la invitamos a que nos acompañase, lo cual rehusó, fundándose en que la humedad del piso arenoso de las calles del jardín, que se regaba con frecuencia, le era perjudicial.

Moría la tarde. Los vértices movibles de algunos pinos diseminados entre los otros árboles, estaban aún cambiando en oro los últimos besos del sol. Ligeros *cirrus* que, por sus colores cambiantes, parecían inmensos ópalos, flotaban sobre el azul sereno de los cielos. Las aves volvían apresuradamente a sus nidos y las hojas se movían agitadas por una brisa suave y tibia, cuyas ondas estaban impregnadas de aroma. La dulce poesía que tiene el crepúsculo vespertino, y que tanta tristeza produce en todos los seres, se manifestaba allí, despertando también en nosotros melancólicos pensamientos; los mugidos lejanos del ganado y los gorjeos de algunas aves era lo único que interrumpía aquel silencio que llenaba la atmósfera con indescriptible majestad.

Habíamos tomado al acaso uno de los senderos formados por los rosales, y Carmen, con su mano izquierda, levantaba graciosamente la falda de su vestido, para andar con mayor facilidad y para que no se le humedeciera al arrastrarla sobre la arena, recientemente mojada. Sus pequeños pies iban calzados con aquella elegancia, buen gusto y esmero que empleaba siempre para calzarse, y yo no me cansaba de mirarlos cada vez que aparecían como jugando con la tela del vestido.

El color encendido no había abandonado sus mejillas, ni la sonrisa sus labios. Sus ojos me miraban con una alegría tan candorosa y con una expresión tan tierna, que mi corazón se agitaba en el pecho aceleradamente. Marchamos así guardando silencio algunos minutos, y después dijo, deteniéndose junto a una banca formada por ramas entretejidas:

—Hace tiempo que me fatigo mucho al andar, no me gusta irme volviendo tan nerviosa. ¿Quieres que nos sentemos?

Le tomé su mano derecha, y obligándola cariñosamente a sentarse, me coloqué a su lado, haciéndolo también, pero sin abandonar aquella mano tibia y sedosa, que no trató por su parte de retirarme.

—Insisto en que te vea un médico —le dije—; a veces esas afecciones nerviosas son persistentes.

—Es inútil —me contestó—, ya te he dicho que estando tú aquí, pronto estaré buena.

—Así me lo has ofrecido.

Su boca permaneció muda, pero su cabeza hizo un movimiento afirmativo y sus ojos comenzaron a seguir con vaguedad los círculos que en el espacio trazaba el vuelo de una golondrina. Repentinamente se volvió hacia mí, y mirándome con fijeza y con timidez:

—¿Cuál fue mi última carta que recibiste? —preguntó.

—Ésta —le dije, sacándola de mi bolsa de pecho, donde la llevaba, y enseñándosela.

Su mano, que conservaba con la otra mía, tembló en aquel momento, y sus párpados velaron sus ojos, que se cubrieron de lágrimas al decirme:

—¡Qué bueno, qué noble y qué generoso has sido para conmigo! Fuiste siempre tan cariñoso, que hubiera jurado eras realmente mi padre.

—¿Ana, tu nodriza, te ha desengañado?

—Sí. Ella me refirió lo que tú hiciste por mí antes que tuviese memoria y conciencia de los actos de mi vida, y después... yo de todo me acuerdo —murmuró con una voz dulcísima.

—Y entonces, ¿qué pensaste?

—No pensé... sentí —exclamó con arrebató—. Lloré mucho y te quise más de lo que antes te quería. No le dije nada a *Mamita* y, yo no sé por qué, pero me daba mucha vergüenza escribirte. Por eso dejé de hacerlo un correo. Después, recordando que todo te lo debía yo a ti... escribí esa carta dictada por mi gratitud. Vida, educación, sentimientos e ideas... ¡todo, todo me has dado! ¿Comprendes lo que yo he sentido al saberlo? ¿Me perdonas lo que escribí? ¿Me permites que te siga llamando padre, aun cuando no lo seas?

Su voz estaba conmovida y algunas lágrimas rodaban por sus mejillas. Sus ojos permanecían bajos y velados, y un ligero estremecimiento sacudía su cuerpo. En el cielo luminoso de la tarde, el planeta Venus comenzaba a brillar y las sombras a extenderse bajo los árboles, agitados por los invisibles soplos de la primavera.

—No me digas eso —repliqué—, no me hables de lo que me debes, porque nada es. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi lugar. Además, gran parte de lo que me atribuyes corresponde a mi madre.

—¿A *Mamita*? —murmuró con la voz más conmovida—. Es cierto, y mucho le

debo; pero si tú no hubieras recogido a la pobre huérfana, si tú no la hubieras llevado como me llevaste... ¿qué habría podido hacer por mí?... ¡Oh, tú... sólo tú eres el dueño de mi vida, tú eres el padre de mi ser!

Los sollozos cortaron su voz.

—Vamos —le dije con dulzura—, ya te pedí antes que no hablemos de eso. Ya sabes que no soy tu padre, pero como si lo fuera.

Con la mano que tenía yo libre, saqué mi pañuelo, comenzando a enjugarle aquellas preciosas lágrimas. La emoción me ahogaba, y mi voz, trémula también, dijo casi balbuciendo, pero con un acento arrancado del fondo de mi alma:

—¡Además, te quiero tanto... tanto... que tal vez hoy me arrepentiría yo de ser tu padre!

—¡Calla, no digas eso! —pronunció apenas con voz casi imperceptible, estremeciéndose toda y mirándome con ansia infinita.

En aquella claridad del crepúsculo apacible y poética, nuestros ojos se miraron centelleando durante algunos segundos. Nuestras almas se mezclaron y se confundieron en una sola. Nada nos dijimos. Mi mano, que todavía no abandonaba la suya, la fue oprimiendo dulcemente; ella contestó oprimiéndomela también con energía y colocándomela sobre su seno, bajo del cual se sentía palpar con fuerza y muy aceleradamente su virgen corazón. Después, su cabeza se fue inclinando hasta apoyarse sobre mi hombro izquierdo, y yo, loco, delirando y sin saber lo que hacía, puse mis labios, por primera vez en mi vida, sobre aquella frente que hasta entonces, nadie, ni aun mi madre había tocado.

Ella cerró completamente sus radiantes ojos y sentí que oprimía mi mano contra su corazón, de una manera febril.

¿Qué tiempo permanecemos así? No lo sé... pero hubo un instante, en el cual me di cuenta de que la tarde había concluído y de que las estrellas brillaban en el azul ya oscuro del firmamento. Me puse en pie y le dije:

—Ven... vámonos.

Quiso obedecerme, pero no pudo. Le faltaban las fuerzas.

Mi brazo izquierdo rodeó ligeramente su cintura, y sosteniéndola, comenzamos a andar con dirección a la puerta de la casa que comunicaba con el jardín.

Su cabeza buscó el apoyo que antes tenía, y como al hacerlo, vino a colocarse exactamente sobre mi corazón, ella pudo entonces sentir y oír que me palpitaba con tal fuerza, que parecía querer saltáseme del pecho. Se detuvo un momento, levantó su frente, y mirándome con intensidad, se abrieron sus labios dando paso a una adorable sonrisa.

Seguimos avanzando lentamente, y al estar próximos a la puerta, se irguió desprendiéndose de mi brazo.

—No le vayas a decir nada a mi madre —dije muy quedo.

—¿De qué? —me preguntó sonriendo.

—De lo que hemos estado hablando.

—¿Y a Dios?

Al decir esto, penetró a la casa rápidamente, y desde lejos me hizo una seña de amenaza con la mano derecha, y en seguida se colocó el dedo índice, atravesado verticalmente sobre sus labios, como recomendando también el silencio.

La seguí hasta la sala donde se hallaba mi madre y nos sentamos en un confidente. Yo en medio de ellas.

IX

La sala tenía dos ventanas enrejadas que daban sobre el jardín; en medio de éstas, había un piano vertical de Steinway, en el cual Carmen estudió cuando niña.

Sobre aquel piano estaba colocado un quinqué con un velador de porcelana, que servía para iluminar la pieza.

Tomé con mi mano derecha una de las de mi madre, y con la izquierda una de las de Carmen, y oprimiéndolas afectuosamente, les dije:

—Crean ustedes que me siento feliz.

—Pues bendice a Dios —observó mi madre—, porque a pesar de todo lo que nos dicta el orgullo, la verdad es que somos indignos de los favores de la Providencia.

Carmen permaneció callada, pero sentí que su mano oprimía dulcemente la mía.

Durante unas dos horas tuvimos una de esas charlas, en las que de todo se habla, de nuestras relaciones, de nuestro pasado y de nuestros proyectos. Mi madre apoyó mis ideas, y después, viéndonos en silencio, dijo a Carmen:

—*Papaíto* no sabe lo que has adelantado en la música. Anda a tocar algo.

La llevé al piano y me preguntó al sentarse en frente de él:

—¿Qué quieres que toque?

—Lo que más te agrade. ¿No tenemos por ventura iguales gustos?

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios, y una mirada rápida y ardiente vino a besar mis pupilas. Yo abrí el piano.

Es de advertir que éste se hallaba colocado, respecto del confidente que ocupaba mi madre, en una posición tal, que aquélla no podía vernos, pues casi nos daba las espaldas.

La luz del quinqué caía bañando la cara de Carmen, y el velador la opacaba un poco con relación a mí, que me había apoyado sobre la parte superior del piano y que, seguro de no ser visto por mi madre, fijaba mis ojos y con ellos mi alma, sobre el semblante animado y ruboroso de aquella preciosa niña, a quien ya adoraba con ciega idolatría.

Carmen dejó correr sus manos sobre el teclado, ejecutando con maestría un dulcísimo preludio y tocando después unas variaciones sobre temas de *la Sonámbula*. Las cuerdas del piano vibraban con tanta expresión que parecían tener alma. En determinados momentos su mirada buscaba la mía. Al terminar, yo no supe qué decir y murmuré:

—¡Admirable... admirable!

—Toca bien —agregó mi madre desde su asiento—; durante los tres años de tu ausencia, no ha dejado de estudiar cuatro horas diarias. La práctica hace los maestros.

—¡Vaya, *Mamita*! —dijo ella haciendo girar su asiento, tal vez para contestarla, tal vez también para observar si aquélla la veía—; vaya, no diga usted eso, porque no podré seguir.

—¡Sigue... sigue! —exclamé devorándola con los ojos.

Las manos de Carmen... ¡No, las manos no! El corazón de Carmen ejecutó en el piano el aria del delirio de *Lucía*.

Donizetti, al oírla, debe de haberse estremecido en la tumba.

Al concluir, sus manos, más blancas que el marfil que tocaban, continuaron vagando sobre el teclado, arrancando al piano melodías dulcísimas, sonidos que parecían sollozos, notas que imitaban quejas. Era su alma la que hablaba. Su corazón y sus pensamientos, traducidos en música, que yo temblando de gozo recogía en mis oídos embelesados. Sus ojos brillaban de inspiración, y al fijarse en mí se humedecían de ternura. Yo no podía apartar los míos de aquel rostro conmovido, ruboroso y brillante, que ya no era el de una mujer, porque se había transfigurado en el de una diosa. Musa divina que me comunicaba su inspiración, astro del cual bebía yo la luz, ángel que me obligaba a creer en nuevos y espléndidos horizontes de amor.

Tocaba al acaso, creando. Improvisaba, y en esas improvisaciones reflejábase lo que sentía, sus ojos apenas se fijaban en las teclas, porque su mirada brillante y húmeda, buscaba la mía, que ardiente y fija sobre ella, la devoraba sin cesar con el anhelo inmenso de la pasión.

Hubo un instante en el cual pensé, que si ella continuaba tocando, no podría contenerme, y tomándole con fuerza una de sus manos, le dije:

—¡Basta! ¡Tocas con tanta expresión, que me hace daño oírte!

—¡Es verdad! —exclamó mi madre, la cual se limpiaba con su pañuelo algunas lágrimas—, esa música parece el eco de un amor imposible y desesperado.

En los ojos de Carmen brilló una mirada de triunfo. Lo que ella había querido expresar, lo había expresado. Su mano oprimió la mía al oír aquella frase de mi madre, y después, sonriendo fue a besarle la frente y se sentó a su lado.

Encontrándome muy conmovido, me acerqué a ellas y me despedí pretextando cansancio.

Mientras atravesaba yo la sala, aproximándome a la puerta que la unía con mi recámara, oí que hablaban quedo, y después la voz de Carmen que me decía:

—Espera, *Papá*. ¡Qué modo tienes de despedirte de tu hijita!

Me detuve y ella se me acercó sonriendo, ruborosa, trémula, y tomando mi cabeza con sus manos que temblaban mucho, depositó sobre mi frente un beso...

Aquel beso... ¡No! ¡no! ¡Yo no quiero, ni puedo describirlo! Siento celos al pensar que alguien pudiera comprenderlo.

¡Después de aquella caricia, nada me quedaba ya por gozar en la vida!

X

Eran las diez de la noche cuando me retiré a mi cuarto. Pensando en todas las emociones de aquel día, me refugié en mi lecho para conciliar el sueño; pero el corazón había despertado, oponiéndose ya a que el cuerpo pudiese dormir.

Ella me amaba. Sin que me lo hubiese dicho, yo lo comprendía. La emoción que experimentó al verme aquella mañana, el diálogo que tuvimos en la mesa, la explicación habida en la tarde, sus sonrisas y sus estremecimientos, sus rubores y sus miradas, sus actos y sus ideas, todo en ella venía denunciando la pasión. Me amaba desde mucho antes, tal vez cuando en la cuna me tendía sonriendo sus manecitas, o más tarde, cuando le guiaba su pequeño dedo color de rosa sobre las letras, me amaba ya. Tal vez también me amaba desde que éramos almas habitantes de los cielos, y por eso Dios la puso en mi camino.

Yo la había recogido y adoptado como a una hija, procurando formarla y darle educación, sentimientos, moralidad e ideas. Yo había formado una alma noble, generosa y buena, que era para mí toda reconocimiento. Alma que se acostumbró a quererme cuando era niña, creyéndome su padre, y cuya gratitud y cariño se transformara en amor, cuando supo que no lo era. Nada más fácil, más lógico ni más natural. Educada lejos del trato social, sin esas amigas de colegio que tanto malo enseñan, y sin que hubiese hablado en la vida con otro hombre que no fuese yo o aquel pobre viejo que nos servía de jardinero y que la respetaba tanto como puede respetarse a una madre; sin que hubiese podido concebir la idea del mal, conservando la pureza y la virginidad de su cuerpo, de sus sentidos y de su alma, entregada al estudio, al amor de mi madre y al mío, había llegado a ser una mujer bella, instruida, inteligente y apasionada sin perder por ello sus gracias infantiles, sus inocencias de niña y sus exquisitos candores. Así es que amaba con la ignorancia absoluta de lo que era el amor, y solo el secreto instinto de la Eva la había obligado y la obligaba aún a reservarse de mi madre. Sencilla, y sin embargo, fogosa y arrebatada, desde el primer momento en que volvió a verme, sabiendo que no era yo su padre, manifestó inconscientemente en todo su pasión.

Yo la amaba con la sed insaciable del corazón que ama por la primera vez, y también como se ama la obra de arte a la cual hemos consagrado nuestra vida. Hija, no de mi naturaleza, pero sí de mi cerebro y de mi corazón, yo la amaba como mía. ¿Y por qué no decirlo? El amor debe definirse tal como se siente, y yo sentía, al mismo tiempo que la más profunda idealidad, la atracción irresistible y ardiente, despertada en mí por su belleza soberana, y por la morbidez y las curvas admirables de sus formas de Venus: ángel y estrella, beso y deleite, luz y fuego era para mí aquella mujer.

Yo amaba. Amaba como yo he amado. Con energía y con ardimiento salvaje. En mis pasiones he sido fiera: león para mis amores, tigre para mis odios. Me he sentido capaz de matar a una mujer, cuando yo la he amado, para evitar que otro la posea, y

mis rencores, mis venganzas y mis odios han pasado más allá de la tumba. Corazón negro, exclamarán algunos. Aceptado.

Soy de los que nunca olvidan; pero también de los que nunca perdonan; como extremo, detesto los términos medios. El bien que recibo me conmueve, me entenece, me esclaviza; pero el mal que se me causa, se graba como con fuego en mi memoria y en mi corazón. Acariciar o herir, he ahí mi existencia. Vida de acción que a cada instante crece, aumenta, se dilata y se multiplica. Vida febril que ha condensado los años en horas, ante el soplo candente de esos amores y de esos odios. Resumiendo: vida ardiente, quemante, volcánica, vida de pasión. No me importa que se me juzgue mal o, creyéndome exagerado, se me critique y se me burle, lo cierto es que yo siento y soy así... es decir... yo sentía y era así.

Soñando despierto, yo gozaba y sufría. Reminiscencias e ilusiones poblaban mi cerebro. ¡Quién sabe lo que pensé en aquellas horas candentes de mi vida! ¡Oí dar las tres de la madrugada en el reloj de mi estudio y me dormí, recordando que quince años y meses antes, a la misma hora, había salvado del abandono y de la muerte a aquella niña cuyo amor vendría después a convertir en fuego la sangre de mis venas y a transformarme en llama el corazón!

XI

Eran las ocho de la mañana siguiente cuando salí de mi cuarto, sin que las horas de inquieto sueño que había disfrutado me hubieran vuelto el vigor perdido. Yo estaba cansado, nervioso, lleno de una profunda melancolía y de indefinibles exaltaciones. Hubiérase dicho que comenzaba a invadirme una especie de fiebre.

Encontré a Carmen que volvía del jardín, bañada y vestida como en la mañana del día anterior; pero me pareció al hablarme, como un poco más pálida y más trémula.

—*Mamita* ha ido a México —dijo después de que nos saludamos— ofreció volver a las once. ¿Quieres almorzar?

—No —repliqué contestándola— no tengo apetito, la esperaré.

—Entonces, la esperaremos.

—¿No has almorzado?

—Te esperaba.

—Pues vamos a hacerlo.

—Tampoco tengo hambre.

—Aunque —le dije tomándole su mano izquierda y conduciéndola al comedor— los dos hacemos mal y debemos esforzar nuestro apetito.

—¿Por qué no fuiste a México? —la pregunté cuando nos sentamos a la mesa.

—*Mamita* no quiso —contestó sirviéndome, a la vez que agitaba la campanilla llamando a una criada, que se presentó, y a la cual hizo seña de que nos atendiera— dijo que yo me quedara de ama de casa y que te cuidase mucho.

Ella, al hablar, permanecía con los ojos bajos.

—¿Por qué estás así? —le dije tomando, aunque de mala gana, algo de lo que me había servido—. Diríase que tienes como miedo.

—¿Miedo de qué? —contestó mirándome, pero con tal ternura, que sentí mis ojos humedecerse.

—¿Dormiste bien? —pregunté esquivando la respuesta.

—No. Creía seguir hablando contigo y no pude dormirte hasta las tres.

¡Extraña coincidencia! Ambos nos habíamos dormido al mismo tiempo, como si antes, el diálogo de nuestros pensamientos nos lo hubiese evitado.

—¿Pensabas en mí?

—¡Y tanto! ¡No te acabo de decir que hasta creí que hablábamos!

—¡Vaya! ¡Cuéntame eso! ¿Qué nos decíamos?

Su palidez desapareció y sus mejillas se pusieron casi tan rojas como sus labios.

—Se me ha olvidado —dijo.

—No es cierto. ¿De ayer a hoy todo se te ha olvidado?

—Supón que me acuerdo, pero supón también que no puedo decírtelo.

—Entonces me enojaré y...

Su mirada se clavó en la mía con ansiedad suprema.

—Volveré a irme —agregué.

—¡Oh no! ¡no! —exclamó poniéndose en pie y tomando una de mis manos como si quisiera detenerme.

—¡Pues entonces, dímelo!

—¡Imposible! ¡No puedo!

—Inventa un modo para que yo lo comprenda.

—¡Ah sí! ¡Eso sí! ¡Ven! —me dijo, llevándome para la sala y sentándose frente al piano, que había permanecido abierto, desde la noche anterior.

Sus manos cayeron sobre el teclado arrancándole una melodía dulce, triste, sollozante, en que estaban traducidas todas las agonías, las quejas y las esperanzas de un corazón apasionado. Aquella música era amor, y sus notas eran palabras que se combinaban en frases llenas de sentimientos, y en las cuales, a veces parecía hablar el alma candorosa de la niña, otras el alma de fuego de la mujer. Amor inmenso, ardiente, desesperado, que no hubiera podido expresarse en palabras, porque su vehemencia las habría hecho evaporarse como se evaporaban aquellas notas en vibraciones dulcísimas, llenas de ternura y expresando, sin embargo, todos los variadísimos tonos de la pasión.

Tocó de una manera admirable, maravillosa, sublime, como nunca lo había yo oído, y como estoy seguro de no volverlo a oír. En su angélico rostro brillaba la inspiración, y en sus ojos el alma.

La melodía en que ella estaba haciendo hablar su corazón fue debilitándose. Las yemas color de rosa de sus afilados dedos, apenas rozaban el marfil de las teclas, y las notas se fueron desvaneciendo gradualmente, hasta perderse en un último sonido infinitamente desgarrador.

Yo había aspirado con toda mi alma, una por una de aquellas notas en que ella acababa de decirme lo que ambos tanto sabíamos y que ninguno de los dos se atrevía a explicar por medio de frases.

—¿Estás contento? —me dijo poniéndose en pie.

—¡Oh sí! —exclamé— así tocan los ángeles en el arpa de los astros, así toca la poesía en la lira de las almas, y así tocas también tú, porque toda eres ángel y toda eres poesía.

—¿Ya no te irás? —interrogó, mirándome aún con ansiedad.

—¡No, mi vida! ¡No!

—¡Es que si tú te fueras ahora, me moriría!

—¡Ya no nos separaremos nunca!

—¿Nunca?

—¡Jamás, *amor mío!* —le dije tomándole sus manos y atrayéndola a mis brazos.

Ella ocultó su frente enrojecida por el rubor, sobre mi pecho que palpitaba, sus brazos estrecharon mi cuello, y levantando otra vez la frente y mirándome como con humildad, balbució con acento suplicante y dulcísimo:

—No me digas así...

Nada la contesté. Yo sentía agitarse entre mis brazos aquellas formas de Venus,

sin que me despertasen el menor deseo. Ella se desprendió suavemente de mí, y atrayéndome a un sofá que se hallaba enfrente de una de las ventanas, nos sentamos en él, nuestras manos se estrecharon con fuerza y nuestros ojos se vieron con tenaz y prolongadísima mirada.

La vidriera de aquella ventana se abrió con violencia, impulsada por el aire, y una de sus ráfagas llena de aromas, trajo hasta nuestros oídos los dulces ecos de la música cantada por los pájaros entre las ramas de los árboles.

Permanecimos en aquella situación durante largo tiempo. Nada nos decíamos. Los ojos hablaban por nuestras almas, pero los labios permanecían mudos. A veces, ella o yo, suspirábamos y entonces nuestras manos se oprimían suavemente. A veces, también un calosfrío inexplicable recorría mi cuerpo, y al advertirlo ella, la sonrisa le daba radiación al semblante. De pronto alguno de nosotros miraba el pedazo de cielo azul y diamantino que se veía al través de la ventana, y las ramas movibles de algunos árboles, que por su verdor y brillantez parecían como ramajes de esmeralda, y en seguida nuestros ojos volvían a mirarse con mayor intensidad y con creciente fascinación.

Hermosa, pura, radiante, embriagada de dicha, rebosando todas las inocencias y las castidades, palideciendo para volver a enrojecerse, trémula y desfallecida de amor, pero de un amor que suprimía las voluptuosidades y comenzaba por el éxtasis, ella estaba allí, a mi lado, deslumbrándome con la luz de sus sonrisas y con la pasión que brillaba en sus ojos, fascinando a mi espíritu que enloquecía, y absorbiendo en mis miradas todas las ansias del corazón.

¿Para qué turbar aquel silencio causado por el exceso de la emoción? ¿Qué teníamos que decirnos? ¿Para qué hablarnos? Nuestras almas estaban identificadas por los mismos recuerdos, acciones, sentimientos e ideas. Éramos dos mitades de un ser que se completaban la una a la otra. ¿Éramos dos realmente? ¿No era ella el corazón y yo el cerebro de un mismo, solo y único ser? ¿Había algo en nosotros que no fuese común en ambos e idéntico en los dos? ¿Qué podía yo pensar sin que ella, leyendo el pensamiento que revelaban mis ojos, en el acto no reprodujese la respuesta en los suyos? ¿Qué podía yo sentir en mi corazón, sin que el suyo, como un eco fiel no me contestase? ¿Nuestras dos voluntades no eran acaso como dos gotas de agua ya confundidas en una, y cuyos elementos quedan ya mezclados para siempre? Ella y yo lo comprendíamos así, y ambos callábamos mirándonos, bajando a veces los ojos para volvernos a mirar y beber en aquellas miradas, con ansia nueva, todas las puras embriagueces de la pasión.

¡Ah! Los que no han vivido por una mirada, no podrán nunca comprender que unos cuantos minutos de igual deleite, pueden comprarse con una existencia en la tierra, a pesar de todos sus dolores.

¡Mirar es un poema! ¡Mirar a la mujer amada es ver al ideal... es ver a Dios!

XII

Repentinamente oímos el sonido metálico, agudo y vibrante de un timbre que había en la puerta de la calle para llamar. Carmen desprendió sus manos de las mías, y poniéndose en pie y sacudiendo con gracia su adorable cabeza, dijo:

—Es *Mamita* que llega.

Mis ojos se fijaron en la aguja del reloj de sala y quedé asombrado. Eran las once y media del día. Tres horas habíamos pasado mirándonos y estrechando nuestras manos y nuestras almas, sin hablar durante ese tiempo, que había pasado para los dos como si fuesen tres minutos.

Sin la ventana abierta, el eco del timbre no habría llegado, y mi madre hubiera podido aproximarse hasta nosotros, sin que la advirtiésemos.

Pasados algunos instantes, entraba en la pieza, acompañada por una mujer, que traía los géneros comprados, y la cual se alejó de allí, después de colocar aquellos efectos sobre una mesa.

Carmen se precipitó sobre mi madre, quitándole el velo, los guantes, la sombrilla y obligándola a sentarse en el sofá que antes ocupábamos.

—¿Viene cansada? —le dije aproximándome y tomando asiento junto de ella.

—Cansada de no verte —contestó— después de estar separada de ti esos largos tres años, no puedo estar lo mismo tres horas.

—¡Gracias, madre mía! —exclamé besando su pálida frente coronada de canas—, repito lo que dije a Carmen: Ya no volveremos a separarnos.

—Dios lo quiera, hijo mío; pero ¡quién sabe!

—¿Por qué dices eso, *Mamita*? —interrogó Carmen que se había quedado de pie junto a mi madre.

—Me voy haciendo vieja, hijos míos —murmuró con voz conmovida—, y van ustedes a reírse, pero la verdad es que yo le tengo miedo a esos lutos.

—¡Bah! —repuse riendo—; ¡como decía, preocupaciones, madre, y nada más!

—Sí, hijo, sí, preocupaciones de las que nadie está exento por más que lo diga, en esta forma o en otra, pero que yo llamo presentimientos.

Carmen se arrodilló delante de mi madre, y sus cabellos rubios y rizados le cubrieron la espalda, cayendo después y formando por su longitud, como un montón de oro sobre la alfombra que cubría el piso. Apoderóse de las manos de la anciana y las llenó de besos; al levantar su frente, estaba muy pálida.

—¿Qué tienes? ¿Estás mala? —interrogó mi madre con inquietud.

—Ese latido tan feo —contestó, procurando sonreír, pero palideciendo cada vez más.

—¿Qué latido es ése? —interrogué a mi vez con ansia.

—Nervioso, puramente nervioso —repuso Carmen—, pero desagradable.

—Si fuera nervioso habría desaparecido con los baños fríos —agregó mi madre.

Tomando las manos de Carmen la obligué a sentarse al lado de mi madre, y quise

aplicar mi oído sobre su seno; pero ella, cruzando sobre él sus manos, exclamó:

—¿Qué quiere hacer, *Mamita*? ¡No lo deje usted! ¡Vaya! ¿qué es eso, *Papá*?

—No seas tonta, criatura. Deja que te examine, hijita —le contestó.

Por primera vez en su vida, algo que no era tela, aire ni agua, tocó aquel seno virginal y mórbidamente nervioso. Mi oído escuchaba en contacto directo con su carne, cubierta apenas con finísima batista y la blanca muselina de la bata que vestía, y escuchaba con profunda concentración. Transcurrido un minuto me puse en pie, pero intensamente pálido, mientras que a ella parecía brotarle sangre del cutis. Mi palidez la observé en un espejo que estaba colocado sobre el sofá.

El autor de mi vida había muerto de hipertrofia en el corazón, y el sonido que el médico que le asistió me había hecho observar muchas veces en aquella entraña de mi padre, era enteramente igual al que yo acababa de advertir en el corazón de Carmen.

Evidentemente en ambos existía la misma enfermedad. Sin embargo, no siendo yo médico, era también muy fácil que me equivocase. Tratando de disimular mi angustia, inmensa en aquel instante, dije en el acto:

—¡No es nada! Creo que en efecto son los nervios.

Mi madre no se dejó engañar, y tratando de alejar a Carmen, le dijo:

—Pide la comida, hijita.

Inmediatamente que ella pasó el umbral de la puerta, tomando mis dos manos y estrechándolas con energía:

—¿Qué tiene esa niña? No trates de engañarme. He leído el espanto en tus ojos. ¡Vamos, dime la verdad!

—Un latido violento —contesté fingiendo calma—, pueden ser los nervios, como yo creo; pero pudiera ser otra cosa...

—¡No me engañes!

—No la engaño a usted, mamá. Mañana traeré a un médico amigo mío, y sabremos a qué atenernos.

—¡Yo tengo la culpa! —exclamó—; conociéndola como la conozco, no debía haber dicho lo que dije. Esa niña es una sensitiva y las emociones la matan.

Al oír la última palabra temblé. Mi madre dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sofá, diciendo, como si hablara consigo misma:

—¡Tengo miedo a esos lutos, Dios mío! ¡En todo caso, Señor... que sea yo quien reciba el beso de la muerte!

—¡Ya está! —avisó Carmen desde la puerta de la sala.

—Vamos, madre mía —dije, tomándole una de sus manos, y después, conduciéndola—: Vamos, no hay que tener esas ideas. No se olvide usted de que algún día hemos de ser felices.

Mi madre me miró sin contestarme, y haciendo un esfuerzo por sonreír. En seguida nos sentamos a la mesa.

La comida fue triste, porque todos estábamos preocupados. Mi madre tenía razón.

Con aquellos trapos negros, algo sombrío parecía haber penetrado en la casa. Yo me estremecía y me estremezco aún, ante lo que llamamos presentimientos.

XIII

Concluída la comida volvimos a la sala. Me llevaron allí mi café, que iba tomando en pequeños y lentos tragos, saboreándole con delicia, y observando el color dorado que bañaba la porcelana de la taza, mientras que mi madre y Carmen extendían el merino negro, y midiéndolo y calculándolo, comenzaban a cortarlo con arreglo a las líneas que en él trazaban. Tal vez por causa del vino que habíamos tomado al comer, vino exquisito y añejo traído por mí, a mi vuelta de Europa, la preocupación había desaparecido por entonces y los pensamientos fúnebres no se despertaban ya ni aun a la vista de los lienzos negros extendidos sobre el piso de la sala.

Carmen, con el color encendido, el cabello suelto y flotando sobre sus espaldas, la boca húmeda, roja y sonriente, y los ojos brillantes, se levantaba a veces la falda de la bata para no enrollar el género extendido, y al pasar sobre él, de un lado al otro, dejaba ver sus piecitos de niña, primorosamente calzados con unos finos botines de seda negra y zapatilla de charol, que hacían resplandecer, por el contraste, una pulgada de media visible y blanquísima, que a veces también aparecía con provocante gracia, y que se ocultaban inmediatamente, como si el pudor existiera hasta en los preciosos pies de aquella mujer.

Carmen iba y venía, corría y saltaba, ora calculando y midiendo, para después cortar y doblar, ora extendiendo nuevo género sobre el piso para repetir los cálculos, los cortes y los dobleces. Cada vez que pasaba próxima a mi madre le hacía alguna juguetona caricia, sorprendiéndola con un abrazo imprevisto o con un rápido y sonoro beso, riéndose después con júbilo de las sorpresas que aquélla exageraba, y continuando con actividad en su afanosa tarea.

Penetraban por las ventanas abiertas ráfagas de aire caliente y perfumado, las dulces armonías de las aves y los indefinibles murmullos de la naturaleza. El sol descendía lentamente y las abejas zumbaban, libando la miel de las madreselvas, marchitas por el calor. Las mariposas revoloteaban entre las flores, y las golondrinas y los gorriones entre los fresnos. Adivinábanse los besos de los nidos. La savia ascendente hacía crujir los tallos. La primavera lo fecundaba todo, haciendo circular por la atmósfera corrientes de vida y de electricidad, que nos producían una deliciosa languidez y un desfallecimiento impregnado de voluptuosidades. La madre naturaleza hablaba de amor.

Toda esa tarde tuvimos una de esas dulces pláticas de familia, en las que el espíritu parece rejuvenecerse, porque con la memoria recorre su pasado: hablamos de cuando Carmen era niña, de su manera defectuosa de hablar cuando comenzaba a hacerlo, de sus gracias infantiles, de sus travesuras, sus caprichos y sus gustos; en una palabra, de simplezas, que para nosotros estaban llenas de encanto. Mi madre iba refiriendo cosas que yo había olvidado, pero que al momento volvían a mi cerebro con nuevo vigor, fresca y colorido; al hablar de aquellas pequeñeces, la mirada dulce siempre de mi madre se fijaba en Carmen con indefinible expresión de ternura.

Ésta sonreía sacudiendo sus rubios cabellos y amenazándome con su mano derecha, cuando mis ojos se fijaban en los suyos con insistencia. Mi madre sorprendió algunas de aquellas miradas y aquellas señas, y su semblante, no ajado aún por los años, se iluminaba con una sonrisa de felicidad. ¿Comprendía ella nuestro amor? ¿Lo esperaba calculándolo? ¿Lo deseaba tanto como nosotros? ¿Confiaba en mí más de lo que debiera haber confiado? ¿Calificaba aquel sentimiento como semejante al que pueden profesarse dos hermanos? Ella parecía aprobar y aprobar con júbilo. Carmen por su instinto de mujer y por su pudor, disimulaba. Por mi parte yo me reservaba también. Los tres nos sentíamos felices y así lo manifestábamos. Entre seres que se aman, basta en esas horas tranquilas la presencia para la felicidad.

Sin embargo, esa noche tampoco pude dormir. La inquietud producida por la enfermedad de Carmen, alejó de mis ojos el sueño hasta la madrugada en que dormí algunas horas.

XIV

En la mañana siguiente, traje de la capital a un médico, íntimo amigo mío, antiguo camarada de colegio, y con quien tenía yo la confianza bastante para hacerle las confidencias de mi cariño.

Él estuvo interrogándonos sobre la manera de vivir de Carmen, sobre sus costumbres, carácter, sentimientos e ideas, y practicó un reconocimiento detenido y concienzudo, retirándose después de recetar y prescribir un régimen, que nos recomendó fuese observado con la mayor exactitud. No quiso decirme nada, fundándose en que aún no tenía datos suficientes para juzgar, si aquello era el principio de una hipertrofia o solamente una afección nerviosa. Ofreció volver más adelante y todos quedamos tranquilos, pues a pesar de nuestra profunda observación, no le advertimos el menor síntoma de alarma.

Trascurrieron tres días, los más felices indudablemente de mi vida, de los cuales no quisiera acordarme, porque las lágrimas se agolpan no a mis ojos, que ha tiempo no las vierten, pero sí a mi corazón que al recordarlos, parece como que se sofoca con sus latidos.

Yo rehusaba salir de casa, y tanto mi madre como Carmen apoyaban aquel aislamiento y aquella concentración en la vida del hogar. ¿Para qué necesitaba yo salir? ¿Por qué alejarme de aquellos dos corazones que formaban el mío? ¿Adónde iría yo que fuese más feliz? Habíamos estado tanto tiempo separados, que razón y sentimiento de sobra había, para que evitásemos separarnos, aun cuando sólo fuese durante algunas horas. Mi madre pretextaba, para no salir de casa, las exigencias del luto: Carmen a su vez, que hacía bastante ejercicio en el jardín y que aquella atmósfera era más saludable que cualquiera otra; y yo por mi parte, que careciendo de negocios urgentes, prefería estar allí para aclimatarme y no contraer alguna enfermedad. Los tres estábamos perfectamente de acuerdo y procurando manifestar en todo nuestra satisfacción por aquella vida. Para mí, vivir así era vivir feliz.

Verla en la mañana temprano, después de bañarse, fresca, risueña y ruborosa, que corría por el jardín recogiendo flores; ir con ella y con mi madre al almuerzo matutino y frugal; acompañarlas mientras cosían sus lutos, leyéndolas a ratos, y a ratos conversando, hasta que llegaba el medio día para volver a la mesa; irnos a la sala para que yo tomase mi café y ella tocara en el piano, arrancando lágrimas a los ojos de mi madre y vibraciones a mi corazón, ver en el jardín la caída de la tarde, las magníficas puestas del sol, que parecía hundirse en inmenso horizonte de flamas, y el principio de la noche, que llegaba tendiendo sus luminosos encajes de estrellas; entrar nuevamente, sentarnos juntos en un sofá, yo en medio de las dos, hablando de no sé qué dulcísimas cosas, acariciándole los finos dedos de su mano derecha con la izquierda mía, que ambos ocultábamos a las miradas de mi madre, siempre fijas en nosotros con expresión de ternura; despedirnos a las diez para entregarnos al reposo, recibir sobre mi frente aquel beso, empleado por ella desde niña como un adiós, pero

el que no podía ya darme sin conmoverse, sin temblar y sin quemarme, porque era ya un beso de amor; soñar después el uno con el otro y mi madre con ambos, para seguir al día siguiente una reproducción exacta y fiel de todo lo anterior, he ahí cómo vivíamos.

Verla, mirarla, contemplarla, acariciándola con la imaginación y absorbiéndola, por explicarme así, con el anhelo de mi espíritu; seguirla con ojos ansiosos, desde la mañana a la noche, persiguiéndola con el brillo de incesante mirada, ejerciendo tenaz fascinación, y como si hubiera tratado de quitarle toda otra presencia que no fuese la mía, tal era mi estado moral.

Ella me miraba también, pero sus ojos parecían a veces temerme y sus párpados velaban sus pupilas, y otras, su mirar denotaba la expresión de algo como una suprema angustia, y entonces, se prolongaba, causando en mi corazón profundas convulsiones. Todas aquellas miradas iban siempre unidas a rubores o a palideces, a estremecimientos, o a sonrisas; pero todas también tan llenas de expresión, que se hubiera podido decir al vernos, cómo dos almas pueden dialogar tan sólo con los ojos y sin hacer uso de la palabra. *Te amo* era todo lo que los nuestros repetían; pero esa sencilla frase que tanto dice, no había sido aún pronunciada por ninguno de los dos.

¿Para qué pronunciarla si nuestros pensamientos estaban acordes, si todas las acciones lo decían, si los hechos constantes lo afirmaban? Éramos dos corazones latiendo unísonos bajo el soplo de la pasión, dos almas que gravitaban una en pos de la otra, dos voluntades con el mismo ímpetu, dos seres identificados en un solo ser, y era tan íntima aquella unión como la del calor y la llama, como la de la luz y el astro. Nos amábamos sin decírnoslo, pero presintiéndolo, adivinándolo, comprendiéndolo, y ambos procurábamos no pronunciar aquella palabra *amor*, que todo lo hubiera explicado, pero que habría disminuido los encantos y los goces de aquellas reservas en nuestros incoherentes diálogos, y de aquellos misterios de exquisito pudor que nos hacían sentir infinitas emociones y deleites purísimos.

Yo la amaba con la santa ternura que se siente por la hija, con la dulce confianza que tiene el cariño de la hermana, con la profunda idealidad que inspira la madre, y con el amor entusiasta, arrebatado y ardiente de una esposa; yo la amaba bajo todas esas maneras y todos mis amores concentrábanse en su ser, y ella... reflejaba en su inocencia, sin saberlo, todas aquellas múltiples formas de mi pasión.

Han pasado los años... y aquel cariño funde aún con su fuego la médula ya hoy seca de mis huesos.

¡Cuánto amor entonces! ¡Cuánto amor en este instante mismo, y más... mucho más ardiente todavía!

XV

En la mañana del cuarto día anunciaron la visita del médico, a quien los tres habíamos olvidado, a pesar de que todas sus prevenciones hubiesen sido cumplidas, y que aquello fuese causa bastante para que lo hubiésemos tenido más presente.

Para dejarlas a ellas y a él una libertad mayor, pasé a mi estudio, suplicándole que antes de retirarse me viera, para que charlásemos un rato de nuestros antiguos tiempos; pero en realidad para saber a qué atenerme respecto de aquella salud tan preciosa ya para mí. Manuel era un médico distinguido, especialista en las enfermedades del corazón y que se había hecho notable en la sociedad por muchos títulos. No sé qué decepciones de su juventud le habían hecho consagrarse asiduamente al estudio, al amor de la ciencia y al amor de la humanidad. Sus horas estaban todas llenas. Daba dos clases en la Escuela de Medicina, y por su cuenta propia pasaba algunas horas en el anfiteatro, haciendo observaciones y estudios sobre los cadáveres. Después recorría los hospitales estudiando en ellos, como en el anfiteatro, pero con especialidad las enfermedades del corazón. Visitaba a sus enfermos, todos pertenecientes al género por él cultivado, y después se retiraba a su casa, en la cual continuaba su estudio sobre los libros, hasta muy entrada la noche. Recibía de Europa las obras nuevas, y leyéndolas las devoraba: como era rico por herencia, promovía a veces reuniones de médicos amigos suyos, les daba un espléndido banquete, y durante éste, ponía a discusión el punto sobre el cual su interés era mayor, grabando en su memoria, que era magnífica, las opiniones que más de acuerdo estaban con sus teorías y con sus ideas. Tenía un amigo íntimo, médico también y especialista como él, pero éste, en las enfermedades del cerebro. Ambos vivían juntos y estudiaban separados. Manuel era calificado por su compañero como un soñador; pero a pesar de eso le respetaba, por sus vastos conocimientos, por sus profundos estudios y por su constante práctica en el género al cual se había consagrado. Mi amigo estaba hecho *ad hoc* para curar a Carmen, si es que aquella padecía realmente del corazón.

La cara severa que traía Manuel al penetrar en mi estudio, vino a aumentar mi inquietud.

—Siéntate —le dije ofreciéndole un cómodo sillón, y cerrando la puerta y tomando asiento a su lado, agregué—: Es preciso que seas franco conmigo. ¿Cuál es la enfermedad de Carmen?

—Vamos, por partes —contestó mirándome con fijeza y penetración—. ¿La quieres mucho?

—¡Con toda el alma! —exclamé.

—¿Qué clase de cariño le tienes?

—Un cariño mezcla de todos los cariños, un amor en que se condensan todos los amores, algo de inexplicable y de extraño que llena mis noches de fiebre y mis días de sueños, que me vigoriza y enerva, me exalta y abate, y que multiplica mi vida, por

la multiplicidad de las sensaciones que me produce. Amor ardiente e inmenso que vive de las ilusiones más castas y de los más fogosos deseos. Amor que me mataría si ella muriese, porque yo respiro, palpito y vivo para ella; la amo de todos modos y con todas las energías de mi espíritu, con todos mis pensamientos y con todos los latidos de mi corazón. ¿Me has comprendido? ¡Así es como yo la amo!

—Sí —dijo Manuel sonriendo— esa es una verdadera pasión. Así se ama en la edad que tienes. Eras el hombre incompleto en toda la energía de la vida; con salud, con riqueza y con experiencia. Te faltaba el amor, y el amor ha venido en ti a completar al hombre. Nada es ni más sencillo ni más natural.

—Bien me has comprendido —repliqué—, y vas ahora a comprenderme mejor.

Entonces referí a mi amigo brevemente y a grandes rasgos, mi vida desde aquella noche en que yo había encontrado a Carmen abandonada; cómo sin conciencia de lo que hacía la recogí, la adopté y lo mucho que al conocerla me agradó; cómo preocupándome de su porvenir había atendido mis negocios y cómo fue educada por mí, transmitiéndole mis conocimientos, mis ideas y hasta mis sueños, y por último, cómo sin comprenderlo y sin sospecharlo los dos, cediendo a una atracción irresistible, nos amábamos desde años atrás, aunque sin decírnoslo, pero dejando comprenderlo en nuestros actos. En una palabra, le referí todo lo que entre nosotros había pasado, hasta el momento en que nos anunciaron su visita. Él me escuchó con atención, y cuando terminé, dijo:

—Vuelvo a repetirte que este amor es lo más natural del mundo. Tú, al amarla, te amas a ti mismo. Has formado un ser que moral e intelectualmente es parecido a ti. Amas tu obra, tu copia, tu imagen y el reflejo de tu espíritu en el suyo. Amas esos sentimientos nobles y generosos de tu madre que se le han transmitido, y amas también su belleza, que hablando francamente, es admirable y que ha venido a ser, como si dijéramos, la viva encarnación de tus ideas estéticas. Natural es tu amor y natural es el suyo, por idénticas causas. Te ha visto como padre, hermano y amigo a quien todo lo debe y de quien todo lo tiene. Los semejantes se unen como los contrastes se completan, y en ustedes dos, ambas leyes tienden a verificar una fusión perfecta. Todo esto es puro realismo. La gratitud en ella y en ti la costumbre, sus virginidades y tus ensueños, el trato íntimo, el aislamiento y la naturaleza, han hecho lo demás. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Sí —contesté—, estoy de acuerdo en todo lo que quieras, pero yo la amo... y tú nada me has dicho que me tranquilice.

—A eso voy —replicó—, esa niña está real y positivamente enferma.

La ansiedad me hizo suspender el aliento.

—Está enferma —dijo continuando la frase—, de una hipertrofia en el corazón.

Yo sentí que el mío suspendía sus latidos y que la sangre se cuajaba en mis venas. Manuel prosiguió:

—Pero también creo que aún puede curarse.

Respiré con fuerza. Mis ojos se fijaron en los de Manuel, interrogándole con

ansia. Él comprendiendo que no podía hablarle continuó:

—No te alarmes. Esa enfermedad es una de las más raras que existen. Hay veces en que la persona atacada se agrava con rapidez y muere; pero otras, también el mal se prolonga durante muchos años. Atacada a tiempo, puede ser vencida. Tengo personas a quienes he atendido en ella y que morirán de todo lo que tú quieras, menos de hipertrofia.

—Yo la juzgaba muerta —balbucí.

—¡Bah —exclamó con energía—, tenemos sujeto!

—¿Crees que pueda curarse?

—¡Sí! —afirmó.

—¿Tienes fe?

—Tengo fe en la ciencia, cuando es ayudada por la naturaleza. En Carmen, repito que tenemos sujeto. Es joven, virgen, vigorosa y llena de amor, y por lo mismo de ilusiones, de deseos y de esperanzas. Todo eso vamos a aprovecharlo. La enfermedad ha comenzado hace poco tiempo, y vuelvo a decírtelo, aún creo que podamos vencerla y que ustedes serán felices.

—¡Gracias! —exclamé abrazándole efusivamente—. ¡En tus manos pongo su vida! ¡Su vida que es la mía!

—Y la de tu madre —murmuró conmovido.

—¿Crees que?...

—Creo que son tres las personas a quienes voy a curar. Una enferma del corazón y dos enfermos de amor.

—¡Ah, sí... mi madre la adora! ¿Qué hay que hacer? ¡Dime!... ¡Habla!

—Calma ante todo. Ya la he recetado, y el régimen prescrito haz que se observe. Que ni tu madre ni ella sospechen cuál es la enfermedad. Procura divagarla. No hagas caso del luto y pásala, porque hay que olvidarse pronto de los muertos, cuando se trata de conservar la salud de los vivos. Procúrale también conversaciones agradables y lecturas amenas, pero que no la afecten mucho. Suspende los baños y que el ejercicio sea moderado. Vendré dos veces por semana. Ahora —concluyó, poniéndose en pie y tomando su sombrero— me voy, porque mis horas no me pertenecen.

—¿No quieres almorzar con nosotros? —le dije, tomando su brazo para acompañarle hasta la puerta de la calle.

—Gracias. El tiempo pertenece a mis enfermos.

Guardamos silencio mientras atravesábamos las piezas, y al salir al jardín, me dijo:

—Falta un jarabe dulcísimo por recetar.

—¿Qué jarabe es ese? —interrogué deteniéndole bajo la sombra de un fresno.

—Creo que en esta enfermedad las contrariedades son dañosas, y que a pesar de todo lo que me has dicho, esa pobre niña está llena de inquietudes y de intranquilidad por causa de este amor. Tarde o temprano tendrás que confesárselo. Prefiero que sea

ahora. Háblale, confiésale, manifiéstale toda tu pasión y fíjale un plazo para casarte con ella. Esto va a traer un incendio; pero es en mi concepto, mucho mejor que esas dudas y esas incertidumbres y esas ansias congojosas y crueles, que tiene el amor en sus preludios y en sus celos. Evita ambos y déjamela tranquila, confiada y amante, que yo me encargo de lo demás.

Al oírle, mi corazón saltaba de júbilo en mi pecho y mi voz estaba trémula al decirle:

—Está bien. Lo haré así, puesto que me autorizas. No tienes idea cómo lo deseaba.

Al llegar a la puerta de la calle nos despedimos, y al montar en su carruaje, agregó por último:

—Sin embargo, no mucho amor. Tranquilidad hasta donde sea posible la calma en el fuego.

Su carruaje se alejó rápidamente y yo volví a casa murmurando:

—Tiene razón Manuel. El amor reprimido mata, pero también su exceso puede traer la muerte, y esta criatura es un lirio a quien un rayo de sol demasiado ardiente pudiera marchitar.

XVI

Encontré en la sala a mi madre no poco inquieta por saber la opinión del médico.

—Nada alarmante —le dije—. Es una afección nerviosa, que carece absolutamente de peligro y de la cual Manuel asegura que la curará.

En aquel momento Carmen entraba a la sala, y pudo oír lo que yo decía a mi madre. Su semblante se animó resplandeciendo.

Acababa de ponerse su vestido negro, y no sé por qué, al verla con aquel traje, sentí que se me oprimía el corazón.

¡Cuán pocas veces engañan esos que llamamos presentimientos!

Parecía como más alta y más esbelta. La modista más exigente no hubiera tenido que reprocharle a su vestido, que la entallaba de un modo admirable y cuya falda lisa caía envolviéndola con elegancia, hasta unas dos pulgadas del suelo. Sus piecitos asomaban graciosamente al andar. El color negro hacía destacarse más aún el blanco purísimo de su cutis. Estaba hermosísima.

—¡Ah, presumida! —exclamó mi madre al verla—. ¡Venga usted acá, picarilla!

Ella se le fue acercando con la sonrisa en los labios.

—Vamos a ver esas espaldas —prosiguió mi madre cariñosamente—. ¡Bien, muy bien! Nada tengo que decir. Ahora... de frente. Mucho mejor. Es la primera vez que la veo tan bien entallada. ¡Qué linda está!

Carmen tomó asiento a mi lado en el sofá. Mi madre la miraba de la cabeza a los pies, y un instante después, agregaba:

—Pues no se ha ido a poner las botitas que le trajeron hoy... ¡Vaya! ¡Veamos! ¿Qué tal te quedan?

Carmen enrojeció, contestando:

—Bien, *Mamita*. Muy bien.

—A ver... a ver... —insistió mi madre.

—¡Vaya, *Mamita*! ¿Delante de él?

—¿Y por qué no, *chula*? —interrogó mi madre mirándola con asombro.

Carmen acabó de ponerse roja hasta lo blanco de los ojos y fue levantando con inimitable gracia y coquetería, la falda de merino, hasta enseñar sus dos pies, perfectamente calzados con unos botines de raso turco negro, que estaban preciosísimos y parecían disminuirlos de tamaño.

—¡Eso es! ¡Eso es! —exclamó mi madre poniéndose en pie—. ¡Pues no faltaba más, sino que le tuvieras vergüenza a *Papaíto*!

Carmen permanecía sentada y con los ojos bajos. Mi madre le hizo un cariño en las mejillas, y buscando mis ojos, dijo:

—¿De manera que no hay cuidado?

—Ninguno, madre mía, gracias a Dios.

—Voy a dárselas, hijo. Voy a dárselas. Faltan minutos para ir a comer, y cuando sea hora, pasen ustedes por mí al oratorio.

Hablando así, salió de la sala dirigiéndose a lo que llamaba «oratorio» que era una pieza pequeña, situada junto al comedor, y que su piedad había arreglado, con pobreza a la par que con decencia, para aquel uso. En el alma de la mujer domina siempre el espíritu de la forma, y de aquí resulta la necesidad del templo, aun cuando éste sea pequeño. Sea dicho en honor de aquella buena anciana, cuyo recuerdo es lo único que hoy hace humedecer mis ojos: algunas veces en sus momentos de angustia, se olvidaba de la oración, y sin necesidad de ella, su fe la sostenía; pero en sus momentos de dicha y júbilo, siempre la vi acudir a Dios.

Carmen había permanecido en igual actitud. Le tomé una mano y estrechándosela:

—¿Qué tienes? —la pregunté.

—Nada —dijo sonriéndose y mirándome—, esta *Mamita* que tiene unas cosas. ¿Qué te ha dicho el médico?

—Lo que oíste... pero también que...

—¿Qué? —interrogó ella al ver que yo callaba.

—Que necesitas amar —la contesté.

Sus párpados velaron sus pupilas, y estrechando mi mano, replicó:

—Entonces tu médico no sabe lo que tengo.

—Sí —le dije—, sabe que amas, pero cree que no estás contenta, que no tienes confianza, que hay en ti algo de intranquilidad con respecto a esa persona que amas...

¿Qué dices de eso?

—Digo que sí... que tiene razón... —murmuró bajando la voz.

—¿Por qué dudas?

—Porque esa *persona* —y acentuó esta palabra—, ha visto mujeres muy bonitas.

—¡Ninguna tan hermosa como tú!

—Y porque yo sé de esa *persona* —y volvió a acentuar la palabra— muchas cosas.

—¿Cuáles? ¡Dilas! ¡Habla!

—Cosas de antes —dijo con voz temblorosa—, de cuando yo era muy niña. Dicen que quiso a otras mujeres.

—Cuando se quiere a varias, es porque a ninguna se ama. El amor es exclusivo, único, y sólo se siente una vez en la vida.

Carmen se había puesto profundamente pálida y todo su cuerpo temblaba. Sus ojos permanecían bajos, y su mano continuaba en la mía. Mi voz, por la emoción, era también apenas perceptible. Como ella guardase silencio, oprimí dulcemente aquella mano que contestó a la presión.

—¿Qué tienes? —repetí con inquietud.

Sus ojos llenos de lágrimas, se fijaron en los míos, con tanta ternura y tanto amor, que ya no pude hablar y los dos permanecimos silenciosos, trémulos y conmovidos, hasta que la campana del reloj dio las doce. Entonces, estremeciéndose, se puso en pie y me dijo:

—Vamos, *Mamita* espera.

—Tienes razón. ¿Pero estás tranquila?

—Un poquito —contestó sonriendo al salir de la sala en busca de mi madre.

—¡Vaya! —pensaba yo al seguirla—. Si Manuel me viera se reiría de mí. Parezco un colegial de quince años. He querido confesárselo todo y nada le he dicho... ¡Cuán cierto es que «el amor convierte al hombre en niño»!

XVII

Copias de los días anteriores fueron los sucesivos. Dos o tres veces por día se presentaba la ocasión de que hablásemos a solas y particularmente en las tardes, pues todas ellas paseábamos una hora en el jardín, a cuyo paseo mi madre rehusaba acompañarnos. Sin embargo, nuestros diálogos eran bien sencillos, y cuando se acercaban a la cuestión del amor, que yo trataba de abordar, aunque temblando de incomprensible miedo, era tan viva la emoción por ella manifestada, y sus miradas tenían tal elocuencia, que yo, sin quererlo, enmudecía y me olvidaba de cumplir con aquella tan dulce recomendación del médico. A la hora del crepúsculo, que era la que pasábamos en el jardín, nuestros ojos se fijaban siempre juntos, en el mismo tallo y en la misma flor, ave o nube. Ambos queríamos estar de acuerdo hasta en lo que mirábamos y recibir idénticas impresiones, así viendo iguales objetos, como respirando igual atmósfera. Éramos dos cuerpos animados por una alma común y sólo en un punto parecíamos estar divididos. Cuando por el mismo goce, causado en aquella unión tan íntima, mi mirada venía a expresar algo como la divagación, entonces su frente se nublaba y la frase *¿De qué te acuerdas?* escapábase trémula y ansiosa de sus labios. El celo, aquel celo terrible que desde niña la había siempre dominado, se manifestaba en aquella frase, apenas balbucida, por el exceso de vigor y arranque empleado en pronunciarla. Hubiérase dicho que trataba de obligarme a no pensar en nada más que en ella y que evitaba a mi memoria el fijarse un solo instante en el pasado, en aquel pasado por el cual sentía despertarse todos sus celos. Fuera de aquel punto sombrío, que también me causaba goces, nuestros espíritus, como dos gotas de agua, reflejaban siempre el mismo iris y el mismo cielo, copiando el uno del otro el mismo rayo de amor.

En dos semanas hizo Manuel cuatro visitas, y como en todas ellas obtuviese de mí iguales respuestas, me dijo al despedirse la cuarta vez:

—Estás hecho un romántico completo, y si en estos días no la cantas claro, cuando yo vuelva, la hablaré en tu nombre.

Al entrar en casa después de acompañarle hasta la puerta, como de costumbre, me dijo mi madre que le había exigido la sacásemos a paseo, y como el día siguiente era domingo:

—Tú sabes —agregó— que desde la muerte de tu padre no voy al teatro; pero mañana en la tarde podrías llevarla como antes. Es preciso obedecer al doctor.

Mandé traer con Simón el boleto de un palco primero del Teatro Nacional, y pasé la tarde en el jardín, dando vueltas y discutiendo conmigo mismo, cómo debería yo hablarle y qué debería decirle. Varias veces modifiqué mentalmente la conversación que íbamos a tener, y a las seis de la tarde, caí sentado en aquel banco de ramas, que se había hecho para mí el asiento más cómodo y atrayente de todos los del jardín. Nada quedaba aún acordado entre mi cerebro y mi corazón respecto de lo que le diría.

El banco estaba casi rodeado de flores, y la atmósfera embalsamada con los

aromas mezclados de las rosas y los jazmines, las violetas y los nardos, las madreselvas y los jacintos. El aroma era variado, excesivo y producía el vértigo del perfume. El aire estaba caliente y la tierra reseca. Acostábase el sol en espléndido horizonte de púrpura, y lampos de oro vívido destacábanse sobre el azul profundo del cielo.

La tarde ofrecía todos los encantos de una tarde de primavera, y el disco de la luna llena y pálida aún, parecía inmóvil sobre el zenit. La naturaleza vivía, haciendo sentir el latido y la pulsación de sus inmensas arterias. Fuego, savia, electricidad, movimiento y amor era lo que se respiraba; murmullos sin nombre a los que se unían el trino de las aves, el crujir de las ramas y el sollozo lejano del agua que caía llenando el estanque, era lo que se escuchaba y lo que se sentía... ¡Ah! ¡eso es de lo que no se describe!

Yo contemplaba. Uso con propiedad de esta palabra, porque hay paisajes y cuadros de la naturaleza, que no se miran, se contemplan.

Carmen apareció de pronto por una de las callecitas formadas con los rosales, dirigiéndose al banco ocupado por mí. Para andar con mayor facilidad, levantábase la falda de su vestido, dejando ver sus enanos pies. Yo no sé por qué mis ojos persiguieron aquellos piecitos, hasta que al acercarse al banco levanté la vista mirándola con amor.

—¡Curioso! —me dijo sonriéndose, pero encendida como la grana—. Ya me canso de buscarte.

—Te esperaba —contesté.

—¿Me esperabas? ¿Sabías que vendría yo? ¿Y si no hubiera venido?

Sin contestarla, le tendí mis manos que ella tomó con las suyas y la atraje hacia mí, obligándola a sentarse a mi lado; ella suspiró, dejando caer su cabeza lánguidamente sobre mi hombro, y durante algunos minutos, nuestros ojos miraron como lo hacían siempre, los mismos objetos y después, variando un poco la dirección de su cabeza, que permanecía en aquel lugar, su mirada se fijó en la mía con profundísima ternura.

—¿En qué piensas? —preguntó con dulcísimo acento.

—¡En ti, nada más que en ti, siempre en ti! —exclamé a la vez que me inclinaba para besar su frente.

Su mano derecha se levantó hasta tocar la mía y me contuvo, a la par que iba diciendo:

—¡Vaya! ¿Qué cosas son esas? Yo puedo hacerlo. ¿A usted, quién le ha dado permiso?

Entre sus labios jugaba una sonrisa llena de inocencia. Yo sujeté aquella mano con una de las mías y volví a inclinarme, besando por segunda vez de mi vida aquella frente. Ella, estremeciéndose, cerró los ojos, y un segundo suspiro vino a agitar su seno más de lo que ya estaba. Quise soltar la mano que la tenía sujeta, pero ella me la retuvo a la vez que murmuraba, con una voz tan débil como aquel suspiro:

—¡Oh, no! ¡Déjamela! ¡Si vieras cuán bien estoy así!

Después abrió lentamente sus hermosos ojos, penetrando con el rayo que lanzaban hasta lo más íntimo de mi ser. Guardamos silencio y nuestras manos se estrecharon con fuerza. Las miradas de ambos parecían centellear en medio de las sombras del crepúsculo, aumentadas por las sombras de los árboles que se movían sobre el piso, dibujando con los rayos lunares que ya brillaban, algunas figuras de lo más caprichosas y fantásticas.

Prolongóse aquel silencio hasta que la noche vino a reinar por completo, y entonces, suspirando por tercera vez, dijo:

—¿No oyes pasos? Vámonos, puede ser que *Mamita* nos busque.

—No —la contesté— tranquilízate, es Simón que viene.

Ella irguió la cabeza con rapidez, y Simón fue acercándose a nosotros, entregándome en seguida el billete del teatro. Lo recibí y le ordené avisara a mi madre, que como la noche estaba muy hermosa, nos detendríamos una hora más en el jardín. Simón se alejó perdiéndose entre los árboles, y ella, mirándome con asombro:

—¿Por qué has hecho eso? —me interrogó.

—Porque tengo que hablarte —le dije.

Sus ojos se fijaron en los míos con ansiedad. La luna iluminaba su rostro, comunicándole una palidez intensa que hacía resplandecer su blancura, y sus pupilas negras brillaban produciendo también luz en aquellas sombras. Las flores abrían sus pétalos ofreciendo a Dios sus aromas que nos embriagaban, la atmósfera estaba tibia, los árboles se movían produciendo suaves rumores, y la poesía, cantada por los astros en el cielo y por los insectos entre la hierba, murmuraba en nuestros oídos esas estrofas sin nombre que necesitan para expresarse la lira universal.

La noche estaba serena, diáfana, luminosa y espléndida. Era una de esas noches primaverales en que toda la naturaleza nos ordena el amor. Algunos gusanillos fosforescentes resplandecían entre los rosales que ondulaban como meciendo los aromados nidos de amor que sus flores ofrecían, a esas mariposas negras de la noche, las cuales volaban sin ruido entre las ramas de los árboles, a cuyo través se veían brillar silenciosamente las constelaciones de los cielos.

Yo estaba seguro de que Carmen sentía por mí uno de esos amores ardientes y únicos que llenan la vida de un modo absoluto; pero a pesar de mi convicción profunda sobre ello, me estaba pasando en aquel instante lo que me había sucedido ya muchas veces en los días anteriores. Mi garganta se anudaba interiormente y no permitía que la voz saliese; mi corazón agonizante por la fuerza de sus latidos, causaba en mí un desfallecimiento nervioso imposible de explicar, y en mis ideas era tal la confusión, que mi cerebro parecía haber olvidado la manera de ligar las palabras y de formar las frases. El miedo más pueril, la congoja más cruel y una ansiedad inmensa se mezclaban en mi espíritu, aumentándose el desfallecimiento de mi ser, que había perdido todas sus fuerzas por el exceso de la emoción. En aquel instante los nervios faltaban en mi cuerpo y mi voluntad parecía haber desaparecido.

Ella continuaba mirándome con ansiedad y como si me interrogase.

Hice un esfuerzo supremo. Mi voz, débil unas veces y otras vibrante, tan pronto lánguida como arrebatada, con inflexiones que nunca y para nadie podría ya tener, le dijo... ¡Yo no sé! ¡Lo he olvidado! ¡No quiero recordarlo! Y aun cuando lo recordase, yo no lo diría, porque de aquellas frases pronunciadas de un modo incoherente, unas fueron tan etéreas que casi eran como el espíritu de la palabra, otras tan precipitadas, que fueron ininteligibles hasta para mí, y algunas tan fogosas, que se evaporarían al transcribirlas. Yo le expliqué la idea que tenía del amor y cómo lo sentíamos, la manera de desarrollarse en ella y el modo de producirse en mí, la vehemencia de aquellos sentimientos en ambos, la atracción irresistible que nos arrojaría en brazos uno de otro y todo el porvenir de felicidad que nos aguardaba, cuando unidos, amantes, solos e ignorados del resto del mundo, nuestras vidas fuesen como un beso perpetuo, en cuya llama se fundirían nuestras dos almas. Yo abrí ante sus ojos infinitos horizontes de amor, derramé en mis palabras tesoros de ternura, y con toda la delicadeza posible, puse ante su alma deslumbrada, todas las esperanzas castísimas y todos los ardientes sueños de mi pasión. No se necesitaba allí de la elocuencia, y la tuvo, no mi pensamiento pero sí mi corazón, que latía entusiasta, precipitado, fogoso, creando imágenes que no volveré nunca a crear e ideas que jamás volveré a concebir, porque yo amaba, y el amar tiene, como Dios, el verbo que crea.

Mis frases eran de tal manera ardientes, que las sentía caer como una lluvia de fuego sobre mi propio corazón.

Cuando yo concluí de hablar, ella guardó silencio. Su cuerpo temblaba más que las hojas de los rosales agitados y estremecidos por la brisa. Sus ojos flameaban y su mirada resuelta y profunda estaba fija en la mía, con indefinible y elocuentísima expresión de amor. Adivinábase su emoción intensa, y su seno virgen y altivo se movía como agitado por una tempestad. Sus manos, que yo tomé, estaban frías y convulsas. Toda su sangre había afluído tumultuosamente a su corazón cuyos latidos eran perceptibles, y su alma, conmovida, brillaba en sus magníficos ojos. Se conocía que gozaba, pero el deleite por ella sentido, era hijo del éxtasis. En ambos el amor era puro, casto, santísimo, angélico, ideal, y todo deseo y toda voluptuosidad estaban muertos para los dos.

La luna continuaba mandando sobre nosotros su melancólica claridad, las flores sus aromas, los nidos sus besos, la noche su poesía y las estrellas sus chispeantes miradas. ¡Conspiración múltiple de la primavera, para fundir por siempre nuestras dos almas en un ser solo!

Habló también, pero con acento dulce, entrecortado, sollozante, como si cada palabra le costase un supremo esfuerzo, y como si cada frase fuera a hacerla morir. Habló poco, pero con increíble fuego en las ideas y con deliciosa sencillez y vida en las imágenes. Hizo reminiscencias de su amor de niña y me confesó su amor de mujer, su pasión insaciable, exigente, inmensa, que era como un martirio por los celos, como una llama por lo ardiente y como un ensueño por lo ideal, por lo

candoroso y por sus infinitos pudores. Acabó sus frases candentes y purísimas con un sollozo, y su cabeza vino a ocultarse en mi pecho, de una manera casi febril.

Mi brazo izquierdo rodeó su cintura y la atraje hacia mí. Su seno quedó entonces apoyado sobre mi corazón y su cabeza sobre mi cuello. Ambos temblábamos en medio de las sombras luminosas de la noche, y nuestras respiraciones eran agitadas. Yo la estrechaba contra mi pecho con delicia, y en lo profundo del cielo los astros nos miraban con amor.

¡Había fija sobre nosotros otra mirada... la mirada infinita de Dios!

Rozando una de sus sienes contra mi cuello, su frente fue cambiando de posición con lentitud, hasta que sus ojos pudieron ver los míos, y entonces una sonrisa inefable de felicidad, entreabrió sus labios.

Un rayo de luna que se filtraba al través de las ramas de los árboles, caía sobre aquella boca hechicera, haciendo brillar el blanquísimo esmalte de sus dientes y comunicando a su sonrisa una poética claridad. Sus ojos negros, bañados por la misma luz, tenían como reflejos de incendio, y su mirada continuaba con la misma irresistible expresión de amor.

Intensa y profundamente, nos vimos así... durante algunos instantes, como si quisiéramos, cada uno por su parte, absorber el alma del otro con la mirada, y después, de común acuerdo y como si ambos obedeciésemos a la misma idea, al mismo impulso, a igual deseo y a una sola voluntad, nuestros labios se unieron con vigor y con fuego, en un beso prolongado, trémulo y palpitante de pasión.

Su cabeza vino a inclinarse nuevamente sobre mi pecho, un ¡ay! dulcísimo brotó de sus labios, y por tres o cuatro minutos, en aquel santo silencio de la noche, sólo se oyeron los latidos de nuestros corazones.

¿Por qué un rayo no cayó entonces sobre los dos? ¿Para qué arrastrar hoy como arrastro este cuerpo que ya no tiene alma? ¿Qué me importa ya sin Carmen que se rompan los ejes de diamante de los mundos y que el universo entero se me desplome?

Enderezándose con languidez como si estuviese aún desfallecida, sacó su pañuelo enjugando sus ojos, que tenía llenos de lágrimas, y mirándome con ternura y sonriendo, dijo con voz suplicante:

—Vámonos.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Temo que *Mamita* se inquiete. ¡Nunca hemos tardado tanto!

—Tranquilízate. Mañana hablaré con mi madre y sabrá lo que hemos hablado.

—¡Ay! ¡No! ¡No! —dijo con sobresalto—. ¿Qué va a decir? La huérfana que tanto le debe, paga sus favores robándole el amor de su hijo. ¿Es así como debo manifestarle mi gratitud? ¿Qué voy a contestarla cuando me pregunte? ¡No, por Dios, no le digas nada!

—Cálmate —repuse— ni tú ni yo somos culpables de amarnos. Es Dios quien así lo ha dispuesto. Además, mi madre quiere que yo me establezca, y sospecho que ha comprendido nuestro amor y que le agrada.

—¿Crees eso?

—Sí. Ella me hace muchas recomendaciones de ti, de tu carácter, de tus ideas y de tu corazón.

—¡Es extraño! —dijo como sorprendida—. Ella me dice lo mismo de ti. Todos los días me recomienda que sea cariñosa para contigo, que adivine tus deseos para complacerlos, que me anticipe a ellos y que no pierda ninguna ocasión para demostrarte lo mucho que te quiero. Ya ves que lo hago... —agregó sonriendo y velando sus castos y bellísimos ojos.

—Pues fíjate en todo eso y fíjate también en que procura dejarnos a solas, para que hablemos con libertad. Observa que cuando nos sorprende mirándonos, aparece en sus labios una sonrisa de gozo. No lo dudes. Ha comprendido, y como tiene confianza en nosotros, espera que obraremos como saben y deben hacerlo sus hijos.

—¡Es tan buena! —continuó suspirando—. Pero a pesar de eso, yo te lo suplico... no vayas a decirle nada *todavía*.

—Bueno, no le diré nada.

—¿Hasta que yo te diga?

—Hasta que tú quieras. ¿Estás contenta?

Guardando silencio, hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Y de lo que antes hablamos, también? —le dije tomando su pañuelo con el cual fingía jugar.

—¡Sí! —afirmó mirándome con timidez—. Yo sabía todo eso, porque lo he aprendido en tus ojos; pero yo quería que me lo dijeras como ahora me lo has dicho, y que no se te olvide.

—Te lo repetiré todos los días.

—¡No! ¡De día no, no me lo digas!

—¿Cuál es la causa?

—No sé... pero yo quiero así, como ahora, de noche, cuando no puedas verme bien.

—Bueno —la contesté sonriendo de la delicadeza de su candor que buscaba la sombra para ocultar sus pudores— lo haré como tú deseas.

—¡Ahora sí, vámonos! —dijo poniéndose en pie—. Dame mi pañuelo —agregó.

—Vámonos —contesté imitándola— pero tu pañuelo lo guardo.

—¿Qué no traes?

—Sí; pero quiero éste.

—¿Y para qué quieres ese trapo? —preguntó mirándome con curiosidad.

—Para acordarme de esta noche —dije tomándole una mano y comenzando a andar con dirección a la casa.

Con la otra que tenía libre, levantó con gracia la falda de su vestido, y sus ojos se fijaron en la arena del piso, en la cual brillaban algunos gusanillos fosforescentes. Iban andando con el mayor cuidado para no pisarlos y parecía preocupada. La luna dibujaba y a veces confundía nuestras dos sombras sobre el suelo del jardín.

—Mira —murmuré con voz trémula, enseñándoselas en uno de aquellos momentos en que se mezclaban— hasta nuestras sombras se besan.

—Sí... pero no... —dijo sonriendo— ¡cuidado con hablarme de eso!

—¿En qué venías pensando?

—En que para acordarte de mí, necesitas de ese trapo y yo... me acuerdo de todo —contestó ruborizándose tanto, que a pesar de la palidez que le comunicaba la luz de la luna, vi que sus mejillas se encendían.

¿Qué recuerdo vino a su memoria en aquel instante? ¿Recordaba aún las caricias que yo le hacía cuando era niña? ¿Pensó tal vez en aquel santo beso que minutos antes hizo perfecta la fusión de nuestras almas? ¡Quién sabe! Más adelante observé muchas veces, que los encantos de aquella mujer se multiplicaban siempre por lo exquisito de sus pudores.

Encontramos a mi madre arrodillada en su oratorio. Se levantó, y sonriéndose con satisfacción nos dijo:

—Rezaba por ustedes. Pedía yo a Dios que no los separase nunca y que juntos vivan siempre felices.

Carmen y yo cruzamos una rápida mirada de inteligencia, recordando nuestro diálogo anterior, y después, acordes como lo estábamos en todo, la abrazamos al mismo tiempo con efusión.

Aquella noche nos acostamos tarde. Carmen tocó en el piano con verdadera inspiración. Cada vez que suspendía, mi madre, muy conmovida, la suplicaba que continuase. Yo iba traduciendo todo lo que ella expresaba en aquel idioma, elegido por su alma, para hablar francamente con la mía.

Hoy, cuando escucho a alguna a quien llaman artista, profesora distinguida o notabilidad en el piano, yo siento que las notas que le arranca caen como helados granizos sobre mi corazón, que sus armonías y melodías son ásperas y chillonas, que todo lo que tocan y que veo aplaudir con entusiasmo, es ininteligible, fuera de tono, absurdo, frío y muerto para mi alma.

¡Ay! es que en aquella música hablaba para mí solo su ardiente y apasionado corazón.

XVIII

Amaneció el domingo, y la voz fresca, pura, armoniosa y dulcísima de Carmen despertóme con alborozo. Ella cantaba alegremente como los pájaros, saludando la llegada del día. Cantaba una danza cubana, cuyas cadencias parecían copiar los movimientos voluptuosos de los negros al bailarla, y cuyos versos eran pronunciados, suprimiendo también las letras que en algunas palabras ellos suprimen, lo que daba a su lenguaje una gracia inimitable; comprendíase que el júbilo se desbordaba de su corazón en aquellas melodías deliciosas, en las cuales parecían gemir las almas de los infelices esclavos, y que en su garganta tomaban alegres modulaciones.

Aquella mañana nos vimos hasta el exceso, y como si ambos hubiéramos querido gastar la vida entera de nuestras miradas y toda la energía y la fuerza de nuestros ojos. Su semblante brillaba de felicidad. Tuvo acciones de niña, y por esa sola ocasión, coqueterías de mujer. Hizo todo lo que de alguna manera podía revelar su dicha, y estaba tan juguetona y tan alegre, que mi madre se sorprendió y me miraba como interrogándome sobre la causa de aquella transfiguración que yo solo comprendía.

—Hace cuatro años que no sale más que a misa —murmuró al fin, como atribuyendo al próximo paseo sus festivas manifestaciones.

Carmen, dirigiéndome una rápida mirada, me hizo una seña imperceptible, que vino a hacerme comprender cómo, bajo aquel respecto, era mi juicio más acertado.

A las dos de la tarde entró en mi estudio elegantemente peinada, vestida de luto y sin el más leve adorno. Sus candores, por decirlo así, casi visibles, eran sus únicas joyas. Al verla tan hermosa, yo sentí celos, porque otros ojos, además de los míos, iban también a mirarla.

—¿Qué hacías antes conmigo cuando íbamos de paseo? —interrogó ruborizándose mientras se me aproximaba.

Mi memoria hizo esfuerzos inútiles por recordarlo, y al fin así se lo confesé.

—¡Ingrato, todo lo olvidas! —dijo sonriendo y tendiéndome un par de guantes negros.

—¡Ah... es verdad! —exclamé tomándolos y acordándome de que cuando era niña, yo se los ponía antes de salir.

Increíble podrá parecer, pero es exacto. Yo, sin la menor malicia, tomaba una de sus manos entre las mías, todas las tardes durante una hora y todas las noches durante dos; por lo mismo me había acostumbrado a acariciarlas; pero cuando ella me tendió su mano derecha, blanca como un ampo de nieve, graciosa y mórbida, surcada por leves lineamientos azules, que imitaban las venillas que posee el marfil, con sus dedos afilados que parecían de ágata rosa, terminando en uñas tan transparentes como el cristal, yo la tomé y admirándola, me puse a aprisionarla con verdadera lástima dentro del guante, pero sin lograrlo, porque mis manos estaban tan trémulas y tan torpes, que todos mis esfuerzos eran estériles.

Mi madre, que entró en aquel momento, fue quien vino en mi ayuda, pues de otra manera yo hubiera tardado media hora en hacerlo, torpeza que la hizo reír con inocencia, mientras llegamos al tren que nos condujo a la capital.

Durante la media hora de camino, que fue para mí eterna, su mirada virginal no se fijó un solo instante en ninguno de los pasajeros que nos acompañaban y los cuales sí la veían, con ese interés que despierta siempre, casi en todos, una mujer hermosa. Cada una de aquellas miradas que le iban dirigidas excitaban los celos que ya me roían el corazón. En cambio, a tres señoras jóvenes y bellas que ocupaban asientos enfrente de los nuestros, no las perdía de vista, aunque empleando para ello el mayor disimulo. ¡Hasta en esa pasión tremenda estábamos de acuerdo!

Una distracción hizo que una de aquellas jóvenes dejase caer su pañuelo sobre el piso del vagón. Lo recogí entregándoselo en seguida y ella me dio las gracias acompañándolas de una atenta y fina sonrisa. Carmen se puso pálida de celos.

Al llegar a la capital, mi madre se separó de nosotros para ir a una visita de confianza, donde mucho la apreciaban, mientras íbamos al teatro. Quedamos en que terminado el espectáculo pasaríamos por ella para volvernos juntos a casa. Carmen se apoyó en mi brazo, andando como con cierta altivez.

—Parece que te vas haciendo orgullosita —le dije cariñosamente.

—No es eso —contestó cimbrando con elegancia su esbelto talle— es que yo soy así para andar.

Llegamos al teatro y ocupamos nuestro palco.

Casi no comprendí el argumento de la pieza; porque toda mi atención estaba fija en Carmen, ya observándola por primera vez ante un público, o ya deleitándome con las sonrisas y miradas que me dirigía.

Sus ojos examinaban como con desconfianza a las señoras que había en los palcos, observándome a la vez con disimulo y con rápida mirada; pero la mía poco se apartaba de ella y esto la tranquilizó. Al terminar la pieza salimos, apoyándose ella en mi brazo con más languidez y oprimiéndolo suavemente.

—¿Estás contenta? —le pregunté al ir andando por la calle.

—Sí —contestó— porque he estado contigo; pero antes me gustaba más el teatro.

—Pues no hay razón para ello, y debería ser lo contrario, porque ahora lo entiendes mejor.

—No es eso —replicó—; pero hay mucha gente que nos ve y yo no puedo mirarte tanto como lo deseo.

Yo no la respondí, sino mirándola y estrechando más su brazo contra el mío. Ella hizo igual cosa y detuvimos el paso sin advertirlo.

—¡Vaya! —exclamó tomándolo—. ¿Lo ves? por eso no quisiera salir de casa.

—Tienes razón, somos unos niños —dije prosiguiendo la marcha—. ¿Quieres ir, como antes, a tomar algo?

—Sí —murmuró suspirando.

Fuimos a Fulcheri y nos sirvieron helados. Ella tomó dos con ansia, como si con

la nieve hubiera querido apagar el fuego interior que sentía devorarla. Yo le recordé lo mucho que la gustaban cuando era niña; pero ya no quiso tomar, manifestando tan sólo impaciencia por salir de allí.

Pagué, y cuando íbamos con dirección a la casa donde nos aguardaba mi madre, le dije:

—¿Qué tienes? Pareces como inquieta. ¿Estás mala?

—¡Estoy nerviosa —exclamó con violencia—, en todas partes hay tanta gente! Me mortifica mirarte delante de los extraños. Quiero volver pronto a casa.

Nos reunimos con mi madre, tomamos el tren que llaman de ocho, y una hora después entrábamos nuevamente en aquella sala y nos sentábamos en aquel sofá, tan querido para los dos.

Carmen suspiró, como si le quitasen un peso inmenso del corazón, y dijo con arranque:

—¡Ya no me gusta el teatro, ni los paseos, ni las gentes! ¡Jesús, qué fastidio! ¡Todo el mundo la mira a una y eso cansa! ¿El domingo que viene no salimos, verdad?

—Como tú quieras —le contestó mi madre que se hallaba a mi derecha como todas las noches, mientras ella tenía el lado opuesto.

—No, no saldremos. Soy más feliz aquí. Solitos los tres. Toda mi dicha está en mi casa. ¿Para qué salir a buscarla?

—Estoy de acuerdo —dije.

—Y yo —agregó mi madre.

Los tres veníamos disgustados del paseo y extrañábamos aquel bendito hogar, tranquilo, silencioso, perfumado, en que nos bastaba, como ya lo he dicho, la mutua presencia para constituir nuestra felicidad.

Quise tomar su mano, la retiró, y para impedirme que la tomase, se puso a jugar con su pañuelo. La miré con asombro, pero durante una media hora que permanecimos allí no quiso tendérmela.

Cuando nos despedimos dejó que mi madre se adelantase, y al acariciarme con aquel beso de llama que todas las noches me daba sobre la frente.

—Eso le enseñará a usted a no recoger más pañuelos que los míos... —dijo con voz muy baja y se fue rápidamente en su seguimiento.

Sonreí de sus celos, pero me acosté satisfecho, pensando en que para aquella amante criatura no había en mí ni la más ligera acción que pudiese serle indiferente.

Todo en ella me revelaba sin cesar su amor, sin arte, sin premeditación, sin estudio y de la manera más franca, más sencilla y más natural.

Yo me dormí, como siempre, adorándola...

XIX

En las semanas sucesivas alternaba yo, permaneciendo en casa un día y yendo otro a la capital, para atender algunos negocios que procuraba ir desarrollando aun cuando fuese con lentitud. Al volver a las cinco de la tarde, me las encontraba esperándome con impaciencia. A las seis, Carmen y yo, nos íbamos al jardín, y una hora después volvíamos a la sala, tocaba ella en el piano y en seguida platicábamos a ratos, manifestando su júbilo porque al día siguiente me tocaba quedarme en casa. Regocijábase también mi madre, y por mi parte, nada anhelaba tanto, como aquellas horas dulces y tranquilas que pasábamos en el santo aislamiento del hogar.

Les había llevado diversos géneros para que se hiciesen ropa blanca, y mientras ellas cortaban tales y cuales piezas, yo les leía algunas novelas escogidas, para ir abriendo y desplegando ante aquel corazón los principales misterios de la vida. Las lecturas se interrumpían cuando me fatigaba para oír su dulce charla, o bien para pasar al comedor o para ir a nuestro acostumbrado paseo por el jardín, y en las noches repetíanse las sencillas escenas de que antes me he ocupado.

Podrá parecer monótona aquella existencia, y no lo era. El amor la volvía febril y la llenaba de relámpagos. Todos los días eran diversos y variados en accidentes pequeños, en leves enojos, en causas de celos, en niñerías de ambos y en simplezas sublimes, que estrechaban cada vez más los lazos que unían a nuestras almas. Una frase del libro leído provocaba una discusión que le traía un enojo, desvaneciéndose éste después en luminosas sonrisas; una pregunta de mi madre evocando algún recuerdo de mi juventud, despertaba sus celos, y entonces, parecía devorarme con su mirada ardiente; un colibrí libando la miel de una flor, dos mariposas que se perseguían jugueteando, un nido de gorriones nuevamente descubierto, eran motivos bastantes para despertar su pudor, para que velase sus pupilas, y para que se desprendiera de mi mano y huyese por el jardín, para reunirnos dos minutos después, con mayor ansiedad y mayor goce. Yo no necesitaba más luz en nuestro cielo.

En aquel espacio luminoso había una nube: la enfermedad de Carmen.

Manuel continuaba sus visitas regularmente, y en todas ellas era igual su opinión. La enfermedad no avanzaba, pero tampoco retrocedía, y esto siempre era un mal síntoma, porque la naturaleza, por sí misma, tiende al estado perfecto de salud. Las medicinas eran ineficaces hasta entonces, y en los dos meses transcurridos y que llevaba de curarla, nada habíamos adelantado y más bien era lo inverso, si considerábamos el tiempo perdido. Él abrigaba aún la confianza del buen éxito; pero mi inquietud, mis temores y mis ansias iban también aumentando cada día.

Le hablé una vez sobre el cambio de temperamento que alguien me aconsejó. Él moviendo la cabeza de un modo negativo, me dijo:

—*La tierra caliente* sería buena, pero guardaremos ese recurso para más tarde; cuando un médico usa de ese remedio, excepto en ciertos casos, es porque ya no encuentra otro, y a veces, porque trata de quitarse la responsabilidad de una curación

de la cual ya desespera. Si se agrava, aun cuando sea muy poco, podrás llevártela a *tierra caliente*. Sin embargo, antes vamos a emplear diversos agentes y a variar de sistema.

Varió de régimen, y después de recetar diferentes drogas, que según él, darían mejor resultado, preguntó si la distraíamos.

—En lo posible —le contesté—; se resiste a salir.

—Pues oblígala. Todos los enamorados son lo mismo, buscan el aislamiento y la soledad, para entregarse por completo a sus abstracciones y a sus sueños, que fomentados, como ustedes lo hacen, llegan a convertirse en verdaderos delirios. La sangre se empobrece por el exceso de concentración y de trabajo mental, por los deleites imaginados y por el abuso de la fantasía que se vicia también en la contemplación de lo ideal. En todos esos goces inmateriales, se prodiga el fluido nervioso y la electricidad vital, así como el hierro y el fósforo, tan indispensables a la vida. Te lo he dicho, no tanto amor, porque también su exceso mata.

—Precisamente mañana es domingo, la llevaré al teatro.

—Y no sólo allí —replicó—, a otros paseos, a días de campo, a tertulias y a visitar a sus amigas; en fin, ya sabes, y a ti que conoces la vida social, de la cual te has alejado, convirtiéndote casi en un misántropo, nada tengo que decirte.

—He abandonado la sociedad, casi ya carezco de relaciones, y ella tampoco tiene amigas.

—Mal hecho. Las amistades deben escogerse, pero no suprimirse. En tu buena posición, tienes el medio de crearlas pronto, y por su parte, ella es bastante hermosa, para que todas las puertas se le abran. Conque, hasta la vista, y ya sabes, divagarla bien y nada de contrariedades serias.

Al entrar en la sala yo estaba inquieto, muy inquieto por aquella enfermedad y preocupado por lo que, respecto a distracciones, acabábamos de hablar él y yo.

Carmen trabajaba con su máquina de coser, inmediata a una de las ventanas, y mi madre tejía de gancho, meciéndose en un sillón de bejuco, para disminuir en algo el calor que sentía. Pronto advirtieron mi preocupación.

—¿Qué tienes? —interrogó mi madre con interés. Carmen levantó sus ojos mirándome de un modo penetrante.

—El médico exige paseos —contesté—; mañana iremos al teatro.

—¡Ay Dios! —exclamó ella, que no había cesado de mirarme—. ¡Y yo que esperaba pasar el día aquí tan contenta!

—Pues es preciso —repuse—, y no sólo al teatro, quiere que también tengas amigas, hagas visitas y concurras a tertulias y a otras diversiones y paseos.

—¡Jesús!... ¡qué letanía de calamidades! —contestó riéndose y suspendiendo su trabajo—. ¿Y no le has dicho que todas las mañanas tenemos conciertos con los pájaros y todas las noches con mi piano; y no le has dicho también que todos los días recibimos visitas y tenemos tertulias con las mariposas, los chupamirtos y los gorriones? ¡Vaya, qué extravagante es tu médico con recetarme lo que más me

fastidia!

—Sin embargo, es preciso.

—¿Te chaceas? —preguntó mi madre.

—No, madre mía. Eso es lo que me ha dicho y lo que también deseo.

—¡Entonces se hará! —dijeron ambas al mismo tiempo, y ya sin hablar, continuó trabajando; fácilmente podía advertirse su disgusto. Yo, aproximando una góndola, me senté enfrente de ella.

—¿Por qué trabajas con tanto afán? —la pregunté—. Cuando te pones a coser, ya no quieres hacer otras cosas.

—Yo pienso, imagino y sueño despierta mientras coso —dijo levantando su hermosa cabeza.

—¿Y en qué piensas? —interrogó entonces mi madre.

—En usted, madre —contestó Carmen, mientras que sus ojos me decían, por medio de una seña, que aquella respuesta era sólo para mí.

—¿Y siempre? —repliqué.

—¡Sí, siempre! Despierta y dormida, a todas horas y en todos los instantes. ¡Siempre... siempre!

Aquella frase pronunciada por ella con voz vibrante y con arrebató la aspiró mi corazón con delicia, porque, como la anterior, también me venía dirigida. Mi madre fue sonriendo a besar su pura y casta frente.

Todo el resto de la tarde y la noche, por más esfuerzos que hizo para disimularlo, conocíase su contrariedad y su impaciencia. Mi madre también estaba disgustada con aquellas disposiciones del médico, que iban a extinguir nuestro aislamiento para lanzarnos en las agitaciones de la vida social. Por mi parte, la preocupación y la inquietud aumentaban con mis reflexiones, y sin explicarme la causa, comenzaba a temblar delante del porvenir.

En la mañana del domingo, Carmen estuvo triste y poco comunicativa. Mi madre rehusó acompañarnos, y cuando salíamos para dirigirnos al teatro, pregunté a Carmen.

—¿Qué tienes? Nunca te he visto así.

—No sé —contestó—, estoy inquieta, violenta. Yo creo que esos paseos me han de producir más mal que bien.

—¡Vaya, no seas niña! Yo, por el contrario, creo que te harán provecho. Además, tengo positivos deseos de que me vean en todas partes con una muchacha tan guapa como tú.

—¡Ay! —repuso suspirando—, yo no. Quisiera que nadie nos viese o que no hubiera en el mundo más seres que nosotros.

En el tren nos vimos poco y hablamos menos. Ella tenía razón. Todas las gentes estorban a los que se aman.

Al entrar en el teatro nos cruzamos en el vestíbulo con una señora elegantemente vestida y muy hermosa, que entraba también apoyándose en el brazo de un caballero,

en quien no tuve tiempo de fijarme, por contestar al saludo que la señora me dirigía y a la cual acababa de reconocer en aquel instante.

—A los pies de usted, Lola —contesté quitándome el sombrero e inclinando la cabeza.

Lola había sido uno de los amores de mi juventud, y por causa mía aquella mujer tuvo que sufrir serios disgustos con su familia y con la sociedad, que durante aquel tiempo se expresó de su reputación en términos poco favorables. Para mí, aquel cariño fue un pasatiempo, un capricho y una conquista. Para ella, fue una pasión a la que todo lo había sacrificado y que, según ciertos rumores, la duraba todavía. Desde que amé verdaderamente, la imagen de Lola venía a veces a mi memoria, como algo parecido a un remordimiento.

Sentí que el brazo de Carmen tembló en el mío. La miré, estaba pálida y sus ojos seguían ávidamente el cuerpo de aquella mujer que iba alejándose. Entramos a nuestro palco y su mirada la buscó, encontrándola con otras señoras, en un palco separado del nuestro, por el intervalo de otros dos. Ambas se fijaron la vista, examinándose con intención.

Siempre he admirado el instinto de las mujeres, para presentir y adivinar a sus rivales: Carmen se volvió a mí diciéndome con violencia:

—¿Quién es esa mujer?

Yo las había visto lanzarse aquella primera mirada de desafío, en la que procuraron reconocer su belleza, es decir, sus armas; pero dirigí la vista con indiferencia para otra parte, preguntándola:

—¿Cuál?

—Tú sabes cuál —replicó—, la que encontramos al entrar.

—Una antigua conocida.

—Algo más que eso —repuso con voz precipitada—, tú has querido a esa mujer.

—¡Bah! Te juro que no...

—Pues entonces ella será la que te quiso y aún te quiere. Tú no viste antes de que te saludara la impresión que manifestó al verte.

—¡Celosa! Todas se te figura que me quieren.

—Todas, no sé; pero *de esa...* estoy cierta. Su acento temblaba al saludarte.

—Se te figuraría.

—Mi corazón no me engaña. *Esa* mujer ha de haber sido alguna de las que me han contado.

—¿Quién te ha contado esas cosas? —le interrogué con extrañeza.

—Alguno, ya te hablaré de eso después —dijo arreglando los gemelos y dirigiéndolos al palco que era motivo de nuestra conversación.

Lola acababa de lanzar también sus anteojos sobre Carmen; ésta, al observarlo, bajó los suyos, sufriendo impasiblemente el examen de aquélla, sin huir la mirada; pero cuando la vio terminar su prolongado estudio, sus gemelos se fijaron en Lola, por un espacio de tiempo más corto. Desde aquel momento, ambas comenzaron a

emplear más disimulo para mirarse, que yo para observarlas.

El telón se había levantado, y para disimular más lo mucho que me importunaba la presencia de Lola, afecté fijar mi atención en la pieza.

Al concluir el acto, Carmen estaba mucho más pálida, y Lola, por el contrario, con las mejillas encendidas. Yo comenzaba a sentir cólera por la presencia de aquella mujer, que tomando nuevamente sus gemelos, los fijó con descaro y con insistencia sobre mí. Carmen, con una voz débil y trémula, me dijo:

—¿Lo ves? Parece que lo hace así para que yo la comprenda. ¡Tonta! ¡No necesita de eso!

Su acento, en que parecía ocultarse una queja, me produjo una sensación dolorosa. Me puse en pie lanzando sobre Lola una mirada de profundo desprecio, y afectando buscar un sitio más cómodo, cambié la posición de mi asiento, de manera que ella quedase a mis espaldas y que mis ojos sólo viesan la escena o a la pobre niña, que comenzaba a sufrir con sus celos, justificados en aquella ocasión, por la conducta impertinente que la otra había observado para con ella.

En las negras y hermosas pupilas de Carmen brilló una mirada de triunfo, y sonriéndose conmigo por primera vez en todo aquel día, exclamó:

—¡Se ha puesto más blanca que un papel! Has hecho muy bien. Ahora voy a hacerle comprender lo que en estos momentos sospecha.

Quedé fascinado ante el fulgor de su sonrisa y ante la vivacidad y brillo que tomó su semblante. Por la posición que ocupaba en medio de las dos, no podía examinar a Lola, cuyos ojos evidentemente no se apartaban de nosotros. Carmen aproximó su asiento al mío, y mirándome con ternura.

—Dímelo —dijo con acento suplicante—. ¿Has querido a *esa* mujer?

La palabra *esa*, que antes también he subrayado, salía siempre de sus labios con entonación despreciativa. Yo la contesté:

—¡Nunca! Ya te lo juré así.

—Bueno. No hablemos más de ella.

—Hagámoslo de nosotros. ¿Quién te ha contado lo que de mí dices que sabes?

—Ya supondrás que no ha sido madre —contestó.

—Tu nodriza, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué te dijo?

—Muchas cosas; que eras muy calavera, que habías engañado a muchas mujeres, y que... ¡No! ¡No! ¡No no quiero acordarme de nada de eso! —exclamó llevando la mano derecha al corazón.

—¿Qué sientes?

—Un dolor débil, pero constante y que me disgusta, porque me pone violenta.

Su respuesta vino a recordarme su enfermedad, y mi frente y mis ojos se nublaron.

—¿Lo ves? —prosiguió—. Esos recuerdos te afectan aún.

—No tengo más recuerdos que los tuyos. Tu nodriza hizo mal en contarte esas cosas, que te han vuelto desconfiada respecto a mí.

—Tienes razón. Hizo mal. No tienes idea de lo inquieta que me quedo cuando sales. Más valía que nada supiera.

—¿Qué sabes? Dímelo.

—Nada, no hablemos de eso porque me causas daño —dijo llevando una de sus manos, por segunda vez, al corazón.

—No hablemos —repuse con inquietud—, ya verás cómo soy siempre igual contigo.

—Es que si no lo fueras...

—¿Qué?

—No soy como las otras, y yo... me moriría.

Sus ojos, que me miraban, parecían próximos a llenarse de lágrimas, y su voz, dulce siempre, tenía en aquellas palabras una inmensa tristeza. Mi corazón palpaba vigorosamente.

—¡Vaya! dejemos eso —repuse—. Yo no tengo pasado.

Carmen irguió su frente, fijando con firmeza y con orgullo su mirada, en la dirección del palco de Lola.

—No lo tendrás; pero ése pasado que niegas, me mira en estos momentos —repuso sosteniendo por algunos minutos aquella postura, hasta que el telón, al levantarse, hizo que se fijara en la escena.

Su última frase me causó extraño efecto. El pasado que evocara con ella, vino ante mí a presentarse y recordé las pruebas que Lola me dio en la época de lo que después llamaba su locura. Mi corazón se oprimió por el remordimiento, porque presentía en aquel instante el porvenir, o porque a conciencia me reprochaba mi conducta para con Lola, que a pesar de tantos años, me seguía queriendo como en aquel entonces. Por fortuna, Carmen no tuvo tiempo de observar mi turbación, y durante el acto y el entreacto siguiente, no se cansaba de dirigirme miradas, sonrisas y frases llenas de ternura, desplegando en todo aquello un lujo y un refinamiento de coquetería instintiva, innata, inconsciente, cuya mira principal era la de probar a Lola que nos amábamos. La movilidad, la simpatía y la gracia de su semblante la volvían irresistible. Yo estaba a cada momento más y más fascinado, y mi amor crecía a medida que iba revelándome encantos de su espíritu y de su inteligencia, que estaba lejos de sospechar. Hubo en ella preguntas tan candorosas y tan inocentes, que no pude contestarlas, y arranques tan fogosos y tan apasionados, que me hacían temblar, al comprender en ellos que nuestro porvenir estaba resuelto, y que aquella que yo había juzgado como una niña, amaba ya con toda la vehemencia de una mujer. Era la Eva... blanca, pura, inmaculada, pero la Eva; sencilla e infantil, pero tentadora y terrible. Su belleza resplandecía, y yo, enloquecido y ebrio de amor, aspiraba su alma, su entusiasmo y su fuego, anhelando salir de allí, volver a casa y entregarme por completo a la contemplación de su múltiple hermosura, de sus acciones y de sus

ideas, que me ofrecían cielos infinitos de pasión.

Casi siempre, nosotros mismos somos los verdugos de nuestra propia felicidad.

A veces, y observando mi arrobamiento, sus ojos se dirigían al palco de Lola, con audacia y con expresión de triunfo. Nada más natural en una niña que desconocía las tácticas y los disimulos sociales.

Al comenzar el tercero y último acto, quise observar la situación de aquélla y lancé mi vista rápidamente en la dirección en que se hallaba. En el mismo momento, Lola me veía y nuestros ojos se encontraron. Carmen, que volvía su cabeza para hablarme, sorprendió aquella mirada. Yo me sentí ruborizado y maldije interiormente mi ligereza, al calcular sus resultados.

Carmen se puso seria, su frente y sus cejas se contrajeron, la sonrisa huyó de sus labios y sus ojos se apagaron, pasando instantáneamente de ojos de brillante a ojos de vidrio. Fingiendo no haber visto nada, su atención parecía estar fija en el desenlace de la pieza. Al caer el telón, se puso en pie, diciéndome con voz temblorosa:

—Vamos.

Sin contestarle, le ofrecí el brazo y salimos.

Por violenta que fuese nuestra salida, dio a Lola el tiempo suficiente para salir también y esperarnos en el pasillo de los palcos. Teníamos que pasar forzosamente junto a ella.

Carmen se apoyó con fuerza sobre mi brazo, avanzando después con resolución, y sus ojos, firmes y audaces, se clavaron en los ojos de su rival. Las dos miradas, al cruzarse, formaron como un relámpago. Pasamos, y no me atreví a saludarla. Los ojos de Lola parecían provocar; los de Carmen expresaron un supremo desdén.

Erguida, orgullosa y como segura de su fuerza, continuaba apoyándose en mí, sin ver a nadie, sin fijar sus ojos en nada, y cuando salimos del vestíbulo, suspiró prolongadamente, y su brazo, dejando de oprimirme, vino a quedar, permítaseme la comparación, como inerte sobre el mío.

—¿Quieres ir a tomar algo? —le pregunté con timidez.

—Gracias —contestó secamente—, nada deseo.

Anduvimos una calle que nos separaba del paso de los trenes, y su brazo parecía muerto; era, como si dijéramos, un tronco de madera que llevaba en el mío.

—¿Qué tienes? —le interrogué comprendiendo su enojo—. Nunca vas así, ni tomas mi brazo de ese modo.

Con voz breve y seca, dijo:

—Voy bien y como siempre. Gracias. No te molestes más. Nada tengo.

Y como habíamos llegado a la esquina por la cual transitan los trenes, se desprendió de mí.

—Seguiremos andando en dirección a la plaza —le propuse—, hasta encontrarlos.

—Esperaremos, siento cansancio.

—¿Cansancio de qué? Has estado sentada toda la tarde.

Sus ojos se fijaron en los míos con tal reconvención y con tal reproche, que los sentí humedecerse. Después, velándolos con sus sedosos párpados.

—A pesar de eso —dijo—, me siento muy cansada y no sé la causa.

Recordé la hipertrofia, como se puede recordar un infierno, me conmoví, y tomando una de sus manos y olvidándome de que me hallaba en la esquina de dos calles y de que sus transeúntes pasaban a mi lado, le dije:

—¡Anda, mi vida! ¿Dime qué tienes, qué sientes, qué quieres?

—¡Calla! —replicó—. ¿Qué dirán de mí los que pasan y te oyen? No tengo, ni siento, ni quiero nada.

Su respuesta, dicha con vehemencia, sublevó mi orgullo. Guardé silencio, esperamos los trenes, subimos a ellos, y sin hablar una palabra ni dirigirnos una sola mirada, llegamos a Tacubaya.

Le ofrecí mi brazo, que tomó lo mismo que antes. A los veinte pasos, exclamé:

—¿Qué modo es ese de ir conmigo? Pareces muerta.

—¿Te molesto? Entonces iré sola.

Desprendió su brazo, y continuamos así hasta llegar a casa. Yo bramaba interiormente de ira, y también sentía como ganas de gritar.

Abrazamos a mi madre, sentándonos después en el sofá, y le dije, para que no extrañase el estado en que venía:

—Carmen viene indispueta, estos paseos no la prueban.

—Ha de ser debilidad —contestó mi madre dejando su asiento—, voy a mandar que pongan la cena. ¡Hizo una comida tan parca!

—No tengo hambre —replicó ella.

—Aunque no tengas, niña, es preciso que comas.

Diciendo esto, salió de la sala.

—¡Carmen! —exclamé cuando no oí los pasos de mi madre—, te juro que la vi sin mirarla y también sin intención.

Ella se volvió hacia mí con rapidez, las sombras huyeron de su semblante y dijo con alegría casi infantil.

—Ahora sí... Eso es... ya lo confiesas... luego me has comprendido. ¿Hiciste mal, verdad? Mira, yo no quiero que veas a *otra*, y menos delante de mí, y menos todavía, cuando creo que has tenido algo con *esa* mujer. No sabes lo que he sufrido. Oye. Ahora puedo confesarlo. En el camino sentía yo como que me ahogaba.

Y sus ojos brillantes, lúcidos y ardientes se fijaron con indecible expresión en los míos. Iba a contestarle, cuando los pasos de mi madre se dejaron oír.

—Ven —le dije tomando su mano derecha—, ven al comedor, todo queda olvidado.

—¡Olvidarlo... jamás! —exclamó— pero perdonarte... hoy y siempre... ¡Te quiero tanto!

Mi madre entraba en la pieza y se detuvo esperándonos. Oprimí la mano que llevaba en la mía, y ella dulcemente, me contestó la presión. Fue tal mi regocijo, que

soltándola, abracé a mi madre y la llené de besos.

¡Perdonadme, madre mía! Aquellas caricias no eran vuestras. Aquellos besos, como todos los de mi vida, eran de Carmen... ¡mi primero, mi único, mi inolvidable y eterno amor!

XX

Comimos muy ligeramente, y a pesar de las exhortaciones de mi madre, volvimos a la sala, casi como habíamos salido de ella, y nos sentamos, pero con el júbilo no sólo en los ojos sino también en el corazón.

Como de costumbre, yo ocupaba el asiento intermedio entre ambas.

Una de mis manos fue a ocultarse bajo los pliegues que formaba en el sofá el género del vestido de Carmen y comenzamos a explicar a mi madre el argumento de la pieza, que inventamos entre los dos, porque ninguno la había visto realmente. Una de las suyas comenzó lentamente a aproximarse a la mía, hasta que alguno de nuestros dedos se tocó. Yo, suspendiendo la respiración, sentí que me moría por el exceso de deleite. ¡Nunca he experimentado una sensación tan profunda, como aquel rozamiento delicadísimo de nuestros dedos! La mano de ella y la mía, se estrechaban convulsivamente un segundo después, y nuestros corazones latían allí, es decir, en las yemas de nuestros dedos. Aquella presión significaba, que nuestras almas, separadas una hora por los celos, volvían a fundirse la una en la otra, con irresistible vigor.

Cuando terminamos la explicación de nuestro argumento, mi madre preguntó si habíamos encontrado algunos conocidos.

—Sí —dijo Carmen—, una joven, es decir, ya una señora, pero muy guapa todavía, que se llama Lola, y que no nos quitaba los ojos.

—¿Es aquella? —me preguntó mi madre con sonrisa maliciosa.

Mi cabeza hizo un signo afirmativo, mientras pensaba yo la manera de desviar la conversación de aquel punto, por demás inconveniente, y que podría ser de graves consecuencias.

—Se conoce que le ha querido mucho —dijo Carmen afectando indiferencia— y que le quiere aún bastante, porque toda la pieza se le pasó mirándola.

No sé lo que hubiera dado por evitar la respuesta de mi madre, que mirándome con una mezcla de severidad y súplica, dijo:

—Todavía es tiempo de reparar el mal producido y de cumplir las promesas que debes haber hecho a esa pobre niña, que tanto te quiso, y que, ya lo ves, te quiere aún. ¿Por qué no te casas con ella?

La mano de Carmen tembló, se puso tan helada como si fuese de mármol, y lentamente se fue desprendiendo de la mía, poniéndose en seguida como a jugar con los pliegues de su vestido. Su palidez se acentuó hasta el grado de que sus antes sonrosadas mejillas, imitaban entonces el blanco transparente del alabastro, y sus ojos, fijos sobre sus manos parecían concentrar su atención toda, en los dobleces que formaba al género.

El asombro más grande produjeron en mí aquellas palabras. Yo tenía en la conciencia el convencimiento de que mi madre conocía, y no sólo, sino que aprobaba, apoyándolo, nuestro amor. ¿Cómo, pues, explicar aquella terrible pregunta? ¿Cuál era su objeto? ¿No quería permitir más tiempo nuestras reservas? ¿Provocaba una

explicación? ¿Adelantábase a nuestros deseos abriendo el campo a las confidencias? ¿Era una sonda sobre nuestros corazones? ¿Qué sentido oculto venía envuelto en aquella frase lanzada de una manera tan violenta y repentina? No era fácil comprenderlo; pero era necesario replicar, y lo hice así.

—No comprendo a usted, madre mía. Yo no le he hecho promesa alguna, ni creo haberle causado males; y en cuanto a lo de casarme con ella, me parecería la peor de mis locuras.

—La loca fue ella en quererte como te quiso —repuso con voz severa—, y tú fuiste poco caballero en esos amores. Yo esperaba que los años te hubieran cambiado y que volvieras sobre tus pasos; pero veo que aún no es tiempo, y ruego a Dios que pronto lo sea.

—Si yo lo hubiera sabido —dijo Carmen con tono finamente irónico—, me habría callado; pero como yo se lo pregunté y me lo negó, no es mía la culpa.

Conocíase que a pesar del sarcasmo de su acento, su emoción era profunda. Un temblor imperceptible agitaba su seno, y los movimientos de sus manos eran nerviosos. Yo sufría lo que no es decible, no tanto por el momento, cuanto por lo que de aquella explicación pudiera resultar.

—Mi hijo no hizo bien en negártelo —repuso mi madre con mayor severidad—; esa pobre mujer le quiso con verdadera adoración, y el pago ha sido la ingratitud. No ha vuelto a amar a nadie, y tú misma lo has visto, aún le ama. Hay todavía otras razones, pero parece que se rehúsa comprenderlas.

—¡Carmen no necesita saber nada de eso! —exclamé—. ¡Madre, no hablemos de esa mujer ni de aquella época!

—¿Te produce remordimientos? —interrogó mi madre extrañando el tono violento de mi voz.

—¡No! —repliqué—, ¡pero me produce hastío, repugnancia, vergüenza! ¡Aquella vida debería haber terminado con el suicidio!

—¡Calla, blasfemo! ¡Calla! —gritó mi madre con angustia—. ¿No ves que matas a este ángel?

Y se precipitó ansiosamente sobre Carmen, que no pudiendo resistir más tiempo, acababa de desvanecerse, reclinando su adorable cabeza sobre el respaldo del sofá.

—¿Qué tiene? ¡Dios mío! ¿Qué tiene? —decía mi madre tratando de enderezarla y besando con frenesí su pálida frente.

—¡Carmen! —gritó mi alma suspendida sobre mis labios—. ¡Carmen... amor mío!

Y tomando sus manos, casi yertas, la sacudí con violencia.

Ella, lanzando un suspiro, pareció desfallecer aún más. Su respiración era fatigosa, y su pecho se sacudía, como agitado interiormente por reprimidos sollozos.

Mi madre fijó en mí una mirada que me produjo miedo, por su extravío y por el dolor y la congoja que en ella leí. Sin saber qué hablaba y expresando, sin tratar de hacerlo, mi pensamiento, murmuré:

—Tal vez será un efecto de la hipertrofia...

—¿Qué has dicho, desgraciado? ¡Mi hija se muere! —gritó mi madre lanzándose rápidamente al extremo opuesto de la sala, para traer un frasco de sales que estaba sobre una mesa.

Aprovechando esos instantes, mis labios se apoyaron sobre los suyos, dándole un beso delirante, febril, convulso, en el cual trataba de transmitirle mi vida, mi alma y mi amor. Fue un beso loco, pero santo. Aquel era el remedio supremo que mi espíritu empleó de un modo inconsciente, para volverla a la vida. ¡Ay!... Yo no sospechaba en aquel momento, que también era el último que sus labios purpúreos recibirían.

Estremeciéndose como si hubiera recibido una descarga eléctrica, sus grandes ojos se abrieron nuevamente a la luz, hizo un esfuerzo supremo, y enderezándose, me rechazó con temblorosa mano, a la par que decía con voz débil y como quejosa:

—¡Vaya! ¿Qué haces? Eso no está bueno...

—¡Habla! ¡Vive! —exclamó mi madre con júbilo—. ¡Gracias, Dios mío!

Y precipitándose nuevamente sobre Carmen, se arrodilló, estrechándola, a la par que la miraba como con éxtasis.

—¿Qué sientes? —le preguntó.

—Nada ya, *Mamita*.

—¿Pero qué fue eso, angelito?

—Me asusté de verla a usted enojada... ¡como nunca la había visto así!

—Perdón, hijita. Soy una imprudente, una tonta, una necia. ¿Ya nada tienes?

—Nada, *Mamita*, nada, cálmese usted.

Yo estaba seguro de que mentía, y de que la causa de aquel accidente, eran las revelaciones de mi madre, y sus ideas, sus inexplicables y repentinas ideas sobre mi matrimonio. Así es que, para tranquilizarla por completo y para jugar el todo por el todo, le dije tomándole una mano y estrechándosela:

—¡Carmen... vida mía... *amor mío!*

Las dos palabras últimas las subrayé —también el acento subraya— pronunciándolas con entusiasmo, con fuego, con pasión. Su mano permaneció inerte y su semblante pálido; pero sus labios me sonrieron levemente, mientras que sus ojos se fijaron en mi madre con inquietud y como examinando el efecto de mis palabras.

Ésta se puso en pie, y mirándome como con reconvención, me dijo:

—¡Qué frío es todo eso! ¡Cuán poco expresa de ese divino fuego de tu alma, que Dios encendió con un soplo, para que al fin le comprendieses!

Su lenguaje era bien claro, y yo no podía dudar. La terrible pregunta de mi madre, consecuencia de todo aquello, era un medio empleado para que nuestros corazones afirmasen su fe delante de ella. Sus ideas eran perfectamente explícitas.

—¡Sí, madre mía! Sí. ¡La quiero con todo el corazón!

—¡Y ella, con toda su alma! —exclamó poniendo en pie a Carmen y obligándola a que se arrojase en mis brazos.

Nos estrechamos convulsivamente y ebrios de felicidad. Era un abrazo santificado

por mi madre, y que autorizaba su presencia. Carmen y yo estábamos como estupefactos. Interiormente, nuestras almas se habían arrodillado ante Dios.

—¡Vámonos!... ¡Ven!... Necesitas reposo —dijo en seguida mi madre, tomándole una mano y retirándose con ella—. ¡Hasta mañana, hijo mío!

La emoción no me permitió contestarla sino con un murmullo. Al atravesar el umbral de la puerta, Carmen volvió su angélico semblante dirigiéndome una de aquellas miradas profundas y dulcísimas, que no he vuelto a ver nunca... porque sólo sus ojos sabían mirarme así.

XXI

Desde aquel día, Carmen comenzó a desmejorar, de una manera visible. Un círculo enteramente sombrío rodeaba sus hermosos ojos, pareciendo aumentarlos de tamaño, y la color encendida de sus mejillas desapareció, sustituyéndola una palidez que servía para embellecerla, haciéndola más y más interesante. Cuando se agitaba, su respiración volvíase fatigosa, y al acostarse, cuando lo hacía sobre el lado del corazón, aquella fatiga era mucho más pronunciada. Su apetito y su sueño eran escasos, grande su excitación nerviosa y grande también su inquietud, por más que procurase disimularla. Todas estas observaciones eran hechas por mi madre, que desde aquella noche, en la cual una imprudente distracción mía le hizo conocer su enfermedad, aumentó para con ella en solícitos cuidados, que no bastaban, sin embargo, a contener los avances del mal.

En la inmediata visita de Manuel, cuando la reconoció el corazón, le vi contraer sus cejas con disgusto, y yéndose conmigo para el estudio, me dijo al entrar en éste:

—La hipertrofia adelanta de un modo notable. El mal se acentúa y se agrava. ¿Qué es lo que ha pasado en estos días?

Le referí todo brevemente y con los detalles más precisos. Él, moviendo la cabeza, observó:

—Esta enfermedad es de lo más caprichosa que puede darse. Antes se había estacionado, y ahora avanza de un modo franco y resuelto. La combatiremos de igual manera. Creo que los celos están influyendo en contra nuestra, y debes, a todo trance, extinguirlos. Tranquilizarla, calmarla, inspirarle confianza, y supuesto que los paseos, por consecuencias de tu antigua vida, nos pueden resultar contraproducentes, los suprimiremos. Supuesto también que tanto se inquieta cuando vas a México y que nada te obliga a hacerlo, será preferible que permanezcas a su lado. Observa más escrupulosamente que nunca el régimen que ahora he dejado prescrito, y no desesperemos, pues la juventud y el amor son poderosos auxiliares nuestros.

Yo quedé desconsolado. Sin necesidad de aquellas explicaciones, ya habíamos mi madre y yo advertido la decadencia progresiva de su salud. Ese mismo día, al ver a Carmen que se alejaba por el jardín, para esperarme en él, dijo mi madre al verme salir en su seguimiento:

—¡Ámala mucho! ¡Esa pobre niña es demasiado ángel para vivir largo tiempo sobre la tierra!

Y al terminar aquella frase, se limpió dos lágrimas rebeldes que habían asomado a sus ojos.

Días después, Carmen, que acababa de correr por entre los rosales, que ya no tenían flores, me dijo deteniéndose y llevándose ambas manos sobre su seno izquierdo:

—¿Sabes? ¡De tanto quererte, siento como si se me estuviera hinchando el corazón!

Expresar lo que sentí, es imposible.

A veces permanecía por largo rato pensativa, y cuando yo se lo reprochaba, ella, moviendo su angélica cabeza:

—Yo tampoco quisiera pensar en eso —replicaba—, pero lo hago a pesar mío.

—¿Qué te preocupa?

—Lo mismo que ayer, que anteayer, y que todos los días. Lo que ya te he dicho. Ese horrible pasado.

—¡Pero no seas niña! Ya ves que nada recuerdo y que no hay en mí la más ligera huella de él.

—¡Quién sabe! Yo vivo de mis recuerdos, que me son tan gratos, porque todos vienen de ti, y no dejo de pensar en eso, y sin quererlo. ¡Quién sabe lo que recuerdes a pesar tuyo!

Y suspiraba, y todos mis esfuerzos para convencerla y tranquilizarla, eran inútiles.

Cuando las inquietudes de su enfermedad me hacían divagar, preocupado por los síntomas que a mi juicio eran cada vez más alarmantes, ella, sacudiendo con violencia sus piecitos, exclamaba:

—¡Lo ves! ¡Lo ves! ¡Ya estás pensando en algo que no quiero que pienses!

—Ésas son locuras —contestábale, tomando sus manos entre las mías—, no seas tan celosa.

—¿Y qué quieres que haga, si yo soy así?

—Dominarte. ¿No estamos siempre juntos? ¿De qué te encelas?

—¿Cómo de qué?

—Sí... ¿De qué? Te repito que para nada nos separamos.

—¿Hoy sí... pero entonces?

—Entonces, tú no habías nacido, yo no te conocía...

—¡Aunque! ¡Aunque! —exclamaba interrumpiéndome con arrebato, como si eso fuera una razón—. ¡Tengo celos de entonces, de aquel pasado, de lo que yo no vi, de lo que me han dicho, de lo que sospecho, de tus recuerdos, de tus pensamientos y de todo... de todo! ¡Tengo celos! ¿Lo entiendes? ¿Qué he de hacer cuando yo soy y siento así?

Y su cuerpo temblaba, y sus ojos ardientes parecían lanzar flamas al verme, y entonces su mirada luminosa y penetrante, por una transición rápida, volvía a expresar la ternura. Restablecíase en ella la calma al leer en mis ojos la pasión, y sonriendo:

—¡Es verdad! —murmuraba con voz dulcísima, que ya había perdido toda su violencia—, ¡es cierto, y para convencerme, no necesito más que mirarte!

Abstraíase a su vez, y temiendo que sus pensamientos volviesen a flotar entre aquellas sombras, trataba de llamar su atención.

—¿Nada tienes que decirme? —le preguntaba.

Ella, estrechando mis manos por un movimiento febril, estremeciéndose y mirándome con ansia, contestaba con voz armoniosa y profunda:

—¡Ay! ¡Sí! ¡Sí!... ¡Pero no puedo! ¡Quisiera decirte tanto!

En aquellos instantes, ambos nos olvidábamos de que existía el universo.

Otras veces, sus pálidas mejillas se coloreaban y sus ojos se humedecían, velándose castamente con sus grandes párpados. Era entonces la estatua animada y palpitante de la inocencia y el pudor.

—Ahora llega mi turno —le decía—. ¿En qué estás pensando?

—En *Mamita* —contestaba—. ¿Crees que esté contenta con esto?

—¿Cuál es *esto*? —preguntábale a pesar de haberla comprendido.

—¡Ya lo sabes! —decía ruborizándose aún más—. Contenta con... pues... digo... con nosotros. ¡Vaya, si tú me entiendes bien!

—Puedes quedar tranquila. Ya ves, que más claro que como yo se lo dije, no se puede decir, ya ves también lo que hizo. Lo aprueba todo, estoy seguro.

—¡Es tan buena! ¡Qué miedo tuve, Dios mío! Creo que tienes razón y que la agrada...

Al ver que se interrumpía, yo que adivinaba la causa:

—¡Concluye! ¡Sé franca! ¿La gusta, qué?...

—Pues eso... lo mismo que antes...

—¡Dílo!

—¡Pues que... nos queramos! ¡Para qué me obligas a repetirlo si me entiendes, si ya lo sabes!

Ella no comprendía todas las felicidades que yo aspiraba, en esos candores y en sus inefables resistencias.

Nada más delicioso que aquellas transiciones rápidas, en las cuales pasaba de la suprema inocencia y de la timidez, al amor arrebatado y exigente, para volver en seguida por sólo una mirada, a estremecerse de castidad y a cubrirse de rubor, centuplicando así, sin saberlo ella, la fuerza irresistible de sus atractivos y de sus encantos.

¡Oh noches silenciosas y tranquilas! ¡Crepúsculos serenos!... ¡Mañanas luminosas de mi vida!... ¡Días radiantes de mis amores!... ¡Habéis pasado para siempre, pero aún vivís en mí por el recuerdo!

Algunas tardes íbamos a leer en el jardín composiciones poéticas de nuestros autores favoritos. Yo leía en voz alta y ella escuchaba con toda su alma, estremeciéndose por las electricidades de la inspiración, y durante mis lecturas me veía, formando también estrofas con sus miradas; cuando cerrábamos el libro, ya impregnados de idealidad, de poesía y de genio, nuestras almas, conmovidas, continuaban comentando su eterno poema, balbuciendo frases que sólo deben oírse en esas alturas en que brillan los astros, y completando con nuestros ojos, los diálogos incoherentes de la pasión.

Dos flores que reciben la vida y la savia del mismo tallo, no están tan íntimamente ligadas entre sí, como lo estábamos nosotros. La luz en los colores, el brillo en las estrellas, la gravitación en los átomos y en las nebulosas, son leyes más

eludibles que la que fundía en una sola nuestras dos voluntades. A veces, en las noches, nos olvidábamos de volver a casa hasta las ocho, y la Eterna Inmanencia extendía sobre nuestras cabezas su manto bordado de soles.

Entonces contemplábamos el cielo y a la par nuestras almas.

Atónitos, absortos, conmovidos hasta lo más íntimo, nos tomábamos de las manos, y sus ojos, al mirarme, parecían iluminar las sombras estremecidas que nos rodeaban. Nuestros corazones palpitaban unísonos, ardientes, fulgorosos, como dos lámparas encendidas en medio de aquellas flores, o como dos astros más, que cintilaban entre aquellas silenciosas serenidades. Ofrecíamos a Dios nuestros pensamientos como un perfume, y nuestro amor transformábase en plegaria, estableciéndose así la comunión divina. Toda la inmensidad del cielo descendía a nuestras almas o éstas se dilataban abarcando sus esplendores. Contemplábamos la mecánica infinita, el centelleo lejano y la iluminación universal, y estremecidos, extáticos, anhelantes, parecíamos inclinarnos sobre aquella eternidad con el vértigo de la ascensión en nuestras almas y cómo sintiéndonos levantar por el santísimo, por el supremo, por el indefinible hálito de Dios.

Solos allí, en su presencia, arrodillados interiormente, apacibles, risueños, dichosos, adorábamos todo delante de nosotros... desde las luciérnagas que brillaban entre la hierba, hasta los torbellinos de estrellas que en forma de nebulosas cruzaban por el azul intenso del zenit.

¡Quién sabe qué me decía! ¡Qué palabras robaba al lenguaje de los ángeles y qué música al ritmo de los mundos! Hablaba, y yo absorbía con ansia sus frases, aprendidas por ella cuando su alma se cernía aún entre los misterios de las estrellas. ¡Cuánta inocencia en aquel idioma! ¡Qué dulzura en sus imágenes y qué expresión en su poético hablar! Era la sublime inspirada, creando mundos de ideas y de sentimientos... con sólo dejar latir y expresarse al corazón.

A veces llegaba a nosotros, envolviéndonos, una ráfaga de aire impregnada de aromas y de rumores; traía mezclados los diálogos de las corolas a las caricias de los nidos, las quejas de los insectos y los rozamientos de los tallos, el crujir de la savia y quién sabe si también la plegaria de la tierra y la voz de los astros y los cielos... aquel murmullo indistinto, vago, inmenso y elocuente... despertaba en mí no sé qué emoción más profunda, que me obligaba a estrecharla fuertemente contra mi pecho, murmurando:

—Carmen... amor mío... ¿no oyes?

—¡Calla —contestaba estrechándome convulsa y fijando con pasión sus pupilas en mis ojos—, calla y ruega!

—¿Por qué? —la interrogaba sintiéndome quemar por el brillo candente de su mirar intenso.

—¡Calla —repetía—, lo que oyes, es el aliento de Dios!

XXII

Iban así pasándose los días, y la enfermedad de Carmen progresaba; en mi madre crecía el desasosiego y en mí la inquietud. Sólo Manuel afectaba ser impasible; pero a pesar de ello, comprendíamos su disgusto causado porque las medicinas no lograban detener la marcha del mal.

Carmen no podía, aun cuando ya lo procurase, alejar de sí aquellas ideas que la mortificaban incesantemente. Dos semanas después de aquel malhadado domingo, y una hermosísima mañana, que le pregunté por qué estaba triste, me contestó:

—Presentimientos, y ya ves que a mí el corazón no me engaña. Acuérdate que aquel domingo estuve triste y resistiéndome a salir. Yo presentía a aquella mujer.

Algo me sorprendió que se acordase aún de Lola; pero tratando de alejar de ella esas ideas, repuse:

—Bueno. ¿Pero ahora qué es lo que presentes?

—No sé, ni puedo explicarlo; pero mi corazón está oprimido, y temo, sin saber lo que temo, tal vez el porvenir.

Le hablé de nuestros amores y de nuestras esperanzas. Ella me sonreía, pero la tristeza no huyó de su semblante. Mi pasado estaba siempre enfrente de aquella pobre niña martirizada por los celos, y según yo la explicaba, celos absurdos, que carecían de fundamento, de causa, de origen; celos injustificados y sin motivo alguno para existir; celos ridículos e imposibles que en vez de un incentivo, se transformaban en una tortura para ambos. Escuchaba con calma y hacía grandes esfuerzos para arrojar de su mente aquellas ideas y aquellos temores, y al no conseguirlo, continuaba sufriendo y disimulando para tranquilizarme.

El exceso de amor, y permítaseme la frase, de amor retrospectivo, estaba aniquilando aquel corazón virgen, ardiente y enfermo, a quien el amor podía dar la vida, pero al que los celos causaban la muerte. ¡Lucha terrible que era preciso extinguir antes de que en ella sucumbiera aquel ángel, víctima inocente de la fuerza y de la exageración de sus sentimientos!

Como yo buscaba sin cesar en mi imaginación nuevos recursos contra la enfermedad, ocurrióseme un medio.

Aprovechando una de aquellas oportunidades en que estábamos solos, le dije:

—Carmen, tengo una idea que comunicarte.

—¿Cuál?

—Ésta. Tú vives intranquila, no por mi pasado, sino por las consecuencias que éste pudiera traer. El temor de encuentros como el de aquella tarde, te obliga a no salir y te quedas en casa inquieta cuando yo lo hago. Ahora, escucha mi proyecto. Cambiando de residencia, todas esas cosas que motivan tus celos, desaparecerán. ¿Qué te parece?

—¡Cambiar de residencia! —exclamó—. ¡Irnos a otra parte! ¡Sí! ¡Eso es! Irnos a vivir a una población distinta, donde haya gentes diversas y en la cual nadie nos

conozca, ni sepa quiénes somos. Irnos al fin del mundo para que nadie nos vea. ¡Eso es! ¡Tienes razón! Vámonos a donde tú quieras. Estaré más tranquila y viviremos más ignorados. ¡Oh, qué felicidad!...

—Si eso no fuera bastante, viajaremos.

—No será necesario —repuso—, así, ese pasado sombrío al que tanto temo, parece como que se borra, o como si se alejase más. Te juro que seremos dichosos y que todas mis preocupaciones no te mortificarán ya.

Quedamos de acuerdo para arreglar aquel viaje a la mayor brevedad posible y en consultárselo desde luego a mi madre; pues Carmen estaba resuelta a no separarse de ella nunca. La ocasión para aquella consulta se me presentó en el mismo día, aprovechando también algunos momentos en los cuales estábamos solos.

—Usted sabe ya lo peligroso de la enfermedad de Carmen —le dije.

—Sí, por desgracia —me contestó—. ¿Hay algo nuevo y más grave que se haya presentado y que yo no sepa?

—No, madre mía.

—Entonces, ¿por qué son esas preguntas?

—Porque hay un remedio que no hemos empleado, y que muchas veces produce buen éxito.

—¿Cuál? ¿Cuál? ¡Dílo pronto!

—El cambio de clima.

—Es cierto —observó—. Todos los médicos se lo aconsejaron a tu padre, pero él no quiso escucharlos. Pues bien. ¿Por qué no hacerlo?

—Lo he pensado ya, pero quería consultárselo a usted.

—¡Admitido! Admitido desde luego y sin la menor vacilación.

—Es que Carmen rehusa separarse de usted.

—¡Hija de mi vida! —exclamó mi madre—. ¿Por qué habíamos de separarnos? Arréglalo todo y nos iremos juntos a donde tú creas mejor.

—Pero no sabemos si a la salud de usted pueda convenirle el cambio a un clima cálido.

—Sí, hijo mío. Mi sangre comienza a enfriarse en las venas. Los inviernos me hacen sufrir mucho. La *tierra caliente* me reanimará. Arréglalo todo.

Sólo faltaba someter aquel plan a la aprobación de Manuel. En la próxima visita que hizo se lo expuse, aunque con preámbulos, para no ofenderle y para que no creyese que desconfiábamos de su ciencia y también de su eficacia. Él me contestó:

—Te anticipas a mis deseos. Pensaba yo proponerte una junta de médicos, y como conozco mucho a mis colegas, estoy cierto que todos hubieran optado por el temperamento. Después de la conversación que sobre este punto tuvimos y en la cual hablé con ligereza, no me atrevía a indicártelo.

—Recordando lo que entonces me dijiste —observé con angustia—, puedo creer que ya no tiene remedio.

—No tanto. El caso es grave, bastante grave, pero no desesperado. La enfermedad

moral, es decir, la pasión y los celos, vienen a agravar más la enfermedad física. Si logras tranquilizarla, tal vez se salve; si le causaras una decepción, evidentemente moriría, de modo que tu amor es la vida o la muerte para esa mujer. La hipertrofia ha avanzado, contra todos los esfuerzos empleados para contenerla; pero en un clima más cálido y sobre todo en una altura menos considerable que ésta, la enfermedad pudiera hacer crisis y estacionarse o retroceder. Todo es posible y no hay que desesperarse. ¿Qué punto piensas elegir para radicarte?

—Cuernavaca. Es el más próximo a la capital.

—Está bien. Voy a darte una carta de recomendación para un médico amigo mío, cuya esposa padecía la misma enfermedad que Carmen, causa por la cual se radicó allí hace seis años. Su esposa, gravísima entonces, vive aún y parece muy sana. ¡Ojalá que te pase otro tanto!

Sentóse frente al escritorio, escribió una carta amplísima para su antiguo camarada, dióme minuciosos detalles sobre los síntomas de la enfermedad y consejos útiles para combatirla, y después de una hora de conversación y de recibir varios encargos que le hice, nos abrazamos afectuosamente y partió en busca de sus enfermos.

Quedé muy afectado. Conocía bastante el carácter de Manuel para comprender, en lo que me acababa de explicar, que Carmen estaba a las puertas de la muerte, y que su salvación quedaba entregada a la casualidad; comprendí también que la confianza de la cual hacía alarde, meses antes, no era más que un medio empleado por él para hacerme sentir poco a poco y muy lentamente, aquella gravedad, que desde entonces existía, pero a la que me acostumbró, como el enfermo se acostumbra al veneno, por dosis graduadas. Confirmáronme en esta opinión los consejos que me dio respecto a la conducta y a las precauciones que debería observar para con mi madre, cuando Carmen se fuese agravando.

Horas de infierno fueron para mí las de aquella tarde, horas de duda y de combate, en las cuales pensé y sufrí todo lo que se puede pensar y sufrir cuando vemos abrirse la tumba para un ser a quien amamos. Mi cráneo se calcinaba interiormente por el fuego de las ideas, y sentía como si mis sesos fueran a fundirse.

Aquella noche, al ver su semblante lleno de animación, sus ojos brillantados y sus mejillas levemente coloreadas, efectos causados por sólo el anuncio del viaje, mis ideas cambiaron y mis esperanzas renacieron más llenas de amor, de fe y de confianza en el porvenir.

—La muerte no se atreverá a tocar tanta inocencia —pensaba yo mirándola con éxtasis—, y en todo caso, si se atreve a hierla... que nos hiera a los dos.

Al día siguiente comenzaron los preparativos de viaje. Situé fondos suficientes en las casas de comercio de la población en la cual íbamos a fijar la nueva residencia, y me proveí de cartas de recomendación dirigidas a las principales personas de ella. Quedó la casa de Tacubaya entregada a una familia modesta y humilde, que la cuidaría en pago de su ocupación y que ahorraba así algunos fondos para sus grandes

necesidades. Esta idea fue de mi madre, que nunca perdía ocasión de hacer el bien.

Dos criadas y el viejo Simón nos acompañaron. Tres días después, estábamos provisional y cómodamente establecidos en Cuernavaca.

XXIII

La casa era amplia y perfectamente ventilada. Todas las piezas comunicadas entre sí, lo estaban también con un ancho corredor que las dividía del jardín y cuyo techo inclinado se apoyaba sobre columnas de madera, que multitud de plantas trepadoras vestían con su follaje, y las cuales, atravesando los intervalos existentes entre columna y columna, formaban en ellos cortinajes flotantes de verdura, adornados con flores variadísimas y que despedían un aroma penetrante. Bajo el soplo del aire, aquellas ricas cortinas se balanceaban, desprendiéndose entonces de entre sus hojas, en número prodigioso, las doradas abejas, las rojizas avispas, las mariposas y otros insectos multicolores, que brillaban bajo los rayos del sol como copiando el iris. Por los vacíos formados con aquellos festones de cálices, de hojas y de tallos artísticamente entretejidos, se veía el opulento desarrollo de la vegetación tropical del jardín. Las hojas brillantes de los mameyes y de los chicozapotes, mezclábanse a las perfumadas del naranjo que parecía ostentar a la vez sus pomos de oro, y de entre los rumorosos platanos se levantaban erguidas algunas palmas, cuyos elegantes y esbeltos troncos estaban cubiertos por las parásitas y las enredaderas. Infinidad de arbustos y de plantas más pequeñas se confundían bajo la sombra de los árboles, formando como verdaderos océanos de verdura, en los que se admiraban todos los matices del color verde y todas las variantes de los otros colores, que brillaban también con lujo en su desconocida flora. Los tallos y las hojas parecían formados de esmeraldas, y en los capullos y en las corolas, se imaginaba uno ver amatistas, topacios, zafiros y rubíes derramados con infinita profusión. Entre aquella pedrería movable, saltaban los cardenales vestidos de púrpura, las calandrias de oro, las urracas negras y los pericos, las catarinas y las guacamayas, confundiéndose en su caprichoso vuelo con pájaros plomizos, carmelitas y azules, con variadísimos colibríes y con insectos brillantes que parecían flores con alas. El sol acentuaba los tonos marcando más la pompa de las tintas y multiplicando hasta lo infinito la variedad y la inagotable riqueza del colorido. A lo lejos, destacábanse sobre un horizonte incendiado las montañas grises, cubiertas como con un inmenso velo de crespón formado con la bruma, y la atmósfera toda parecía moverse, por la electricidad, el calor y la vida en ella disuelta bajo todas las formas.

De todo aquel conjunto brotaba una voz inmensa de la cual eran partes componentes, los rumores que desprendían los abanicos de las palmas al mecerse, las grandes hojas de los plátanos al rozarse, los estremecimientos constantes de toda aquella rica vegetación, que palpitaba ebria de vida bajo los besos del calor, los gritos alegres de los pericos y las guacamayas, los chillidos agudos de otras aves, los roncros de las urracas, algunos trinos dulcísimos, el canto monótono de las chicharras, el zumbido de los insectos, y los innúmeros sonidos que se desprendían de las alas, de las hojas y de la enorme y constante pulsación de la vida multiplicada por el sol.

El aire estaba impregnado de emanaciones aromadas, fuertes, acres, penetrantes, a

la par que agradables y variadas. El calor era excesivo, pues el termómetro de Reaumur^[2] marcaba en la sombra 33 grados; pero aumentándose por esta causa la densidad atmosférica, respirábase con grande facilidad y sin esfuerzo alguno, como si los pulmones se hubiesen dilatado o crecido, circunstancia que debería ser favorable a la enfermedad por nosotros combatida.

Por lozana y hermosa que fuera la vegetación de nuestro jardín en Tacubaya, parecía ética o tísica, ante el lujo y la exuberancia de la tropical, y la primera vez que al salir en la mañana, vio Carmen desarrollarse ante su vista aquel admirable y animado paisaje, sus ojos atónitos tuvieron aquella mirada de asombro, que ya había observado en ella cuando siendo muy niña, la mecíamos en la cuna, mi madre, y algunas veces yo.

Estuvo durante algunos minutos contemplando, y después, como atraída y fascinada, me tomó una mano, descendimos juntos los escalones o gradas que separaban el piso del corredor del piso del jardín, e internándonos en aquellos océanos de flores y de pájaros, me dijo:

—¡Esto es hermoso! ¡Incomparablemente hermoso! Superior a esto no puede haber nada, como no sean los jardines de los cielos.

—¿Cuáles son? —la interrogué.

—¡Quién sabe! Mira esos insectos que parecen flores que vuelan, y esos pájaros que parecen ramilletes por lo brillante de sus matices. Así, en el cielo, habrá estrellas de colores que parecerán rosas. Dios ha de tener también sus jardines. Algunas noches he visto en el fondo de los cielos, eso que tú llamas nebulosas, y que me figuro como inmensos árboles de estrellas. ¡Quién sabe si los astros serán flores de luz!

Muchas veces tenía frases como aquella, que revelaban su espíritu creador y poético, a la par que su inocencia y sencillez. Cuando se conmovía por alguna causa grandiosa, ya fuese contemplando la naturaleza o el cielo de nuestro amor, poetizaba sin saberlo y su corazón expresábase con irresistible elocuencia.

—Tal vez no sean flores —observé, divagando como ella—, podrían ser también seres que, como nosotros, se aman y su mirada es la luz.

—¡Ay, no! —repuso—. ¡Dios no hubiera colocado tan lejos a los unos de los otros!

Su mirada expresiva y ardiente, vino a completar su frase.

Caminábamos por estrechas sendas que la exuberancia de la vegetación llenaba de ramas, las cuales tenía yo que ir apartando para que no la molestasen; en una de ellas vi una mariposa cuyas alas tenían no sólo el color sino el brillo del oro, y que, acabando de salir de la cárcel de hojas, en la cual se había operado su mágica y misteriosa transformación, ensayaba su vuelo, deslumbrando con el movimiento de aquellas brillantes alas.

—Mira —le dije tomando con delicadeza el insecto alado—, de crisálida a mariposa.

—¡Suéltala! ¡Suéltala, no la lastimes! —exclamó con ansia.

La obedecí, y Carmen, al verla que después de volar se detenía sobre una flor tan dorada y brillante como sus alas, agregó:

—Como salió de su capullo ese que antes era gusano, así sale el alma del cuerpo. Por eso te decía yo que las estrellas son flores. Las almas serán sus mariposas.

Sus pensamientos desde niña, eran no sólo poéticos sino, como el anterior, profundos.

—¡Vaya! —dijo en seguida, enseñándome las avispas que revoloteaban caprichosamente—. ¡Parecen corales con alas!

Corté una flor teñida de púrpura, que no conocía, pero cuyo aroma embriagaba, y se la ofrecí. Ella, al tomarla, interrogó:

—¿De dónde la cortaste?

—De aquí, de esta rama.

—Pues corta esa otra que la acompañaba —me dijo sonriéndose—, tal vez las flores se quieren, y si estas dos, por vivir juntas, se amaban, al menos que no se separen y que mueran como han vivido.

Al obedecerla, pensaba en la delicadeza de sus sentimientos, manifestados siempre así, sin pretensión alguna, pero que revelaban la ternura y la generosidad de su corazón. ¡Cuando dos seres se aman, morir juntos no es morir... es desvanecerse con deleite en la eternidad, para continuar amándose y no separarse nunca!

Aspiró con delicia el aroma de las flores, ya unidas en su mano, y mirándome:

—¿Qué es el aroma? —interrogó.

—Una exhalación natural en la mayor parte de las flores —la contesté sorprendido de su pregunta y no satisfecho de mi respuesta.

—No. El perfume es en las flores lo que el pensamiento en las gentes —replicó enseñándomelas y agregando—: Mira, así como estas dos mezclan sus aromas, así nosotros hemos confundido nuestras ideas. ¿Verdad?

Sonriendo, la repliqué por examinar su respuesta:

—Tiene eso gracia. ¿Y las dalias que carecen de aroma?

—¿Qué sabes? No huelen para nosotros, pero no han de dejar de tener perfume.

—Hay otras flores que carecen de él.

—¿Bueno, y qué? También hay gentes así. ¿No me has dicho que los idiotas piensan?

Satisfecho de su ingenuidad, llevé su mano a mis labios y le di sobre ella un beso, no sin que hiciese una leve resistencia.

—¡Estate quieto! —dijo estremeciéndose y ruborizándose—. Siempre haces eso cuando no me quieres contestar. No me gusta que lo hagas.

—Copio a la naturaleza —contesté enseñándole dos calandrias que, paradas sobre el borde de su nido, se besaban.

Carmen soltó mi mano, y enrojándose más, observó:

—Bueno. Lo hacen porque ya están casados.

—¿Quién te lo dice?

—¡Vaya... su nido! ¿No me dijiste una vez que dos gentes cuando se quieren, fabricaban, como los pájaros, su nido de amor?

—Pues vamos a hacerlo, y casémonos.

Parecía brotar la sangre de sus mejillas, y velando sus ojos, se detuvo sin pronunciar palabra.

—¿No me contestas?

—¿Qué quieres que te diga? —dijo con voz trémula y conmovida.

Aproximándome a ella, la estreché en mis brazos con pasión, a la vez que insistía diciéndola:

—¡Habla! ¡Dime! ¿Qué piensas?

—Tú lo sabes bien... —murmuró con voz que apenas oí.

—¡Aunque así sea! Yo quiero que lo digas.

Temblaba entre mis brazos, sin que sus ojos se atreviesen a mirarme; pero su fisonomía estaba radiante de felicidad y encantadora por el rubor.

—¡Qué idea! —dijo quedo, muy quedo—. ¡Esta noche te lo diré!

—No. ¡Yo lo quiero ahora!

—Bueno... pues sí... ¡Sí!... —exclamó con arranque, estrechándome a la vez que ocultaba su cabeza en mi pecho, y en seguida, desprendiéndose de mis brazos, corrió por los bosquecillos del jardín.

Escuchamos en aquel instante entre los armoniosos cantos de las aves, la voz de mi madre que nos llamaba.

Carmen, sin cambiar su paso acelerado, varió su dirección yéndose hacia la casa. La seguí con lentitud, aspirando con delicia aquel aire cargado de aromas, y sintiendo mi corazón desfallecer de júbilo, de esperanzas y de felicidad.

XXIV

A las dos de la tarde de aquel día, salí de mi cuarto al corredor en busca de una temperatura menos alta, pues el termómetro de Reaumur marcaba 34 grados en la sombra.

Carmen estaba dormida graciosamente sobre una hamaca, y mi madre en otra. El calor las había obligado a obedecer a esa costumbre de la *tierra caliente*, a la que se ha dado por nombre *sestear*. El silencio más profundo reinaba en el jardín, y las aves habían enmudecido. Sólo el canto monótono, triste y chillón de la chicharra, era el único que se oía y también el crujido de la madera seca que se dilataba por el calor.

Hubiérase dicho que en vez del medio día era la media noche, pues toda la naturaleza estaba como sumergida en profundo letargo. Los rayos del sol caían sobre la tierra calcinándola, haciendo hervir la savia y aumentado con el calor la densidad del aire, que llevaba en sus ondas como ráfagas de fuego o como si soprase impregnado por llamas de un incendio lejano y colosal.

En la posición en la cual se encontraba Carmen sobre la hamaca, se veía al través de las mallas de ésta, uno de sus bien calzados piecitos y el principio de una pierna adorable, cubierta con blanquísima media. Me aproximé extendiéndola uno de los pliegues de su vestido, para ocultar ante mis ojos aquel provocativo encanto de la forma, que hacía sospechar sus maravillosas morbideces. Mi amor era a cada instante más espiritual, y al verla andar, ya casi nunca la mirada ansiosa y ardiente de mis dilatadas pupilas la perseguía como antes, sus diminutos pies.

Jamás, ni aun en sueños, manchó mi pensamiento la pureza inmaculada de aquella mujer, cuya blancura, castidad e inocencia, sabían imponer, sin pretenderlo, el silencio absoluto de los sentidos. Hablaba en sus miradas el alma con tal elocuencia, que se olvidaba uno fácilmente de su cuerpo, por más que éste fuera tan hermoso como el de una Venus. Después de cubrirla con el mayor cuidado posible, para evitar que se despertase, me quedé mirándola, como se mira siempre a la mujer que se ama, con verdadero arrobamiento.

Uno de sus brazos levantado en forma de arco sobre su cabeza, permitía admirar la curva artística de su seno de virgen, y el lienzo que pudorosamente lo cubría, ondulaba ante el impulso de su fácil y vigorosa respiración. Sus mejillas estaban coloreadas con aquel suavísimo rosa que meses antes tenían. Su semblante oval era, en aquellos momentos, de lo más apacible, sereno y cándido que pudiera imaginarse, y en sus labios jugaba una sonrisa, que era la revelación de su feliz sueño. Sólo las aves, los niños y los ángeles, duermen con la inocencia que ella dormía.

Apenas llevaba algunos instantes de mirarla, cuando sus grandes ojos se abrieron y sus pupilas se fijaron en las mías, sin manifestar el menor asombro de verme allí. Sólo sus labios completaron la sonrisa en ellos dibujada.

—¿Dormías? —le pregunté.

—Sí —contestó—, soñaba contigo.

Mi mano derecha fue comunicando a la hamaca un movimiento de oscilación, cada vez más fuerte. Ella parecía aspirar el aire caliente y aromado, con verdadera delicia, y sus pupilas se movían horizontalmente, para no perder la mirada de las mías, por el movimiento de la hamaca. La mecía como lo hiciera años antes en su cuna. La niña de aquel pasado, y la mujer de ese momento, eran, sin embargo, el mismo ángel de candor, que se había desarrollado en formas y en hermosura, pero conservando la pureza y el alma virginal de entonces. ¡Blanca azucena en botón, cuyo primer aroma me tocaba a mí solo aspirar!

Largo tiempo estuvimos así, yo meciéndola, ella mirándome, y a veces, enrojeciéndose y velando constantemente sus ojos, cuando los míos se fijaban en su torneado cuello o en las elegantes curvas de sus formas, que se destacaban por las malicias del aire y por la presión que las mallas de la red ejercían sobre ellas, como estrechándolas con amor.

Algunas calandrias, refugiándose en la sombra de las enredaderas, abrían el pico como sofocadas por el calor, y sobre el azul brumoso y opaco de los cielos, blancas nubes parecían perseguirse con ligereza. La atmósfera estaba cargada de electricidad.

¡Qué dulzura infinita y qué expresión en aquellas miradas, tan pronto lánguidas como ardientes, y tan profundas, como si me viniesen dirigidas desde las insondables regiones del cielo!

En sus pupilas había siempre ese candor que tienen los ojos de la paloma y el brillo que posee el astro, la profunda sombra de la noche y su constante centelleo, los asombros que expresan la inocencia en los niños, y la vivacidad y los relámpagos que revelan la iluminación interna de las ideas. Siempre también, sus ojos estaban húmedos, como si estuvieran expresando una suprema ternura o como si les fuesen a brotar lágrimas: cuando los cerraba, sus párpados finos, arrasados y transparentes, no podían velar el fuego y la llama de sus pupilas, cuya claridad los iluminaba de un modo poético, y al abrirlos, la luz que en ellos parecía haberse depositado, escapábase llenándose de nuevos y vivísimos fulgores.

Ver aquellos ojos bastaba entonces para llenar mi vida. ¡Verlos hoy... bastaría también a mi eternidad!

Mi mano continuaba meciéndola, y era tal mi abstracción al contemplarla, que me causó extrañeza la voz de mi madre, que decía:

—¿Por qué no te sientas con ella en la hamaca? Así pueden mecerse juntos.

Volví la cabeza. Mi madre nos veía como ven siempre las madres a sus hijos, con intensa ternura.

—Es verdad —contesté—, no lo había pensado.

—El calor es muy fuerte, y tienes encendida la cara. Siéntate a su lado, y meciendo la hamaca con los pies, también te darás aire.

Carmen cambió de posición, sentándose, y yo seguí el consejo de mi madre, haciendo lo mismo: nuestros cuerpos quedaron oprimiéndose el uno con el otro, y todo su lado izquierdo apoyándose contra el derecho mío. Estremecida y ruborizada

con aquel íntimo contacto, quiso ponerse en pie, pero mi brazo derecho, pasando por sobre sus hombros, la sujetó con suavidad, y apoyando mis pies contra el suelo, comuniqué a la hamaca el movimiento suficiente para que nos meciera. Su cabeza se reclinó entonces sobre mí, sus párpados cubrieron la mitad de sus ojos, y sus miradas, atravesando sus sedosas pestañas, se fijaron en las mías. Sentía sobre mi carne el latido precipitado de su corazón, y el aliento de su boca quemaba mi frente, más que las ráfagas de fuego que traía en sus ondas aromadas el aire del jardín.

Fingiendo dormir, cerraba a veces sus ojos, y cuando yo iba a preguntarle si realmente lo hacía, sus párpados se alzaban como si hubiese leído mi pensamiento, y sus pupilas, inundadas de pudor, de ternura y de luz, me dirigían una mirada tan elocuente y tan llena de pasión, que la voz se me ahogaba en la garganta, sintiendo en mi espíritu los desfallecimientos que físicamente producen los vértigos.

—¿Estás cómoda? —le pregunté, pasados algunos minutos.

—¿Qué? —me preguntó ella a su vez, con la voz opaca, apagada, y apenas comprensible.

—¿Que si estás cómoda?

—Sííí...

La afirmación anterior no fue pronunciada, sino que pareció brotar de sus labios como un suspiro prolongado y profundo. Conocíase que necesitaba hacer un esfuerzo para hablar. Sus pupilas estaban como veladas por una tenue gasa, o como si en ella flotase una ligerísima y transparente nubecilla, formada por el vapor de una lágrima. Sus ojos eran entonces menos brillantes, pero dotados en sus miradas de mayor ternura; y como a veces huían de los míos, le dije:

—¿Te cansa mirarme?

—¡Oh... No!

—¿Te cansarás después?

—¡Nunca... nunca! —exclamó.

—¿En qué piensas?

—No pienso —dijo muy quedo—, lo que hago es sentir.

—¿Y qué sientes?

—¡Ay!... lo que sientes tú.

—Explícamelo.

—No puedo. Hay cosas que se sienten, pero que no se explican y que no se expresan, porque no hay frases para hacerlo.

—Todo puede lograrse cuando se quiere.

—Bueno —replicó sonriendo—, pues entonces, explícame a Dios.

—¿Por qué a Dios?

—Porque eso es lo que yo creo que en momentos como éste, late, vive y está en mi corazón.

Guardamos silencio, devorándonos con los ojos, y después le hice una pregunta, que le hacía cuantas veces anhelaba yo ver sus mejillas ruborizarse.

—¿Me amas? —balbucí.

—¡No!... —dijo moviendo con gracia su cabeza, y agregando en seguida—: ¡Si lo sabes... para qué preguntármelo!

—¡Quiero oírtelo siempre!

—A la noche te lo diré. Sabes que no me gusta de día. Además, puede oírnos madre.

—¿Quieres que le diga lo que hablamos esta mañana?

—¡Ay! ¡no! Dentro de algunos días.

—Entonces, ¿no lo deseas tanto?

—¡Qué empeño de hablar ahora de esas cosas! ¡Madre! —agregó levantando la voz.

—¿Qué cosa, hijita? —dijo aquélla con voz soñolienta.

—¿Dormía usted?

—No, pero me estaban arrullando con sus cuchicheos.

—Vea usted esos pobres pajaritos, abren el pico como si les faltase aire.

—El calor es excesivo. ¿Y tú, qué tal respiras?

—Muy bien. Mejor que antes. Esta mañana pude correr sin fatigarme.

Conocióse que mezclaba en la conversación a mi madre, para alejarla del terreno en que yo la colocara. Iba yo a decírselo; pero adivinándolo, puso una de sus blancas manecitas sobre mi boca y dijo muy quedo:

—Calle usted, señor. A la noche hablaremos. Ahora no me deje de mirar mientras platico con *Mamita*.

Y abandonándome entre las manos la que ella había puesto sobre mi boca y que acababa de retirar porque mis labios la besaron, guardando la misma postura y mirándome y sonriéndome, emprendió con mi madre una de aquellas charlas en que hablaba de todo y en las cuales los candores de Carmen lucían bajo la forma de diversas preguntas.

Aquella noche hablamos, en efecto; pero sus confidencias fueron tan íntimas, tan apasionadas y tan ardientes, como si todo el fuego de aquel clima tropical le hubiera absorbido su alma. Su voz vibra aún en mis oídos. ¡Sus frases podrían ser repetidas por mi memoria, que no las ha olvidado ni las olvidará nunca; pero el inagotable caudal de ternura, de pureza, de idealidad y de sentimiento que encerraban, es suyo, únicamente suyo, y yo... no las pronunciaré jamás!

¡Muchos corazones podrían despertar al amor con aquel diálogo, algunas almas inflamarse ante el reflejo de su pasión, y yo sentiría celos candentes, horribles y absurdos, celos como los que hoy siento por las estrellas y por la luz!

XXV

Carmen se levantaba al amanecer, y sus canciones alegres, dulces, tiernas, obligaban a mi corazón a despertarse, para correr en su busca, mirando a la par levantarse el sol en el cielo, y la aurora en su alma.

Cuando la luz mandaba sus rayos sobre la voluptuosa vegetación del jardín, ella corría a ocultarse entre las ramas cubiertas de flores. Yo iba, fingiendo que no la veía, y buscándola con mentida ansiedad, hasta que pasando cerca del lugar en el cual se había ocultado, precipitábase sobre mí con los brazos abiertos, el seno palpitante, los ojos húmedos, la boca entreabierta, por la más deliciosa de las sonrisas, y sus encendidas mejillas, salpicadas con esas lágrimas de la aurora, que en forma de rocío, manda sobre las flores esa millonaria de diamantes, que se llama la noche.

Aquel abrazo lleno de castidad y de pureza, se prolongaba a veces por algunos minutos, durante los cuales yo miraba el cutis de su carita, cubierto de esa pelusilla finísima que tienen los geranios, y la gracia, la frescura y la juventud, que se desbordaban de él, dándole el inimitable brillo de la vida. Sus ojos bebían la pasión en los míos, y si al hacerlo, hallaba en mis pupilas el deseo de alguna otra caricia, se desprendía rápidamente de mis brazos, corriendo después por el jardín, hasta que la fatiga o el cansancio la obligaban a sentarse sobre el césped, en el cual aparecían, bajo la forma de estrellas, algunas margaritillas blancas.

Sentándome a su lado, tomaba sus manos de reina entre las mías, y reanudábamos la conversación interrumpida durante la noche anterior. Aquellos diálogos sencillos en su forma, profundos en las ideas, vigorosos en las imágenes y ardientes en su expresión, eran siempre variaciones del eterno poema. Los pájaros cantaban iguales estrofas entre los árboles, mirándonos con malicia, y los insectos y las flores eran los únicos testigos de aquellas dulcísimas pláticas, en las cuales ambos exhalábamos algo tan inmaterial y tan etéreo como la esencia de nuestro ser.

Al escuchar la voz de mi madre, que nos llamaba para almorzar, la obedecíamos, y después que terminábamos, Carmen iba a su piano o a su costura, mi madre la oía o la ayudaba, y yo... mirándolas, hablándolas o leyéndolas, dejaba volar aquellas horas benditas y radiantes que estaban llenas por el amor.

Cuando la naturaleza, enmudeciendo en sus ruidosas manifestaciones, nos anunciaba el mediodía, mi madre ocupaba una de las hamacas y Carmen, conmigo, la otra, continuando en voz muy baja y con interrupciones, el diálogo de la mañana, que volvíamos a repetir por tercera vez, cuando el cielo brillaba nuevamente por los fulgores incesantes de las estrellas.

La necesidad del reposo nos separaba físicamente por algunas horas y «esperábamos temblando nuestro nuevo amanecer interior».

Nunca es monótono ver cómo se levanta el sol iluminándolo todo, y aquella existencia irisada y encendida por el sentimiento, era para nuestras almas, como una sucesión infinita de auroras.

Pasaban con velocidad los días calurosos de Junio y algunas de sus noches tempestuosas, mientras mi madre rezaba, Carmen, trémula y nerviosa por la electricidad, me decía al oído frases que me repetirá más tarde en el seno de Dios, y en las que entonces se desbordaba su alma sobre la mía, ante la luz de los relámpagos y ante el formidable estampido del rayo.

Símbolo de nuestro destino fueron aquellos días. Después del alba en nuestros espíritus... vendría con toda su furia la tempestad.

Carmen iba recobrando sus delicados y frescos colores, no habiendo ya en sus mejillas más que las rápidas palideces de la pasión, cuando los celos las producían. Mi pasado se le borraba lentamente, y la inquietud y la desconfianza existían en ella, sólo con respecto al porvenir. Esas dudas eran combatidas por mí, con muy buen éxito, insistiendo en que me permitiese hablar a mi madre sobre nuestro matrimonio. Diariamente se renovaba una lucha deliciosa entre sus castas ignorancias y mis ardientes súplicas, en la que oponía una de esas resistencias débiles y fingidas, que, como en algunos besos, sólo sirven de incentivos para aumentar la emoción.

Una noche el jardinero llamó a mi madre desde la puerta de la sala, y mientras ésta fue a ver lo que quería el buen viejo, tomando una de las manos de Carmen, le dije:

—¿Quieres que la hable ahora de nuestro matrimonio?

—¿Para qué? ¿No tienes tú mi alma y yo la tuya? ¿No tienes la vida de mi corazón en tus labios? ¿No tienes todos mis pensamientos, mis recuerdos y mis actos, como si tu voluntad fuese la única? ¿Qué más quieres? Casarnos, dices tú. Explícame antes, ¿para qué se casa uno? Madre, cuando se lo pregunto, se ríe, y después cuando insisto y me enojo, me dice que para quererse. Bueno. Pues si es para eso, ya estoy casada contigo y con ella. ¿Qué más quieres? Soy una ciega que mira sólo con tus ojos. Haré lo que tú digas.

Lo candoroso de su respuesta hizo latir con más rapidez mi corazón.

Mi madre la llamaba, y ella, al pararse para obedecerla, agregó amenazándome graciosamente:

—Ahora le explicaré lo que usted quiere, *amigo*.

Desde aquella noche en la que nuestras almas confundieron sus pensamientos, la palabra *Papaíto*, *Papá* o *Padre*, era empleada por ella muy rara vez, y casi siempre sustituida por otras, diciéndome por ejemplo: —«*Oiga, amigo*».—«*Cuidado, señor*». —«*Vaya, hijito...*» frases que despertaban las sonrisas de mi madre y que parecían huir del respeto, buscando la familiaridad y la confianza entre los dos.

En la pieza inmediata cuchicheaban mi madre y el viejo jardinero. Carmen mezclaba con aquel murmullo unas risitas contenidas que excitaron mi curiosidad.

Mi madre y ella volvieron a sus asientos, transcurridos algunos minutos; Carmen, como nunca, hermosa.

Aprisionando sus rubios cabellos y su marmórea frente, se había puesto con arte, gracia y coquetería, una corona formada por el jardinero, con blanquísimos azahares

y luminosos cocuyos, que en las medias tintas de la pieza, se miraba como si estuviese construida con perlas y diamantes de gran tamaño y de inmenso valor. El reflejo de la fosforescencia que tienen aquellos insectos, daba a su semblante una luz sobrenatural.

Era una virgen y una reina, que resplandecía como si su cara tuviese en sí misma la claridad. Sus magníficos ojos negros, copiaban en sus pupilas las luces de los cocuyos, imitando dos cielos profundos llenos de sombras y de estrellas. Como por causa de la temperatura, siempre alta en aquellas regiones, mi madre la había obligado a vestirse de blanca muselina, la vaporosidad de aquel traje le daba un tono más ideal y como más espiritualizado. Era una alma vestida de nubes, coronada de astros y desprendiendo de su ser intangible y aéreo, la luz gloriosa de la eternidad.

Siempre la recuerdo como aquella noche. Así la miro ahora, formada con los blancos celajes que bordan el azul profundo del cielo. Así la veo también, en esos instantes que dividen, de un modo apenas apreciable, la vigilia del sueño, y en las altas horas de la noche, en la soledad silenciosa y tristísima de mi habitación, cuando estudio, así creo percibirla: no porque así la imagino, sino porque su alma está a mi lado, porque su espíritu flota esparcido entre las sombras que me rodean, porque nada... absolutamente nada, puede ya separar nuestras almas, que se fundieron para siempre en una sola... por su primero, su único, su último beso de amor.

Aquel beso indefinible, en el mismo instante en que esto pienso, vive, palpita y quema aún mis labios, secos, áridos y muertos para toda otra mujer.

Y así como la veo y la siento... también la hablo... y la sociedad me cree loco, me burla, y ríe de lo que califica como un delirio. ¡Imbéciles! No comprenden que para el espíritu no hay distancias, formas ni leyes físicas, supuesto que es inmaterial, y tampoco entienden que el alma, para expresarse, no necesita idioma, porque el pensamiento es el lenguaje múltiple, eterno, infinito, que tiene la creación. Dios, más que el verbo, es la idea.

Mi madre contemplaba a Carmen con amor. El viejo jardinero la veía con éxtasis desde la puerta de la sala, no atreviéndose a entrar. Yo... no hay palabras, frases ni ideas, que pudieran definir, ni aun pálidamente, la mirada inmensa que mis ojos fijaban en ella; creo que en aquel momento, hasta los ángeles se inclinaron para verla. El elogio más elocuente es el silencio, y nosotros, por algunos minutos, enmudecimos, y cuando hablamos, la misma banalidad de las frases, que nada expresaban de lo que sentíamos, nos obligó nuevamente a enmudecer.

Carmen fue al piano, ejecutando de una manera maestra, como siempre lo hacía, una brillante sinfonía de Beethoven, y después volvió a sentarse a mi lado. Era la musa de la armonía, que brotaba de la inspiración, cobrando admirabilísima forma.

La campana de una torre comenzó a tocar la plegaria de ánimas, y mi madre, sacando su rosario, se fue como todas las noches, al oratorio para rezar. Su presencia allí no hubiera impedido que hablásemos, porque cuando mi madre oraba, habría caído un rayo junto a sus pies, sin que lo oyese ni despertase de la profunda

abstracción por medio de la cual levantaba su espíritu hasta Dios.

Cuando quedamos solos, quise tomar una de las manos de Carmen; pero ésta la retiró diciendo:

—¡*Quia*... no, señor! Todo el día quiere usted hacer lo mismo.

—No lo haré si te disgusta.

—¡Disgustarme! —exclamó dirigiendo rápida mirada sobre la puerta, para convencerse de que estábamos solos, pues Simón había seguido a mi madre—. ¡Disgustarme! Usted sabe bien que no... pero se hace *tonto*... ¿Verdad?

Entonces, tomando entre sus manos las dos mías, clavó en mis ojos, rápida, ardiente y fascinadora mirada.

—¿Me amas? —le pregunté con la misma ansiedad que lo hice por la primera vez de mi vida.

—¡Sí... sí! —contestó con arrebató—. ¡Hoy más que ayer... y mañana más que hoy, y siempre y eternamente... más y más todavía!

—Pues entonces... casémonos.

—¡Eso es! ¡Ya vuelve usted con la idea! ¡Vaya! ¡No piensas en otra cosa!

—¿Acaso no lo quieres tú?

—¡Ya le dije a usted el otro día que sí... sí, sí... mil veces sí...! ¡Pero ahora mismo me va usted a decir para qué! ¿Verdad que me lo dirás?

—¡Hace rato me dijiste que tú me ibas a explicar por qué lo quería yo!

—Bueno —contestó sonriendo, como sólo ella sonreía—. Yo he visto que usted mira mucho a los pájaros cuando se besan, y como *Mamita* me ha dicho que sólo los casados hacen eso, usted quiere casarse para estarme besando entonces todo el día. ¿Qué dices de eso, *amigo*?

—Entonces... ¿por qué me dijiste la otra mañana que sí lo haríamos?

Tiñóse de púrpura su semblante, y velando sus ojos, contestó con dulcísimo acento:

—Porque hay veces... en que yo también... lo quiero... lo deseo... lo ansío así.

—Vuelvo a repetirlo... ¿Lo hacemos?

—¿Pero para eso, verdad?

Acercóse mi boca a su oído, y poco a poco, con suprema delicadeza, con la ternura que pudiera emplear una madre y con toda la castidad posible, descubrí ante la virginidad absoluta de aquella alma, algo de los misterios de la vida y de los secretos de la fecundidad inagotable de la creación. Ella escuchaba temblando, ruborizándose, con los ojos bajos, y con su claro talento, comprendió el infinito amor que mi alma esperaba y le ofrecía. Hubo un instante en que una de sus manos vino a cubrir mi boca, y la suya murmuró:

—¡Basta! No me digas más. Yo no sabía nada de eso: pero creo que lo he soñado o que tus ojos me lo han dicho. Ahora ya comprendo, y...

—¡Acaba! —le dije temblando sin saber por qué.

—¡Lo quiero... lo anhele... lo deseo como tú... porque te amo más... Más...!

¡oh! ¡sí, mucho más que tú!

Quise rozar sus labios con los míos; pero rechazándome con energía, dijo con arranque:

—¡No! ¡Todavía no! ¡Hasta entonces, o nunca ya!

—Pues... hablaré con mi madre.

—Espera unos días, te lo ruego.

—¿Por qué, amor mío?

—Tengo miedo de que le hables —contestó— presentimientos, dudas o lo que tú quieras; pero tengo miedo. ¿Esperas, verdad?

—Sí... pero con una condición.

—¿Cuál? ¡Díla!

—Que te veré contenta.

—¡Y cómo no estarlo si *te amo* tanto y tanto! —exclamó.

—Así debes hablarme siempre, porque mi amor crece, se aumenta y se multiplica cuando te oigo así.

Guardó silencio quedándose pensativa, y después dijo, pero con un acento y una entonación vibrante:

—¡Ah! ¡No sabes! Ahora voy a ser horriblemente celosa... No quiero nunca verte mirar a otra mujer, porque no sé lo que haría.

—No temas. Te amo... y sólo tendré ojos para ti.

—¡Ojos! —dijo con ironía, y en seguida, con vehemencia—: ¡Y no sólo eso... recuerdos, imaginación, pensamientos, vida, alma, todo, todo para mí!

—Así seré, y en cambio...

—En cambio —gritó interrumpiéndome y sin dejarme concluir—. ¡Tuya! ¡Sólo y exclusivamente tuya! ¡Ahora y siempre, en la vida, en la muerte, en la eternidad, en Dios! ¡Tuya... tuya... tuya y nada más!

Imposible pintar el entusiasmo, el fuego, la expresión, con que pronunció aquellas frases. Le tomé una mano, y obligándola a pararse, nos aproximamos a una de las ventanas que abrí. El cielo estaba como nuestro porvenir, cubierto de negras nubes; pero una estrella brillaba con fulgor rojizo, representando en aquellas sombras el ideal supremo. Aquel flamígero rubí era Marte, el mismo planeta que aquella inolvidable noche me miraba en los cielos cuando las manos trémulas del ebrio recogían a la niña abandonada. Mostrándoselo le dije:

—¡Jura!

Irguiendo su airoso talle, con una severidad extraña en el semblante y con sus ojos fijos en aquel punto, extendió su mano derecha, y dijo:

—¡Lo juro!

En aquel mismo instante, las nubes cubrieron con su sombra el planeta.

—Oye —agregó, con voz conmovida—. ¡Juro también que si un día me abandonas o te separas de mí... yo moriré!

—Vive tranquila. ¡No hay poder alguno que pueda ya separarnos!

Un trueno sordo, lejano, formidable, retumbó en los ámbitos del cielo, y un vívido relámpago surcó el espacio.

—Va a llover —dijo quitándose aquella corona que representaba su luminosa virginidad y su blanca pureza—, daremos su libertad a estos pobres animalitos.

Comenzando a desunir las ramitas que la formaban, fue arrojando sobre las plantas del jardín todos los cocuyos, y cuando terminó, dijo a mi madre, que había llegado sin que nosotros la advirtiésemos y que la miraba, examinando lo que hacía:

—Ahora, agua para estos azahares. Mire usted, madre mía... yo creo que las flores sienten, piensan, sueñan y aman. ¡Pobrecitas!

—Piensas con la inocencia de un ángel —la contestó.

Carmen, enlazando con sus brazos a mi madre y a mí, dijo con voz trémula:

—Juntos así, ¿verdad? Juntos los tres y siempre. Queriéndonos como nos queremos, seremos felices... ¡Eh, *Mamita!* ¡Qué dice, *amigo!*

Íbamos a contestarle, cuando un segundo relámpago, seguido inmediatamente de un segundo trueno, cruzó por la atmósfera, indicando que la tormenta se acercaba.

Pronto iba a desencadenarse también en nuestras almas el formidable huracán de las pasiones.

¿Eran aquellos truenos la voz de Dios? ¿Eran tan sólo el sonido que al romper las capas de aire, produce el rayo? ¡Quién sabe! La chispa eléctrica equivocó el camino. Debería de haber caído sobre las tres cabezas, que en aquel instante oraban, besando con sus pensamientos al infinito oculto por la sombra.

XXVI

Pasamos así algunos días tranquilos, luminosos, risueños. Carmen se restablecía rápidamente y ningún síntoma revelaba su enfermedad. El anciano médico, a quien presenté la carta de Manuel y que había hecho algunas visitas, me aseguró un día que el restablecimiento era casi completo, que el mal retrogradaba y que no deberíamos abrigar ningún temor para lo futuro. Él se interesaba por Carmen y por su salud, pues un año antes había perdido una hija de la misma edad a quien adoraba, y cuyos amorosos recuerdos despertábanse con la presencia de Carmen. Muchas veces al mirarla, vi humedecerse los ojos de aquel buen anciano y brillar en sus pupilas la ternura paternal. De aquí nació un esmero en él y una eficacia para atenderla, que ninguna cantidad de oro hubiera podido retribuir. Le consulté mi matrimonio y lo aprobó, con la sola condición de que por prudencia, le parecía conveniente esperásemos aún un corto tiempo. Como los preparativos y los trámites forzosos para aquel acto lo retardarían también algo, yo resolví hablar definitivamente con mi madre.

Terminaba junio. Carmen, al recobrar la salud, había embellecido más, y fuese ya por efecto del clima o por causa del amor, su hermosura resplandecía como nunca, y la vida, la juventud y la gracia, mezcladas a sus inocencias, a sus pudores y a su pasión, le daban un magnetismo y una fuerza atractiva irresistible. Su frente carecía ya de nubes. Los celos por el pasado acabaron por desaparecer. Sus inquietudes huyeron. La sonrisa no cesaba un instante en sus labios, y en sus ojos había el fuego, la llama y la luz de una pasión inmensa, devoradora, inextinguible. Por mi parte, renuncié a pintar lo que experimentaba; pero mi corazón dilatado, luminoso y sereno como los cielos, oraba al palpar... confundiendo en el mismo amor a Carmen, a mi madre y a ese Ser a cuya mirada se formó en un instante la Creación.

Al morir la última tarde de junio, mi madre, viendo a Carmen enrojecida hasta el exceso por el calor, con los ojos y los labios húmedos y brillantes, revelando en todo la salud, la alegría y el cariño, le dijo:

—Ahora sí... pronto nos casaremos... ¿No es verdad?

Carmen, por toda respuesta, se arrojó en sus brazos devorándola a caricias y a besos. Poco después se quejaba de un dolor de cabeza, que a ninguno nos inquietó, atribuyéndolo a la alta temperatura que hacía.

La noche llegó sin astros. Gruesas y negras nubes invadieron la atmósfera, y truenos sordos y lejanos anunciaron la proximidad de una tormenta.

Al retirarnos del comedor a la sala, me dijo Carmen, que continuaba quejándose del mismo dolor:

—No tengas cuidado; nada tengo. Es un pretexto para acostarme temprano y que puedas hablar con *Mamacita*. Ya ves que ella también lo quiere.

—¿Y tú? —la pregunté.

—¡Ser tu esposa! —exclamó mirándome hasta el fondo del alma—. ¡Ser tu

esposa para siempre! ¡Ser tuya... es una felicidad que no tiene nombre y que nunca podría yo explicar! ¡Háblala!

Media hora después, usando de aquel pretexto, se retiró de la sala, acompañada por mi madre, que al salir, me dijo no tardaría mucho en volver.

La tempestad seguía acercándose, y a la luz de los relámpagos palidecía la del quinqué que alumbraba la pieza. Los truenos eran más frecuentes, la atmósfera estaba calurosa y la noche prometía ser terrible. Mi madre volvió diciendo:

—He dejado una criada para que la acompañe, no sea que vaya a tener miedo por el ruido de la tempestad, que, según parece, va a ser muy fuerte.

Mi madre tomó un pequeño sillón de bejuco, y colocándolo de modo que a sus espaldas brillasen los relámpagos, sacó el rosario para comenzar sus oraciones, sentándose en frente de mí y a corta distancia.

—Tengo que hablarle a usted, en serio —le dije al ver sus preparativos.

—Está bien, hijo mío —contestó envolviendo su rosario en la mano izquierda—. ¿Qué tienes que decirme?

Aproximando mi sillón al suyo, agregué con voz que trataba de aparecer serena, pero cuyo temblor lo desmentía:

—Carmen está ya sana, madre mía.

—Sí, gracias a Dios.

—Antes no le habría dicho a usted nada, porque una emoción demasiado viva hubiera podido matarla; pero ahora, ya es diferente y quiero ser franco y explícito de una vez.

—Habla, hijo mío...

Era fácil decirlo, pero era difícil hacerlo. Mi madre me había inspirado siempre, por sus virtudes, por su santidad y por su abnegación sin límites para resistir el sufrimiento, un respeto profundo, respeto tan grande que llegaba en mí hasta el miedo, a un miedo pueril, injustificado, inexplicable, pero que aun en la época tormentosa de mi vida, me obligaba a obedecerla sumisamente. Aquel respeto provenía, sin duda alguna, de que en el corazón de una madre, está siempre visible para el hijo... Dios.

Temblaba yo sin saber por qué, al ver llegada aquella hora. Los relámpagos y los truenos seguían en el exterior, y gruesas gotas de lluvia comenzaban a azotar los cristales de las ventanas. La tempestad se cernía sobre nuestras cabezas.

—Madre... —dije resueltamente—, yo quiero casarme.

Sus párpados me ocultaron sus dulces y apacibles ojos, y vi moverse sus labios como si orase. ¡Ah! ¡nunca en momentos felices ella se olvidaba de Dios!

—¡Bendito sea Aquel que todo lo dispone! —exclamó después—. ¡Por fin te ha tocado el corazón! Lo apruebo, querido hijo.

—¡Gracias, madre mía! —gritó mi alma. Y arrodillándome ante ella, tomé sus delgadas manos para besárselas.

—¡Pobre niña! —agregó con voz conmovida—. ¡Te ha querido y te quiere tanto!

—¿Verdad que sí?

—¡Oh! ¡Sí! ¡Sí! ¡Yo respondo de ella! ¡Yo te lo aseguro y tú no debes ya dudar!

—Nunca he dudado, madre —contesté con ternura.

—Carmen es una criatura que nunca ha tenido la más leve queja contra tu conducta, y derecho tiene para hacerlo —replicó ella con un acento tan dulce, que su voz parecía empapada en lágrimas.

—¡Por eso la quiero tanto! —exclamé con arranque.

—Haces bien. Ella te quiere lo mismo.

—Por eso también quiero, que cuanto antes nos casemos.

—¿Quiénes? —gritó mi madre con indecible espanto.

—Carmen y yo, madre mía.

Mi madre se puso en pie, rígida, convulsa y con los ojos arrojando llamas. Se quedó mirándome con fijeza, y después, inclinándose hacia mí que continuaba arrodillado delante de ella, dijo con un acento tan doloroso, que mi corazón detuvo sus latidos:

—¿Qué has dicho, desgraciado? ¡Casarte tú con Carmen! ¿Habré oído mal, Dios mío? ¡Casarte tú con Carmen... tú... tú...!

—¡Sí, madre... yo!

—¡Imposible! ¡Nunca! ¡Jamás! —gritó con acento desesperado.

La tempestad se desencadenaba por fuera con horrible furia. Los truenos y los relámpagos se sucedían casi sin interrupción.

—¡Madre! —exclamé con agonía, sin comprender aquel brusco y terrible cambio.

Ella permanecía en pie, frente a mí, temblorosa, desencajada, y tan pálida como una muerta. En sus ojos brillaba el espanto, la angustia y una tremenda indignación.

—¡Nunca, mientras yo viva! —prosiguió con terrible energía—. ¡Jamás... jamás! ¡Aun cuando yo estuviese muerta... porque mi esqueleto saldría de la tumba, para impedir esa unión!

Me puse en pie, y sublevándose mi espíritu ante aquellas frases incomprensibles e insensatas para mí, y que me parecían dictadas por un odio inexplicable, le dije con respeto, pero resueltamente:

—Está bien, madre mía. Entonces me casaré con Carmen, sin el consentimiento de usted.

Ella se precipitó sobre mí, poniendo sus manos en mis hombros, sacudiéndome con increíble fuerza y fijando en mis ojos la mirada extraviada de los suyos, cuyas pupilas copiaban en aquellos instantes las de una loca, me interrogó con ansiedad:

—¿Sabes quién es Carmen?

—Sí, señora. Una pobre niña huérfana a quien mi amor la hará vivir feliz.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó arrodillándose—. ¡No lo sabía y no lo sabe aún! ¡Gracias, Señor!

Comencé a temblar creyendo que mi madre estaba perdiendo la razón, y acercándome a ella y tomándole una mano, le dije:

—Calma, madre. Sea usted franca conmigo, como siempre. ¿Quién es esa criatura para usted?

Ella se puso en pie, apoyándose en mi mano; y sin soltarla y aproximándose a mí, contestó:

—¡Infeliz... Carmen es tu hija!...

Un rayo que en aquellos momentos caía produjo una detonación espantosa, y a su reflejo lívido, pude observar el inmenso dolor que revelaban los ojos de mi madre.

Si aquel rayo hubiera caído sobre mí, no me habría causado la impresión que aquella frase tremenda. Yo sentí como si mi cerebro hubiera sido partido en dos por un hachazo y tambaleándome como un ebrio, fui a caer inerte y como una masa sobre el sofá de la sala. Mi madre corrió a mi lado.

El golpe fue tan profundo y tan inesperado, que por espacio de algunos minutos no pude pensar. Cuando me repuse un poco, balbucí:

—¡Carmen, mi hija! ¡Dios...! ¡pero si eso es imposible, madre!

—Serénate —replicó—, serénate un poco y después hablaremos.

Aquello era equivalente a decirle a un hombre que va rodando sobre un abismo, que tenga calma para despedazarse. Sin embargo, afecté tranquilizarme y le dije:

—Vamos a ver. Expliquemos esto, porque si no me volvería loco.

—¡Carmen es tu hija! —repitió con firmeza.

—No comprendo a usted; pero a pesar de ello, ¿quién es la madre de Carmen? —interrogué.

—¡Lola!... Esa pobre niña que tanto te quiso.

La médula se congeló entre mis huesos, recordando al oír aquel nombre, que, efectivamente, Lola todo me lo había sacrificado, y que alguien me habló una vez sobre una niña que aquélla tuvo, pero de la cual yo nunca me ocupé ni conocí; pues como mi vida en esa época era semejante al huracán, como él también jamás me detuve a examinar los estragos que causaba, y el olvido más profundo cubría con sus cenizas todos esos vertiginosos años de mi existir.

—Bien pudiera ser —repuse como hablando conmigo mismo—; pero... ¿quién puede decir que aquella niña fuese Carmen?

—La carta de Lola.

—¿Qué carta? —pregunté con no fingida sorpresa.

—La que venía con ella en la canasta.

—¿Pero, cuál?... ¿Cuál, madre?

—Espera un momento —dijo atravesando la sala y desapareciendo por una de sus puertas.

Quedé abatido, como queda un toro cuando un golpe de maza le ha arrancado en un segundo la vida. Mis sentidos estaban muertos. El estupor más profundo reinaba en todo mi ser.

Mi madre volvió con una cajita de caoba barnizada, en la cual tenía algunos papeles interesantes, y poniéndola sobre la mesa bajo la luz del quinqué, se puso a

buscar entre ellos, a la par que me iba diciendo:

—Aquella noche yo creí que no te habías atrevido, por respeto y por temor, a confesármelo todo y a entregarme a esa niña descaradamente como tu hija. Pensé que la canasta y la carta eran un plan fraguado entre Lola y tú, para cubrir conmigo las apariencias. Lo agradecí fingiendo creer aquella tu fábula, de que la habías encontrado abandonada en la mitad de la calle. Era y es mi sangre y mis entrañas, mi vida y mi alma, mi amor y mi ser. Figúrate lo que habré sentido esta noche al oír que estabas resuelto a casarte con ella.

El semblante de mi madre expresaba congoja, su voz y sus manos estaban trémulas. Buscaba con ansia y proseguía diciendo:

—Primero, al oírte, te juzgué criminal; después loco, y por último, comprendí que tal vez ignorabas que fuese tu hija. Por eso al convencerme de ello, di gracias a Dios, porque tanto tú, como ella, sois inocentes hasta este momento. La ignorancia excluye la responsabilidad de la falta... Aquí está. ¡Toma y lee!

Sus manos me entregaron un pliego amarillento que acerqué a la luz. En el instante reconocieron mis turbados ojos la letra de Lola. Mi nombre estaba encima de unos renglones que decían:

«Te perdono el mal que me *as* hecho. Te mando a Carmen, que es *tu ija...* y la *ija* de nuestro amor, porque a mi lado haría pública mi *desonra*. Dale a esa pobre niña el cariño y la ternura que no puede darle su desgraciada madre».

Su nombre y su firma estaban al pie con caracteres más gruesos. Yo recordaba muy bien no sólo la letra, sino aquella ortografía de Lola, que siempre se empeñaba en suprimir la *h*, sosteniendo que era una letra inútil. Mi estupefacción llegaba a su colmo. No había lugar a la menor duda. Carmen era mi hija. Lola, es decir, la madre, lo declaraba bajo su firma al enviármela aquella noche fatal. La prueba era convincente hasta la opresión.

Dejé la carta sobre la mesa y volví al sofá, abrumado bajo el peso de aquella tan repentina y tan terrible revelación, que en un segundo mataba todas mis esperanzas, mis sueños, mis ilusiones, mis deseos y mi amor. ¡Mi amor... sí! Porque desde aquel instante era un crimen, una impiedad, un imposible, como había dicho muy bien mi madre.

Sentía mi corazón reventarse dentro del pecho. Hubiera dado la mitad de mi vida por poder arrojar una sola lágrima. Yo me burlaba del llanto, porque nunca... ¡jamás había llorado! Quise sollozar, y mi pecho estalló en un rugido, que produjo pavor a mi pobre madre, quien arrojándose sobre mí y estrechándome entre sus brazos, gritó con ansia febril:

—¡Llora, hijo mío... llora!

—¡No puedo, madre! ¡Me estoy ahogando!

—¡Llora! ¡Llora!... —gritó por segunda vez mi madre, sollozando, con la misma expresión de dolor y de angustia que debe haber tenido María al pie de la Cruz, cuando vio a su hijo crucificado.

Al verla así, y al comprender que el corazón de mi madre podía romperse por el exceso de aquel dolor, hice un esfuerzo supremo de voluntad; y dominando todas mis ansias, mis congojas y mis sufrimientos, logré que mi semblante expresara una calma y una serenidad aparentes. La fuerza gastada por mí en aquel instante bastaría para sujetar a un león por la melena, aun cuando estuviere rabioso.

—Vamos, madre, cálmese usted y terminemos esta explicación.

Enjugó sus lágrimas, mirándome después con inquietud.

—¿Usted no había sospechado antes mi amor? —la interrogué.

—¡Imposible! —contestó—. Yo creía que tú la mirabas con el amor de un padre, porque, te repito, que para mí, la conducta de aquella noche era fingida. Ésa fue hasta hoy mi convicción.

—Entonces, madre... ¿por eso nos dejaba usted en completa libertad?

—Naturalmente. ¡Líbreme Dios de pensar siquiera que a una hija deba cuidársela nunca de su padre! Mira —agregó como recordando con tristeza—, cuando volviste del viaje, la pobrecita se resistía a despedirse de ti en la noche como cuando era niña, y yo la ordené, mientras atravesabas la sala, que fuera como antes a besarte en la frente. A la mañana siguiente, fui a México y la dejé, como era natural, cuidando a su padre y confiada a él. Algunas veces los sorprendí a ustedes mirándose con arrobamiento, y esto me producía júbilo, pues la mirada de un padre siempre debe estar llena, como lo estaba la tuya, de amor para con su hija, y la mirada de ésta, debe también de estar para con su padre llena de adoración, como lo estaba la de esa pobre niña para contigo. Te veía tomarle sus manos. ¿Acaso no tomas también las mías? La llevabas al jardín. ¿Y qué tenía eso de particular, cuando yo misma estaba exigiéndote siempre que la llevaras a la calle? ¿Con quién puede salir a pasear una hija mejor que con su padre? La hablabas en voz baja. Consejos hay, que así es como se dan, y si un padre habla a su hija, alto o quedo, no debe producir inquietud alguna. Todo ha venido de ese funesto error en que yo vivía.

Las razones de mi madre eran lacónicas, contundentes y no admitían réplica alguna. Su conducta para con nosotros, que habíamos interpretado favorable a nuestro amor, era la única que podía haber observado en aquel caso, dada la convicción que ella abrigaba.

La tempestad seguía rugiendo sordamente en la atmósfera y también en nuestros cerebros y en nuestras vidas; pero en nosotros, con proporciones más colosales. ¿Qué valen las tempestades de los cielos cuando se las compara a las borrascas del corazón?

—Lo que usted dice es justo y cierto —la repliqué—; pero recuerdo una noche en que delante de usted la llamé *amor mío*.

—¿Y qué tenía eso de extraño? —contestó—. ¿Acaso un padre no puede llamar a su hija... amor mío, cielo mío, vida mía, alma mía y de otras maneras muy diversas y cariñosas? Y a propósito de esa noche y ya que la recuerdas, al decirme tú que la amabas con todo tu corazón, yo te dije, que ella te adoraba con toda su alma y la

arrojé en tus brazos. ¿Hay algo en esas dos frases y en esa acción, que pudiera criticarse tratándose de un padre y su hija?

—No, madre, no. Todo eso y lo demás es, en esos casos, de lo más sencillo y natural.

—Volvamos a aquella noche —prosiguió—. ¿Te acuerdas, que al decir tú esa frase, yo la censuré diciéndole, que era fría y pálida, para expresar aquel divino fuego de tu alma, que Dios había encendido, para que al fin lo comprendieses? Esa frase mía es exacta. No hay amor más puro, más espiritual y más santo que el amor de los padres a los hijos, y es también con el que mejor se comprende a la Divinidad. Como ves, aquella frase queda perfectamente explicada. Hoy mismo tuve otras palabras que podían parecer maliciosas. La dije, *pronto nos casaremos*, es decir, que pronto se casaría; en esa idea, no llevaba yo otra que halagar su amor propio, sabiendo que a esa edad las jóvenes gustan de las bromas que se les dirigen con finura sobre su matrimonio. Hay otro pensamiento y otros actos míos, que estaban siempre basados en la convicción por mí abrigada. Te escribí una vez hablándote de que a mi juicio, Carmen estaba enamorada, y apenas llegaste, te hablé sobre ese asunto; pero como la calma se restableció en ella cuando te hallaste a nuestro lado, creí que aquel amor sentido, era uno de esos amores o sueños que tienen las niñas, y de los cuales no se dan cuenta de cómo principian, ni cuándo, ni por qué acaban, y como tu presencia alejó aquella sospecha mía, no volví a hablar sobre ello, sabiendo, como sé, que a veces es peligroso remover el fuego. Antes de tu viaje era demasiado niña aún para que hablásemos ahora de aquella época. ¿Qué más podría decirte para que me comprendieses?

—Es suficiente, madre mía. Ahora lo comprendo ya todo, y ni usted, ni ella, ni yo, tenemos que reprocharnos la menor falta. Toda la culpa es de la fatalidad.

—Pero Carmen ¿cómo pudo corresponder a tu amor, creyéndote su padre?

—Ella sabía que no lo era, pues su nodriza, al morir, le reveló aquella historia de su abandono y de mi adopción.

—Esa causa produjo el mal —observó mi madre—; nada más sencillo que su gratitud produjera el amor.

La tempestad en el cielo comenzaba a disminuir. Los relámpagos y los truenos eran menos frecuentes. Había en el aire un olor acre y penetrante parecido al del azufre y generado por las descargas eléctricas. Los rayos tienen también su aroma. En nuestras elevadas y vírgenes sierras, cuando gruesas nubes las envuelven impregnándolo todo de electricidad, he oído a los arrieros y a los guías expresar esa idea, con esta frase sencilla, pero gráfica: *Huele a rayo*. La sala en que hablábamos tenía aquel terrible perfume. Y la tempestad que en el cielo se alejaba, seguía rugiendo en nuestros dos corazones.

—¿Qué hacer ahora? —pregunté con la ansiedad del que espera obtener en la respuesta, la idea que debe salvarle su vida.

—Bien claro está: el deber —contestó mi madre secamente.

—¡Por favor, señora, explíquemelo usted!

—Es preciso que partas lejos de aquí, y si no puedes amarla como un padre, al menos olvídale como amante.

—¡Partir y olvidarla! ¡Son dos imposibles, madre!

—Dos imposibles que se harán —me contestó con autoridad.

—Pero reflexione usted que...

—¡No tengo nada que reflexionar! —exclamó interrumpiéndome con exaltación—. Ninguno de nosotros tres tiene hasta este momento nada de que la conciencia nos acuse por esta pasión maldita. Tú y ella no podéis sentir ahora más que el amor que se habían prometido, el amor de esposos, y la primera mirada que ustedes se cambiasen, después de lo aclarado, sería tanto como bajar el primer escalón que conduce al abismo del crimen. ¡Yo no te permitiré que lo hagas! Te exijo que partas sin verla, y si pasado algún tiempo, tu corazón la quiere como un padre, yo te la volveré.

—Pero usted sabe que esa pobre niña está enferma, que me ama, y que su amor le produce celos que la harían desconfiar de mi precipitado viaje. ¡Partir, es matarla!

—Confiemos en Dios.

—Se morirá... no lo dude usted.

—¡Pues que muera! —replicó mi madre con profundo dolor—; ¡pero que muera pura, inocente, inmaculada y sin la más leve mancha de ese crimen horrible!

—Busquemos otro medio —dije suplicándola.

—No lo hay, hijo mío. La voluntad de ustedes se estrellaría impotente contra esa pasión satánica, que por causa de los mismos obstáculos, pudiera volverse inmensa. Es preciso evitar hasta una sola mirada, porque quién sabe lo que de ella resultase. Parte a las cuatro, antes de que amanezca.

Caí de rodillas a sus pies, retorciéndome los brazos con desesperación y suplicándola con los ojos, con la actitud y con toda el alma. Ella había ya recobrado el dominio de sí misma, y sólo en sus pupilas dilatadas como con espanto y en su voz trémula y profunda, se revelaba el dolor. Su semblante parecía una máscara de mármol, por su palidez y su inmovilidad. Continuaba en pie y con la frente erguida, recibiendo serena los golpes que la multiplicaba el ariete del destino. La tempestad continuaba pero alejándose rápidamente más.

—Piedad para esa niña —murmuré con angustia.

—¡Piedad para ti mismo, desdichado! ¡No comprendes que tu resistencia es el primer triunfo del crimen! No deberías vacilar. Ésta es ya tu primera falta.

—¡Voy a ser su asesino!

—Pero sin ser criminal.

—¡Va a morirse!

—Pero inocente.

—¡No puedo!

—¡Te lo ordeno!

—¡Madre!

—¡Tú invocas ese nombre y con esa autoridad vuelvo a ordenártelo!

Su voz era a cada instante más severa y su actitud más firme. Estaba imponente; pero mi corazón luchaba con ansias locas, como lucha el que se ahoga defendiendo su vida.

—Yo también moriré, madre mía.

—Lo comprendo y lo temo. En este instante yo estoy abriendo la tumba para mis dos hijos.

—¡Pero eso no puede ser, madre mía!

—¡Y sin embargo, es preciso! ¡Lo quiero, lo exijo, lo mando, y así se hará!

—¡Voy a hacer una locura!

—Hay muchos caminos para el infierno; pero si tu corazón es bastante cobarde para llegar al suicidio, la Misericordia infinita te lo perdonaría más fácilmente que el otro crimen.

—Madre. Yo la respeto a usted mucho... pero por esta vez... perdóneme... la desobedezco y ¡no partiré!

—¡Mira bien lo que dices! —exclamó acercándoseme, con la mirada fija.

—¡Estoy resuelto! —la dije en pie—. ¡No marchó!

—¡Tu madre lo ordena!

—Perdón... pero no lo haré...

—La madre representa a Dios sobre la tierra. ¡Quien te habla en mí es Dios!

—¡Estoy resuelto! —repliqué—. ¡Soy una alma rebelde!

—¡No! ¡no lo eres! ¡El ángel rebelde que está a tu lado es quien así te inspira y el que habla por tu boca, dándose a conocer por su blasfemia! ¡Pronto quedarás vencido! —exclamó ella extendiendo hacia mí su mano izquierda, en la cual se hallaba aún envuelto su rosario, mientras sus ojos se levantaban al cielo y sus labios se movían orando y pidiendo a Dios fuerzas para vencer en aquella lucha.

Por más imponente que fuese su actitud y por más respeto que me inspirase mi madre y la oración y el nombre de Dios por ella evocado, yo no pensaba en otra cosa sino en que me arrebataban a Carmen; y los celos y la cólera rugían en mi corazón despedazándolo, y la sangre hervía en mis venas como si fuese lava, y mis sesos se fundían por el soplo formidable de las pasiones.

Repentinamente brilló una idea en los ojos de mi madre. Era la inspiración que bajaba sobre ella. Yo procuré concentrarme, reuniendo todas las fuerzas de mi voluntad, para sostenerme en aquella lucha. En el cielo comenzaban a brillar algunas estrellas, y a veces, la luz de un relámpago cambiaba en oro brillante la oscuridad.

Mi madre cruzó sobre el pecho los dos brazos, y mirándome con fijeza, dijo con acento, que a pesar de todos sus esfuerzos, denunciaba su profunda emoción:

—Vas a arrepentirte de todo lo que has dicho y vas a ofrecerme partir.

Procurando afectar completa fuerza, y por lo mismo, indiferencia, me senté en un sillón, contestándola:

—Es inútil que discutamos, madre mía. Ya usted conoce la firmeza de mi carácter. Estoy resuelto. Nada me hará cambiar de idea.

—Voy a obligarte a ello —dijo tomando un asiento inmediato al mío—. ¿Sabes lo que voy a hacer?

—Lo que usted guste, señora.

—Carmen te ama —observó—, sin saber que eres su padre.

—¡Y va usted a decírselo! —exclamé comprendiéndola con espanto.

—Algo más voy a hacer.

—¿Qué, madre? ¿Qué?

—Supuesto que el amor es lo que te obliga a manejarte conmigo como te manejas, voy a emplear ese sentimiento como una arma contra ti. Cuando Carmen sepa que eres su padre...

Se interrumpió, como para dar tiempo a mi cerebro de que comprendiese bien. Yo, que la había adivinado, busqué con la mirada el papel de Lola sobre la mesa; pero encima de aquélla, sólo vi la cajita cerrada.

—Puedes destruir ese acusador papel quemando la caja con su contenido —prosiguió con calma aparente—, no necesito de ello.

—Prosiga usted, señora... —supliqué devorado por la inquietud.

—Cuando Carmen, que posee todos mis sentimientos y mis ideas religiosas, sepa que eres su padre... adquirirá el mismo horror que yo siento por esa pasión funesta, y entonces, espantada de haberte amado de otro modo...

—¡Pero usted no hará eso! —la interrumpí.

—Ya te dije que algo más y espera sin interrumpirme. Carmen me exigirá —continuó— no volverte a ver. Su pudor y su delicadeza la harán obrar así. Entonces la separación de ustedes será eterna. La llevaré a un convento extranjero y no la volverás a ver nunca.

Mi madre conocía bien el carácter de aquella mujer que había formado, tanto o más que yo. Carmen obraría como le dijese mi madre. El medio empleado era terrible. Comencé a convencerme de la necesidad de obedecer y partir; pero batiéndome en retirada, aunque ya sin esperanza, la interrogué así:

—¿Y si no diera esa conducta el resultado que usted se propone? ¿Y si el amor se sobrepusiese en ella, como se ha sobrepuesto en mí, a toda consideración... qué haría usted?

—¡Ah! —gritó mi madre con indignación—. ¿Conque lo confiesas? ¡Conque a pesar de ser tu hija, la sigues amando con ese amor del infierno! ¡Conque te resuelves al crimen, al más horrible y más negro de todos los crímenes! ¡Y lo dices con tanto cinismo! ¡Y me ultrajas al decirlo! ¡Y volverás a atreverte a llamarme madre! ¿Sabes lo demás que para este caso me reservaba hacer?

—¡Eso... eso... eso es lo que quiero saber!

—Pues después que ella lo supiera, la llevaría yo a ver a Lola, para que la contase tus amores y la conducta infame que con esa pobre mujer observaste, y Carmen

adquirirá entonces por ti, no sólo horror, sino asco, desprecio...

—¡Basta!... ¡Basta, madre, que me está usted matando! —gritó mi corazón despedazado con aquellas frases.

Yo era capaz en aquel instante de admitir hasta mi condenación eterna; pero el desprecio de Carmen... ¡nunca!

—¿Partirás? —preguntó mi madre poniéndose de pie.

—¡Piedad, madre mía... piedad! —imploré ya vencido, pero vacilando aún.

¿Por qué no todos los seres podrán llorar? Yo hubiera sacrificado en aquel momento, por una lágrima, por una sola, hasta aquel insensato amor. ¡No... excepto aquel amor, todo!

Mi madre fue atravesando la sala lentamente con dirección a la puerta, y al llegar a ella se detuvo, volvió la cara, y fijando en mí una mirada terrible, que nunca he olvidado, repitió con voz trémula, pero vibrante por su inflexible resolución:

—¿Partirás?

—¡Partiré!... —respondí inclinando mi frente y escuchando dentro de mi pecho el crujido que dio mi corazón al romperse.

—¿Partirás sin verla?

Yo estaba sin fuerzas, sin voluntad, sin conciencia, roto y desesperado por la lucha que acababa de sostener y por lo rudo de los golpes que había recibido. Era un cadáver casi el que la contestó:

—Partiré muerto, madre mía.

—¿Obedecerás todo lo que te exija?

—¡Todo, madre!

—Muy bien, hijo mío —murmuró dulcificando su voz, volviendo junto a mí y sentándose en el mismo lugar que antes ocupaba.

Guardamos silencio durante algunos minutos. Al través de los cristales de la ventana, se veía el cielo ya límpido, y el planeta Marte, como un ojo sangriento, me miraba, como me había mirado aquella noche, cuando la vista del ebrio se levantó interrogando a la altura por el destino de aquella niña abandonada. La luz del quinqué era más triste y más débil a cada momento, y la sala iba poniéndose sombría.

Mi madre dijo en voz baja y dulce:

—Partirás como te he dicho, antes de que amanezca. Vuelve a México, y procura ahogar ese amor maldito. Dios vendrá en tu ayuda, y brotará en tu corazón el amor santísimo que un padre debe profesar a su hija. Cuando eso sea, vuelve a nuestro lado. Déjame las cartas y los recursos que has traído. Escíbeme para que juzgue del estado que guardas, y no te alarmes al no recibir mi respuesta, pues te escribiré poco y con largos intervalos. Yo quedo con ella y confío en Dios.

Viendo que no la contestaba, agregó con voz más dulce:

—¿Has oído?

—Sí —contesté—, esperadme un momento.

Pasando a mi cuarto, traje lo que me pedía mi madre, y volviendo a su lado y

entregádoselo, le pregunté:

—¿Qué piensa usted hacer con Carmen? ¿Qué va usted a decirle? ¿Cómo explicarle lo que ha pasado?

—Nada temas. Obraré con toda la prudencia debida, y por ahora, ella no sabrá que eres su padre. Una revelación así... la volvería loca. Es preciso matar su amor, pero no su razón ni su vida. Siéntate ahí, dijo señalándome una silla inmediata a la mesa, en la cual había ya colocado tintero, papel y plumas, y escribe lo que voy a decirte. La obedecí maquinalmente, pues ya he dicho antes, que me hallaba transformado en un cadáver con movimiento, en un autómata sin conciencia de mis actos. Ella dictó:

Carmen:

Un abismo imposible de salvarse se abre de hoy para siempre, entre tu amor y el mío. Como amante, olvídame. Adiós.

Al acabar de escribir levanté los ojos llenos de angustia, fijándolos en mi madre. Ella se inclinó agregando:

—Es preciso. Ahora, firma.

Mi voluntad, ya rota, no opuso resistencia, y firmé.

—Ve, no a dormir, pero sí a descansar —prosiguió—; yo avisaré a Simón que tenga la carretela dispuesta para las cuatro de la mañana. No vengas a despedirte de mí, para no renovar otras escenas dolorosas. Parte confiando en Dios y en mí.

En seguida, sus labios balbucieron una oración y su mano derecha se extendió hacia mí bendiciéndome. Yo me arrojé en sus brazos, estrechándola de un modo nervioso, y quise hablar, pero no pude; y sintiendo que me ahogaba, me dirigí a la puerta buscando el aire. Cruzando su umbral, llegó a mis oídos algo tan triste como la última queja de un moribundo, y cuyo recuerdo hace aún saltar convulso mi corazón. Me detuve, volviendo la vista. Era mi madre, que de rodillas sollozaba de un modo desgarrador.

Iba a volver a su lado, pero me hizo seña con ansia de que saliese y yo la obedecí...

Cuando pasé, a las cuatro de la mañana junto a la puerta de la sala, oí aún sus sollozos. Quise entrar, pero aquella puerta estaba cerrada por dentro. El viejo Simón, que iba a mi lado, alumbrándome el piso con su linternilla, me dijo que toda la noche había sollozado así. Igual espacio de tiempo estuve ahogándome; pero sin lograr que mis ojos secos se humedecieran. Me alejé de la puerta, crucé el corredor y el patio, tropezando a cada paso, subí a la carretela, el cochero azotó a los caballos y el carruaje partió a escape... sacudiendo una masa inerte... un cuerpo cuyo espíritu se quedaba allí... al lado de mi madre y de mi hija... de mi amor... ¡de mi Carmen!...

XXVII

Muchas veces encuentra uno en la calle seres de semblante pálido, de ojos opacos y de mirar sombrío. Su paso es lento y su traje puede ser sucio y raído, o limpio e irreprochable, esto depende de la educación y de los recursos; pero tanto en uno como en otro caso, se advierte el abandono y el descuido. Todos sus actos revelan la indiferencia. Parece como que no se fijan en nada ni en nadie. Andan con paso vacilante, como sonámbulos. Contestan a los saludos que se les dirigen, de un modo maquinal. Reconocéis a uno de ellos como a un antiguo amigo, y corréis a saludarle:

—¿Cómo estás? —le decís con efusión.

—Bien —os contesta con frialdad.

—¿Qué haces?

—Nada.

—¿Estás enfermo?

—No.

—Llevaba largo tiempo de no verte.

—Estaba fuera de aquí.

—¿Quieres ir a casa?

—Gracias, voy ocupado.

—Te desconozco, ya no eres el mismo.

—No.

—¿Pero qué tienes, hombre?

—Nada... te dejo, porque tengo una cita urgente. ¡Adiós!...

Y sin más palabras os deja realmente plantado en medio de la calle, y os alejáis murmurando:

—¡Vaya al diablo el orgulloso! Creerá que lo necesito para algo.

Volvéis a encontrarlo otro día, y al saludarle, apenas os contesta. Esto se repite algunas veces; crece y aumenta vuestra frialdad para con él, hasta que casi, sin notarlo, pasáis a su lado sin saludarle como si vuestro amigo hubiese muerto.

Aquel hombre ha muerto efectivamente para la vida social; en unos casos, de un modo relativo y transitorio, y en otros para siempre; pero vuestro juicio fue erróneo y no merecía vuestras calificaciones ni vuestros desdenes.

Esos seres están pasando por una crisis y una prueba terrible. Llevan el corazón clavado en una cruz. Sopla el huracán bajo sus frentes. Están combatiendo con las pasiones, pues no sólo se lucha en los campos de batalla; también los hombres se baten contra la miseria, contra el hambre que ataca cobarde a la familia y sobre todo a los niños, contra la ruina de las esperanzas y de los malos éxitos en los negocios, contra un amor imposible y por lo mismo sombrío, contra los celos que corroen el sistema nervioso aniquilándolo, contra remordimientos lúgubres que acosan sin cesar, contra enfermedades que no tienen cura y contra dolores, desesperaciones y agonías secretas e inexplicables, que el destino opone al cruzar por la vida. Ésas son las

luchas tremendas, y los combates oscuros y sin nombre. ¡Cuántas batallas perdidas y cuántos triunfos ignorados hay en ese campamento de las pasiones! ¡Cuántas veces retrocederíamos con espanto al contemplarlas! ¡Cómo disculparíamos con júbilo ciertas faltas, si pudiéramos ver en el fondo su origen verdadero! ¡Ah, exploremos bien la sombra antes de herir! Esos gladiadores que luchan son nuestros hermanos, y un socorro a tiempo, puede poner en pie al vencido y transformarlo en vencedor. ¿Acaso no somos también soldados en la humanidad? ¿Qué otra cosa es la Tierra, más que un campamento? ¿Qué son sus habitantes, más que combatientes? La ignorancia, las necesidades y las pasiones son nuestros comunes enemigos. Sigamos el combate; pero al hacerlo, perdonemos al que nos hiera. Nos rodea la sombra. Luchamos a tientas y es fácil equivocarnos. Hay una luz contra esas tinieblas, y una fuerza invencible que nos llevará al triunfo. ¿Cuál? ¡El Amor!

Pasan uno o varios años y ya habéis olvidado al amigo de la infancia, al camarada de colegio o al compañero de la juventud; cuando un día viene a vuestras manos un periódico, y vuestros ojos se fijan por casualidad en un suelto de gacetilla que os anuncia su muerte. La noticia es breve y seca. El gacetillero es como el sepulturero. Está acostumbrado a las defunciones. Cae sobre una mesa de redacción una tarjeta de duelo, mandada por la familia que quiere proporcionarse visitas, para hablar de los accidentes de la enfermedad y de las cualidades del difunto, o remitida por el interés de los herederos, que procuran cuanto antes la publicidad de la muerte. El gacetillero exclama: ¡Vaya, aquí tenemos un párrafo! y desdoblado la humilde o lujosa esquela, tacha, sin compasión alguna, dejando lo sustancial, es decir, el lugar, día, hora de la defunción y nombre del ser fallecido. De aquí la sequedad que revela la indiferencia. Para un gacetillero, los acontecimientos sociales son párrafos y nada más. Una boda es igual a una muerte. Una función idéntica a una catástrofe. Un baile como una batalla. Todos son asuntos para párrafos que en extractos debe explicar brevemente. Tiene bajo su pluma los pulsos de la vida en sus múltiples manifestaciones; pero es indiferente, como los médicos en la mayoría de los casos. Por lo mismo, anuncia la muerte de vuestro amigo con frialdad, ya sea que el suicidio, el alcohol, una enfermedad o cualquiera otra causa, cortara el hilo de su vida. Vais a entristeceros a pesar de su laconismo; pero el párrafo siguiente os llama la atención y seguís leyendo. Se describe en él una tertulia a la que no habéis sido invitado, y sí el gacetillero, para que hable de ella en el periódico; y la vanidad y vuestras pequeñas envidias os hacen olvidar al amigo o a la amiga, piedras lanzadas por la honda de la vida sobre los mares sin fondo de la Eternidad.

¡Triste desaparición de un ser a quien pronto cubrirá de un modo absoluto la fría ceniza del olvido!

¿Pero qué sabemos del drama desarrollado en aquel corazón y de la tragedia representada en aquel cerebro? ¿Qué sabemos de las borrascas de su vida y de las grandiosas tempestades habidas en los océanos de aquella alma? ¿Qué sobra de sus luchas y de sus dolores, de sus derrotas y de sus triunfos, de sus sentimientos y de sus

actos? Si para vos, que lo habéis tratado y querido, no queda nada... ¿qué puede quedar para la fría y altiva indiferencia de los demás?

Y sin embargo, la existencia de aquel soldado vencido era digna de conocerse, siquiera fuese por lo que la sociedad llamaría *extraña*.

Extraña es, en efecto, para nuestra sociedad, la vida por el corazón. ¡Y cómo no ha de parecerlo, cuando el amor, casi por todos, se considera ya como un mito!

Por eso el que esto escribe, conociendo la historia de uno de esos seres que han vivido por una pasión, tuvo la ocurrencia de narrarla en estas breves y mal pergeñadas líneas.

El combatiente no ha caído aún. Vive y lucha, sufre y espera, trabaja y cree. Podéis encontrarlo en las calles de la capital, en sus paseos, teatros y tertulias. A todas partes concurre, aunque pocas veces, es decir, de tarde en tarde. Lleva sobre su altiva frente la marca de fuego del destino que la ha puesto pálida y sombría; sus ojos están tristes, secos, opacos; y su vista se ha gastado por el excesivo estudio a que se entrega, para abreviar el tiempo y la existencia; su mirada es a veces vaga, melancólica y profunda. Lo demás del individuo, nada revela de su pasado ni de sus recuerdos. Parece un extravagante, un hombre raro y nada más.

Le he visto en el teatro devorando ansiosamente con la mirada febril a todas las mujeres hermosas, que llenaban los palcos y plateas en una noche de ópera. Parecía buscar alguna semejante a la que él llevaba impresa en el corazón y en sus recuerdos; y al no encontrarla, le he visto salirse rápidamente apenas terminado el primer acto. Le he visto también en un baile seguir con ansia las vueltas de vals que describen las parejas, y buscar entre ellas la imagen grabada en su cerebro con el buril candente de la pasión y al convencerse de que no había ninguna parecida, tomarme del brazo de un modo nervioso, llevarme a beber, buscando el olvido, y mientras yo le reprochaba sus excesos, él apuraba a grandes tragos cantidades de alcohol que me han espantado y que no lograban embriagarle. En las calles, en los templos, en los paseos y en todas partes, parece siempre buscarla, y cuando no la encuentra, porque no puede encontrarla, vuelve a su casa, y su vida íntima desaparece para todos en el más profundo misterio. Yo sé que consagra esas horas al estudio y que vive de una manera metódica, arreglada y severa. Pasado cierto tiempo, vuelve a salir, y a buscarla, es decir, a buscar un reflejo de aquélla en las otras mujeres, y vuelve a sufrir y a desesperarse, para en seguida volver a su aislamiento. ¿Vivirá siempre así? ¿Una nueva pasión encenderá la sangre de sus venas? ¿Un nuevo sentimiento lanzará alguna vez de su alma la imagen de Carmen? Yo dudo... porque creo conocer la vida, lo voluble del corazón y las excentricidades del destino. ¡He visto a tantos y a tantas morir de amor y resucitar por el amor también!

Él sostiene que su espíritu no puede ya sentir, que anda entre los vivos como un muerto, que es un cadáver galvanizado por los recuerdos; afirma que no amará ya nunca, y jura que su vida será un culto perpetuo para aquel amor; ¡pero hace tantos imposibles el tiempo!

A mí, agradaríame, que lo cumpliera y vería con deleite y fruición una alma que se consumiera por el recuerdo de otra alma. Una pasión viviendo por la idea; un amor que se alimentaba de sí mismo: eso me parece grande hasta pensarlo. Creo que es posible y que puede existir; pero nunca lo he encontrado en la vida, sino sólo descrito en las novelas. Por esta causa, vivo pendiente de mi amigo y observando su existencia con verdadera curiosidad.

Él afirmaba lo que antes he dicho con inquebrantable convicción, la noche en la que me refería lo que he transcrito, y al comprender mis dudas, prosiguió así con acento trémulo y vibrante por la emoción.

XXVIII

En la tarde de aquel día, llegué a Tacubaya con fiebre, y ocupando en la casa las dos piezas mías, que eran las únicas de que no hacía uso la familia que la cuidaba, me acosté mandando llamar a Manuel y le referí todo lo que había ocurrido entre nosotros.

Le vi conmovirse, y después de hacerme diversas preguntas, me dio algunos consejos y consuelos, retirándose cuando dejó un régimen prescrito y no sé qué pociones calmantes recetadas, ofreciéndome que volvería en la mañana siguiente.

Cuando él se retiró, la calentura me abrasaba, mis pies y mis manos estaban fríos, mi frente ardiendo, mis ojos como si me reventasen y el cerebro profundamente adolorido. Lastimábame la luz, y en mi costado derecho había un dolor constante. Las ideas más inconexas cruzaban por mi mente, y sin quererlo, se me escapaban frases que me sorprendía pronunciar. La fiebre iba tomando incremento y comenzaba el delirio.

El padre de la familia supo que yo había llegado enfermo; al volver en la noche de la capital a su casa y penetrando a mi pieza, trató, como Manuel lo había hecho, de darme ánimo, aunque sin sospechar la causa de mi enfermedad, y atribuyéndola al sol y a la fatiga del camino.

Informóse con su esposa del régimen prescrito, y al oírlo, con la última chispa de lucidez que conservaba mi espíritu, comprendí que aquellas pobres gentes iban a necesitar recursos para cubrir los gastos de mi enfermedad, y dándole la llave de mi escritorio, le expliqué cómo había de abrir un secreto de aquel mueble, en el cual encontraría algunos billetes de banco. La tomó, saliendo en seguida de mi habitación, mientras yo caía en una especie de sopor lleno de angustias.

Poco después vi cruzar unas tres o cuatro sombras por la pieza, y a la vez que continuaban hablando en voz alta, me cubrí los ojos con una de mis manos, porque la luz de una lámpara que acababan de encender, me hirió vivísimamente las pupilas. La luz aquella disminuyó en el acto de intensidad.

Abrí nuevamente los ojos, y la sorpresa sentida no me dejó por algunos minutos hacer uso de la palabra. Carmen, con su bata de blanquísima muselina, estaba sentada en un sillón colocado al pie de mi catre, y otras dos personas se hallaban como acompañándonos en la habitación. Hice algunos esfuerzos y murmuré con débil y trémulo acento:

—¡Carmen!

—Calle usted, señor... —suplicó su voz melodiosa—. El médico dijo que cuanto menos hable será mejor.

No comprendí a qué médico se refería; pero sí recordé que ella me hablaba a veces, así, llamándome *señor*, para no decirme padre.

Otra voz que me pareció hueca y ronca, agregó:

—Aquí está la medicina. Esperábamos que usted despertara para que la tomase.

Me volví sobre mi derecha. La voz provenía de una sombra que estaba junto a mi cama.

—Yo no tomaré nada —contesté con violencia—, nada, absolutamente nada, si no me lo da Carmen.

Oí como murmullos producidos por varias voces. Mis ojos devoraban a Carmen, que en aquel momento se levantó del sillón.

—¡Vamos! —dijo su voz dulce, mientras una de sus manos se apoyaba en la cabecera del catre, y con la otra me ofrecía un vaso—, vamos... tómelo usted... ¡yo se lo ruego!

Sus ojos me miraban y sus labios me sonreían. Quise incorporarme en el lecho, pero no pude y quedé más postrado. Entonces ella me ayudó a hacerlo, y tembloroso por la emoción, tomé aquel vaso que estaba lleno y lo apuré hasta su última gota. Era un brebaje horriblemente amargo.

Mi cabeza quedó otra vez apoyándose sobre la almohada y ella ocupando el sillón.

—¡Carmen! —balbucí sintiendo que me abandonaban las fuerzas.

—¿Qué? —me interrogó.

—¡Ya ves, amor mío —pronuncié con voz apenas perceptible a mí mismo—, ya ves... que yo... me moriré... primero que tú!...

—¡Vamos! —replicó ella—, cálmese usted y no hable, porque si no, me iré.

—¡No, Carmen... no!

—Bueno, no lo haré, pero no hablará usted más.

Quise contestarla, pero me fue imposible. Abrí los ojos, más aún, con la mirada fija en ella y sentí que me iba como desplomado en un abismo inmenso.

—Carmen... —dije, pero creo que sólo con el pensamiento, y caí en un letargo profundo, en la nada y en lo absoluto del no ser.

.....

Una fiebre cerebral me tuvo postrado en el lecho durante algunos días, de los cuales nada recuerdo. Manuel me atendió con eficacia, y mi vigorosa naturaleza obtuvo el triunfo sobre la enfermedad, debido a los auxilios de la ciencia. ¡Nunca le perdonaré el haberme vuelto a la vida!

Una mañana abrí los ojos, como si despertase de un sueño profundo. Mi cabeza estaba aún adolorida y mi cuerpo como entumecido. Reconociendo mi pieza, vi con asombro a una señora anciana que dormía en un sillón, y a una joven hermosa, rubia y de ojos azules, que estaba ocupando otro, colocado a los pies de mi catre. Mi frente estaba vendada, y la atmósfera de la pieza tenía ese perfume de drogas y medicinas que reina en las boticas. Oíanse a los pájaros cantar en el jardín.

—¿Cómo se siente usted, señor? —me preguntó con interés.

—Bien, pero como muy cansado. ¿Creo que me hallaba enfermo, no es verdad?

—Sí, señor, pero ya fuera de todo peligro. Anoche nos dijo el doctor que si hoy en la mañana recobraba usted el conocimiento, como lo esperaba y como ha sucedido, suspendiéramos las medicinas hasta que él llegase.

—¿Quién es esa señora? —le pregunté indicándosela.

—Mi madre, señor. Se ha dormido, porque todas las noches ha velado.

La joven parecía contenta de oírme hablar y sus ojos me examinaban con interés. Yo había reconocido a la anciana, como la madre de la familia a la cual habíamos dejado la casa; pero aquella hermosa criatura, cuyo cutis blanco, aire candoroso y rubios cabellos, me recordaban a Carmen, me era absolutamente desconocida.

—¿Cómo se llama usted? —la pregunté.

La vi vacilar, y después, enrojeciéndose, contestó:

—Dolores H... Usted no ha de recordarme; pero algunas veces veníamos mi madre y yo a visitar a su mamá y a la niña.

—¿Qué niña?

—Carmencita.

—¡Ah, sí! —le dije suspirando y mintiendo—, ya la recuerdo a usted.

Guardé silencio, pensando que si le preguntaba qué enfermedad había tenido y el tiempo de su duración, su respuesta evasiva y engañosa no me dejaría satisfecho. Aquella frase pronunciada por ella con sencillez y de una manera natural: *Todas las noches ha velado*, era suficiente para hacerme comprender que la enfermedad había durado varios días. Poco me importaba cuál fuese aquélla, pero sí el tiempo de su duración. Ocurrióseme un medio.

—Niña —le dije, porque aquel nombre de Lola me repugnaba, y no necesito explicar la causa—. ¿Me haría usted favor de enseñarme la última receta? Soy algo médico, y en ella veré si voy realmente de alivio.

—¿La de ayer, no es eso?

—Sí, la de ayer.

Se puso en pie, anduvo algunos pasos que la separaban de una mesa, procurando no hacer ruido, y después, volviendo a mi lado, puso en mis manos la última receta de Manuel.

Busqué la fecha y no pude reprimir una exclamación de asombro. Estábamos a 15 de julio.

Dos semanas había yo dejado de vivir.

—¿Qué tiene usted? —preguntó con inquietud.

—Nada, sino que por la fecha, he visto que llevo quince días de estar en cama.

—¡Ah! usted me ha engañado, señor. ¡Si yo hubiera comprendido!

—Excúseme usted, niña. Necesitaba saberlo. ¿No me ha escrito mi madre en todo ese tiempo?

—No, señor.

—¿Y... —me detuve vacilando, antes de pronunciar aquel nombre, para mí tan querido.

—Tampoco Carmencita —agregó comprendiéndome.

—¡Qué habrá pasado, Dios mío! —exclamé con angustia.

—No tenga usted cuidado; el doctor nos encargó que si usted preguntaba por ellas, le dijéramos que había recibido carta del médico de allá, y que sabe que están buenas.

—Oiga usted —le pregunté—. ¿En mis delirios, porque debo haberlos tenido, qué he dicho de mi familia?

Lola se turbó, y bajando los ojos no supo qué contestar.

—Sea usted franca, yo se lo suplico, se lo ruego.

—Al principio, cuando usted empezaba a delirar, me hacían salir de la pieza; pero como usted me equivocaba siempre con Carmencita —la voz de Lola revelaba emoción y su semblante se había puesto pálido— y no quería tomar nada, si yo no venía a dárselo, me hicieron volver y entonces lo oí todo...

—¿Pero qué oyó usted?

—¡Todo, señor! Todo.

—Pues dígame usted, ¿cuál fue ese todo?

Lola se aproximó, y dijo en voz baja:

—Usted deliraba contando la vida de Carmencita, cómo la había recogido y educado, cómo los dos estaban enamorados y no podían casarse... porque usted resultaba ser su padre...

Ella se detuvo, y yo, viendo que efectivamente todo lo sabía:

—¿No hablaba de otra mujer? —le pregunté.

—Sí —repuso en el mismo acento bajo y confidencial—, usted hablaba con cólera de una Lola, que es la mamá... y por eso me detuve cuando usted me preguntó hace poco mi nombre.

—¿Y usted qué hacía, niña?

—Lloraba, porque usted me decía, confundiéndome con ella, cosas que por fuerza tenían que hacerme llorar.

Lola bajaba los ojos ruborizada; y como sus párpados la ocultaban sus pupilas azules y era tan blanca y tan rubia, no sé lo que hallaba semejante a Carmen. Comprendí que el origen de su turbación, era que debía recordar las frases volcánicas y apasionadas que le dirigí en mis delirios. Respetando sus pudores, traté de alejar la conversación de aquel punto, preguntándole:

—Y la señora su mamá, ¿qué decía?

—Que era preferible que usted se muriese, antes de que al sanar tuviera la idea horrorosa de casarse con su hija.

—Le sobraba razón.

—¡Jesús, señor! ¡Qué cosa tan horrible sería eso! ¿Pero usted no lo hará, verdad?

—¡No! Nunca volveré a verla mientras no la ame sólo como se debe amar a una hija.

—¡Ah, se me olvidaba! —exclamó—. Esa señora Lola supo que usted padecía

con gravedad, y todas las mañanas ha mandado a informarse de su salud.

—¿Pero cómo lo habrá sabido? —pregunté con asombro.

—Porque todos los periódicos lo dijeron.

—¡Ah, sí! Eso es.

Los remordimientos rugieron en mi pecho, mordiéndome con verdadera rabia el corazón. Yo pensé en Lola, demostrando aquel interés por mí, que sólo el amor podía producirlo, dados los años transcurridos y mi conducta para con ella, y pensé en ella con ira. ¿Qué digo con ira? ¡Con odio! ¡Con profundo y terrible odio!

Tratando de alejarme también de aquellas ideas que me hacían sufrir, le pregunté:

—¿Manuel ha venido todos los días?

—Sí, señor, pero ha venido acompañado de otro médico.

—¿Con otro médico?

—Sí, con uno que vive con él en su casa.

—¡Ah! Ya sé quién es. Le conozco y es también amigo mío.

—Todos los días parecían enojarse al hablar aquí de la enfermedad. Don Manuel sostenía que usted estaba enfermo del alma, y el otro médico, que no... que era, qué sé yo qué cosa de los nervios. Nunca hablaban delante de mí; pero yo los oía detrás de la puerta. Oiga usted... —agregó tomando aquel aire confidencial empleado antes por ella—, don Manuel es bueno, pero el otro... ¡Jesús me valga! no cree en nada.

En aquel momento el timbre de la puerta de la calle anunció la visita de Manuel.

—¡Mamá... mamá! —gritó Lola precipitándose sobre la anciana y despertándola—. Ya vienen los médicos.

Ambas salieron rápidamente de la habitación para recibirlos.

XXIX

Mi convalecencia fue rápida, y todos los síntomas de la enfermedad desaparecieron gradualmente, quedando en la parte física de mi ser, un estado de languidez y de profundo desfallecimiento, y en la parte moral, un combate terrible.

Apenas despertaba en la mañana temprano y oía las voces de los niños que formaban aquella familia, llamando a Lola. Todos en la casa tenían algo que hacer con la hermosa criatura, que a todos también los atendía con infatigable actividad. Durante el día y también en las primeras horas de la noche, repetían su nombre con frecuencia. Aquel nombre, que era para mí la representación del pasado y la clave de un drama sombrío, llegaba a mis oídos como la voz inexorable de mi conciencia.

Por la ventana abierta de mi cuarto, deslizábanse las brisas vivificantes y aromadas del jardín, los rayos luminosos del sol y el eco lejano de las voces alegres de los niños, que llamaban a Lola. La naturaleza sonreía, y aislado y abstraído en medio de sus esplendores, yo luchaba.

El golpe había sido tan imprevisto, que me conmovió hasta lo más profundo, poniendo en desorden y como en dispersión todas mis ideas; pero a pesar de ello, pude lentamente volver a organizarlas, aunque sin recobrar de un modo absoluto el dominio sobre mí mismo.

Yo estaba real y verdaderamente convencido de que Carmen era mi hija. Sobre este punto era inútil toda discusión, y toda clase de reflexiones estaban de sobra. La carta lacónica, pero concluyente de la madre era resolutive, y me bastaba; porque aquella declaración, acompañando a la niña, producía en mi espíritu el más profundo de los convencimientos. Cuando sobre ese punto se duda de lo que la madre afirma, es difícil encontrar una prueba mejor. Yo no dudaba, porque no tenía razón para hacerlo. Carmen era, pues, mi hija.

Siendo Carmen mi hija... amarla como yo la amaba, es decir, como mujer y como futura esposa, era un crimen horrible. Crimen que condenaban las leyes divinas y humanas, y que mi conciencia rechazaba, condenándolo también con energía.

La lucha por mí sostenida contra mi madre, resistiéndome a obedecerla y a abandonar a Carmen violentamente, no tenía como apoyo mi funesta pasión por ella, ni la idea que llevaba era la de proseguir aquel amor; pero en la angustia de esos momentos, creí que mi abandono la mataría, y yo, al resistirme era únicamente para buscar un medio que no produjese su muerte, y sí la muerte de nuestro amor. Mi madre, más práctica en la vida y más concedora de las pasiones, había preferido cortar de un solo golpe las cabezas y los corazones de sus dos hijos, antes de permitir que entre nosotros dos se hubiera cruzado una sola mirada criminal. Los lazos que ligaban la existencia de Carmen a la mía, quedaron rotos de un solo hachazo. Como amante, ella murió para mí.

Vivir juntos, hablarnos, vernos, eran ya verdaderos imposibles, mientras existiese nuestro amor: éstos eran los medios vulgares, los lazos visibles, las manifestaciones

materiales; pero hay algo más que todo eso entre dos personas que se aman. ¿Cómo evitar que la memoria recuerde? ¿Cómo hacer para que el cerebro no piense, no imagine y no sueñe? ¿Cómo extinguir el amor creado y fomentado, independientemente de nuestras voluntades? ¿Cómo romper el corazón para que no envíe sus latidos al corazón hermano? ¿Qué importan las distancias y los obstáculos físicos para las almas? Todo eso quedaba aún entre ella y yo. Por lo mismo, nada se había logrado con separarnos.

Las anteriores ideas, como sugeridas por aquel amor imposible, maldito y criminal, eran también criminalmente sombrías, pero verdaderas.

Era preciso no recordar, no pensar, no imaginar, que el cerebro no soñase, que el corazón no latiese y que la voluntad rompiera lo que no había hecho. Era forzoso matar de un modo absoluto aquel amor, que formaba como una parte de todas las facultades de nuestro ser, y hacerlo, ¡era tanto como morir, porque basta arrancar la memoria, las ideas, la imaginación, la voluntad y los sentimientos de una alma, para hundirla en el idiotismo y en el no ser! No amar era, como he dicho antes, morir.

La idea lúgubre del suicidio se presentaba entonces como luminosa y risueña; pero yo creía, creo y creeré siempre en la inmortalidad del alma y en su vida infinita. La tumba es un laboratorio químico en el cual se deposita un cadáver, para que la sangre se transforme en savia, los huesos retornen a la caliza y los cartílagos, los nervios, las carnes, las grasas y las sales, vuelvan a la materia y se transformen en plantas, frutos, flores y perfumes; pero el alma inmaterial e incomprensible en esencia y en forma, no está sujeta a las leyes químicas y no obedece a las físicas, porque son leyes creadas para la materia y no pueden aplicarse a lo que carece de condiciones de materialidad. Cuando la vida acaba, se efectúa la separación entre la materia y el ser pensante, y entonces las sustancias vuelven a buscar sus semejantes, y el alma continúa viviendo con la vida ignorada para nosotros, de las almas. Con estas ideas, yo rechazaba el suicidio, no sólo por instinto sino por convicción. ¿Qué hubiera yo logrado con morir?

Más allá de la muerte... yo veía en mi propio amor el más horrible de todos los infiernos: el infierno moral.

Mi alma en medio de la eternidad... sola, aislada, lúgubre, sin luz, sin esperanza, sin vigor, sintiendo la sed insaciable de la pasión, el deseo convertido en llama devoradora, la fiebre del amor nunca satisfecho, las ansias infinitas de mirarla, las congojas de los celos, las rabias de la impotencia y todas las desesperaciones reunidas, concentradas, eternas, multiplicando sin cesar mis sufrimientos... porque ella, víctima inocente de aquel amor que me arrojara al suicidio, sería el instrumento aplicado a la tortura de mi alma, que no por haber matado al cuerpo que en vida le sirviera como un traje, había logrado sofocar el fuego de la pasión. Esto era un castigo tan razonado, tan lógico y tan natural, que yo temblaba ante la posibilidad tremenda de aquel infierno.

Supuesto que el alma es inmortal, sus facultades no mueren. Si la memoria

sobrevive, yo tenía que recordarla; si las ideas subsisten, que pensar en ella, y si la voluntad no acaba, toda se consumiría para volar en pos de aquella alma, obtenerla y adorarla. ¿Cuál era entonces el resultado del suicidio? Crear nuevos e insondables abismos entre los dos.

La idea fúnebre era rechazada enérgicamente.

Era preciso vivir.

¡Vivir sin amarla! ¡Imposible! Las dos almas habían mezclado sus ideas y todos sus elementos, de una manera tan íntima y perfecta, que era absurdo el pretender separarlas. No eran dos almas como he dicho. Era una sola dividida, y ambas mitades tendían a reunirse con una fuerza tal, que todo obstáculo arrollarían.

La razón se me extraviaba y el cerebro continuaba pensando, y mi conciencia contestándole: —¡Yo la amo! —¡Es tu hija! —No debo amarla, pero pienso en ella con amor. —¡Deja de pensar! —¡Recuerdo tanto! —¡Ahoga tu memoria! —Vive ella en mi corazón y arde como una llama. —Bórrala, y que circule nieve por tus venas. —Morir entonces. —¡Seguirás amándola! —Pero viviendo, es imposible no amarla. —¡Olvídala! —La adoro. —Crimen es tu adoración. —¿Qué hacer? —No amarla. —¿Cómo? —Con la voluntad. Y mi cerebro rompíase por tan encontradas ideas.

Repentinamente me levantaba desesperado, iracundo, febril, y gritaba como un loco:

—¡Es mi hija! ¡Carmen es mi hija, la amo y no debo amarla! ¡Perdón! ¡Oh, perdón, Dios mío!

Caía después en un estado de abatimiento profundo.

Mi amor era como un torrente que va despeñándose en un abismo y al que en determinado instante se le obliga a volver sobre sí propio y sobre su curso, en imposible, absurda y rápida ascensión.

Pasaba así la mañana, y la madre de Lola y ésta venían a mi cuarto a acompañarme a comer.

La buena anciana, en quien las pasiones habían muerto, me aconsejaba, exhortándome al olvido y a la resignación. Horrorizábase al pensar que yo pudiera aún sentir hacia Carmen la más leve atracción que no fuera producida por el amor santísimo de un padre. Lola me miraba con tristeza, apoyando exaltadamente aquellas ideas, y yo, enteramente de acuerdo, sostenía con fe y con firmeza, que mi amor por Carmen estaba ya sepultado en la tumba.

Yo casi no comía. La carne se me figuraba un trapo, el pan era amargo y el vino más amargo aún. ¿Quién piensa en comer cuando está sintiendo que le rompen el corazón? ¿Quién puede gustar los manjares, cuando tiene el alma enloquecida?

Terminada la comida, retirábanse y volvía en mi cerebro la lucha cruel y el combate horrible.

Relampagueaban las ideas, encendíanse las imágenes, y bronce fundido y quemante era lo que circulaba por mis venas. Debilitado por la fiebre, por la falta de alimentación y por el pensar constante y forzoso, yo daba a todo proporciones

exageradas, que me hacían sufrir más aún. Las mismas ideas volvían a sucederse; pero algunas ocasiones la imagen de Lola, de la madre de Carmen, se presentaba también y entonces... el corazón se me hinchaba de ira y mis puños crispados amenazaban el aire en que convulsos se movían. La impotencia producía la calma, y al llegar la noche, mi corazón algo se regocijaba con la sombra.

Volvían la madre y la hija, acompañadas por el jefe de la familia, a cenar conmigo en mi cuarto. El buen hombre se empeñaba en hacerme la cuenta de los gastos por mí producidos. ¡Cuán molesta me era su honradez!

Quedaba yo solo en mi cuarto, para entregarme al reposo, es decir, al nuevo género de combate o al mismo; pero en diversa postura.

Eran de ver mis sacudimientos nerviosos, mis rugidos sofocados contra la almohada, mis puños golpeando mi pecho y la rabia satánica que se apoderaba de mí, hasta que el cansancio y la fatiga me obligaban a dormir con febril sueño algunas horas.

Al día siguiente renovábase la lucha. Batalla sombría entre el cerebro y el corazón; cuyo término no era fácil prever, pero que en último resultado, pudiera producirme la locura.

Un amor nacido tan naturalmente, y fomentado por largo espacio de tiempo, no se arranca con facilidad del ser en quien ya tiene tan hondas raíces. Los obstáculos son incentivos para la pasión. La lucha es un multiplicador de fuerza. Avívase lo que se concentra, y lo que se combate se levanta. Por estas razones, el sentimiento crecía en contra de todos los esfuerzos de mi voluntad impotente para sofocarlo. El amor se transformaba en tromba, y dentro de mi cerebro sentía algo como los formidables hálitos de un huracán. Pensaba sin cesar, discutiendo conmigo mismo o con otro yo que parecía contestarme en mi propio interior. Dualidad aparente de almas que se disputaba con encarnizamiento los pedazos de mi corazón ya seco.

Amar a Carmen como yo la amaba aún, y sabiendo que era mi hija, era monstruoso, inaudito, innoble, infame, contra lo natural. Nada podía calificar semejante aberración. Sólo un cerebro enfermo podía admitir tamaño absurdo. Un loco puede abrigar una idea como aquélla; pero un espíritu sano, ¡nunca!

Yo estaba convencido, como el que más pudiera estarlo, y sin embargo, y a pesar mío y en contra de todos mis esfuerzos, yo amaba a mi hija, no como una hija, sino como a una mujer; y aquel amor múltiple, poderoso, inmenso, me espantaba, haciéndome sufrir lo que no es decible y lo que me repugna explicar. Para admitir una lucha en el fango, es necesario no tener la más leve idea de la estética.

Como las horas, pasaron los días, y transcurrida una semana, Manuel me ordenó que saliera a la calle, que hiciese ejercicio y que procurase, a todo trance, divagarme por todos los medios posibles, pues en completo estado de salud, el tiempo era la única medicina por él aconsejada contra mis males.

Obedeciéndole volví a la capital yendo a habitar en su casa por algunos días. Andaba yo por las calles de un modo automático, y recorría los espectáculos y las

diversiones públicas, de igual manera. Algunos de mis amigos me detenían informándose de mi madre, de mi salud y de esas cosas que a nadie más que a uno interesan, pero que todo el mundo se considera con derecho a preguntar. Les contestaba seca, fría y brevemente. Alejábanse de mí y parecían hacerlo ofendidos... ¡Qué me importaba ni qué me importa hoy!

Abstraído en mis pensamientos no hacía aprecio de nada y caminaba siempre como el judío maldito, con el peso enorme de una conciencia que se subleva: cambiaba incesantemente de un punto a otro de la ciudad, mal comía en una fonda cualquiera, pasando la tarde como la mañana, y algunas horas de la noche como las del día, hasta que rendido por la fatiga y por el combate moral, me refugiaba en la casa de Manuel, para oír de su boca consejos que yo calificaba de estúpidos y que me eran indiferentes. ¿Acaso él, y yo, teníamos un solo corazón para los dos?

Por las miradas de asombro que algunos transeúntes me dirigían, comprendo que debo haber hablado en voz alta, y por sus sonrisas irónicas, que mis ideas deben haber sido bien estrafalarias. Yo no me daba cuenta de los hechos, sino de un modo vago, que carecía del poder suficiente para arrancarme de mi profunda abstracción.

La tempestad seguía rugiendo en mi alma, pero de una manera formidable.

XXX

Pálido, con los ojos hundidos y rodeados de sombra, con la mirada aún febril y con la ansiedad revelándose en todos mis actos, yo vivía, si es que puede llamarse vivir a una tortura semejante.

Dos cartas escritas a mi madre quedaron sin respuesta.

Transcurrieron así unos días más.

Terminaba julio. La noche del treinta volví a mi habitación, a las ocho, recordando que un mes antes había comenzado el desarrollo de aquel drama cuyo trágico fin esperaba mi alma con creciente angustia y terror.

En ese mes, yo viví diez años.

—Te esperaba —me dijo Manuel al verme entrar—. Vístete.

—¡Cómo vístete! —le contesté—. ¿Acaso vengo desvestido?

—No, pero ponte en traje de baile.

—¿Para qué?

—Para que me acompañes a uno, al que estamos invitados.

—¡Tú vas a ir a un baile, Manuel! ¡El médico estudioso y el filósofo severo, va esta noche a pegar brincos y a convertirse en un pollo ridículo! ¡Tú el hombre de la ciencia, vas a hacer lo que tanto te he oído criticar!

—No hay cosa que más Dios castigue que la lengua —replicó socarronamente—, yo voy a ir a un baile, ni más ni menos.

—¿Y vas a cambiar el provecho de seis horas de estudio, por otras tantas de hastío?

—¿Hastío, por qué?

—Como eres indiferente para todas las mujeres, y a los bailes se va por ellas.

—Pues por ellas voy.

—¡Tú!

—Sí, yo mismo, y vas a acompañarme.

—En eso te equivocas. Puedes hacer lo que gustes, pero no te acompañaré.

—Es que te lo ordeno y te lo exijo como médico.

—¡Aun cuando así lo hagas, no iré. Punto resuelto y concluído!

Guardamos silencio por algunos minutos, y con tono indiferente, agregó:

—Bueno. No vayas. Quería yo presentarte con un buen amigo...

—Gracias —le contesté con sequedad.

—Un buen amigo —prosiguió—, que acaba de llegar hoy procedente de Cuernavaca.

Toda mi alma se concentró en mis oídos.

—Y que me ha hablado de Carmen... —prosiguió.

—Que te habló de... —y parecerá increíble, pero no pude pronunciar aquel nombre tan adorado.

—De Carmen. Sí.

—¿Y qué te ha dicho? —interrogué con la vida suspensa entre los labios.

—Poca cosa —dijo con tono más y más indiferente, y como quien no da importancia alguna a sus palabras—. Parece que quiere hablarte, porque desea ser tu yerno.

Con aquella última palabra la fiera se despertó en mí. Lancé un grito salvaje, verdadero rugido de león colérico, y con un salto de tigre, me coloqué junto a mi amigo.

—¿Qué has dicho? —le dije lanzando horrorosa imprecación y sacudiéndole los brazos con desatinada rabia.

—Lo que has oído —contestó tranquilamente—. Un rico hacendado de Cuernavaca, que es uno de mis mejores amigos, ha conocido a Carmen, se ha enamorado perdidamente de ella, habló con tu mamá y ésta le ha exigido que venga a pedirte su mano. Ha llegado hoy; y estando invitado como nosotros a ese baile, quería presentártelo.

Cada una de las palabras de Manuel me parecía una puñalada en el corazón, pero inferida con un puñal que se hubiera calentado al rojo blanco. Cada frase era un chorro de bronce fundido o de incandescente lava, que caía en mi cerebro. Mi sangre espumaba de ira. Mis arterias parecía como que iban a romperse. En aquel instante la médula de mis huesos, era en todo igual a la que tiene en los suyos el salvaje e irritado león.

Intenté hablar, y por segunda vez rugí...

En un solo instante los celos, pero unos celos que nadie es capaz de sentir más que yo; unos celos horribles y odiosos, unos celos que no pueden explicarse, porque no hay para ello imágenes ni ideas, unos celos que en un solo instante la hubieran despedazado a ella y a él, y a mi amigo y a mí mismo... unos celos que hubieran hecho atómico polvo, como el fulminato de plata al estallar, a cuanto nos rodeaba, y que hubieran convertido al universo en nuevo caos... se apoderaron de mi cuerpo y de mi espíritu y de todo, absolutamente de todo mi ser.

Todas las torturas inventadas para el infierno, todos los tormentos aplicados a Satán, todos los suplicios soñados, presentidos, imaginados y no descubiertos ni creados aún, por la más enfermiza y la más estúpida de las imaginaciones... en un solo instante... yo los sentí...

El sufrimiento puede concentrar en un solo segundo la eternidad.

¡Oh!... ¡Si Carmen hubiera estado allí!

—¿Qué te admira? —interrogóme Manuel con insultante calma—. ¿No es tu hija esa joven?

—¡Sí! —grité con el tono en que se blasfema.

—Pues entonces, no puedes casarte con ella. Deja que sea feliz con otro. Además, es tu madre la que ha exigido a ese caballero que solicite tu aprobación. Sé prudente. Ten calma. Piensa que tu hija, como esposa, es un imposible para ti.

¡Cuán bien conocía Manuel los abismos negros que tiene el corazón! Sus

palabras, en vez de calmarme, me exaltaban, y la bestia, pero la bestia apocalíptica y horrenda, se agitaba en mí. El monstruo negro, el mal, el infierno entero, estaba ya apoderado de todo mi ser. En mi interior, el crimen quedaba resuelto y aprobado, sin discutirlo. ¡Qué grato debe ser asesinar!, pensaba el alma ennegreciéndose más. ¡Ahogar con manos convulsas de ira! ¡Ah, qué deleite! ¡Ver la agonía de un ser a quien se odia! ¡Oh! ¡no hay otro placer más intenso y más dulce!

Y el huracán rugía, hasta en lo más recóndito y sagrado de mi conciencia.

Cuando se odia, envidiar al rayo, es grande; envidiar a la víbora, es bajo; pues bien, ¡yo envidiaba algo más bajo y más miserable y más abyecto todavía!

Hubiera aceptado una eternidad de penas por vengarme.

¡Pero vengarme de quién y de qué? ¡De Carmen, y de aquel hombre que la amaba, y de Manuel por decírmelo, y de mí mismo porque la quería, y del destino, y del pasado, que encendía en mi alma aquella hoguera de espantoso, infinito y terrible fuego!

—¡Basta! —le dije con la voz silbando de cólera—, no me digas más, porque no respondo de mí...

—Pero, hombre...

—¡Calla, bandido! ¡Calla! —aullé, pensando si le reduciría a polvo, y despedazándome los dedos, al apretármelos yo mismo.

Manuel, guardando silencio, sacó un magnífico habano, lo encendió y se puso a lanzar bocanadas de azulado humo sobre la atmósfera de la pieza. Durante algunos minutos, mi pecho se levantaba como hipando y mis nervios se acalambraaron, sin dejarme el más leve movimiento. Haciendo esfuerzos sobrehumanos, logré dominarme, y sintiendo que las frases me quemaban los labios, como si fuesen brasas, le dije con voz trémula:

—Voy a acompañarte y te aseguro que *todos bailaremos*. Espérame el tiempo preciso para que cambie mi traje. No sabes lo que te agradezco tus *buenos servicios* y cómo quiero a esa niña, que al fin es solamente mi *pobre* hijita.

¡Ah! ¡Si Carmen hubiera visto mi pensamiento en aquel instante, habría caído muerta de dolor! Lo repito. ¡Cuán bien conocía Manuel esa entraña miserable a la que se ha llamado corazón!

Pensar, es nada... sentir, es todo. ¡La humanidad no sabe aún si Hamlet era un loco; pero todos, sí, todos, hemos palpitado con Otelo!

¡Y yo que nada siento!

¡Quiero sentir aun cuando sea el martirio... pero sentir, Señor!

¡Para mis creencias... Dios es el latido inmenso de la naturaleza: Dios es el corazón infinito del universo: Dios, es amor!

XXXI

Una hora más tarde, penetrábamos en un aristocrático salón, dispuesto con elegancia y profusamente iluminado, en el cual se entregaba al placer del baile, lo más distinguido de nuestra sociedad.

—Haz un esfuerzo —me dijo Manuel al atravesar la puerta— y procura estar como lo que antes has sido, un hombre de educación y de sociedad. Cuando volvamos a casa me lo agradecerás.

—¿Te agradeceré qué?

—El que te haya traído.

En el instante de oír su respuesta, pasaba Lola, la madre de Carmen, en los brazos de un elegante joven, arrebatada por el torbellino de un vals alemán.

Manuel se perdió después entre aquella lujosa multitud que llenaba la sala.

La luz se quebraba en la atmósfera de la sala, multiplicándose sobre los diamantes. Día artificial reinaba en aquel sitio. Los perfumes, fuertes y variados, despertaban la más helada imaginación. Los centelleos de los ojos de hermosas mujeres, las formas descubriéndose y velándose, entrevistas apenas, y más que entrevistas, soñadas; las palabras entrecortándose por la fatiga, los suspiros, el calor, la vida, la electricidad, las armonías y el movimiento, formaban un conjunto atrayente y vertiginoso, cuyo magnetismo era irresistible. Si hay algo en la vida social que pueda fascinarnos y enloquecernos, es un salón de baile, porque nos ataca todos los sentidos a la par, y se necesita ser un cadáver para no conmoverse. Hoy puedo permanecer frío en esas corrientes de llamas. «Tiempo ha que soy una sombra que anda entre los vivos».

Poderosa atracción ejercen sobre mi temperamento nervioso y ardentísimo, los rápidos compases de un vals. Procurando seguir el consejo de Manuel, tomé una compañera al acaso, la primera que vi, y enlazándola, nos confundimos entre las parejas. El vértigo se apoderó de mí.

Dos o tres veces encontramos a Lola valsando. Sus ojos negros y grandes, parecidos a los de Carmen, me dirigieron unas miradas lánguidas, vaporosas, ardientes. Diez y siete años antes me miraba de igual modo. Me amaba aún. ¡Qué impertinente constancia la de aquella mujer!

Terminó la pieza, y sin saber cómo me encontré sentado junto a Manuel. Enfrente de ambos se hallaba ella, rodeada de algunos estirados y ridículos pollos que la galanteaban.

Lola tenía treinta y dos años. Los ojos, las cejas y los cabellos intensamente negros. La boca de tamaño regular, fresca, voluptuosa, provocativa, de labios gruesos, pero rojos y brillantes como el coral del trópico: cutis apiñonado, formas exhuberantes, vivacidad nerviosa y el *no sé qué* de la gracia completaban aquella hermosura, que en un tiempo me hizo olvidarlo todo, por el ímpetu irresistible de una pasión salvaje.

Recibir una mirada de aquellos ojos, que parecían siempre húmedos por el deleite, era exponerse a un incendio en el corazón. Aquel mirar ardoroso dejaba presentir sus besos de fuego. Sus movimientos eran finamente nerviosos, como los que tiene una pantera. Era coqueta, natural, instintiva, involuntariamente. La coquetería es una gracia en la mujer, que denuncia sus aspiraciones artísticas y un arte que anhela el mayor embellecimiento de su hermosura. El coquetismo es un defecto moral que indica una alma grosera. Lola no tenía coquetismo y era coqueta de un modo fascinador. Las mujeres así, caen sin darse cuenta de su caída. Caen una vez sola, por ignorancia, por temperamento, por la primavera, por el delirio y la fatalidad de una ocasión. El juicio social se abre, pero sin que se las permita su defensa, y se las condena sin oírlas. ¡Cuántas veces, en casos semejantes, el hombre ha sido el solo criminal!

Lola estaba en toda la plenitud de su hermosura.

Algunas miradas rápidas y ardientes lanzaron sus ojos en nuestra dirección. ¿Eran para Manuel o para mí? ¿Y por qué me lo preguntaba yo?

Los preludios de una danza hicieron saltar mis nervios. Un recuerdo doloroso vino a mi mente: la gracia inimitable de Carmen para cantar las habaneras. Mi amigo atravesó el salón dirigiéndose a Lola, que le aguardaba, supuesto que se puso de pie, antes de que él llegase a su lado, y en seguida le tendió su mano derecha, que cubría blanquísimo y ajustado guante.

La mirada de inteligencia y la sonrisa que se cruzaron, me hizo daño.

¡Ah, corazón miserable! ¡Cómo si estabas adorando a un ángel, tuviste celos por aquella otra mujer!

Con ávido mirar recorrí la sala buscando una compañera. Había pocas señoras que no estuvieran ya disponiéndose a comenzar. Se iba a tocar una danza, y esa pieza, hasta los cojos se consideraban con derecho a bailarla.

Mi buena suerte encontró lo que buscaba con ansia, en una niña pálida, delgada, con aspecto tímido y cuyo semblante se iluminó cuando le pedí aquella pieza. Por lo demás, ignoro cuál era el color de sus ojos, y si la tomé, fue como un instrumento para bailar. Hay momentos en que obligados por el despecho, si no fuera el ridículo, bailaríamos hasta con una silla.

La primera vez que en la danza se tocaron una de las manos de Lola con una de las mías, nos estremecimos, y su mirada vino a explicarme con elocuencia, la causa de aquel temblor. La segunda, yo estreché aquella mano y ella... contestó a la presión, como las mujeres lo saben hacer cuando quieren hacerlo.

¡Cuánto barro y cuánto lodo hay en la humana naturaleza!... Continuamos bailando, y mientras mi pensamiento estaba fijo en Carmen, mis ojos seguían observando a Lola casi con inquietud. Alejábase con aire de abandono y voluptuosidad, entre las parejas, y cuando volvíamos a encontrarnos, su mirar lánguido tornábase ardiente y sus ojos hablaban con expresión. Ciertas sonrisas maliciosas y ciertas miradas de Manuel, me indicaron que iban hablando de mí. Al

terminar la danza, dejé a mi compañera como se deja un mueble. ¡Cuántas mujeres rehusarían bailar una pieza, si viesen un solo instante nuestro interior!

Ocupé un asiento y me estremecí, viendo que Manuel se dirigía con Lola, al lugar inmediato al mío. Dándole las gracias por la pieza bailada, la dejó a mi lado, antes de que yo me hubiera dado cuenta de lo que hacía. Sospechosa era la conducta de mi amigo; pero mis reflexiones llegaban tardías, y antes que todo estaba, en aquel caso, la educación.

Lola cambió conmigo silenciosa mirada, y después, con voz que parecía indicar fatiga y que denunciaba su emoción, me dijo:

—¡Cuánto tiempo ha que no nos encontramos como ahora! Me ha dicho el doctor con quien acabo de bailar, que usted sufre, y como no he dejado de ser la amiga de antes, tendría gusto en proporcionarle un consuelo.

Aquella frase provocaba una explicación entre ambos. Yo maldecía el momento en que, sin conciencia del acto y de una manera simplemente nerviosa, le había oprimido una mano. La contesté con frialdad:

—Manuel ha dicho verdad. Sufro y usted es la causa, Lola.

En aquel instante mi pensamiento estaba fijo en Carmen... pero en Carmen enferma, moribunda y sucumbiendo a la fuerza de la pasión; por horrible contraste, en medio de aquella fiesta, me la imaginaba tendida sobre un lecho y en agonía.

—No comprendo por qué puedo tener la culpa —replicó—; no he sido yo quien ha cambiado, y nada, absolutamente nada tengo que reprocharme.

—Sí —le dije irónicamente—, el armiño es menos blanco que el propio juicio que sobre su conciencia forma siempre la mujer.

Al oírme, volvióse altivo su mirar, y bajando la voz observó:

—Usted no tiene derecho de quejarse. La víctima soy yo. Mala memoria finge en esta vez quien ha sido el verdugo.

Hay ocasiones en que, al recibir ciertas respuestas de una mujer, uno desea que fuera posible convertirla en hombre, para contestarla. Sin embargo, su frase era justa.

Me incliné hacia ella, como para dirigirle, más próximo a su oído, una galantería, y con voz trémula y apagada:

—Lola —le dije—, tal vez en estos momentos, tu hija, la hija mía, la hija de nuestro amor, estará muriendo o ya habrá muerto, y nosotros bailamos sobre su cadáver aún caliente. ¿Dígame usted ahora, señorita, si cree suficiente el motivo para que yo sufra?

Lancé aquella frase, como se puede lanzar una sonda sobre un volcán, esperando la explosión.

Pocas veces me admiro; pero el asombro se apoderó de mí al ver que Lola se puso ligeramente pálida, contestándome de un modo glacial:

—Es sitio mal elegido en el que estamos para hablar de agonías y muertes. Pueden oírnos y usted nada perdería. Veo que ha perdido ya lo galante y lo discreto. Esperaremos que suene la música, para proseguir.

Su acento incisivo fue penetrando hasta el fondo de mi corazón, y la ira comenzó a hervir en mis venas. ¡Qué fuerza de voluntad y qué dominio sobre sí misma tiene esta mujer!, pensaba yo. ¡Qué poder para disimular! ¡Qué energía encubierta bajo falsa sonrisa! ¡Qué imperio sobre el dolor! Y si no fuese así... ¡qué alma tan vil! ¡Qué corazón de tigre! ¡Qué aborto del infierno en una madre tan infame!

Lola dirigía sonrisas, correspondiendo a las señas y a las miradas de algunas de sus amigas, que al vernos juntos, creían maliciosamente íbamos a reanudar nuestras antiguas y bien conocidas y bien comentadas relaciones. Lejos estaban de suponer la tempestad que rugía en mi alma y la puñalada que un momento antes yo pensaba haber dado con mi frase, en el corazón de aquella mujer. La cólera no hervía, sino espumaba en mi interior, y una sonrisa, tan falsa como la suya, dibujábase en mis labios por la fuerza de la educación.

¿Qué me había pasado que sin quererlo olvidé al hombre cuya odiada presencia iba yo a buscar allí? ¿Por qué no me lo presentaba Manuel? ¿Cuál de todos aquellos era el que traía intenciones de robarme a Carmen? ¿Respirábamos ambos la misma atmósfera y aún no había muerto con el veneno que el odio exhalaba para él en mi aliento? ¿Cómo distinguirlo para aniquilarlo con el primer rayo que le dirigieran mis ojos? ¿Por qué no tenía yo el instinto del chacal y de la hiena para reconocerle como enemigo y despedazarle allí mismo? ¡Ah! ¡yo hubiera admitido hasta transformarme en víbora, y ésta me repugna porque se arrastra, para ocultarme en el seno maldito de aquel hombre y morderle en el corazón y despedazárselo, rompiendo cada fibra, cada nervio, cada átomo de aquella carne odiada, cuyo latido le hacía vivir! ¡Y yo deseaba en aquel momento convertirme en pulpo, para chuparle hasta la última gota de su sangre, y aun cuando parezca blasfemia, yo también me hubiera cambiado por Satanás, si a la vez se me hubiera confiado el martirio de su eterna condenación!

Yo soy de los que saben odiar.

Nunca he sido ni seré hipócrita. Soy franco y leal. Digo las cosas y mis ideas, como las siento y no como pasan o las pienso, aun cuando esto me perjudique en la opinión de los demás. ¿Qué me importa a mí la sociedad cuando nada le debo? La desprecio, porque la conozco. Presentadle una huérfana bella, y ya veréis cómo la explota, para en seguida escandalizarse de lo que ella ha hecho. Tiempo ha que me he armado con el látigo del desdén. Que se me critique, y he aquí mi respuesta, tal como la siento: —O se me hace justicia, porque merezco esa crítica, o se me enaltece porque es injusta. En ambos casos, gracias. En ambos casos también, ni la crítica ni el elogio me son necesarios, ni han de alimentarme. Por lo demás, no creo que se me envidie, porque no hay causa para ello; pero si alguna vez tuviera yo esa buena fortuna, mucho mejor para mí... porque las gentes desconocidas y de poco valer, llaman a veces la atención sobre ellas... por los perros que aturden con sus ladridos persiguiéndolas.

Repito que sé odiar.

—Mal hecho —han observado algunos, en cuya anémica sangre apenas se

conservaba una debilitada circulación. —Lo comprendo —les he replicado—; pero qué quiere usted, yo soy así. Yo siento así. —El toro siente la necesidad de embestir, y por eso se le confina al monte, me han contestado otros con talento.

—Puede usted confinarme al lugar que guste; pero a pesar de eso, yo no puedo cambiarme el corazón que sabe en mí odiar, porque sabe querer.

Y otra prueba de talento han manifestado en abandonarme el campo de la discusión.

Demos de paso una prueba de sinceridad confesando, que a pesar de todo ese odio tantas veces citado, por el momento, en aquel baile y en todo lo dicho, yo había olvidado a aquel hombre.

Así es el humano corazón.

Y que no se me acuse de falso, cuando me acuso a mí mismo.

Yo seguía adorando a Carmen: a Carmen imposible para mí; pero a pesar de todo, yo miraba a Lola, al alcance de mi mano, a Lola que por equivocación o por tristeza, en realidad o en apariencia, algo me quería.

El salón estaba animado y resplandeciente. Palpitaban allí los corazones, las ideas, las miradas, la atmósfera y la luz. Frases galantes, respuestas agudas y diálogos de amor, se cruzaban en todas direcciones. Absorbíanse deleites por todos y cada uno de los sentidos, y la belleza de las mujeres se acentuaba, aumentando su radiosa expresión. Todo ese conjunto se adivinaba y se comprendía en un solo instante, y el alma absorta, apenas tenía el tiempo de darse incompleta cuenta de lo variado y múltiple de las sensaciones.

Lola y yo permanecíamos en silencio, hasta que la orquesta dejó oír los dulces preludios y los rápidos compases de una polka corrida.

Acercóse Manuel a nosotros, recordando a Lola que aquella pieza le pertenecía.

Ella me dirigió una mirada interrogativa.

—Tenemos que hablar —le dije.

—Es cierto, pero esta pieza la había yo dado al doctor.

—Te suplico me la cedas, Manuel —le dije al ponerme en pie.

—Si Lola lo admite...

—Gracias —le contestó ella disponiéndose a bailar conmigo y dirigiéndole agradecida mirada y atenta sonrisa.

Acto continuo, nos confundimos entre las parejas que giraban vertiginosamente, siguiendo los acelerados compases de la polka. Conocíase la profunda emoción de Lola, que temblaba entre mis brazos, estrechándose contra mi pecho de un modo que revelaba aún la existencia de su pasión. Mi cerebro estaba poblado de ideas sombrías, y me deleitaba pensando lo fácilmente que hubiera ahogado a aquella mujer entre mis músculos de acero. Por mis exaltaciones nerviosas y por mi carácter arrebatado, si en la conversación que íbamos a tener, no aparecía en ella el inefable corazón de la madre, era sencillo presumir y esperar un final trágico para la pieza que bailábamos.

Iba yo a interrogarla, cuando su voz conmovida me dijo:

—Usted sufre porque ve enferma a Carmen de un mal incurable. ¿No es esto?

—Sí —le contesté temblando al oírla—: tal vez no tiene remedio.

—No lo tiene...

—¿Quién lo asegura? —la interrumpí.

—El doctor, su amigo de usted, que la ha asistido, afirma que morirá pronto.

—¡Qué crueldad la de usted, Lola! —exclamé—. ¡Qué poco corazón revela al hablarme así!

—Baje usted la voz y aproxímese más a mi oído.

Ejecuté lo que decía, sintiendo que mis deseos de estrangularla eran a cada momento mayores.

—Usted sufre —prosiguió Lola—, porque ama usted a esa niña, como un padre ama a sus hijos siempre. ¿No es verdad?

Temiendo que ella pudiera sospechar el amor, el terrible amor que yo profesaba a Carmen, le contesté:

—Naturalmente. Es mi hija y la amo y la adoro con el amor castísimo, puro, inmenso, que un padre debe tener y sentir. ¿Por qué esas preguntas, Lola?

—No hable usted tan alto, que pudieran oírnos. Yo tengo en mi mano el medio de calmar ese sufrimiento, y voy a hacerlo, aun cuando usted ha sido bien ingrato y bien poco caballero para conmigo.

La ansiedad se apoderó de mí, y una idea innoble, cruzando por mi mente, me hizo decir con trémulo acento:

—Lola, todo puede tener aún remedio. ¿No cree usted que el cariño que siento por esa niña, refleja aún aquel amor ardiente que nos tuvimos y el cual pudiera aún renacer?

Tembló entre mis brazos al oírme, y estrechándome con vehemencia:

—¡Para qué decirme esas cosas que me causan dolor! ¡Calle usted! No es el interés propio el que me hace hablar, sino el deseo de que no sufra, quien, a pesar de todos mis esfuerzos, no puedo dejar de querer.

—Gracias. Conozco bien su corazón, Lola. Recuerdo todas sus abnegaciones y sus ternuras. Todo pudiera arreglarse nuevamente. Sea usted, como ha sido siempre, franca y leal.

—El amor del padre debe extinguirse. Carmen no es la hija de usted. ¡Vamos, no pierda usted el paso! ¿Qué le sucede?

Pálido, trémulo, con los ojos desencajados y con el corazón embriagado de insensatas esperanzas, me detuve en medio de la sala, no sólo olvidando el compás, sino hasta el lugar en que me hallaba. Lola agregó rápidamente:

—Nos observan todos. Disimule usted su emoción. Daremos una vuelta por la sala. ¡Vamos, parece usted un muerto! ¡Déme el brazo!

Hice un esfuerzo supremo, y dominándome, le ofrecí el brazo, comenzando a andar y diciéndole:

—¡Siga, Lola! Continúe usted, por favor.

—Es imposible así. Lo haré cuando bailemos, para que nadie pueda oírnos.

—¡Pues sigamos! ¡Sigamos bailando!

—Con la condición de que tendrá usted calma. Una torpeza y una frase imprudente, pueden costarme la reputación.

—¡Seré de mármol! —exclamé lanzándome con ella al torbellino de parejas—. ¡Prosiga, prosiga por favor!

—¡Carmen no es la hija de usted! —repitió con firmeza y con profunda convicción.

—¡Ay, si fuera eso cierto! —exclamé estrechándola con energía entre mis brazos musculosos.

Levantó hacia mí sus ojos llenos de angustia, y con voz dulce, triste y muy baja, dijo:

—¡Me está usted haciendo daño! ¡Me lastima y me mata!

—¡Perdón, Lola! ¡Perdóneme usted! ¡Perdóname! ¡Es tal mi júbilo! ¡Es tanta mi alegría! ¡Carmen no es mi hija! ¡Vamos! ¡Explíquese usted! ¡Explícalo! ¡te lo ruego con ansia suprema!

—¡En voz más baja porque pueden oírnos! ¡Sea usted discreto! —suplicó ella con los ojos llenos de lágrimas, llanto de dolor que arrancara aquel abrazo brutal, en que poco faltó para que la sofocase.

—¡Haré lo que quieras, Lola... pero por piedad... habla!

—Usted también tiene que perdonarme un inocente engaño, que hoy puede mitigar su sufrimiento.

—¡Perdonada, Lola! ¡Perdonada de antemano! ¡Prosiga, o mejor dicho, prosigue!

Entonces, con profunda emoción y con la voz rápida y vibrante, prosiguió:

—Al nacer la niña, fruto de aquel loco amor... alguien me dijo que usted podría entonces o más tarde, deducir derechos sobre aquella niña y... arrebátarmela. Yo adoraba a mi hija. El miedo de perderla, y el cariño, el amor, la pasión inmensa que por ella tenía... me inspiraron una idea... ¡No pierda usted el paso, porque si nos detenemos... pueden oírnos!

—¡Acaba!... ¡Acaba! —exclamé con ansia, procurando seguir el compás, que mis oídos fijos en sus palabras, olvidaban a veces.

—Me inspiraron la idea, prosiguió, de sustituir aquella niña con otra... Mandándole a usted ésta, quedaría yo tranquila respecto de Lolita. Éste era el nombre de mi niña... Le engañaba a usted, pero salvándome de que se me quitara aquel dulce pedazo de mis entrañas...

Lola, profunda y sinceramente conmovida, se limpió, sin dejar de bailar, algunas lágrimas arrancadas por el recuerdo de nuestra hija. Hasta yo me sentí conmovido de un modo extraño y guardé silencio, porque me parecía oír un rugido de mi conciencia.

—Lo hice como lo pensé —prosiguió ella después de breve silencio—. Conseguí una niña de la casa de expósitos, escogiéndola bella, por vanidad tal vez. Quería que

usted encontrase hermosa a su hija, a nuestra hija, a la hija de aquel amor que tanto me ha hecho sufrir... y cuando la tuve, escribí aquella carta que la acompañaba... mandé a una persona que le esperase a usted en la calle y que al verle llegar en la noche... pusiera aquella niña... en la puerta de su casa... Supe que usted la había recogido... y quedé tranquila... No puedo seguir bailando... necesito descansar...

—¡Un momento, Lola! ¡Sigue un instante! ¿Quién es esa niña?

—¡Carmen! —exclamó, deteniéndose fatigada.

Todo lo comprendí y el corazón se me dilató palpitando con fuerza, a la par que resplandecía mi semblante por el júbilo. Tomándola del brazo, dimos una vuelta por la sala, viendo las miradas y sonrisas maliciosas de algunos, que al ver la emoción de Lola, mal reprimida, y la alegría que yo no procuraba disimular, creían que acabábamos de reanudar nuestras antiguas relaciones.

Después de corto reposo, volvimos a lanzarnos entre las parejas.

—Prosigue, Lola —la supliqué con ternura.

—Poco tengo que agregar —contestó—. Dios no quiso permitir que Lolita viviese y hace diez años que la perdimos... ¡que la perdí yo, que tanto la quería!

La emoción cortó la palabra de Lola. Como se ve, mi juicio sobre sus sentimientos de madre era bien falso. En cuanto a mí, debo ser franco, casi me fue indiferente la muerte de mi hija. Pensaba en Carmen con adoración, en Carmen esposa, y por primera vez de mi vida, en Carmen, ¡madre de mis hijos!

—¿No siente usted la muerte de Lolita? —me interrogó ella con acento de reconvención.

—Tan la siento, que por eso no hablaba —la contesté mintiendo.

—Pues no lo parece —prosiguió Lola con tristeza—. En fin, yo he hecho lo que debía. Así no sentirá usted la muerte de Carmen.

Sentí aquella frase como si fuese una puñalada.

—¡Vamos... ya vuelve usted a perder el paso! ¡Antes bailaba usted tan bien! —exclamó deteniéndose.

—¡Seguiremos, Lola! ¡Seguiremos!

—Bueno; pero sin hablar de eso que me trae tantos recuerdos dolorosos. ¿Usted me perdona ese engaño, verdad?

—Sí, lo perdono y hasta lo bendigo —la contesté bailando con ella sin sentir la menor fatiga—; pero se me ocurre una duda.

—¿Cuál? ¡No ha cambiado usted de carácter! ¡Siempre dudando de todo!

—Conozco mucho tan gran corazón, Lola; y el amor que me tienes todavía, pudiera haberte inspirado, no antes sino ahora, este engaño. Puede ser que Carmen no sea mi hija; pero que tú, para no verme sufrir, me cuentes esto.

—Tengo pruebas, pruebas que no dejan lugar a ningún género de duda.

—¿Cuáles? ¿Cuáles? ¡Habla por piedad!

—El acta de nacimiento y el acta de defunción de Lolita, dadas en las oficinas del Registro Civil, y una copia de un certificado de adopción, que sobre Carmen me

hicieron firmar en la Casa de Cuna.

—¿Dónde están esos papeles? ¿Dónde?

—En un ropero mío. Si usted quiere ir mañana a casa, puedo enseñárselos.

—¡Iré! ¡Iré a verlos! ¿A qué hora te parece bien?

—A las doce le espero a usted.

—¿Y tu mamá?

—Hace años que murió. La tía que me acompañaba en este baile, es hoy toda mi familia.

—A las doce iré mañana.

—¿Verdad que he hecho bien? ¿Verdad que ya no sentirá usted tanto la muerte de Carmen?

—¡No! No; pero es preciso que me convenza completamente —le dije con angustia.

—Mañana no podrá usted dudar —replicó observándome con atención.

Continuábamos bailando la polka, y ella, que proseguía observando con más fijeza mis ojos, dijo lentamente:

—Porque usted debe estar preparado, Carmen se morirá pronto.

—¡Calla! ¡Me haces sufrir con eso!

—¡Ah! —exclamó.

—¿Qué, Lola? ¿Qué?

—Usted la quiere, a pesar de que sabe que no es su hija.

—No es eso. Es que no estoy convencido.

Guardó silencio y comprendí que comenzaba a sospechar. Temblé ante el instinto que tienen las mujeres que aman, para adivinar a sus rivales, y tomando la resolución de engañarla, le dije:

—Quiero seguir bailando contigo. ¿Qué piezas me das?

—Tengo muchas dadas... pero, sin embargo, las que usted quiera.

—¡Entonces todas!

—¿Todas? —preguntó con asombro y con ansiedad.

—¡Sí, sí, todas! ¡No quiero que bailes con nadie más!

—Entonces... usted... quiere...

—¿Qué, Lola?

—¡Nada! Está bien. A pesar de los compromisos... las bailaremos todas.

La esperanza brilló en sus ojos. ¡Pobre mujer! Creía que el amor me obligaba a obrar así. Mi conducta era bien infame; pero yo necesitaba aquellos papeles, y si Lola llegaba a sospechar mi pasión por Carmen, no me los entregaría. Era forzoso aquel engaño innoble, por más que me repugnase. Era de todo punto preciso inspirarle confianza, alejar toda malicia y arrancarle aquellos documentos, sin los cuales mi madre no me creería. Por el amor de Carmen hubiera sido criminal y en aquellos instantes lo era. Es un crimen engañar a una mujer que se confía de nuestra lealtad. Yo iba a engañarla y a fingirle amor, después de discutir conmigo mismo lo poco

decente y caballeroso de mi conducta.

—¿No bailarás ya con Manuel? —la pregunté como si aquello me produjese celos.

—¡No! Si antes lo he hecho, es porque me hablaba de usted. Él parece que algo sabía y me aconsejó con discreción y con disimulo, lo que hemos hablado. Pero, repito, ¡no bailaré con él ni con nadie más!

—¿Dices que Manuel sabía algo?

—Es amigo del médico que asistió a Lolita. Tal vez hablaron, y él, sospechando, me dijo lo que usted sufría, indicándome con finura el remedio para esos males.

Comprendí a Manuel y le bendije, esperando hablar y explicarme con mi amigo. Estrechando a Lola con fingida ternura, le dije:

—¿Me perdonas lo que te he hecho padecer?

—¡Ah! ¡Sí! ¡Sí! —exclamó con arranque, deteniéndose. Le tocaba su turno de perder el compás; pero como la pieza iba a terminar, le ofrecí el brazo y dimos una vuelta por la sala.

La llevé en seguida a su asiento, ocupando el inmediato a ella. Ambos teníamos radiosos semblantes, y la felicidad se desbordaba en nuestros ojos. ¡Pobre Lola! Se creía nuevamente amada. Para los concurrentes al baile, que conocían aquella historia, era un hecho nuestra reconciliación. ¡Cuán lejos se iban mis ideas de tal cosa! ¡Yo pensaba... como siempre y como nunca en Carmen!

XXXII

¡Carmen no era mi hija!

No en vano mi corazón había luchado contra la conciencia engañada por las maquinaciones de Lola, que tan pronto juzgaba yo infernales como angélicas. Algo en mi ser, algo como el pensamiento, como la vista inmaterial del espíritu, como el acento inexplicado e inexplicable de Dios, me decía que aquel amor purísimo e inmenso debía existir para siempre en mi alma, como la marca impresa con el hierro candente del destino.

¡Aquel amor existió, existe, existirá siempre! ¡Tiene ante sí y en sí lo eterno, lo inacabable, lo infinito! Su pasado de pureza asegura su porvenir de cielo. Yo amaba en ella, lo que hoy amo, lo que amaré mañana, lo inmortal... el alma; es decir, lo imperecedero, la chispa divina, el átomo de Dios. Nada ni nadie puede arrancarme ese amor. Yo lo desafío todo. Mi destino es ella. La muerte para mí será su primer beso. ¿Qué son las otras mujeres? Cosas... objetos... cuerpos... materia... ¿Y sus almas? Sombras. ¿Y... Carmen? ¡Carmen es el sol, la luz, el universo, Dios! ¡Carmen lo es todo, porque es mi eterna, mi incesante, mi inagotable aspiración! ¡Carmen es la otra mitad de mí mismo, el otro yo, la esencia de mi espíritu: latido en mi corazón, idea en mi cerebro, aliento en mi vida, energía en mi ser, inmortalidad en mi alma! ¡Oh, Carmen... Carmen, te amo! ¡Te amo!

Lola y yo, hablamos durante el intervalo de reposo, entre aquella pieza y la siguiente. No pude saber lo que nos dijimos, porque, como vulgarmente se dice, yo no estaba en mí. Dialogaba con ella de un modo inconsciente y ajeno a mi voluntad. Lo que le dije y a lo que me comprometí, y lo que la juré... lo ignoro. Acepto todo aquello de las responsabilidades, las consecuencias, los castigos, todo lo que sobre mí pueda venir, porque en aquellos momentos, yo estaba loco, y aun cuando no lo hubiera estado, lo aceptaría, lo aceptaría también.

Un solo pensamiento embargaba todas y cada una de las facultades de mi ser... ¡Carmen no era mi hija!

No siéndolo... Carmen sería mi esposa.

Por un instante me olvidé de los o las que esto lean, para preguntar tan sólo a sus corazones:

¿Amáis? ¿Habéis amado? Entonces os será fácil comprenderme. ¡Carmen mi esposa! ¿Creéis en Dios? ¿Sí, verdad? Pues en esos momentos yo le estaba mirando, más aún, sintiéndole. No me dirijo a los ateos, tampoco a los seres que no hayan amado; para mí, ambos son igualmente ciegos y no les desprecio... pero les compadezco.

Lola bailó conmigo la pieza siguiente, y la otra, y la que siguió, y todas. Hablamos no sé qué durante ellas, así como también en sus intervalos. Como yo pensaba en Carmen, mis ojos expresaban la pasión, y no la culpaba porque se equivocara. ¡Pobre Lola! A veces pienso, pero así de un modo débil, confuso, vago,

que aquella mujer en ciertos momentos debe haber sentido algo como semejante al amor. ¡Yo blasfemo! ¡Ni Lola ni otra mujer alguna supo jamás amarme! ¡Sola Carmen, cuyos pensamientos fueron, son y serán siempre míos, me amaba y me amaré siempre, porque era en sí la esencia del amor!

Manuel me habló y me hablaron algunas otras personas, durante el baile; pero tanto sus palabras como los accidentes de aquella noche, se han borrado de mi memoria de un modo completo, y es que mi espíritu no estaba allí, sino al lado de Carmen... de Carmen, ¡sola, única, indivisible alma de los dos!

Yo estaba ebrio, pero no de vino, ni de alcohol, porque no los gusté en toda la noche; pero tenía yo la embriaguez sublime, la ebriedad del alma, el amor.

Comenzaba a amanecer, y las estrellas palidecían en el cielo, cuando mi amigo, tomándome del brazo, me dijo:

—¡Vámonos!

—Sí —le contesté—; pero llévame, porque ignoro por dónde se va a la gloria.

—Ven primero a despedirte de Lola —observó arrastrándome hacia ella.

La hermosa morena oprimió con sus manos enguantadas las manos mías, y me dijo al hacerlo:

—Te espero a las doce del día de hoy. ¿No es esto?

En aquel momento recordé que antes, en las primeras horas de la noche y en nuestras primeras conversaciones, había usado para conmigo un lenguaje más ceremonioso y menos familiar. Algo me preocupó aquello; pero me repuse, contestándola:

—¡Sí! A las doce sin falta. ¡Adiós!

Aquella hora aceptada por mí, debía de ser la más terrible, congojosa y cruel, de esta estúpida y miserable vida, de esta existencia cuyos instantes maldigo; de esta ansiedad sin nombre, sin forma y sin sentido, que nadie... más que yo, comprenderá.

Desde aquel momento en que supe que aquella mujer no era mi hija... ¡Carmen! ¡Carmen! repetía y repite cada vez que palpita mi corazón.

XXXIII

Volvimos a la casa de Manuel, y mientras éste se cambiaba de traje, para comenzar las visitas acostumbradas a sus enfermos, le dije:

—No tengo palabras para expresarte mi gratitud. He comprendido lo que has hecho. Despertaste mis celos, para llevarme a ese baile al que de otro modo nunca hubiera concurrido, y que Lola y yo tuviéramos una explicación, cuyos resultados son felicísimos para mí. ¿Qué origen tuvieron tus sospechas sobre que Carmen no era mi hija?

—La casualidad —contestó Manuel—. Hace unos cinco o seis días, iba acompañado de un doctor amigo y compañero mío, que es el médico que ocupan siempre en la casa de Lola, cuando alguno se enferma. La encontramos en la calle, y al ver que la saludaba, le pregunté si era su amiga.

—Sí —me contestó con indiferencia—, curo en su casa. Es una mujer rara, que lleva largos años de sentir una pasión, por un loco, por un calaverón que la sedujo. Ya sabes lo caprichosas que son las mujeres. La he visto sufrir por ese amor, lo que no es decible. Sobre todo, en la muerte de su hija a quien yo curaba, creí que llegaría a perder la razón.

—Tengo que advertirte —prosiguió Manuel—, que mi amigo no carece de discreción; pero para mí, es como tú, no tiene reserva ni secreto alguno. Me sorprendí al oírle, y le dije:

—Conozco al calaverón de que hablas; pero yo estaba en la creencia de que el fruto de esos amores vivía aún.

—No —replicó mi amigo—. La hija murió tiempo ha, y la que vive al lado del individuo en cuestión, es una niña sacada de la Casa de Cuna. La madre, a quien acabamos de saludar, temiendo que le arrebataste a su hija, la sustituyó por la huérfana, y ésta fue la conducida al lado del padre.

—Seguimos hablando sobre el asunto —prosiguió Manuel—, y para no hacerte el cuento largo, después de aquella plática, fui al Registro Civil, a la Casa de Cuna, a la parroquia en la cual fue bautizada tu verdadera hija, y cuando me convencí de lo que existía en realidad, me propuse que tú te desengañaras por ti mismo hablando con Lola. Sabiendo que ella iba a concurrir al baile del que venimos, hice que nos invitaran, excité tus celos para llevarte, pues como tú mismo lo confiesas, de otra manera no me hubieras acompañado. Hablé con Lola, le expliqué lo que sufrías, la aconsejé con delicadeza y tacto, logré convencerla, y ya ves, estamos tú, y yo también, satisfechos de los resultados. He pasado una noche insípida; sin embargo, estoy contento. Ahora, pongámonos de acuerdo para la coronación de esta obra.

—¡Oh, gracias, gracias Manuel! —exclamé abrazándole con efusión—. ¡Voy a deberte la felicidad de mi vida!

—¡Ojalá que sea así! —dijo con acento que me parecía triste.

Recordé entonces que Lola me había dicho, según la opinión de Manuel, que

Carmen tendría que morir próximamente, y se lo expliqué así con indescriptible angustia. Él me contestó:

—Eso fue un arma empleada por mí para acabar de conmoverla. Seré franco contigo. El caso es grave, muy grave, casi desesperado; pero a pesar de todo, una crisis, una reacción favorable podría aún salvarla. Si el golpe que Carmen recibió no la ha matado a esta fecha, tal vez venceríamos a la enfermedad, ayudados por el clima, por la juventud y por el amor. Nada podemos asegurar; pero nuestro deber es proseguir el combate. Vamos a desayunarnos.

—No tengo apetito ni hambre —le contesté siguiéndole a su elegante comedor.

—Sí, lo comprendo. «El amor sostiene al amante, como la fiebre al enfermo». El júbilo nutre falsamente. Haz un esfuerzo, y toma aun cuando sea un poco de leche. Dentro de media hora te pondrás en camino y vas a caminar diez y seis o diez y ocho leguas, que hay de aquí a Cuernavaca.

—¡Dentro de media hora! —exclamé—. ¡Imposible! Estoy citado con Lola a las doce de hoy, para que me entregue las pruebas de que Carmen no es mi hija. Sin esos papeles no puedo partir. Mi madre no me creerá.

—Son las cinco y media de la mañana —dijo Manuel consultando su repetición de Losada—. ¡Vamos, toma ese vaso de leche! A las seis parte la diligencia y en ella partirás.

—Pero... ¿no me has entendido?

—Sí, hombre. Los documentos necesarios, ya los tengo. ¡Vaya que estás bien cándido! Moviendo algunas influencias y gastando algún dinero, he conseguido copia certificada del acta de nacimiento y el acta de defunción de tu hija, una copia legalizada también del acta de adopción de Lola, hecha por ella en la Casa de Cuna en favor de Carmen, y por último, hasta el recibo original que firmó cuando le fue entregada esa pobre y bella criatura. ¡Toma y lee!

Puso en mis manos los documentos citados, los que sacó de su cartera, y mientras yo los examinaba con ansia, él prosiguió:

—Comprendo todas las promesas que le habrás hecho a Lola, para arrancarle papeles idénticos a estos. Anoche los observé a ustedes y todo lo he adivinado. A las doce, como tú dices, iré en tu lugar a la cita, y le diré que estabas un poco *alegre*, que habías tomado más alcohol del que es conveniente, y en fin, que retiras todas las sandeces dichas y las promesas y los compromisos y los juramentos, etc., etc. En una palabra ¡qué diablo! Si es preciso, abriré un abismo entre ustedes, contándole todos tus amores con Carmen. Justo es que sufra algo de lo que te ha hecho sufrir. Vámonos, voy a dejarte a la casa de diligencias.

Media hora más tarde, y después de querer sofocar a mi amigo, por los abrazos múltiples que le daba mi gratitud, salía yo de la capital para Cuernavaca, mientras Manuel se encargaba de ponerle un telegrama a mi madre para que fuera preparando a Carmen, y desengañar a Lola de un modo concluyente y definitivo.

Digámoslo de paso, para no volvernos a ocupar de esa mujer cuyo amor y cuya

constancia maldigo y odio como sé maldecir y odiar. Algunas veces Lola y yo, nos encontramos por el mundo... y cuando tal cosa sucede... y ojalá nunca sucediera... ¡sus ojos se fijan en los míos con reconvención y con ternura! Algunos dicen que vive aún en ella el sentimiento de nuestro amor estúpido.

¡Ah... cuánto daría por obtener el odio de esa mujer!

XXXIV

Con fiebre recorrí las leguas de aquel camino, y al llegar a la casa en la cual palpitaba mi amor, me detuve falto de aliento y falto de vida. Entrando a la sala, me encontré en ella con mi madre, quien, al verme, se puso en pie, fijando en mí una mirada severa, que al instante mismo cambió de expresión pasando a la intensa ternura. Nos estrechamos efusivamente, y después, en voz baja, dijo:

—No creo que vengas a engañarme. He recibido un telegrama de tu amigo Manuel, en que me avisa tu llegada, y en el cual me dice que preparara a Carmen para que te viese con menos emoción, pues han aclarado él y tú, positiva e indudablemente, que no es tu hija. Ya está hecho así; pero nada puedo comprender, y antes de que yo te permita verla, necesito quedar perfectamente convencida de que eso es una verdad y no una superchería dictada por el extravío de una pasión, que en este caso sería mucho más infame que en cualquiera otro. ¿Cuáles pruebas me traes de que Carmen no es tu hija? ¡Vamos! ¡Habla!

—Si no estuviera yo también convencido de ello plenamente —la contesté—, no hubiera vuelto a verla jamás. Las pruebas son éstas.

Al enseñarle los documentos que Manuel me había dado, me los arrebató con ansiedad, comenzando a leerlos y a examinarlos con atención y con visible júbilo. Entretanto, yo la examinaba con creciente espanto.

Es cierto que mi madre tenía cincuenta años de edad; pero un mes antes, su cutis estaba aún terso y en su cabeza brillaban las canas mezcladas con cabellos negros, éstos más abundantes que aquéllas; pero en el momento que yo la examinaba, la cabellera estaba completamente blanca, y en su frente y en sus mejillas, había profundas y múltiples arrugas, que eran como los surcos abiertos por el dolor. ¡Cuántos sufrimientos habrían acometido cobardemente el alma de aquella santa, durante aquel mes horrendo, para causar tantos estragos! ¡Qué huracanes habían soplado en aquella su siempre límpida conciencia! Bastaba verla, para sufrir también al comprenderlo.

—Todo esto es perfectamente claro y está en completa regla —me dijo, sonriendo y llevándome a un sofá, en el cual nos sentamos—. Ahora bien —prosiguió guardando los papeles en su bolsa—, dame algunos detalles de los que hayáis adquirido, para acabar de comprender con toda claridad.

La referí brevemente todo lo que me había acontecido en aquel mes, y cuando terminé, la vi suspirar y mover sus labios orando. La oración casi siempre revelaba en ella su felicidad.

—Estoy satisfecha y convencida de todo —me dijo después de corto intervalo de silencio—. No juzguemos a Lola, y si obró mal, perdonémosla. Dios nos dé ahora, como siempre, resignación.

—¿Resignación, madre? —pregunté temblando.

—¡Sí, hijo mío, aún nos falta tanto que sufrir! Carmen está enferma, muy

enferma...

—¡Pero vive, madre! ¡Vive!

—Mientras Dios lo permita —murmuró con voz cada vez más baja y más emocionada—; pero está grave... muy grave...

—¡Quiero verla! —exclamé levantándome con violencia.

—Espera aún. Es preciso irle graduando la impresión, porque de otra manera, tu vista, sólo tu vista la mataría.

—¿Tan grave... así... está?

—Mucho más de lo que te imaginas.

—¡Madre, sea usted franca! ¿También a mí me va usted graduando la impresión? ¡Diga usted de una vez toda la verdad!

—¡Hay pocas esperanzas... de que... viva!...

Un sudor frío y copioso brotó de mi frente, y como el temblor de mis piernas me hacía vacilar, volví a sentarme, quiero decir, a desplomarme y caer desfallecido sobre el sofá. ¡Ah, corazón miserable! ¡Por qué al saber que iba a morir, no cesaste tu imbécil palpitar!

—¿Es decir que está... desahuciada por el médico? —pregunté con terror.

—¡Sí!

Aquella sílaba fue otra puñalada más para mis entrañas.

—¿Pero hay algunas esperanzas, madre mía?

—¡Dios! ¡Sólo Dios!

—¡Sí! ¡Sí! Lo comprendo... pero la ciencia, los médicos, la naturaleza, ¿qué dicen? ¿Qué dicen, madre?

—La ciencia se confiesa impotente, los médicos callan y la naturaleza se extingue, poco a poco, lenta, muy lentamente, como una lámpara a la cual le falta aceite. Carmen tiene que morir pronto...

—¡Pero esto es una crueldad! —exclamé—. ¡Usted me está matando a mí también!

Sus ojos me dirigieron una mirada tan triste, tan dolorosa y tan elocuente, que me causó más daño que la frase más dura que me hubiera dirigido. Después contestó:

—Es mi deber. Antes de que la veas, necesitas resignarte a perderla...

—¡Imposible! —la interrumpí—. ¡Imposible! ¡Perderla! ¡para siempre!

—¡No para siempre! La pierdes para la vida de la Tierra, pero no para la vida del Cielo.

—¿Y qué me importa a mí eso, madre? Yo lo que sé... es que Carmen se muere, y que la pierdo, y que la amo.

—El dolor te extravía —contestó cada vez con mayor dulzura—, y Dios que no castiga a los locos, te perdonará esas blasfemias. ¿Qué amas en ella? ¿El cuerpo o el alma?

—¡El alma! —gritó la mía—. ¡El alma!

—Pues el cuerpo es sólo lo que va a morir, hijo mío. El alma es inmortal,

indivisible, eterna, imperecedera, y la volverás a encontrar en los cielos. Ella te ama y te amará siempre. ¡Ten fe! ¡Confía en Dios! ¡Resígnate y espera!

Guardé silencio, abrumado por el dolor.

Mi madre tomó una de mis manos, y estrechándomela con maternal ternura, me dijo:

—¡Si puedes llorar... llora! Desahoga antes de verla, tu dolor. El llanto para ti es la redención.

—¡Llorar! ¡Llorar! ¿Quién piensa ahora en eso? ¡Combatir, madre! ¡Combatir a la enfermedad y vencerla! ¡He ahí lo que voy a hacer! ¿Dónde... dónde está Carmen?

—Espera. Espera aún. Unos minutos tan sólo. Mira mis canas y mis arrugas. ¡He cambiado en un mes, mucho más que en tantos años! ¿Comprendes por qué? Por lo que Carmen ha sufrido. Ya debes calcular lo que habrá cambiado al verme a mí. ¡Pobre niña! Hoy es el ángel de la resignación. Tú debes sufrir al oírme todo esto; pero es preciso hacerlo y por eso lo hago, aunque yo también sufra. Tu carta, no ha llegado a verla. No era necesario. Tu ausencia y sus celos la han muerto. Crueldad horrible hubiera sido en mí, hacer uso de aquella carta o revelarles aquel secreto tremendo, que Dios ha destruido, porque era un engaño. A la mañana siguiente de aquella noche terrible, le dije que habías partido obligado por negocios urgentes que reclamaban tu presencia. Tu viaje fue un rayo. La duda, los celos y el dolor la despedazaron. Abreviemos para no sufrir —prosiguió estremeciéndose mi madre, después de corta interrupción—. Nada sabe, pero se cree vendida, burlada, olvidada y sustituida en tu amor, por otra mujer. Mis consejos, mis reflexiones y mis consuelos se han estrellado ante la ceguedad de su pasión. ¡Esa pobre criatura es idólatra de ti! ¡Que Dios la perdone, siquiera sea por tanto amor! ¡Y qué grande alma tiene! ¡Qué generosa, noble, buena y abnegada es! No ha tenido una sola queja contra ti. No te ha hecho un solo reproche. No ha dejado de amarte un solo segundo. Por las frases que la he sorprendido en los cortos ratos que duerme, es como conozco lo que piensa y lo que siente; pero ella nada me ha dicho, y sólo habla de ti con ternura y con amor. Almas así... no son para la Tierra. Ella ha ido agravándose lentamente, y luego con espantosa rapidez... ha llegado... a un punto... próximo a la agonía, y...

—¡Carmen! ¡Carmen! —grité levantándome al oír aquella palabra y corriendo desatinado en su busca.

—¡La matas! ¡Tú mismo la matas! —dijo mi madre siguiéndome con ansiedad suprema.

Atravesé las piezas sin encontrarla, y al llegar al corredor que daba sobre el jardín, la vi sentada en un sillón... y protegida por las enredaderas, contra el exceso de luz de la reverberación solar.

¡Inconocible estaba! Vestía su bata de blanquísima muselina, y sus trenzas de color de oro pálido caían sobre su falda con descuido. Sus brazos se apoyaban en los brazos del sillón. Sus ojos parecían fijos en las profundidades azules del cielo y su pecho se levantaba agitadísimo, haciendo ondular el leve lienzo que lo velaba y que

había entreabierto intencionalmente, como para darse aire en aquel seno siempre virgen. Enflaquecida de un modo indescriptible, Carmen era en aquel momento una sombra de lo que fuera antes. La color era muy pálida. Sus piecitos, colocados uno sobre otro, asomaban como con abandono fuera de la falda del vestido. Su boca abierta, parecía aspirar el aire con angustia, con tal angustia, que recordarlo ahora... ¡me rompe este pedazo de carne que llaman corazón!

Mi madre había hecho bien en prevenirme contra el cambio físico de Carmen... ¡Si no lo hubiera hecho así, yo habría lanzado un grito de espanto al verla!

¡Lo que yo estaba mirando estupefacto era Carmen... y sin embargo... lo que yo veía... no era... no era Carmen, Dios mío!

Mi madre, que me había alcanzado, me dijo al oído:

—¡Espera! ¡Espera unos segundos más... o la mata tu impaciencia loca!

En seguida avanzó hacia Carmen, y al llegar junto a ella, le dijo quedo... pero sin embargo, con acento que percibí:

—¡Hija mía, angelito mío... ya llegó *él* a Cuernavaca!

Las manos de Carmen cerraron inmediatamente el vestido entreabierto sobre su altivo seno y sus pies se ocultaron.

¿Qué denunciaba aquel acto? Su infinito pudor. Para ella, el que yo hubiese llegado a la ciudad, era la próxima mirada de mis ojos y por eso se cubría. Después la oí contestar:

—¿Cree usted, *Mamita*? Los ángeles a los que les rezo para que me lo cuiden... hace un momento... que me han fingido su voz. Oí que me gritaba ¡*Carmen!* ¡*Carmen!* Quise pararme, pero no pude. Usted no sabe, *Mamita*, que estoy muy mala de amor. El amor es una enfermedad. El corazón está muy hinchado de tanto como lo quiero. Lo siento como si quisiera reventarse... ¡Ay! ¡Lo amo tanto, madre! Al fin usted me permite que ya yo se lo diga y no se enoja, porque es muy buena. ¡Lo amo, madre! ¡Lo amo! Usted que amó, debe saber bien cómo es eso y cómo lo siento. Quiero que llegue pronto... porque si no... *Mamita*, usted no lo espera... pero es preciso que yo se lo diga, para que no crea que la engaño... *Mamita*... ¡Madre! ¡Usted no lo sabe, pero yo voy a morirme!

—Deja esas ideas —contestó mi madre conmovida más de lo que ya estaba—. Él va a venir muy pronto, dentro de algunos minutos... estará aquí.

—Minutos de espera son años cuando se quiere, madre. Mire usted. Quisiera que llegara *ahorita* y tengo miedo de que llegue. ¡Me he puesto tan fea! La Virgen María no me oye, por más que le rezo. Yo le pido que me ponga bonita para cuando él venga, y ya ve usted... va a llegar y estoy como una muerta. Usted ha quitado todos los espejos, pero yo me he visto en las fuentes del jardín y estoy horrible. ¡Ay, Dios... cuando él me vea así!...

—¡Siempre estás linda! —exclamó mi madre—. Él va a llegar para casarse contigo.

—¡Si fuera eso cierto, *Mamita*! ¡Mire usted, creo que si cuando llegue, le gusto y

se casa conmigo, ya no me moriría!

—Pues se casará... no lo dudes y ya llegó a casa...

—¡Ya llegó! ¿Pues entonces por qué no viene a verme?

—Está en la sala... pero teme que te haga daño verle...

Carmen, apoyando sus dos brazos sobre los del sillón, hizo un esfuerzo para levantarse, pero no pudo, y entonces, dijo con tristeza y supremo dolor:

—Ya ve usted. No puedo ya ni moverme. ¡Que venga! ¡Que venga! ¡Con sólo mirarlo, tendré fuerzas! ¡Con sólo mirarlo tendré vida! ¡Que venga!

—Allí está... ¡míralo!

Salvé rápidamente la distancia que nos separaba y caí a los pies de Carmen... trémulo, ansioso, muriéndome de amor...

—¡Ay! —exclamó con indefinible acento, llevándose ambas manos a su corazón, como si en él hubiera recibido una herida.

Tomé aquellas sus dos manos devorándolas con ardientes besos, y luego... me quedé mirándola con pasión. Por algunos minutos, ni ella, ni yo, ni mi madre, pudimos hablar una sola palabra.

Sus ojos estaban hundidos, opacos y rodeados de ojeras sombrías y profundas. Hasta sus labios estaban pálidos, y sus manos, antes tan bellas, eran entonces tan delgadas que producía compasión el verlas. ¡Ay!... Carmen, físicamente hablando, no era Carmen.

Su semblante radiaba de felicidad, y sus miradas animáronse con extraño brillo. Triste sonrisa entreabrió sus labios que me preguntaron:

—¿Estoy cambiada, verdad?

—¡Sí lo estás —exclamé con arrebató al comprenderla—; pero hoy te miro más hermosa que nunca... porque eres más espiritual, más aérea, más fina, más pura, más ángel, más alma, y me gustas más que antes y te quiero y te amo también más que nunca, amor mío!

—La Virgen me ha oído —murmuró consigo misma, y volviéndose a mi madre, dijo:

—Oye usted, *Mamita*. Ahora lo creo, porque lo dice delante de usted.

—Mira, *Carmenza* —le contestó mi madre—. Vas a ver cómo no te engañaba yo. ¿A qué has venido, hijo mío?

—A casarme lo más pronto posible con Carmen... si es que ella lo desea tanto como yo —la contesté.

Sus ojos dirigieron inmensa mirada de amor, sonrió con delicia, y volviéndose a mi madre, le dijo:

—¿Qué dice usted de eso, *Mamita*?

—Que lo deseo con toda el alma y más... mucho más que ustedes, hijos míos.

Los ojos de Carmen se llenaron de lágrimas, y sonriéndose y estrechando con arrebató febril mi cabeza contra su seno, le dijo a mi madre, que también lloraba en aquel instante:

—¡Cásenos usted ahorita, *Mamá!*

Mi madre, no pudiendo contenerse, estalló en sollozos, y sonriendo al través de sus lágrimas, le dijo a Carmen:

—Juro a Dios que me oye, que en el momento en que el médico lo permita, te casarás con mi hijo, y si la bendición de una madre puede unir a dos almas, yo los bendigo y los uno a ustedes para siempre. ¡Vamos, hijo mío! ¡Abraza a tu esposa!

Carmen y yo nos estrechamos, abrazándonos con infinita fruición. Mi madre se retiró sollozando, y al ver que nos quedamos solos, dijo Carmen:

—Ahora sí, *amigo*. Ya puedo decirle a usted a todas horas que lo quiero... que te quiero —rectificó sonriéndose con adorable gracia—. Dame el brazo —agregó—, voy a pararme.

Y lo hizo, y apoyándose en mí, dio algunos pasos, exclamando después con alegría infantil:

—¡Ya ves! ¡Ya ves! ¡Tú eres mi vida! Apenas llegas y puedo andar y recobro mis fuerzas y tengo y siento... como dos almas. Dentro de una semana, estaré buena y no sufriré más.

Carmen tenía razón... ¡Una semana más tarde, no debía sufrir ya!

—Cuando estés sana —le dije—, nos casaremos en el acto.

—Bueno —contestó—. Haré lo que tú quieras, pero ya estoy tranquila. ¿Pues qué?... ¿Puede haber para Dios algo que sea superior a la madre? ¿Puede existir en la sociedad una ley más fuerte que la de nuestros corazones? ¡Vaya! Cuando te digo que ya estoy tranquila. ¿Qué prueba quieres para que te manifieste esta tranquilidad?

La contesté con una mirada bien expresiva, que le pedía silenciosamente un beso.

¡Nunca! ¡Nunca existirá ni puede existir otra mujer que me comprenda tan bien como Carmen! ¡Y aun cuando la hubiese!... Hoy, ¿qué me importaría ya?

Vaciló algunos segundos, y después, velando sus ojos, me dijo:

—Te comprendo y como tú lo quieres... lo quiero yo también... ¡Vaya... bésame aquí!

El índice de su mano derecha me señalaba una de sus pálidas y enflaquecidas mejillas; tomando su cabeza entre mis manos, la besé... con la misma castidad e inocencia que tantas veces había yo empleado en mi vida, para besar la frente de mi madre.

—Ahora, llévame a la sala con *Mamita* —murmuró con voz apagada.

Andaba lentamente apoyándose en mi brazo con fuerza. Conocíase que sus piernas flaqueaban y que apenas podían sostenerla. Su seno se levantaba violentamente agitado, y su respiración era dificultosa. Nos sentamos en el sofá al lado de mi madre, como lo hacíamos antes. ¡Ay, no! ¡Antes ella no estaba como en aquel momento!

Pasamos allí el resto de la tarde, hablando íntimamente, y ya sin reserva alguna, de nuestro amor y de nuestras ilusiones. Delante de mi madre casi nos olvidamos de la enfermedad de Carmen, cuya presencia volvió a manifestarse, cuando pasamos en

la noche al comedor.

Sin embargo, ella anduvo con menos dificultad que lo había hecho durante la tarde.

—No te lo decía yo —me dijo con ternura— apenas llegas y ya me estoy aliviando. Tu amor es para mí más que la vida.

Sorprendióse mi madre al ver el apetito y buen humor que desplegó durante aquella cena, por cierto bastante frugal.

Volvimos a la sala y volvimos también a dulces pláticas. ¡Ah, memoria, tú podrás ser un beneficio de la Providencia, pero también a veces eres un terrible torcedor!

Como a las diez de la noche, vi a mi madre que le aproximaba un sillón a Carmen, quien continuaba sentada en el sofá.

—¿Qué va usted a hacer, madre mía? —la interrogué.

—¡Es verdad! Tú no sabes —me contestó—, Carmen no puede acostarse, porque la fatiga no la deja respirar y se ve obligada a dormir así.

—¡Cómo así! No entiendo —le repliqué.

—Así, como está, apoya su frente sobre una almohada sujeta sobre este sillón. Sólo de esa manera puede dormir, y a pesar de eso, muy poco.

Mi madre puso, en efecto, una almohada sobre el respaldo del sillón, la aproximó a Carmen y ésta, apoyando su frente sobre ella, me dijo:

—Anda, vete ya a dormir.

—Supuesto que duermes así y que mi madre va a velarte, yo voy a hacerlo también.

—No, tú estarás fatigado del viaje y es preciso que descanses —me dijo ella tristemente.

—Si puedes también dormir sentado —observó mi madre—, preferiría que nos acompañaras.

Al oír mi respuesta afirmativa, Carmen sonrió con júbilo, agregando:

—Estoy segura de que entonces voy a dormir tranquila.

Yo estaba en medio de las dos. Carmen a mi izquierda, tenía delante de sí el sillón con la almohada sujeta en la parte superior del respaldo, sobre la cual apoyó su frente, diciéndome:

—A ver... ahora, dame tu mano... eso es... ¡Cuán bien estoy así!

Mi madre, entretanto, había disminuido la luz del quinqué, dejándolo sólo como una simple veladora, y volviendo después a su asiento, procuró también conciliar el sueño, reclinando su cabeza sobre la anterior del sofá.

Poco tiempo después, ambas dormían: mi madre con envidiable tranquilidad, y Carmen con fatigosa respiración.

Sólo yo no podía hacerlo. La mano de Carmen continuaba en mi mano. La luz que llenaba la pieza era apacible y melancólica. El silencio de la noche era profundo y sólo se oía por la parte exterior, es decir, en el jardín el canto de los grillos y el chillido desagradable de algunos murciélagos, que pasaban rozando sus alas

membranosas contra los cristales de las ventanas.

Dios sabe y debe habérmelo tomado en cuenta, todo lo que sufrí en aquella noche.

Por más que no quisiera confesármelo, veía a la mano de la muerte acariciar la frente pálida de Carmen.

Mis esperanzas se desvanecían, cuando creía tener bajo mi mano la felicidad.

Renovábase entre mi corazón y mi cerebro una nueva lucha; tempestad la más terrible de todas las tempestades de mi vida.

Lo que sufría puede imaginarlo el padre que ve amenazada de ineludible muerte a su adorada hija, el esposo a la esposa querida, el amante a la amada. Lo que sufría es de lo que no se define, porque faltan en el humano lenguaje palabras para explicarlo.

Repentinamente, el reloj fue dando las doce de la noche, y al eco sonoro de sus campanadas, Carmen fue enderezándose y levantando lentamente sus grandes párpados.

Una sonrisa hechicera entreabrió sus labios, sus pupilas se fijaron en mis ojos, con sedienta mirada de amor, y volviendo a apoyar su frente sobre la almohada, llevó mi mano a su boca, dándome en una de las articulaciones de mis dedos, un beso silencioso y prolongado, que hizo febriles los latidos de mi corazón. Durante algunos minutos, permanecieron sus labios así... hasta que su mano fue aflojando la mía, desprendiéndose ambas, lo que me indicaba claramente que había vuelto a dormirse.

A la una y media de la mañana en punto, mi madre se despertó, preguntándome en seguida con voz muy baja:

—¿Cuánto tiempo lleva de dormir así?

—Tres horas y media, madre mía.

—¿Sin fatiga?

—Tal como usted la ve.

—Entonces está mejor. Estas noches últimas no ha dormido dos horas seguidas. ¡Qué Dios haga un milagro y nos la salve!

—Duerma usted otro rato, madre. ¡Está usted tan desvelada!

—Me basta con lo que he dormido. Ahora, hazlo tú.

—No puedo. La inquietud aleja de mí el sueño.

Carmen comenzaba a agitarse como si quisiera despertar y guardamos silencio; pero mi madre no hizo ya caso alguno de mis señas, que la instaban para que continuase durmiendo.

Las dos de la mañana sonaron poco después en el reloj.

Carmen volvió a agitarse, y su mano derecha, indecisa y trémula, buscaba ansiosamente la mía. Al dársela, sentí que me la estrechó de una manera nerviosa. Comprendíase que aún se prolongaba aquel bendito sueño.

¡Qué horas tan lentas las de aquella noche, y sin embargo, cuánto daría hoy... porque pudiesen volver!

Al extinguirse la vibración de la última campanada de las cuatro. Carmen se despertó completamente, y enderezándose con rapidez, se puso en pie.

—¿Qué tienes, hijita? —la preguntó mi madre.

Carmen acababa de dirigir ansiosa mirada por la pieza, como buscándome, y al verme a su lado, sonriendo y sentándose, dijo:

—Soñé que volvías a alejarte de mí...

—Ya ves que no es cierto —repuso mi madre—, has dormido muy bien. ¿Cómo te sientes ahora?

—¡Es extraño! —exclamó Carmen—. Me siento tan buena y tan restablecida, como si nada tuviera. ¿Y usted *amigo*, cómo está?

—Feliz porque me hallo a tu lado y ansioso por verte buena —la contesté.

Los pájaros comenzaban a cantar, saludando la llegada del día, y las estrellas iban perdiendo gradualmente su brillo y su luz. Mi madre apagó la improvisada veladora del quinqué, y la poética claridad del alba fue acentuándose a cada minuto más y más. La púrpura y el oro competían en riqueza de tintas por el Oriente.

Mi madre abrió las vidrieras de las ventanas que caían sobre el jardín, y una brisa fresca y aromada inundó la habitación. Carmen se estremecía, aspirando aquel aire con delicia.

—Quisiera una cosa, *Mamita* —dijo parándose, y casi sin esfuerzo.

Mi madre se acercó hacia ella, mirándola con ternura.

—Quisiera —prosiguió—, quisiera ir al jardín como antes.

—Pues vamos —le dije poniéndome en pie para acompañarla, creyendo que mi madre, como antes también, no nos acompañaría.

—Espere, espere, *amigo*.

Esto diciendo, se apoyó en el brazo de mi madre, y salieron juntas de la habitación.

Di algunas vueltas por la sala, con objeto de que mis miembros entumecidos recobrasen nueva soltura y elasticidad. Un cuarto de hora más tarde, entraron nuevamente, y al verla, comprendí el motivo de su ausencia que era, en el fondo, la coquetería de la amante.

Acababa de cambiar la bata de muselina que la cubría, por otra más blanca y que el uso no había arrugado aún. Sus rubios y abundosos cabellos, estaban sujetos con una redecilla de seda roja, entre cuyas mallas llevaba prendidos, blancos y aromáticos azahares. Su cutis estaba brillante, como si el agua acabase de acariciar aquella su inocente carita. Sólo sus ojos estaban opacos, tristes, como turbios y rodeados por un círculo sombrío o por una ojera profunda. Su palidez y su enflaquecimiento espantaban; pero de su conjunto destacábase aún la gracia, en lucha interminable con la belleza.

XXXV

Apoyándose en mi madre y en mí, y con menos dificultad que el día anterior, salimos de la pieza y anduvo unos cien pasos por el jardín; pero se fatigaba tanto, que la obligamos a sentarse sobre el césped húmedo por el rocío.

Jamás como entonces, había yo contemplado más lujo en la vegetación lasciva, que la zona tropical ofrece en agosto, y nunca he visto una aurora más serena y más radiante que aquella. Cierto es también que en esos días caniculares, viene la segunda primavera del año.

Permanecimos una media hora en el jardín y hablamos poco, volviendo después a la casa para almorzar. Al ir andando, Carmen fijaba amorosa mirada, en las plantas, en las flores, en los pájaros y hasta en los accidentes del terreno. Parecía acariciarlo todo con sus pupilas, que se humedecieron cuando llegamos a la pequeña escalinata del corredor, la cual ascendió con muchísima fatiga, apoyándose en nosotros y deteniéndose a cada instante. Detúvose al fin suspirando y dijo con dulzura:

—Yo no creía que era una cosa tan triste... despedirse.

—¡Cómo despedirse! —exclamé—. ¿De quién? ¿Para qué?

—De todo... —murmuró inclinando su cabeza sobre el pecho, como un lirio marchito por el calor.

—¿Qué tienes, *Carmita*? —interrogó mi madre—. ¿Qué sientes, alma mía? ¿Qué te duele?

—Nada me duele, pero a cada momento... hay en mí... mayor dificultad para respirar...

—Es que estás débil, hijita.

—Sí —observó Carmen sonriendo con dolorosa expresión— tan débil que esto se acaba... Llévame a mi piano —agregó dirigiéndose a mí.

—Vamos primero a que te desayunes o a que almuerces.

—¿Para qué? —contestó tristemente—. Todo eso es inútil. Anda, llévame al piano.

La obedecí, y al sentarse enfrente de él, agregó con acento tan conmovido, que su voz parecía empapada con lágrimas.

—Aquí, en este piano, fue donde por primera vez te dije que te amaba. ¿Te acuerdas?

—¡Sí... sí! ¡No lo olvidaré nunca! ¿Pero por qué tienes ahora esas ideas tan tristes?

—Colócate allí como entonces. Recárgate sobre él como aquella noche. ¡Eso es! ¡Así estás bien!

Sus manos corrieron sobre el teclado y sus ojos se llenaron de llanto. Su voz, más dulce que nunca, me dijo entonces:

—Mira. Yo no quiero que la cosa te sorprenda. Al fin ya no tiene remedio, y es mejor que lo sepas. Yo voy a morirme.

Quise contestarla negándolo, intenté blasfemar, hice un esfuerzo para rugir. ¡Imposible me fue todo! La mano de hierro del destino apretó mi garganta, como queriendo arrancarme la vida. ¿Por qué no lo hizo en aquel instante?

Carmen comenzó a tocar *El Último Pensamiento* de Weber; pero de un modo tan suave, tan melodioso, tan expresivo, que el alma del gran compositor debe de haberse fijado en ella desde la Eternidad.

Carmen continuó tocando algunas variaciones sobre aquel tema, y mi madre, no pudiendo ya resistir su emoción, se fue a orar al oratorio.

Carmen tocaba lentamente, obligada por la fatiga, y con tanta suavidad, dulzura y expresión, que un tigre que la hubiera oído, se habría arrodillado a sus pies.

Sus ojos llenos de lágrimas, estaban fijos en los míos. La música encerraba la despedida de un alma que se va... y su mirada... un adiós.

Carmen acabó con una nota sostenida, profunda, que se cortó de pronto y que podía compararse con el último suspiro de un ser en agonía. Aquella fue también la última nota lanzada por el piano, porque algunos días después, yo mismo lo entregué al fuego, para que nadie volviese a tocar aquellas teclas, acariciadas tantas veces por sus finos y aristocráticos dedos.

—Llévame al sofá —me suplicó al concluir.

Diez varas separaban los dos muebles y tardamos en recorrerlas unos tres minutos, porque la fatiga aumentaba en ella cada vez más. Entonces comprendí por qué mi madre, mirando aquel sufrimiento constante, había envejecido tanto en un mes.

Hasta el aire era cobarde y cruel para con aquella pobre niña, que agonizando se sonreía aún con amor.

Mi madre volvió a nuestro lado, uniéndose a mí para instarle a que tomase algún alimento.

—No puedo. Créanlo ustedes. Un trago de leche que tomase me ahogaría...

Esas frases escapábanse de su garganta de un modo cortado, ansioso, anhelante, que anunciaba una próxima asfixia.

A las once llegó el doctor apresurándose a reconocerla.

—Esto se acaba, doctor —le dijo Carmen, sonriendo—, yo tenía un corazón chiquito... y como el amor lo vuelve grande... el mío... ha crecido tanto... que se quiere reventar...

—Vaya, niña —la contestó aquél—. Yo la encuentro a usted mucho mejor que antes.

—¡Sí, eh! Yo creo también... que estoy mejor... puesto que... me estoy muriendo...

Y Carmen, al decir eso con gran trabajo y como ahogándose, se esforzaba por conservar en sus labios, su inocente y graciosa sonrisa.

Con el pretexto de darle lo necesario para que recetase, me llevé al anciano médico a la pieza inmediata, preguntándole cómo la encontraba.

—Muy grave —me contestó—. Tan grave, que sería conveniente darle los auxilios espirituales.

Me quedé mudo, y mirando al doctor de hito en hito.

—Es cuestión de dos o tres días más, a lo sumo. Tengo un sacerdote amigo mío, a quien voy a traer en el acto.

El doctor salió precipitadamente, dejándome solo en medio de la habitación.

Momento terrible fue aquel para mí.

Dirigí angustiada mirada a las puertas y a las ventanas, como si hubiera querido cerrarlas para evitar que la muerte entrase... mis puños apretados se agitaron en el aire amenazándola... mi cuerpo tambaleó... y maldiciendo con el corazón y blasfemando con el pensamiento, volví al lado de Carmen que me dijo al verme:

—¿El doctor ha ido por un sacerdote, verdad?

—¿Quién te lo ha dicho? —le pregunté con asombro.

—No sé decirte si es que lo he comprendido o si lo oí. ¡Tengo ahora el oído tan fino!

Por toda respuesta, tomé una de sus delgadas manos besándola con ternura. Mi madre, que lloraba silenciosamente, se puso en pie, enjugó sus ojos y con voz temblorosa, le dijo:

—¿Estás dispuesta a recibir al Altísimo, Carmelita?

—¿A Dios? ¡Ah, sí, madre mía!

—¿Estás resignada, hijita?

—¡Yo no quisiera morirme, madre! —contestó Carmen sollozando— por no dejarlo solo y que tal vez se case con otra...

—¡Casarme yo! —exclamé—. ¡Casarme yo con otra mujer! ¡Nunca! ¡Puedes estar tranquila! ¡Te lo juro!

Carmen me dirigió una sonrisa, pero sin dejar de llorar. Mi madre entonces me dijo:

—Éstos son momentos preciosos que es necesario aprovechar. Vé, hijo mío, a disponer lo conveniente para que se reciba al Santísimo.

Comprendiendo que necesitaba estar sola con Carmen, salí de la sala obedeciéndola.

Mucho de fiera irritada, de león rabioso y de locura salvaje, debo haber tenido en la fisonomía, porque al hablarle al jardinero, comunicándole la orden de mi madre, el pobre viejo me miraba con espanto y como si tratara de alejarse de mí.

Media hora después volvió el doctor acompañado de un anciano sacerdote, cuyos cabellos canos coronaban una frente, que parecía como iluminada por el reflejo interior de la oración constante, su mirar era dulcemente expresivo, y su fisonomía apacible y serena despertaba la simpatía. A las frases consoladoras que después de saludarnos me dirigió, no supe qué contestarle.

Mi cerebro comenzaba a darse cuenta de los hechos de un modo confuso, y mi percepción física e intelectual, era a cada momento más y más incompleta.

Aquel anciano, mi madre y Carmen, permanecieron en la sala durante algunos minutos, y el doctor y yo, en la pieza inmediata.

El oratorio estaba iluminado, y los criados y algunas personas extrañas, oraban arrodilladas.

El doctor me dio un cirio encendido, llevándome en seguida a la sala en la cual penetramos, con aquellas otras personas que llevaban, como nosotros, algunos cirios, los cuales despedían amarillenta luz. La claridad del sol entraba por las ventanas abiertas.

Carmen estaba sentada en un sillón y el sacerdote a uno de sus lados, levantando una blanca hostia... mi madre oraba arrodillada.

En medio del murmullo de las oraciones, del chisporroteo de los cirios y de los trinos de los pájaros que volaban por el jardín, oí la voz del doctor que decía:

—Si es una falta el cortar flores, el creer que los pájaros hablan y el amar mucho, esa criatura ha pecado. Tiempo ha de transcurrir para que entre a los cielos otra alma más pura.

Después vi salir toda aquella gente y aquellas luces; contesté de un modo vago al sacerdote que se despedía o al doctor, porque no lo recuerdo bien, y cuando el jardinero cerró la puerta de la calle, volví a la sala cuya atmósfera tenía ese olor peculiar que produce la cera al arder.

Mi madre proseguía orando, y Carmen, reclinada sobre el respaldo del sillón, tenía su mirada fija al través de una de las ventanas abiertas, en las azules y luminosas profundidades del cielo. Su semblante resplandecía, y su respiración, antes tan agitada, era entonces como más y más suave.

Procurando no hacer ruido, aproximé un sillón sentándome a su lado. Carmen, sin variar de postura y sin desviar sus pupilas del punto en que las tenía fijas, me tendió su mano derecha, que tomé con las trémulas mías, permaneciendo así por algunos minutos, hasta que con voz dulce, me dijo:

—Dios ha creado tu alma para mi alma, y como Él nunca se equivoca, jamás deshace lo hecho. La muerte separa los cuerpos, pero no aleja las almas. Yo voy a morirme, pero Dios va a cuidarte en la Tierra, hasta que muriendo tú, vayas a casarte conmigo en los cielos.

Mi madre levantó su cabeza mirándola con asombro, y yo iba a preguntarle el origen de aquellas ideas, de su confianza y resignación, cuando Carmen, como si leyese en mi pensamiento, agregó:

—¡Es Dios quien me inspira así! ¡Dios que está en mi corazón! ¡Dios... el amor infinito y eterno!

Su acento vibrante, armonioso, profundo, tenía la convicción producida por una fe inquebrantable. Instantes más tarde preguntó la hora que era, con la ansiedad del que está pendiente de una cita. Igual pregunta fue repetida por ella varias veces en las horas sucesivas.

Procuremos abreviar.

El silencio sólo era interrumpido por su respiración fatigosa, por aquellas preguntas hechas cada vez con mayor ansiedad, y por el murmullo dulce que producía la voz de mi madre al orar.

Como a las cinco se estremeció, y volviendo hacia mí la cabeza y fijando en mis ojos sus hermosas pupilas negras, en cuyo fondo se veía no sé qué luz gloriosa, reflejo tal vez de la eternidad, dijo sonriéndose dulcemente:

—¿Te acuerdas? Una noche te juré que si te alejabas de mi lado, yo moriría, y voy a cumplir mi juramento y a hacerte otro. Juro por el Dios que tengo en mi corazón en este momento, que mi alma va a seguir viviendo a tu lado, envolviéndote como la luz y el aire, como un perfume y como una atmósfera nueva. Voy a morir para la vida de la Tierra y a nacer para la vida eterna de las almas. Cuando esto suceda, dentro de algunas horas, mi alma, exhalada en mi postrer suspiro, se fundirá mezclándose para siempre en la tuya, y desde ese sublime instante, yo te lo juro, no tendrás otro pensamiento más que el mío.

¡Gracias, Carmen! ¡Aún suena tu voz de virgen en mis oídos, tu voz pura, fresca, vibrante, armoniosa y angélica; aún siento sobre mi corazón el latido del tuyo; aún vienen a mi cerebro las ideas, porque tú las inspiras, y si mi sangre circula por mis venas, es porque conserva todavía el fuego que le comunicaste con tu divino amor!

¡Pobre niña, martirizada por el destino! ¡Pobre ángel viciado tan sólo en una ardiente contemplación del ideal! ¡Tú... sola tú... llenas mi pensamiento! ¡Tú sola haces latir mi corazón!

¡Ah, vosotros los que no habéis amado, no améis nunca la forma, la belleza, el cuerpo y las ilusiones vanas, y los deseos impuros, y las realidades groseras, porque todo eso se transforma en gusanos, en podredumbre, en lodo, y desaparece y se aniquila y se pierde... mientras que si, por el contrario, amáis los sentimientos, las ideas, las bellezas morales y las virtudes de un ser, es decir, las manifestaciones que revelan a un alma, que es incorruptible y eterna, amaréis siempre... y al fijar la mirada en el océano azul del firmamento, la veréis cruzando por entre sus innumerables oleadas de estrellas!

Cuando Carmen terminó aquellas frases solemnes, mi madre no pudo reprimir algo que se parecía a un sollozo. La pobre niña se volvió hacia ella, y con acento consolador, le dijo:

—¡Vaya, *Mamita*! ¿Qué es eso? Usted está creyendo que es verdad que me voy a morir. Usted me ha dicho siempre que Dios todo lo dispone y lo ordena. Si es así, es necesario resignarse; pero no crea usted, no es cierto que de veras me muera yo. Son chanzas con este *amigo*. ¡Vaya! Si usted no quiere, no me moriré. La quiero a usted y lo amo tanto a este *señor*, que Dios nos dejará vivir juntitos a los tres, unos días más. ¡Vaya! vea usted, *Mamita*... cómo ya estoy buena.

Y al decir esto, Carmen animada como por un soplo galvánico producido por su fuerza de voluntad y su fuerza moral, se puso en pie, y con asombro mío y de mi madre y sin apoyarse en ninguno de los dos, dio algunos pasos por la sala,

dirigiéndose a la puerta que comunicaba con el corredor.

Tanto mi madre como yo corrimos a sostenerla; pero al llegar a su lado, nos dijo sin suspender su marcha, un poco vacilante.

—Vayan ustedes junto de mí, como antes. ¿Se acuerdan? Como cuando de niña me enseñaban a andar.

Aquel recuerdo de su infancia, fue para nosotros la peor, la más profunda, la más mortal de todas las heridas que pudieran aplicarse a un corazón que ama, por el mismo ser que inspira la pasión.

Llegamos al corredor, y ella, tomando asiento en un confidente, colocado allí para reemplazar en ciertas ocasiones a la hamaca, pronunció con acento firme esta frase:

—Usted, *amigo*, siéntese aquí, a mi derecha, para que no lastime a este corazoncito que está enfermo de tanto como lo ha querido y lo quiere a usted. *Mamita*, enfrente de nosotros, para que vea que ya estoy buena y vea también cómo aquel *Papá* de antes, con quien ella me ha casado, no se fastidia de mirarme y mirarme horas enteras.

Carmen, sin que sus labios, ya intensamente pálidos, dejaran de sonreír, reclinó su artística cabeza contra el respaldo del confidente, yo me coloqué a su derecha y mi madre pidió una gondolita, sentándose en ella y como a unas dos varas, enfrente de los dos.

Mis ojos se fijaron con amor en las negras pupilas de Carmen que me miraban con fijeza, con arrobamiento, con éxtasis.

¿Qué vi en aquellas pupilas, Dios mío? En el fondo, una nubecilla imperceptible formada como por el vapor exquisito de una esencia, y más lejos, aún más al fondo, la luz gloriosa, la luz eterna, la luz inmortal, algo que no se define y no se explica, porque no se comprende sino cuando se ha visto; ¡algo que desde aquel instante, y por aquella sola mirada, me hizo creer en Dios!

Con rubor y con vergüenza lo confieso. Libros estúpidos escritos por cerebros locos, el orgullo y la suficiencia de mí mismo, el creer que todo lo sabía cuando todo lo ignoro, me habían vuelto casi ateo. ¡Ah, no, Dios mío, yo sofocaba la voz de mi conciencia; pero tú sabes bien que en el templo de mi corazón... yo te adoraba!

¡Cuántos ateos existen así, que sin comprenderlo ellos mismos, están rogando al Ser Supremo, con todos y cada uno de los latidos que da su corazón! ¡Cuán cierto es aquello de que «poca ciencia aleja de Dios y mucha aproxima a Él!»! ¡Cuán cierto es también, y esto lo digo y lo sostengo yo, que vale más un pedazo de corazón y un poquito de amor... que toda la ciencia adquirida por el constante anhelo de la humanidad!

Amar: he aquí la religión. ¡Amor... he ahí el Ideal Supremo, el Bien Infinito... Dios!

Amar, basta para creer.

Amor, es la atracción, la gravitación, la ley; ímpetu en la voluntad, luz en la inteligencia, movimiento en el infinito; y como átomo, como astro, como fuerza,

como ser, como universo, de todo ello se desprende colosal y majestuosamente esta palabra única y eterna:

—¡Dios!

Cuentan que existen ateos, y yo los compadezco de todo corazón, porque eso me demuestra que no han amado, y a ese propósito, recuerdo siempre a mi pesar, que las piedras también nunca han sentido.

Carmen, con aquella sola mirada, me hizo creer.

En el fondo profundo de sus pupilas yo vi el cielo... y en el fondo sin límites de aquel cielo de amor... yo miré a Dios.

Hoy creo, con inquebrantable fe, en la Infinita Misericordia.

Una hora entera, mis ojos estuvieron fijos en los suyos.

Murió la tarde. Sus pupilas siguieron brillando entre las sombras de la noche, como si fuesen dos estrellas.

Mis ojos continuaron mirando el fondo luminoso de sus pupilas. «Su mirada venía ya de muy lejos». Hubiérase dicho que me veía desde los cielos y que me miraba como impregnándome de eternidad.

Mi madre oraba en voz baja. El alma de Carmen, desprendiéndose lentamente, seguía sonriendo en su pequeña boca de niña. La noche estaba tibia y rumorosa, la brisa aromada, la atmósfera pura y las estrellas brillantes. Repentinamente sonó el toque de ánimas.

Las campanas de Cuernavaca parecían sollozar.

Formando contraste con ellas por su dulce timbre, oí la voz de Carmen que decía:

—Rezaremos, *Mamita*, y ya verá usted... por primera vez va a rezar este *amigo*. ¡Vamos —dijo, acercándose a mi oído y besándomelo, único beso que ella me dio en su vida— vamos, amado de mi alma, *amor mío*... rece usted, porque mi amor lo quiere!

¿Por qué no lo dijiste antes, pobre niña? ¡Yo hubiera vivido aquellos meses de rodillas y rezando siempre!

Yo recé... Por primera vez en mi vida, yo recé...

Algunos minutos después, Carmen murmuró:

—Tengo sueño y no quisiera dormirme por no dejar de mirarte.

Y casi en seguida:

—Vamos a ver, madre mía. ¿Quién cree usted... pero con franqueza, que lo quiere más... usted o yo? ¿Verdad que yo?

—Sí —la contestó mi madre, profundamente conmovida—; tú, porque te estás muriendo por él, por su cariño, por su amor. ¡*Carmenza*... hija mía! ¿Por qué lo has querido tanto?

—¿Pero cómo me cree usted, *Mamita*? —dijo Carmen, riendo como cuando reía de niña—. Yo estoy buena. Vea usted cómo respiro, cómo hablo, y sobre todo, cómo lo quiero. Deme usted esas manos, *amigo*.

Y cruzando por encima de mis hombros su brazo derecho, tomó con aquella

mano, también la derecha mía, y con la otra mi izquierda, diciéndome a la vez que se reclinaba sobre mi corazón:

—Quiero oír cómo late por su *Carmencita*. Tengo sueño, pero no quisiera dormirme. ¿Y tú?

Y aquel tú... aquel tú de amante, de alma a alma, de corazón a corazón, fue el último que me dirigió.

Viendo que yo callaba, porque no podía hablar, y dirigiéndose a mi madre:

—Dígale que me conteste, madre. Al fin es delante de usted.

Y alzando sus ojos y clavándolos en los míos:

—¿Me amas? ¿Me quieres? —preguntó con indefinible expresión.

—Lo sabes bien —la contesté casi ahogándome—, te quiero, te amo y te adoro... ¡con todo el corazón y toda el alma y toda mi eternidad!

Y en aquel momento... ¿Qué me importa que al confesarlo se burlen y se rían de mí? En aquel momento... ¡yo, que nunca había llorado... sollocé!

—¡Llora! —exclamó mi madre con energía suprema—; ¡ese llanto, aunque me queme el corazón, te redime, ese llanto te lava y purifica, esas lágrimas son tu perdón!

—¡Perdón! ¿De qué, *Mamita*? —la interrogó Carmen—. ¿Perdón porque me quiere? ¡Yo soy la que lo necesito, porque lo quiero, *lo amo* mucho más! Y siempre... y eternamente —agregó dirigiéndose a mí...

Guardamos silencio algunos minutos. Carmen, extendiendo su brazo izquierdo, señaló con el dedo índice de la mano correspondiente, un punto del cielo, y me dijo:

—Tú que sabes todos los nombres de los astros, dime...

—¿Qué? —la pregunté fijando mi vista en la dirección que me indicaba.

—¿Cómo se llama aquel lucero rojo, que parece una brasa entre las otras estrellas?

La médula se congeló dentro de mis huesos, mi sangre cesó de circular y mi corazón de latir. «El lucero rojo» como ella lo había llamado, era Marte... el planeta Marte, el astro sangriento que comenzaba a levantarse sobre el horizonte, mirándonos como la pupila irritada de un tigre que se enciende y flamea al fijarse sobre su presa. Su aparición en aquellos momentos era tremenda, porque parecía como amenazarnos con su presencia.

Cosa terrible es una amenaza que nos viene del cielo.

El rubí celeste había aparecido siempre para nosotros, como un presagio funesto.

Sea por la preocupación que me inspiraba, o más científicamente hablando, por la densidad atmosférica, el hecho es, que el disco del planeta aparecía aquella ocasión con grandes dimensiones, y su hermoso color estaba más opaco y más sombrío. Hubiérase dicho, que el astro tenía, como nosotros, gran tristeza o que también sentíase enfermo.

—¿Cómo se llama? —insistió Carmen.

—¡Marte! —pronuncié con esfuerzo—. Pero no te fijes en él.

—Al contrario —me contestó—, esa estrella es la que prefiero de todas, porque no se parece a ninguna, y por eso digo que esa estrella es la mía.

—¡No! ¡No! —le dije con ansia—. Ésa es una estrella fatal.

Marte, que continuaba escalando la curva aparente del cielo, se ocultó detrás de un *stratus*, que como una raya de tinta, cruzaba la atmósfera trazando una cuerda en el círculo del horizonte.

—¡Lo ves! —exclamó Carmen con tono de reconvención—. Se ha enojado por lo que dijiste y se esconde.

—¡Su estrella! —pensé en mi interior—. ¡Su estrella que se oculta! ¡Este ángel se muere, Dios mío!

Las preocupaciones son nuestros más formidables enemigos, y sin embargo, tienen su razón de ser.

Digámoslo de paso. Si sentís repugnancia en pasar por una calle, procurad no hacerlo, porque podéis encontraros en ella con algo que os disguste; si una persona os antipatiza, buscad la manera de hacerle la mayor suma de bienes posibles, porque esa persona os causará algún mal, y por último, para no cansarnos, si alguien os simpatiza y os atrae, estrechad los lazos que os unen, porque allí recibiréis un bien.

Marte, al aparecer nuevamente sobre la pura y azul atmósfera que nos separa de los cielos, brillaba más.

—Bueno —pensé interpretando como antes—, pero yo no la quiero únicamente como alma, aunque brille más, yo la quiero como todo... y ese todo es Carmen, como está aquí.

¡Y yo mentía!

Yo mentía, porque hoy la quiero más que entonces.

¿Es amor, adoración, idolatría, lo que en este instante siento por ella?

Ni yo, ni nadie, puede definirlo. ¡Ah, sí! ¡Dios y ella! Dios que lo quiso. Ella que me amó, que me ama, que me amará eternamente y *más aun todavía*.

Marte seguía mirándonos con su pupila roja.

Mi madre enfrente de los dos. Carmen había reclinado su costado izquierdo sobre el lado izquierdo también del confidente, y atrayendo mi cabeza, la colocó con delicada ternura sobre su otro seno, murmurando con dulcísima voz:

—Duérmete, amor mío.

—No tengo sueño —murmuré.

—Aunque —replicó—, es preciso que duermas. Yo lo mando, *amigo*. Lo ordeno, *señor*. Yo también me estoy durmiendo. Ya sabes que te amo. ¡Hasta mañana! ¡Hasta luego! ¡*Te amo!*

¡Era verdad! ¡Carmen me amaba, me ama aún, me amará siempre... en la eternidad, en el infinito, en Dios... porque Carmen era toda amor!

Fingí dormirme, pero continué mirando a Marte, que proseguía también mirándonos.

—Me estoy durmiendo —murmuró Carmen—; pero de todos modos, yo te amo,

bien mío... ídolo mío... *amor mío*...

Y su mano derecha, oprimiendo mi frente con energía, la estrechó contra su seno con indefinible pasión.

XXXVI

Carmen no habló más. Transcurridos algunos minutos, mi madre, al notar su silencio, se puso en pie aproximándosele para examinarla, y después de hacerlo, en voz muy baja me dijo:

—Duerme como deben dormir los ángeles. La inocencia brilla en su frente, la pureza sonrío en su boca y toda su fisonomía resplandece por la luz interior, por la luz del alma. Si puedes conservar esa postura, no te muevas, para no despertarla.

¡Qué palabras tan dulces aquellas de mi madre! ¡Mi cabeza reposaba sobre su costado derecho, y mi frente continuaba oprimida y sujeta contra ella misma, por su mano de reina! La contesté con el mismo tono en que me habló:

—Estaría yo así toda mi eternidad, madre, y juro que no ambiciono más. ¿Cómo la ve usted?

—Te creo, hijo mío. Eso basta al verdadero amor. Bendigamos al Altísimo, porque nos la ha salvado, y si Él... dispone otra cosa... bendigámosle también.

—¿Qué cree usted y que espera, madre mía? —murmuré apenas interrogándola con ternura.

—Creo que ha habido una crisis favorable —contestó—. Su respiración es igual, tranquila y reposada. *Carmenza* ha vivido únicamente por tu amor. Le faltaba, y moríase. Lo recobra, y vivirá. Hoy ha sido su último día tremendo, y mañana será su primer día feliz. En esta enfermedad yo creo, comparando lo que he visto en ella hoy, con lo que he observado en los días anteriores, que la mayor parte viene de su estado moral. Tengo el remedio para que pronto cure.

—¿Cuál, madre? ¿Cuál, madre mía?

—Mañana, al despertarse más vigorosa, por este sueño dulce y reparador, le diré que es preciso cuanto antes casaros a los dos, y en el mismo día arreglaremos todo para que al siguiente queden mis dos hijos transformados en dos esposos. Sus dudas y sus temores desaparecerán, y en su lugar, vendrá la calma y la tranquilidad, y con ella su convalecencia. Los médicos han sido vencidos. Busquemos remedios morales. Si el alma está enferma... ¿para qué curar el cuerpo? El espíritu es el soberano de la materia. Si es tiempo aún y si se ha verificado una crisis, como lo creo, bastará para curarla ese remedio: su matrimonio contigo.

Mi madre guardó silencio, y yo murmuré con verdadero deleite:

—¡Continúe usted hablando, porque sus palabras me dan la vida!

—Nada tengo ya que decir. Eso es lo que creo y lo que espero. Sólo siento no haberlo hecho antes, esta tarde o esta noche, porque su sueño hubiera sido mucho más tranquilo y mejor. Inclinémonos con respeto ante la voluntad del que así lo dispuso. ¡Providencia divina... bendita seas! —prosiguió mi madre sentándose en la góndola que antes ocupaba—. ¡Carmen duerme ahora como cuando era niña! ¡Un ángel será tan puro y tan santo y tan bueno como ella... pero no más! Yo respondo de ello tanto como de su amor.

—Siga usted, madre mía... ¡mi adorada y sufriente y virtuosa madre! ¡Siga usted hablándome así!

—Voy a rezar por ella y por ti. Reza también, que para hacerlo basta el pensamiento. Orar es tocar a Dios con las ideas y con el corazón y con el alma. Reza para que te perdone y te conceda a ti... el orgulloso, el falso, el verdugo de otras mujeres, ser el compañero de esa pobre expósita, de esa huérfana desgraciada, de esa niña humilde que ni nombre tiene, pero que ha sido la elegida en los cielos para redimirte. ¡Reza para obtenerlo y que te la conceda Dios!

Mi madre usó de un tono tan solemne para pronunciar las frases anteriores, que yo, guardando silencio, la obedecí y recé.

Por segunda vez en mi vida mi pensamiento se mezclaba con el divino pensamiento de Dios.

La noche estaba espléndida. Las últimas flores del año abrían sus pétalos como incensarios de la naturaleza, y enviaban a Dios sus aromas. La savia en circulación crujía. La brisa, moviendo los tallos y las hojas, les daba una voz y un acento... Los nidos y sus pudorosos misterios, eran suavemente balanceados por las ramas. Ni las mariposas negras, ni los murciélagos revoloteaban entre los árboles. Sobre la hierba, que cubría el piso del jardín, las luciérnagas y los cocuyos, parecían reproducir los astros de los cielos, que brillaban con melancólica luz. La atmósfera estaba cargada de electricidad, húmeda y calurosa, pero a la vez límpida y completamente diáfana. El canto de los grillos, los lejanos y voluptuosos rumores de la selva y los misteriosos diálogos de la noche, llegaban a mi cerebro de un modo dulce y embriagador, y tanto la vista como el oído, comunicaban a mi espíritu la confianza. Toda la naturaleza era calma, dulzura, poesía, vitalidad y amor. Adivinábanse las caricias de los insectos y los besos de las aves, y se veían confundir las ramas de los árboles con los rayos silenciosos de las estrellas lejanas, y todo se movía y se agitaba palpitante, bajo el soplo de una fuerza poderosa, irresistible, omnipotente, que precipitaba las moléculas contra las moléculas para formar átomos, y los soles contra los soles, para producir nebulosas, y bajo aquel misterio supremo presentíase a Dios, y se le admiraba y se le adoraba con infinita fe...

Claridad en la Tierra, claridad en los cielos, perfumes en la naturaleza, pensamientos de los seres, cantos de las cosas y armonía de los mundos y de las fuerzas y de las leyes en el Universo... he aquí el gran himno que penetró en mi espíritu.

La contemplación produjo el éxtasis, y el éxtasis trajo el desprendimiento del alma... y dos noches de no dormir y la fuerza nerviosa agotada por la multiplicidad de las sensaciones, y la fatiga del viaje y el cansancio moral y mis debilidades físicas, y sobre todo, mi falta de fuerza de voluntad, produjeron el sueño y sin quererlo, me dormí...

Soñé... que Carmen era ya mi esposa... y en un instante dado hubo tal brillo en sus pupilas al mirarme... que desperté...

Al volver en mí y recobrar el uso de mis sentidos, escuché la campana de la iglesia mayor de Cuernavaca que daba las doce. En el horizonte que se desplegaba ante mi vista, y perfilando con plateada luz a las montañas, elevábase como *una blanca hostia*, el disco brillante de la luna llena.

Como Víctor Hugo lo ha dicho —única cita hecha en esta humilde narración— el sacerdote que en el templo del Universo oficiaba en aquel instante supremo... era Dios.

Al recobrar mi ser, embargado por el sueño, sentí sobre mi frente algo muy frío, incomparablemente frío. Para inquirir el motivo que lo causaba, llevé hacia ella mi mano derecha y sentí una mano helada, más fría aún que el mármol, que el hierro y que la nieve; digámoslo de una vez, aunque me ahogue el decirlo, tan fría como la mano de un cadáver.

Con una rapidez que no puede explicarse me incorporé, y con una voz angustiosa y desesperada puedo decir que rugí:

—¡Carmen!

Sacudiendo en seguida con desatinada furia la mano, el brazo y el cuerpo de la pobre niña... yo repetí con satánica voz:

—¡¡Carmen!! ¡¡Carmen!!

¡Cómo había de contestarme aquel ángel cuando ya estaba muerta!

Yo... al verla inmóvil, muda, inerte, levanté con mis temblorosos dedos sus finos párpados, encontrándome con las pupilas vidriadas y ya sin luz y sin mirada. Silenciosas lágrimas rodaron por sus opacas mejillas, a las cuales faltaba ya el brillo de la vida, y después puse mi oído sobre su corazón.

La entraña no latía. ¡Carmen estaba muerta!

¡Ah! ¡La muerte, bien cobarde y bien traidora por cierto, me la había arrebatado mientras yo estaba durmiendo doblegado por la extenuación!

¡Perdón, Dios mío, por esta única blasfemia arrancada por el recuerdo del dolor!

Al comprenderlo así... todo mi ser se concentró en mi boca, levantándola en mis brazos, con un beso de fuego y de loco, recorrí su frente, sus mejillas, su cuello, y me detuve sobre sus yertos labios, para hacerla vivir dándole mi alma...

Carmen, con aquel beso... debería de haber vuelto a la vida.

Repentinamente oí una voz sollozante que me dijo: ¡Basta! ¡No profanes ese cadáver! ¡Resignémonos ante la voluntad de Dios, siempre bendito y adorado!

Quien así hablaba, era mi madre...

¡Mi madre que, confiada como yo, y sin fuerzas para sostenerse en la lucha, se había dormido también rezando, para despertar y encontrársela muerta! ¡Ella que la quería tanto o más que yo!

Mis brazos se abrieron, y Carmen cayó como una masa sobre el confidente.

Mi madre se arrodilló ante la pobre expósita, y en medio de desgarradores sollozos, levantó a Dios su pensamiento, rogando por el alma que había volado al seno de la infinita Misericordia.

Yo elevé mis ojos al cielo, y al ver a Marte brillando ya próximo al zenit, me desplomé sobre el piso del corredor como despedazado por un rayo...

.....

Y ahora que he concluído y que he hecho la franca confesión de mi vida. Tú que todo lo sabes y lo puedes y lo perdonas... dime ¿hasta cuándo... hasta cuándo recibiré yo esa dulce caricia tuya, que se llama la muerte? ¿Hasta cuándo volveré a ver a Carmen? ¿Hasta cuándo nos reuniremos en la Eternidad y en el divino seno de tu amor?

FIN

Notas

[1] Conservamos el prólogo de don VICENTE RIVA PALACIO que acompañó a la 3.^a edición de *Carmen* cuyo texto reproducimos, a fin de mantener al libro todas sus características. N. del E. <<

[2] RÉAUMUR (René Antoine Ferchault de), físico y naturalista francés (La Rochela 1683-Saint-Julien-du-Terroux 1757). Demostró la posibilidad de transformar el hierro fundido en acero y, en 1722, fundó la metalografía. Construyó un termómetro de alcohol, para el que ideó una escala 0-80 (escala de Réaumur). Asimismo se interesó por las ciencias naturales. El Pequeño Larousse Interactivo, 2002. [N. del e. d.]. <<